

E. GABRIEL SÁNCHEZ BARRAGÁN

Las siete Cleopatras del Nilo

Una dinastía femenina en el Egipto de los Ptolomeos



Letras Clásicas

@Schola

FFL
UNAM





LAS SIETE CLEOPATRAS DEL NILO

Una dinastía femenina en el Egipto
de los Ptolomeos

Serie Letras Clásicas

E. GABRIEL SÁNCHEZ BARRAGÁN

LAS SIETE CLEOPATRAS
DEL NILO

Una dinastía femenina en el Egipto
de los Ptolomeos

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Primera edición: 2018
Diciembre de 2018

DR © Universidad Nacional Autónoma De México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
C. P. 04510, Ciudad de México.

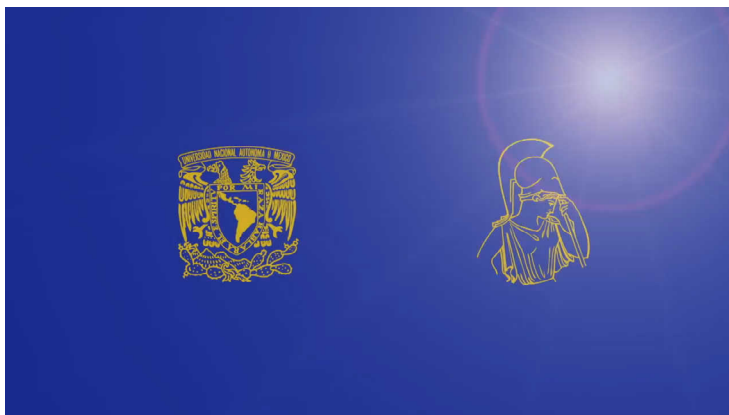
ISBN 978-607-30-1248-5

Prohibida la reproducción total o parcial,
por cualquier medio sin autorización escrita del titular
de los derechos patrimoniales.

Editado y producido en México

LAS SIETE CLEOPATRAS DEL NILO

Una dinastía femenina en el Egipto de los Ptolomeos



CONTENIDO AUDIOVISUAL
CLICK EN EL RECUADRO

TAMBIÉN PUEDES ACCEDER VÍA QR



<https://youtu.be/-cYmZEDM3KE>

Contenido interactivo

- Prólogo
- Introducción
- Las siete cleopatras del Nilo
- Cleopatra II y Cleopatra III, poder y resentimientos
- Cleopatra III, Cleopatra IV y Cleopatra V Trifena; La madre contra las hijas
- Cleopatra VII y el sueño de un imperio
- Reflexiones finales: una dinastía femenina
- Apéndice I: El rostro de Cleopatra
- Apéndice II: La eterna Cleopatra
- Ilustraciones
- Bibliografía
- Índice

[Para regresar a este Contenido interactivo dar *click* en la flecha]

A mis recordadas alumnas del Centro de Arte Mexicano
y a los profesores del Programa de Actualización y Superación Docente
con quienes se fue conformando este libro

Prólogo

Dentro del Área de Historia y Cultura de la carrera de Letras Clásicas, el primero de ellos es uno de los menos estudiados por los egresados, porque aparentemente se aleja de los intereses filológicos centrados en el quehacer literario. Sin embargo, es uno de los aspectos más importantes en cualquier estudio sobre el mundo antiguo y, por ello, considero que debe adquirir su justa relevancia. Así, supuse oportuno presentar un trabajo de investigación que perteneciera a dicha área de conocimientos y desde una perspectiva de Letras Clásicas, es decir, interesándome en el manejo de las fuentes literarias para conocer a estos personajes históricos, empleando la herramienta filológica del manejo de los textos.

[11]

Siendo profesor de la materia de Historia de Grecia desde hace varios años, he comprobado que el tiempo es un duro adversario a vencer cuando se intenta abarcar todo el periodo de la historia antigua, sobre todo la que corresponde a la edad helenístico-imperial, pues, además de contar con un menor número de materiales modernos que versen sobre ella, suelen enfocarse a aspectos pertenecientes a la historia del arte y la cultura. Así, pequeñas parcelas del conocimiento histórico quedan sin laborar cuando sólo se cuenta con algunas horas en la semana para que los alumnos conozcan de manera general la historia de la Grecia antigua, y otras más deben ser abandonadas en aras de conocimientos más relevantes para sus futuros estudios, pero ello no obsta para que puedan estudiarse y ofrecerse a los mismos como material anexo que despierte su interés por dichas etapas históricas. Esta es la razón principal que me llevó a plantear la posibilidad del presente estudio.

La historia de la Grecia helenística es el puente que une a las dos culturas que estudia la carrera de Letras Clásicas, porque fue en aquellos momentos en que se establecieron los primeros vínculos con Roma en su carrera expansionista por el Mediterráneo. La trascendencia de las propias

[12] sociedades helenísticas es algo más que el paso de la así concebida “edad dorada de Grecia”, es un nuevo universo social que incluye el desarrollo de sectores de la población que poco o nada pueden reconocerse en las etapas históricas anteriores, tal es el caso de las mujeres en la política. En el periodo precedente de Grecia, la Edad Clásica, las mujeres fueron poco más que “meras incubadoras” de ciudadanos. Sin proyección académica o social, sin oportunidades políticas, se les relegó a observadoras del desarrollo heleno; además, los estudios contemporáneos, poderosamente enfocados en dicha etapa, auparon el mismo paradigma, considerando incluso que ese era el lugar adecuado para ellas, auspiciando finalmente la segregación por género y la misoginia.

El estudio de las mujeres y su desarrollo en la etapa helenística posterior fomentó el replanteamiento de tales ideas, y figuras de trascendencia histórica se convirtieron en promotoras de los estudios de género. Sin embargo, perteneciendo a ese tiempo mal estudiado y, visto sólo como un periodo cultural antes que histórico, su trascendencia se eclipsó y, si acaso lograron sobrevivir por la importancia de su papel en la naciente historia de Roma —como fue el caso de Cleopatra VII—, se les vilipendió como “vampiresas” que más que fomentar los valores antiguos, los denigraban.

Un estudio como el presente se enfoca al rescate de la personalidad política de las mujeres en el poder en Grecia, no en un plano laudatorio, sino en uno ecuaníme que demuestre que las reinas no fueron sólo un fenómeno aislado o propio del momento de decadencia de las dinastías helenísticas, sino un verdadero movimiento femenino que incluso tenía su propia agenda de gobierno, y si bien no puede comprobarse que su sucesión real —y con ello, su poder— se transmitiera de madre a hija en todos los casos, sí sirvió de inspiración para las subsecuentes monarcas que intentaron convertir a Egipto en una potencia a la altura de la masculina Roma de su tiempo.

De tal suerte, la elaboración de esta investigación pretende que las y los estudiantes de Letras Clásicas conozcan la importancia que las mujeres tuvieron en la etapa final del poder político y social de Grecia, para que no sólo las aquilaten como forjadoras de la historia de esa cultura que aman y estudian, sino para que estén con “ojos abiertos” a otros segregados de la historia filológica y se atrevan a especular con conocimiento de

causa sobre los rumbos que se han señalado como preclaros en sus estudios. Para ello, se sustentará el trabajo principalmente en fuentes antiguas, con las que se elucubra sobre los diferentes aspectos de las vidas de estas reinas egipcias.

Aprovecho este espacio para agradecer infinitamente a Lourdes Santiago Martínez y a Elsa Rodríguez Brondo por su colaboración en este proyecto, revisando cuidadosamente el manuscrito y proponiendo oportunas ideas para mejorarlo. Mil gracias por su tiempo y dedicación.

[13]

Octubre de 2016

Introducción

La tierra del Nilo

[15]

El antiguo Egipto, como el moderno, no era un país muy grande, unos mil kilómetros cuadrados,¹ aunque sería posible que, como muchos Estados de la Antigüedad, sus fronteras no estuvieran muy bien definidas ni custodiadas. El territorio egipcio era largo y estrecho, un oasis entre dos desiertos. El área principal de asentamiento era el Medio y Alto Egipto, conformado por el valle del Nilo al norte de la primera catarata, la actual Asuán. Cerca de ochocientos kilómetros tierra adentro estaba la franja fértil, de unos diez o veinte kilómetros de ancho. En el extremo norte, los brazos del Nilo se ensanchaban y formaban el Delta, de unos doscientos kilómetros de costa, principal encuentro del mundo egipcio con el Mediterráneo, y por ello, densamente poblado. La tercera región de asentamiento importante era El Fayum o el nomo² Arsinoita, fértil depresión de unos ochocientos cincuenta kilómetros cuadrados de extensión con el lago Mareotis al norte y el Delta al noroeste. Los desiertos que la rodeaban eran amplias mesetas montañosas: al oriente la Arábica que ascendía hasta el Mar Rojo, surcada por cortes transversales que enlazaban al país con dicho mar; el otro desierto al oeste era el Líbico con cuencas arenosas y una red de montículos calcáreos, mismos que sirvieron de linde al país con sus tribus de merodeadores, pero que finalmente apretaban el valle y lo defendían del acoso extranjero. En contraste, el desierto oriental los abastecía con sus rutas de caravanas merced a los diversos oasis³ que se extendían casi de forma paralela al Nilo.

¹ Comparativamente es del tamaño de Bélgica. (Cf. Paul Jouguet, *El imperialismo macedonio y la helenización de Oriente*, trad. de José Almoína, p. 215.)

² Un nomo era el distrito administrativo antes de la conquista de Alejandro.

³ Los tres más importantes en la Antigüedad eran: el tebaido, el pequeño oasis y el de Amón.

Si bien Egipto estaba ceñido por territorios tan inhóspitos, su población alcanzaba varios millones y la gran mayoría establecida en pequeñas ciudades y aldeas. Hasta la invasión de Alejandro la capital fue Menfis, a orillas del Nilo, no lejos del sur del Delta, y en tiempos de los Ptolomeos sus habitantes se calculaban en decenas de miles y conservó aún su prestigio religioso y cultural incluso cuando Alejandría era la nueva capital.⁴ El país estaba bien abastecido de recursos minerales: gemas y piedras preciosas, así como rocas para escultura, para edificación y para usos industriales. No obstante, los yacimientos minerales no fueron extensamente explotados hasta la llegada de los romanos; por ejemplo, los auríferos en el sur eran difíciles de extraer. Como resultado de la aridez de gran parte del territorio, dependía de la agricultura en el valle del Nilo y de la crecida anual de este río que proveía de fértil limo al valle y al Delta. Un complicado sistema de fosos y diques controlaba el agua; en tanto que las ciudades y las aldeas, por el citado fenómeno anual, se apretujaban en las zonas altas.

Los productos principales fueron el trigo y la cebada —el país fue siempre el granero del Mediterráneo—, así como otros cultivos no tan destacados como las arvejas, las habichuelas, los ajos, así como diversos forrajes, plantas oleaginosas como el olivo,⁵ la vid y otros árboles frutales;⁶ vegetales y plantas textiles como el lino completan el cuadro productivo de este país milenario. La ganadería por su parte era igualmente rica; los caballos se conocían y empleaban desde tiempos de los hicsos;⁷ el camello era la bestia

⁴Otras ciudades importantes, ya sea como centros religiosos, sitios estratégicos de comercio o para la defensa del país, eran: Siena (Asuán), Elefantina, Apolinópolis (Edfú), Tebas, Coptos, Tentiris, Panópolis y Cocodrilópolis, luego Arsínoe.

⁵Al respecto y, en su relación con el olivo griego: *vid.* P. Jouguet, *op. cit.*, p. 217.

⁶Entre ellos destaca la palmera y sus dátiles con los cuales se elaboraba también vino; y ello sin contar con la madera ligera de este árbol muy útil en la construcción de naves.

⁷Los hicsos —del egipcio *Hig hosit*, “jefes de tribus extranjeras”, mal leído por los griegos como hicsos— fueron un pueblo de raza mixta, lo más seguro semita. Impulsados por los movimientos migratorios de los indogermanos en Asia durante el siglo XVIII a. C., invadieron Egipto atravesando Palestina merced a la innovación de las armas de bronce y el carro de guerra con los mencionados caballos. Durante la dinastía XVIII egipcia se establecieron en el Delta, donde fundaron la ciudad de Avaris. Dominaron el país hasta la siguiente dinastía, cuando Ahmosis los expulsó hasta el sur de Palestina. Por algunas lecturas de la Biblia (*Gen.*, 12, 16; 46, 2-7 y 31-34; 47, 17), parece que la estancia hebrea en Egipto se

de carga para el desierto, pero el asno y el buey eran los animales del arado y la siembra; el ganado menor, ovejas y cabras, era el productor de lana y pelo, además de los nutrientes que aportan su carne y leche.

Así, Egipto fue siempre un país de riquezas naturales ilimitadas gracias a su valle aluvial y, por ello, la vasta mayoría de la población eran agricultores con pequeñas tenencias que pagaban impuestos en especie, mas no una masa de campesinos explotados despiadadamente por los territorios urbanos, porque eran legalmente libres y con derecho a un trato justo, al punto que podían recurrir a lo que hoy denominaríamos una huelga cuando se retiraban en masa a algún templo u otra región en protesta. La historia egipcia demuestra que fue necesario un poder fuerte que controlara la situación y consiguiera una administración única, algo difícil de lograr en la práctica, por lo que el Alto Egipto periódicamente se convertía en una entidad estatal separada. El país había tenido reyes extranjeros los últimos trescientos años antes de la llegada de los griegos, los más recientes habían sido los persas (de 525 a 341 a. C.) y, desde Alejandro, la posición de un faraón de origen extranjero había suscitado una relación ríspida entre el pueblo y su rey, ya que el monarca debía estar en armonía con los dioses nacionales o la estabilidad de su gobierno estaría en peligro. De tal suerte, el clero fue desde tiempos faraónicos la segunda fuerza política de la nación. Diódoro de Sicilia nos da buena cuenta de su poder y lo compara con las otras clases sociales:

[17]

Dividido todo el territorio en tres partes, la primera porción la tiene la clase de los sacerdotes, afortunada con la mayor consideración entre los nativos por su cuidado de los dioses y porque esos hombres demuestran, por su educación, la mayor inteligencia. Con esos ingresos llevan a cabo todos los sacrificios de Egipto, alimentan a sus servidores y costean sus propias necesidades [...] En general, están ocupados con el rey, deliberando sobre las cosas más importantes [...] el sacerdocio no lo recibe un solo hombre o una sola mujer como entre los griegos, sino que están ocupados muchos en los sacrificios y honores a los dioses y transmiten la misma dedicación a sus descendientes. Y éstos están libres de impuestos y son los segundos después del rey

produce durante dicho gobierno hicso. (Cf. Ignacio Errandonea, *Diccionario del mundo clásico*, s. v.)

en honores y poderes. La segunda porción la han recibido los reyes para sus ingresos, con los cuales costean las guerras, mantienen su esplendor y honran a quienes se comportan valerosamente con regalos de acuerdo con su mérito; no ahogan con impuestos a los particulares, gracias a la riqueza procedente de ello. La última porción la tienen los llamados guerreros, obligados al servicio en el ejército, para que los expuestos al peligro, estando muy bien dispuestos para con su país a causa de esas reparticiones, acepten de buen grado los horrores producidos por la guerra [...] Hay otras tres clases de ciudadanía, la de los pastores, la de los campesinos y también la de los artesanos. Los campesinos, pues, alquilando por un pequeño precio la tierra productiva del rey, de los sacerdotes o de los guerreros, permanecen todo el tiempo ocupados en el trabajo de su territorio [...] el mismo razonamiento existe también para los pastores.⁸

Siendo esta la situación reinante desde tiempos faraónicos, el sistema no es el resultado de una medida impuesta por la racionalidad helena, ni siquiera hubo cambios rápidos o de largo alcance, la dominación griega que duró unos tres siglos no ocasionó una ruptura drástica de la sociedad o la economía; la sociedad se modificaba, sí, pero los cambios estructurales tuvieron lugar de modo gradual y no necesariamente como resultado de la invasión de los macedonios. Uno de estos cambios fue sin duda la afluencia de extranjeros a las ciudades egipcias que, en aquellos siglos III-II a. C. son las capitales más importantes, encabezadas obviamente por Alejandría; y no sólo son emigrantes griegos, los judíos serán otra gran raza que poblará el territorio egipcio y contribuirán tanto como los primeros a la formación del mundo helenístico con su característico temperamento.

Alejandro se dio a la tarea de fundar diversas ciudades que dieran cuenta de su dominio, por lo que todas recibían su nombre como sello. Hubo tantas Alejandrías, que en la Antigüedad es usual que se anexiona la localización de la que se desea hablar; así, la que fue la Alejandría egipcia, pasó lentamente a ser, por antonomasia, Alejandría. El emplazamiento de la ciudad está envuelto en la leyenda, pero su disposición física no es menos conocida, porque desde su fundación no ha dejado de estar habitada, aun así, por el

⁸ D. S., I. lxxiii. 2- lxxiv. 5., trad. de Francisco Parreu.

trazado de las calles actuales y la descripción que hace Estrabón,⁹ podemos sacar algunas cosas en claro: estaba asentada junto a un profundo y amplio puerto doble mejorado en tiempos del primer Ptolomeo; en él, la pequeña isla de Faros contenía el famoso edículo que iluminaba la entrada al puerto y que por ello se llamó faro.¹⁰ A las ventajas naturales del emplazamiento, producto del flujo de riquezas por tierra del sur y por mar del norte, se aunaba la pureza de su aire marino merced a los vientos etesios que la hacían salubre incluso en el verano mediterráneo.

[19]

La ciudad estaba situada al oeste del Delta, en el istmo entre el mar y el lago Mareotis, cerca de la afluyente Canope del Nilo. La vieja Alejandría se encuentra en parte hundida bajo las aguas mediterráneas en la actualidad, mas se sabe que tenía una forma alargada y que su perímetro era superior a los quince kilómetros y su plano cuadrículado fue diseñado por el rodio Dinócrates. Dos vías principales de unos treinta metros cada una se cortaban en ángulo recto y dividían la ciudad en cinco barrios que llevaban el nombre de las cinco primeras letras del alfabeto heleno. Entre los monumentos más importantes destacaba el gimnasio con sus magníficas columnatas, el tribunal (δικαστήριον) y la tumba (σῆμα) de Alejandro, aislados de la ciudad por un gran muro. El palacio real ocupaba una cuarta parte de la ciudad y estaba constituido de ligeras construcciones, jardines, el Museo y la Biblioteca. El puerto estaba dividido en dos por un espigón (ἑπταστάδιον) que unía la isla de Faros con tierra firme; al este, el gran puerto con el tráfico principal y parte del cual estaba reservado al rey; al oeste, con el puerto de guerra, el Eunósto —“buen regreso”—, un estanque artificial que comunicaba con el lago Mareotis. El barrio populoso egipcio era el Racotis con sus estrechas callejuelas entre las que se levantaba el Serapeo; pero la ciudad pronto se desbordó por el lado oeste en el suburbio de Eleusis con el estadio, el hipódromo y un cementerio; mas al noroeste se hallaba la necrópolis principal y, a lo largo del canal que unía Alejandría

⁹ Strab., xvii. i. 8.

¹⁰ El faro constaba de un edificio de tres pisos superpuestos —unos ciento diez metros de alto— y coronado con una linterna con un juego de espejos convexos que reflejaban la luz de un fuego de madera resinosa. El arquitecto fue Sótrato de Cnido y fue completado alrededor del año 280 a. C. (Cf. Graham Shipley, *El mundo helenístico después de Alejandro 323-30 a. C.*, trad. de Magdalena Chocano, p. 239.)

con Canope había hermosos jardines y suntuosas residencias en las que se llevaba una vida de lujos y disipaciones, según testimonios antiguos.¹¹

[20] La población urbana debió ser de unos cuatrocientos o quinientos mil habitantes, compuesta como vimos de las etnias griega, egipcia y judía; la ciudadanía la ostentaban sólo los macedonios y los griegos, clasificados como *demes*; siguiendo el modelo de Atenas, tenían un Consejo (βουλή), un *Pritaneo*; una sección de éste fungía en la Dirección del mismo por un mes, y la otra de Asamblea, pero sin las funciones efectivas de tales instituciones democráticas y que debieron ser abolidas conforme los gobernantes adoptaron el pleno sentido monárquico. Aun con todo este despliegue, Alejandría nunca logró arrebatarle a Menfis su carácter sacro, permaneciendo esta última como el corazón espiritual de Egipto.¹²

Egipto, una tierra femenina

Herodas, un poeta griego del siglo III a. C. define así la tierra milenaria de Egipto que los helenos conocían y admiraban, al menos desde hacía unos doscientos años:

[...] allí tiene su morada la diosa. Efectivamente, en Egipto se encuentra todo lo que hay o se produce en cualquier parte del mundo: riqueza, palestras, poder, buen clima, fama, espectáculos, filósofos, joyas, jóvenes apuestos [...] hay además [...] vino, todo cuanto uno puede apetecer; mujeres en tal cantidad que ni el cielo puede presumir de tener semejante número de estrellas; ¡por Perséfone!, igualitas a las diosas que acudieron a Paris para someterse a juicio respecto a su belleza.¹³

Como se reconoce en las frases del poeta, ese halo de paraíso maravilloso que ya le reconocían los primeros griegos que viajaron hasta las márgenes del Nilo se sostiene hasta el día de hoy para todo ese oriente exótico.

¹¹ Cf. Pierre Lévêque, *El mundo helenístico*, trad. de Julià de Jòdar, p. 72.

¹² Para un análisis exhaustivo del universo social, económico y cultural de Alejandría, cf. G. Shipley, *op. cit.*, pp. 241 y ss.

¹³ Herod., I. 23-36, trad. de José Luis Navarro.

Para los egipcios su tierra era *Kemi*, “la tierra negra”¹⁴ que se extendía entre las montañas árabes y las llanuras libias, tierra de aluvión que se acumuló durante los cientos de años de inundación anual producida por las lluvias del África central. Aquélla sería un desierto de no ser por las corrientes vivificantes del Nilo, conformado por sus afluentes; uno formado desde las blancas espumas de los lagos centrales del continente —hoy: Victoria y Alberto— y el otro proveniente de Etiopía. Pero *kem* significa “negro” y éste era el color de la muerte, el color del “otro mundo” y del cielo nocturno que es el camino para ese “más allá” que se yergue como eje de la vida egipcia, aunque algo haya de paradójico en que la vida se sustente en la muerte; sin embargo, ello sólo es ante nuestros ojos occidentales, acostumbrados a la dicotomía que todo lo divide: lo blanco de lo negro; lo carnal de lo espiritual; lo vivo de lo muerto. Negro era también el color del rico cieno que dejaba sobre la tierra la inundación renovadora y daba nombre al país; era el color de la fertilidad y se relacionaba así con el verde como color de la vida, al punto que, para un egipcio, “hacer cosas verdes” era hacer cosas buenas que afirman la vida, empleando indistintamente uno u otro color para el simbolismo positivo.¹⁵ Isis, la diosa de la verde naturaleza era también la diosa negra de los misterios de la Muerte y la Resurrección: “La Dama que conquista a la muerte a través de la sagrada renovación”.¹⁶

[21]

Isis representaba con mucho aquel suelo negro que encerraba tales conceptos, matriz y tumba de todo, era, por tanto, la diosa de las mujeres. Este simbolismo dual de la tierra que sustentaba a este pueblo se reconoce para ellas, dado que acunan en su vientre y luego en sus brazos a la nueva vida envolviéndola en pañales; y son también las que lo amortajan y lloran al morir; compañeras en el nacimiento y en el deceso. En la primera referencia del poeta Herodas, la riqueza y la magnificencia de Egipto se equipara con la belleza y multiplicidad de sus mujeres, como si éstas fueran el parámetro de su esplendor, el esplendor de “la tierra de la Diosa” como la nombra el heleno, reconociendo que unas y otras

¹⁴ Así en: Christiane Desroches-Noblecourt, *La mujer en tiempos de los faraones*, trad. de José Miguel Parra, p. 3. Para Isidora M. Forrest el término correcto es *Kemet* (*La magia de Isis. Cómo cultivar la relación con la Diosa de los Mil nombres*, trad. de Graciela Frisbie, p. 157.)

¹⁵ Cf. *Ibid.*, p. 157.

¹⁶ *Idem.*

se hallaban íntimamente ligadas en el pensamiento y la sociedad egipcia. Dicha equiparación parece válida porque aquél se yergue como el país donde las mujeres eran iguales a los hombres, y ello lo debían a la Diosa: “Eres la Señora de la tierra [...] / Has hecho que el poder de las mujeres sea igual al de los hombres”, rezaba un himno a Isis.¹⁷

[22]

La egipcia fue la afortunada mujer de la Antigüedad que gozó de una igualdad con su marido; dicha paridad entre los sexos parece haber existido desde los primeros tiempos de esta civilización; fue entendida como un hecho natural y por ello profundamente arraigado en el pensamiento, al punto que nunca supuso un problema.¹⁸ Este concepto se reconocía en su religión, donde “la pareja” es la imagen de lo divino, paridad desde la creación que los egipcios adoraban y trasladaban a los humanos, al punto que se introdujo en la antroponimia, ya que los nombres podían emplearse para ellos lo mismo que para ellas. Esta paridad desconcertaba a los pueblos vecinos con sus costumbres segregativas, de tal suerte, Heródoto verá en los egipcios una especie de mundo al revés: “Entre ellos son las mujeres las que van al mercado y hacen las compras, en tanto que los hombres se quedan en casa tejiendo [...] los hombres llevan los fardos sobre la cabeza; las mujeres sobre los hombros. Las mujeres orinan de pie; los hombres, en cuclillas”.¹⁹

Hay todavía mucha reticencia a aceptar la igualdad de las egipcias y, se enfatiza, por ejemplo, que no la poseían desde el punto de vista político,²⁰ esto es algo que debe reflexionarse con detenimiento. En primera instancia, Egipto fue la única nación que otorgó a la mujer un estado legal igual al del hombre y que se corrobora desde el Reino Antiguo hasta el Reino

¹⁷ Papiro Oxirrinco, 1380 apud C. Desroches-Noblecourt, *op. cit.*, p. 29.

¹⁸ Así, en las figurillas de arcilla depositadas en las tumbas primitivas de Egipto y que representan familias integradas por el padre, la madre y los hijos. Ambos cónyuges tienen dimensiones y posturas parecidas, si bien respetando sus complejiones diferentes, aspecto del dimorfismo sexual que no debe suponerse, como ya plantea Desroches-Noblecourt, como un simbolismo de sumisión de una ante el otro. (*Ibid.*, p. 178.)

¹⁹ Hdt., II. 35, trad. de Carlos Schrader. Sobre el particular de que los varones orinen en cuclillas y su posibilidad de que refleje una costumbre proveniente de los persas que tenían un país sometido durante los tiempos de Heródoto.

²⁰ Así en: I. M. Forrest, *op. cit.*, p. 125.

Nuevo, aunque al parecer, hay cierto retroceso durante el conocido como Reino Medio. Jurídicamente hablando, hija e hijo eran tratados por igual. Una vez que ella alcanzaba la mayoría de edad²¹ o se casaba, adquiría total libertad, pero desde que la niña fuera capaz de entender y evaluar las consecuencias de sus actos, contraía obligaciones legales. Tales prerrogativas y responsabilidades no se modificaban en lo absoluto por su matrimonio o por el alumbramiento de hijos. En este sentido, aunque las mujeres eran el “corazón del hogar”, su autonomía estaba desligada de su biología,²² por lo que, creo, podemos entenderla como una verdadera libertad social. Incluso carecían de tutores, lo que significaba que podían poseer bienes, realizar adquisiciones, contratos o comprometerse por escrito; heredaban y daban en heredad, e incluso, aunque respetando el consejo paterno, eran libres al momento de elegir marido.

[23]

Las mujeres gozaron de tales derechos y supieron hacer uso de ellos a tal punto que sus gobernantes griegos habrían de tratar de limitarlas, ya que sus propias mujeres se beneficiaron de ellos, incluso dentro del ámbito del gobierno,²³ ya que, si una mujer del pueblo podía desplegar tales actividades administrativas y de control, cuánto no podía hacer una dama noble o una princesa de la casa real. Dice al respecto la egiptóloga Christiane Desroches-Noblecourt:

Se admite como un hecho indiscutible que la herencia del carácter regio era asumida por la reina, que ‘traspasaba la esencia divina al hijo real’. Este concepto implicaría que ella misma debiera ser hija de un faraón; de este modo, mediante su unión con un pretendiente al trono que no era un heredero directo, podía transmitir la sangre real solar a los hijos del nuevo soberano. Los derechos de la madre, la hija real, eran primordiales.²⁴

²¹ La etapa exacta de dicha mayoría de edad no se ha podido dilucidar con precisión. (Cf. C. Desroches-Noblecourt, *op. cit.*, p. 322, nota 3.)

²² Cf. *Ibid.*, p. 184.

²³ Ptolomeo IV Filópator modificará el derecho egipcio para regresar a la noción de igualdad entre los sexos, ya que las mujeres habían abusado de sus prerrogativas. (Cf. *Ibid.*, p. 185.) No obstante, tal vez esta sea una medida tomada ante los inminentes movimientos rebeldes de la época que involucraron a su madre.

²⁴ *Ibid.*, pp. 33-34.

Según consta en el historiador egipcio del siglo III d. C., Maneto,²⁵ desde la segunda dinastía (ca. 2890-2686), para tiempos del faraón Bino-tris se admitió que las mujeres pudieran ejercer el poder. Obviamente la información de los griegos antiguos y sus fuentes eran elusivas, así, Heró-doto sólo menciona una reina, Nitocris,²⁶ y Diódoro Sículo²⁷ considera a cinco de ellas. Las listas egipcias de Ábidos y Karnak no registran ningún nombre femenino,²⁸ ello tal vez porque muchas sufrieron la *damnatio memoriae*, pero también porque para los antiguos, el gobierno, si no se ejerce de forma directa, no se admite como tal; esto es, que las corregencias o las regencias, no se consideraban un gobierno en estricto sentido. Así pues, las mujeres reales recibieran o no el título de soberanas, fueron depositarias del poder que transmitían por legitimidad de su nacimiento y, en épocas de profundas crisis serán precisamente ellas quienes explícita o implícitamente asumirán el control y, alcanzarán una influencia que rescató a Egipto de verdaderos baches políticos y se convertirán en los modelos de las reinas helenísticas.

La igualdad que he referido arriba se practicaba desde la infancia, pues las niñas se ejercitaban y jugaban con los niños, y con ellos también se educaban, al punto que podían aspirar a diversas profesiones u oficios. Dicha especialización se realizaba bajo la tutela de un “anciano” que la guiaba o en las Casas de la Vida que las grandes haciendas religiosas incluían en sus recintos; obviamente las primeras beneficiarias de esta educación eran las hijas de los nobles que podían asistir a la escuela del Palacio junto con los hijos reales. Las mujeres eran llamadas por su nombre y si estaban casadas, éste iría precedido de la expresión *nebet-per*, “señora de la casa”, y todas eran *ankh-en-nuit*, “habitante de la ciudad” que podía ser *nemehyt* (“propietaria”). No todas estas prerrogativas parece que las disfrutaron desde los primeros momentos, aunque parece que eran consideradas dentro de la sociedad; y en el Reino Antiguo ya estaban en plano de igualdad con los hombres y continuaría hasta los tiempos de la conquista persa.

²⁵ Man. Hist., *Frg.*, 8

²⁶ Hdt., II. 100.

²⁷ D. S., I. xlv. 4.

²⁸ Cf. W. G. Waddell, en Manetho Ptolemy. *Tetrabiblos*, p. 37, nota 1.

La igualdad jurídica hacía de la esposa una consorte. Si bien se le exigía la virginidad antes de casarse y la fidelidad después del matrimonio so pena de muerte de cometer adulterio, existía sin embargo el divorcio, y sabemos de alguna mujer que lo solicitó por expresa petición de su amante.²⁹ Lo cierto es que, en el seno familiar, la madre no estaba bajo la autoridad ni de su marido ni de su hijo primogénito a falta de aquél. La esposa heredaba —o al menos tenía la posibilidad de hacerlo— en plano de igualdad con los hijos al fallecimiento de su esposo, incluyendo los bienes inmobiliarios y dicha prerrogativa se extendía a las hijas en relación con sus hermanos varones. A tal punto disfrutaba una egipcia de independencia jurídica que una hija podía llevar ante la justicia a su padre en razón de proteger sus propios intereses, mismos que la podían llevar a desheredar a sus hijos, disponiendo de sus bienes ya fueran habidos por herencia o conseguidos fuera de su matrimonio. De tal suerte, y a diferencia de las naciones mediterráneas, la falta de tutela daba una libertad inusitada a las egipcias, pero al propio tiempo hacía de ellas ciudadanas con responsabilidades y, de ser perseguida por la autoridad, era la misma mujer quien tendría que enfrentar los cargos imputados.³⁰

[25]

La educación femenina es otro de los acicates para la grandeza de las egipcias. Como hice mención, las niñas se educaban y, aunque en menor número, también podían optar por desempeñar un oficio e incluso una profesión. Esta prerrogativa abría el horizonte para las mujeres que no necesariamente tendrían como única meta el matrimonio. Así pues, sin importar su clase social, las egipcias que habían recibido instrucción esperarían llegar a desempeñar diversos oficios y profesiones, practicadas indistintamente por mujeres o por hombres, si bien siempre en menor medida que sus congéneres masculinos.³¹

De entre las profesiones u oficios por los que optaba una mujer, estarían aquellos relacionados con el cuidado: las nodrizas o niñeras de las clases bajas no requerían de un entrenamiento, pero las que pretendieran serlo

²⁹ Cf. C. Desroches-Noblecourt, *op. cit.*, p. 213.

³⁰ Al parecer, entre las clases bajas, las mujeres podían ser consideradas corresponsables de los actos punitivos de sus maridos. (Cf. *Ibid.*, p. 192.)

³¹ Incluyendo el notable caso de Nebet, juez y visir de la VI dinastía (ca. 2345- 2181 a. C.) que parece una excepción que no se repetirá sino hasta la XXVI dinastía. (ca. 672- 656 a. C.)

de las clases altas o incluso de palacio, debían tener una instrucción que les permitiera fungir a la vez de preceptoras, ya sea de las princesas o de los príncipes, aun en sus estudios. Las comadronas estarían en la misma posición; las que atendían a las reinas y a las nobles normalmente tenían estudios de medicina; aun en fecha tan temprana como el Reino Antiguo (*ca.* 2628- 2100 a. C.) ya existen noticias de las médicas que asistían a mujeres y niños principalmente.³²

[26] No era inusual que las mujeres en las cortes desempeñaran profesiones artísticas como cantantes-músicas, así también como tejedoras; miembros de los harenes reales fungían muchas veces como: “superiores de los talleres de tejeduría palacial”, y no era raro que las damas de la aristocracia tuvieran sus propios talleres que dirigían con habilidad. Junto a estas artistas del hilado estaban las grandes peinadoras que anhelarían el cargo de “intendente de la habitación de las pelucas”, encargadas de la manufactura de estos imprescindibles elementos de la decoración personal, tanto de hombres como de mujeres.

Algunas tenían estudios de escriba, y no era imposible que una entrara en la administración, incluso del Palacio. La administración de bienes era una responsabilidad importante que incluía la gestoría y la mayordomía de territorios o heredades, estos cargos administrativos fueron desempeñados incluso dentro del Palacio por mujeres de manera exitosa.³³ Los negocios de estas damas comprenderían en ocasiones algunas actividades que aún podemos reconocer en nuestros días, así, había diversas funcionarias de Palacio como: superiora del harén, organizadora de fiestas y placeres del rey, intendentes de las bailarinas reales, intendente de cantantes e inspectoras en general que ponían todo a punto y supervisaban responsablemente las recepciones y los momentos de relajación que ofrecía el faraón para los extranjeros o para sí mismo. Verdaderas compañías artísticas que incluían músicos, cantantes, acróbatas y demás artistas; éstas podían ser regenteadas

³² Peseshet ostenta el título de “directora de las doctoras” según consta en la mastaba de Guiza (esa estructura funeraria del Egipto antiguo fabricada de adobe y con forma rectangular, techo plano y lados inclinados hacia adentro), siendo el primer ejemplo que tenemos de una médica.

³³ De tal suerte, las egipcias no dudaron en ser “mujeres de negocios” como Nenofer, te-rreteniente y poseedora de importantes bienes durante el Reino Nuevo (*ca.* 1551-1070 a. C.).

por mujeres que se ofrecían para las fiestas privadas, desde el Palacio hasta las casas de particulares, pasando por las notables festividades religiosas.

El clero era otro de los sectores abiertos a la mujer en Egipto,³⁴ y normalmente ligado a las diosas como Hathor o Neith, empero, no estaba censurado que las mujeres sirvieran a un dios como Toth, Ptah, Khonsu o Sobek el dios cocodrilo, incluso una reina ostentó el título de sacerdotisa de esta deidad. Así pues, con detentar este cargo recibían la misma retribución y el título de Profetisa o Servidora del dios (*Hemet-netjer*). El clero subalterno y auxiliar estaba formado casi exclusivamente por mujeres, ya fuera como preparadoras, purificadoras, vigilantes, cantantes o tocadoras de sistro o, “sacerdotisa funeraria” —rodeada de sus ayudantes y plañideras—, tales podían incluir la administración de los templos. Durante el Reino Medio apareció el cargo de “Esposa del dios” o “Divina adoratriz”, el cual comenzó siendo para las mujeres nobles y cuya función era despertar el apetito sexual de la deidad a su cuidado, ya fuera Min, Amón o Ptah, e incluía el tipo concreto de “Mano del dios”, cuyo papel representaba veladamente el deseo del dios creador. La “Esposa del dios” fue pronto un cargo de la reina, por lo que se abrieron otros para las mujeres de la alta nobleza e incluso del pueblo, como “Cantante de Amón” y “Profetisa del dios”.

[27]

Los cargos hasta ahora expuestos requerían preparación y educación, pero muchos oficios del pequeño artesanado no necesitaban de ninguno de los dos: hilanderas y tejedoras confeccionaban ropas, y en sus hogares —algunas— podían elaborar perfumes y ungüentos, junto a todo lo que completaba el atavío femenino: peluqueras, pedicuras, manicuras, masajistas, maquillistas y un largo etcétera. Con todo, el ramo artesanal casi estaba por entero en manos de varones, incluyendo el de la lavandería, la confección de alimentos —salvo la elaboración de cerveza que era usualmente encargado a las mujeres— y la cocción del pan, pero el molido del grano era una actividad femenina. Era muy raro que ellas asistieran al campo, como extraño también es su representación en estas actividades agrícolas. Tampoco parece que se les asignaran labores de cuidado de animales o de carnicería de los mismos.

³⁴La mención de Heródoto sobre que las mujeres no ejercían el sacerdocio puede referirse en el sentido de un puesto de “sumo sacerdote”. (HDT., III. xxxv. 4.)

En la vida privada, las egipcias parece que disfrutaron también de una libertad de acción inusitada para la época. Aspectos como la virginidad antes del matrimonio o las intrigantes noticias que parecen referir a una ablación de las niñas pondrían en tela de juicio la libertad femenina antes expuesta. Existen noticias literarias que expresan claramente el amor femenino, incluso con tintes eróticos bastante explícitos;³⁵ y ello lleva a cuestionarse si se trata de un grupo de “mujeres liberadas” o si había excepciones a la regla, puesto que, incluso en naciones misóginas como la de los romanos, existían “vericuetos” en sus leyes que fueron explotados hábilmente por las mujeres.³⁶ De igual forma, estos cantos llevan a sospechar de las noticias sobre una ablación femenina, dado que, ¿cómo una mujer mutilada en su intimidad podría expresar aquellas sensaciones físicas? Noticias claras sobre la mutilación no aparecen sino con la Edad helénica, siglo II a. C., aunque existen ciertas frases que aluden aparentemente a ello en el siglo V a. C., pero ya estaríamos en tiempos de la dominación persa.³⁷ Lo más plausible es que esta costumbre no pertenezca a los egipcios y que no la practicaran ni profusa ni tempranamente; es más, se ha estimado que haya sido importada de Oriente Próximo, pero dado que es usual la ablación entre los grupos camito-semitas, como los masái de Kenia o los bantúes, José Carlos Castañeda sugiere que fuera introducida más o menos con éxito durante las dinastías XXIV y XXV por la influencia nubia de la misma.³⁸

Aquellos deseos amorosos y sexuales podían, no obstante, dirigirse al hombre que se deseaba desposar, como dan buena cuenta algunos de los aludidos textos. No era imposible que una mujer participara en la decisión de su boda, es más, bastaba que el padre aprobara al elegido para poder desposarlo; las prerrogativas femeninas continuaban dentro de su matrimonio, puesto que los contratos de esponsales pretendían siempre fijar las provisiones de subsistencia de las mujeres, así como asegurar la herencia de los hijos en caso de disolución del vínculo o muerte del cónyuge. El patrimonio común comprendería dos partes muy distintas: lo que

³⁵ Cf. Ch. Desroches-Noblecourt, *op. cit.*, pp. 214-218.

³⁶ Al respecto, en el apartado de Bibliografía, *vid.* Eva Cantarella, *La mujer romana*.

³⁷ Cf. José Carlos Castañeda Reyes, *Fronteras del placer, fronteras de la culpa. A propósito de la mutilación femenina en Egipto*, p. 29.

³⁸ *Ibid.*, pp. 30-31.

la mujer aportaba y lo que tenía derecho a recibir, y ello incluía los bienes durante la sociedad conyugal, por lo que podemos entender que, en el divorcio o luego del fallecimiento del marido, ella recuperaba su dote y una parte jugosa de los bienes tanto en común como del esposo.

Por otro lado, si bien entre los reyes es clara la poligamia, no lo es así para los miembros de su pueblo, aunque se sospeche que, como para con los faraones una sola fuera la esposa y las demás las cónyuges secundarias, nada en los textos e inscripciones nos permite afirmarlo y tampoco esta-

[29]

mos en condiciones de señalar que existiera la poliandria, por más que dos escultores del distrito de Deir el-Medina estuvieran casados con una misma mujer.³⁹

El divorcio era algo no muy común en Egipto, porque implicaría una onerosa carga para el marido y ello auxiliaba a la estabilidad de un matrimonio. El adulterio era el medio más común para pedir el divorcio, pero había modos en que se podía arreglar este “terrible crimen” que, según noticias, era un delito, por el que se corría el riesgo de morir entre las fauces de un cocodrilo. Cuando un marido tenía la sospecha de que su mujer le fuera infiel, podía llevarla a que realizara un juramento a los dioses ante un testigo. Se creía que éstos cegarían a la perjura y, si esto no ocurría, la esposa podía exigir, por la ofensa una retribución monetaria. Otros motivos para la separación de los esposos eran la esterilidad, la incompatibilidad de caracteres o el que uno de los esposos se enamorara de un tercero o tercera. Conocemos el caso de un cónyuge que se divorció luego de veinte años de matrimonio porque “había encontrado al amor de su vida”.⁴⁰ La moral egipcia sugería a sus hombres: “No te divorcies de una mujer de tu casa porque ella no haya concebido un hijo”, pues la solución sería adoptar uno.⁴¹ Sin embargo, era la muy posible carga económica que pesaría sobre el marido la que consiguiera la anhelada fidelidad masculina; por ejemplo, si el marido no contara con el dinero para pagar a su esposa la indemnización correspondiente, ella podría continuar viviendo en el domicilio conyugal hasta que él pudiera asegurar su subsistencia por medio de los

³⁹ Ch. Desroches-Noblecourt, *op. cit.*, p. 228.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 230.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 230-231.

bienes acordados. Caso contrario, un esposo repudiado, no representaba un negocio tan sustancial como el expuesto anteriormente; el marido recibía sólo la mitad de la cantidad que se estipulaba para las mujeres en igual situación y, dependiendo de los casos, el varón recuperaba dos tercios de los bienes comunes.

[30] A todo esto, tanto el matrimonio como el divorcio eran actos de entera voluntad y no se necesitaba ningún tipo de contrato, aunque en el segundo caso se podía establecer uno. El adulterio era sancionado sin lugar a duda, aunque las penas varíen de la muerte al exilio;⁴² podía la mujer argumentar “seducción”, y la ley la amparaba al considerarlo como una violación, por lo que el marido no tenía derecho de repudiarla, aunque estuviera encinta de su amante.

De tal suerte, todas estas prerrogativas y libertades nos permiten asegurar que las egipcias fueron las mujeres más liberadas de todos los tiempos, porque incluso en el nuestro, una era de “derechos femeninos”, muchas mujeres no pueden, ya no digamos poseer las prerrogativas, sino siquiera aspirar a ellas.

La dinastía de los Ptolomeos

Ptolomeo, el general victorioso y mano derecha de Alejandro se casó con Eurídice, cuarta hija de Antípatro, regente de Macedonia, alrededor del año 322 a. C.⁴³ y disfrutaron de cierta tranquilidad marital y del nacimiento de cuatro hijos:⁴⁴ Ptolomeo Cerauno —el Rayo—, otro varón y tres mujeres, de las que conocemos a Lisandra y Ptolemais. Sin embargo, a la corte llegó Berenice, hija de Magas y de Antígona, la de Casandro, y por tanto sobrina de Antípatro y prima de Eurídice; arribaba a Egipto como viuda

⁴² *Ibid.*, p. 236.

⁴³ El destino de la dama persa Artacama con la que Ptolomeo se casó en Susa, así como el supuesto desposorio con una princesa egipcia para legitimar su trono son discutidos. (Cf. Grace Macurdy, *Hellenistic Queens. A study of woman-power in Macedonia, Seleucid, Syria, and Ptolemaic Egypt*, p. 102.)

⁴⁴ Seis, según el diccionario enciclopédico de Oxford. (Cf. Simon Hornblower y Antony Spawford, *The Oxford Classical Dictionary*, s. v. ‘Ptolemy I’.)

y madre de dos hijos, Magas y Antígona que había tenido con un tal Filipo, macedonio de no gran linaje. Berenice se asentó como dama de compañía de su prima. La reputada belleza de ésta rindió muy pronto a Ptolomeo que la hizo su amante. No debe extrañar que ambas mujeres permanecieran en la corte, ya que los macedonios solían ser polígamos, pero las preferencias favorecían a Berenice, al menos así lo relatan las fuentes posteriores:

¡Y cómo la afamada Berenice entre las más prudentes destacaba! Para sus padres era grande ayuda. La augusta hija de Dione, que impera en Chipre, hábale impuesto en el fragante seno sus manos delicadas. Por eso, según dicen, a ningún hombre enamoró mujer alguna como amó Ptolomeo a su esposa. Ella con mucho más amor correspondía.⁴⁵

[31]

Eurídice debió ser desplazada por el nuevo amor de su marido y para el 286 a. C. la reina se ha retirado a Mileto, tal vez repudiada por Ptolomeo y, aunque era una rica heredera merced a las posesiones que le dejó su madre, decidió permanecer soltera y ser la madre de los herederos del trono egipcio. En aquel año la vemos concertando el matrimonio de su hija Ptolemais con Demetrio el Sitiador, luego de que éste había enviudado de la hermana de la propia Eurídice.⁴⁶ El destino de Lisandra y de su hijo mayor se relacionó con la subida al trono egipcio del hijo de Berenice, así como de la hermana de éste que se desposó con Lisímaco de Tracia.⁴⁷ Parece que

⁴⁵Theocr., xvii. 34-41, trad. de Manuel García.

⁴⁶La boda se celebraría. Ptolemais será la madre de Demetrio el hermoso, futuro padre de Atígono Dosón.

⁴⁷Arsínoe II, hija de Berenice I, casó con Lisímaco y; Lisandra, hija de Eurídice, con uno de los herederos del trono de Macedonia: Alejandro. Pero, a la muerte de éste por manos de Demetrio el Sitiador, huyó a Tracia y allí fue desposada con el hijastro de Arsínoe II, a donde finalmente también llegaría Ptolomeo Cerauno huyendo de Egipto cuando su medio hermano subió al trono. Lisímaco, quizá instigado por su esposa, Arsínoe II, asesinaría a su hijo y ello provocaría no sólo la huida de Lisandra y sus hijos en busca de refugio con Seleuco de Asia, el cual tomaría posesión de territorios asiáticos que había dominado Lisímaco, quien a su vez se hallaba ya malquistado con su pueblo luego del filicidio en comento. Los dos monarcas se enfrentarían y Lisímaco moriría en batalla; motivo por el cual Arsínoe II huyó para refugiarse en Casandrea, ciudad de Macedonia. Ptolomeo Cerauno se alió momentáneamente con Seleuco, pero después lo asesinaría para apoderarse de Tracia y

Eurídice durante la regencia y posterior dominio de su hijo en Macedonia se estableció en Casandrea y logró gobernar aquella plaza merced a tropas mercenarias que sostuvo de su propio erario; según Polieno,⁴⁸ restauró la libertad de esta ciudad y fue grandemente honrada allí. No sabemos cuándo haya muerto. El destino de su cuarto hijo será obra de Arsínoe II, esa hija de su tal vez odiada rival.

[32]

La estrella de Berenice relumbró en la capital del nuevo reino. Con Ptolomeo tuvo a Arsínoe II, Ptolomeo II y Filotera. Alrededor del 287 a. C. debió ocurrir la boda entre los amantes; para el 290 a. C. fue elevada al trono como reina oficial y madre del heredero, Ptolomeo II. Pero mucho antes, en el 298 a. C. la hija de su primer matrimonio, Antígona, fue desposada con Pirro, rey de Epiro, en tanto que su hijo Magas fue virrey y luego soberano de Cirene. Como ya hemos mencionado, su hija mayor con Ptolomeo fue dada en matrimonio al viejo Lisímaco de Tracia entre el 299 y 300 a. C., con la cual queda claro que Berenice ya gozaba de un estatus oficial antes de su coronación como reina. Ptolomeo murió a los ochenta y cuatro u ochenta y cinco años (*ca.* 282 a. C.) y debió ser mucho mayor que ella —según Beloch⁴⁹ nacida en el 340 a. C., por tanto, unos veintisiete años menor que él—; sin embargo, parece que la reina nunca tuvo un poder real fuera del que le daba el ascendiente sobre su marido, dado que siempre se le ha recordado por su carisma y su bonhomía. No es claro si Berenice alcanzó el reinado de su hijo, subido al trono en 284 a. C. cuando su padre se retiró del poder por ancianidad. Pero el cariño que por ella profesó Ptolomeo debió transmitirse a su pueblo, que no dudó en admitirla en el número de los dioses, no sólo en el templo a los “dioses salvadores” donde su marido era adorado en su compañía, sino también en un santuario propio, el Bereniceo.⁵⁰ Sobre su deificación recuerda Teócrito:

Macedonia. Asimismo, para evitar que su media hermana y los hijos habidos de ésta con Lisímaco heredaran el trono, asesinó a sus sobrinos, luego de engañarla casándose con ella. Desterrada y con sus hijos muertos, Arsínoe II habría luego de buscar refugio en la corte de su hermano. Ptolomeo Cerauno sería finalmente derrotado en una posterior incursión lenta a su territorio.

⁴⁸ Polyaen, vi. vii. 2.

⁴⁹ *Apud* G. Macurdy, *op. cit.*, p. 107.

⁵⁰ Ath., *Deipn.*, 202d.

Augusta Afrodita [...] por gracia tuya, la hermosa Berenice no cruzó el Aqueronte, repleto de gemidos, pues tú la arrebataste antes de que abordara la sombría nave del siempre odioso barquero de los muertos; la pusiste en tu templo, y con ella compartiste tus honores. Benigna con todos los mortales, inspira desde allí dulces amores y mitiga las cuitas del que añora.⁵¹

El reino egipcio estaba gobernado por Ptolomeo II, en tanto que Magas II, su medio hermano de madre, era el virrey de Cirene y su fidelidad se mostrará en ocasiones dudosa; pero la posible defección de Cirene no representaba para Egipto un problema tan grave como lo era Grecia para Antígono o los diversos reinos asiáticos para Antíoco, los otros monarcas helenísticos; en Egipto se había implantado de manera sólida una dinastía con un vasto territorio que incluía Ciropedión, Celesira, Palestina, Tiro y Sidón; las fronteras del este —acosadas por los nómadas del desierto libio— estaban seguras con la simple organización de tropas de vigilancia; no obstante, el reino del sur, allende las primeras cataratas, Méroe, así como su rey eran más temibles, comprendiendo los estados de Nubia y Etiopía, mismas regiones que finalmente fueron gobernadas por un rey protegido y helenizado, con lo que el peligro quedó conjurado. Más aún, desde el 286 a. C., Egipto imponía su predominio sobre la Confederación de las Cícladas y también sobre Chipre merced a las buenas maniobras del almirante Filocles, antes el último rey de Sidón con el nombre autóctono de Eshmunazar II.⁵²

Ptolomeo II se casó alrededor del 285 a. C.—aunque la fecha es incierta— con Arsínoe I, nieta de Antípatro, hija de Nicea y de Lisímaco de Tracia; con ella tuvo tres hijos: Ptolomeo III, Lisímaco y Berenice II a lo largo de ocho años de matrimonio. Mas, en el 277 a. C. llegó a Egipto, procedente de Samotracia, Arsínoe II, hermana carnal de Ptolomeo II y viuda de Lisímaco y de Ptolomeo Cerauno. Ella se había exiliado allí luego de la muerte de sus hijos a manos del segundo, pero con su hermano tan bien establecido en el trono egipcio y, sin la presencia de su odioso medio hermano, no dudó en marchar a su patria para concretar sus ambiciones reales. Como apunta Grace Macurdy, Arsínoe II fue la más grande polí-

[33]

⁵¹Theocr., xvii. 45-53, trad. de Manuel García.

⁵²Cf. P. Jouguet, *op. cit.*, p. 149.

tica de las tres grandes reinas helenísticas, a razón: Olimpia, Arsínoe II y Cleopatra VII: “[ella] fue más como los hombres de su linaje tanto en la habilidad para la planeación como en la consecución de sus metas políticas. [...] era claramente la verdadera hija del astuto Ptolomeo y mucho más su heredera intelectual que el loco Cerauno o el sensual Filadelfo”.⁵³

[34]

La llegada de Arsínoe II nuevamente creó un desorden: acusó a su hijastra,⁵⁴ Arsínoe I, de conspirar en contra de la vida de Ptolomeo II en complicidad de un tal Amintas y del médico rodio Crisipo, por lo que su marido no dudó en desterrarla a Coptos, una lejana ciudad en las cercanías de la milenaria Tebas. Sin duda, la reina era la víctima de las ambiciones de su madrastra que deseaba ser soberana de Egipto. Parece que pasó un retiro apacible en Coptos como lo prueba una inscripción descubierta por Petrie,⁵⁵ donde la alaban con una serie de títulos tales como “reina de las tierras”, que revelan que supo mantener su estatus, como también lo prueban las estatuas erigidas en su honor, demostrando su poder en aquel pequeño reino. Cuánto vivió Arsínoe I en Coptos nos es desconocido, pues las fuentes callan al respecto.

Al poco tiempo de la expulsión de su esposa, Ptolomeo II se casó con su hermana, lo que si bien era una costumbre en las cortes faraónicas, era algo inusitado y reprobable tanto para Macedonia como para Grecia, sobre todo, como era el caso, cuando eran hijos de la misma madre. No sabemos exactamente cómo pudo darse esta situación: ¿había amor entre ambos⁵⁶ o era una simple treta política? Y, de serlo, ¿de quién? Conuerdo con Macurdy⁵⁷ en suponer que sería de Arsínoe II, mucho más astuta que su hermano. Lo cierto era que, con su matrimonio, los lágidas iniciaron un acercamiento a las costumbres egipcias y promovieron los cultos indígenas, mostrándose así como herederos de los antiguos faraones y logrando un apoyo mayor del que alcanzaría un invasor, al representarse como Osiris e Isis. Paralelamente, intentaron justificar su incesto recurriendo a la mitología helena, tal y como muestra Teócrito, su poeta cortesano: “Ama [sc. Arsínoe] de corazón a su esposo y hermano. Así se realizó la sacra boda

⁵³ Título de Ptolomeo II, como veremos más adelante. (Cf. G. Macurdy, *op. cit.*, p. 112.)

⁵⁴ Recuérdese que era hija de Lisímaco, de su primer matrimonio con Nicea.

⁵⁵ *Apud* G. Macurdy, *op. cit.*, p. 111.

⁵⁶ Así lo cree Pausanias. (t. vii. 1)

⁵⁷ *Op. cit.*, p. 118.

de los dos inmortales que dio a luz la poderosa Rea para ser monarcas del Olimpo. Y un solo lecho para el descanso de Zeus y de Hera prepara Iris, doncella aún, con sus manos lavadas con perfume”.⁵⁸

Los hermanos tomaron el título de *Filadelfo*, es decir, “que ama a su hermano/a”. Arsínoe II adquirió rápidamente un ascendiente sobre Ptolomeo II al que parece que dominó, si bien los acontecimientos del periodo nos son mal conocidos, dicho control no debió pasar desapercibido tanto en el interior de su reino como en el exterior con los demás monarcas. El carácter de Ptolomeo II no era precisamente muy firme, un personaje de Teócrito lo describe a esta guisa: “afable, enamoradizo, el colmo de la simpatía; sabe quién lo quiere bien y mejor aún quién lo quiere mal; da mucho a muchos, y no dice que no cuando se le pide”.⁵⁹ Es fácil entender que su hermana-esposa lograra por su carácter comenzar a llevar las riendas del gobierno, aunque en apariencia lo hiciera él.

[35]

Los dos comenzaron una política de eliminación de peligrosos sucesores, dando muerte a su hermano Argeo y otro de sus medio hermanos, como da cuenta Pausanias.⁶⁰ Al parecer, la agresiva hermana incitó a Ptolomeo II a mover una guerra contra el reino sirio en posesión de Antíoco, ello alrededor del 273 a. C., como lo prueban una serie de datos epigráficos.⁶¹ Aprovechando la situación, Magas II, medio hermano de ambos y a la sazón virrey de Cirene, decidió rebelarse, si es que no fue instado por el soberano selúcida. Su insurrección no fue muy lejos, pues tuvo que controlar a los marmáridas del desierto libio antes de lograr llegar a la frontera, la rebelión de los nómadas del desierto bien pudo ser provocada por la corte egipcia. Mientras, Ptolomeo II no pudo atacar Cirene porque supo que su ejército, integrado en su mayoría por mercenarios galos, habían decidido apoderarse de Egipto; el rey los hizo cruzar un río y los abandonó a su suerte en una isla desierta, razón por la cual nunca alcanzó Cirene. Por su parte, Magas II desposó a la hija de Antíoco, Apama, e instó a su ahora suegro a invadir Egipto y ello provocó la guerra siria, al menos en la versión de Pausanias.⁶²

⁵⁸Theocr., xvii. 130-134, trad. de Manuel García.

⁵⁹Theocr., xiv. 61-63, trad. de Manuel García.

⁶⁰Paus., i. vii. 1.

⁶¹Cf. G. Macurdy, *op. cit.*, p. 119.

⁶²Paus., i. vii. 2-3

El etnógrafo griego señala que Ptolomeo II, ante la amenaza de la acometida seléucida, envió bandoleros que asolaran el país en tanto su ejército se adentraba en el territorio hasta el Éufrates, aunque es posible que la acción decisiva a favor de Egipto se realizara en el mar.⁶³ Se concertó una paz en el 272 a. C. con beneficio para el faraón, como prueban las exaltadas palabras de Teócrito⁶⁴ que sólo reconoce a Ptolomeo II llamándolo “bravo, heroico, viril”. El término parece ir muy bien con la personalidad del aludido, al menos en lo referente a su virilidad, puesto que sabemos los nombres de sus múltiples amantes: Bilistique, Clino, Mirto y Potina, con las cuales pasaba su tiempo dejando a su hermana los asuntos del Estado. Arsínoe II seguramente eligió este rol por encima del de compañera sexual de su hermano menor y lo dejaba disfrutar de estas distracciones; ella prefirió el nombre de “hermana”, el cual logró que se consolidara como un título de la reina, aun cuando no lo fuera en realidad del monarca en turno, y ello no sólo en Egipto sino también en Asia, tan sólo Macedonia se negó a adoptar esa designación.⁶⁵ Los buenos resultados de su gestión le ganaron el amor de su hermano, que no dudó en otorgarle grandes honores, como: rebautizar el nomo El Fayum como Arsinoites, así como muchas otras ciudades que cambiaron su nombre por derivados de Arsínoe; el camino de su deificación comenzó con su presentación en monedas como la diosa Tique, la fortuna, con todo y su cornucopia; de hecho, ella fue la primera soberana que aparece acuñada al lado del rey en el dinero local.

A este poder ascendente en Egipto hay que agregar las posesiones que Arsínoe II conservaba de su matrimonio con Lisímaco y, por ello, sospechar sobre los planes de la reina que incluirían a su único hijo vivo con este último,⁶⁶ a quien tal vez deseara colocar como soberano de Macedonia, para así entender su interés y apoyo a los atenienses durante su revuelta en contra de Antígono. Grace Macurdy sospecha con gran tino —y coincido—, que tal vez Arsínoe II haya planeado desposar a su hijo superviviente con

⁶³ Cf. P. Jouguet, *op. cit.*, p. 151.

⁶⁴ Theocr., xvii. 85-91.

⁶⁵ G. Macurdy, *op. cit.*, p. 124.

⁶⁶ También de nombre Ptolomeo, el muchacho siempre se negó al matrimonio de su madre con Cerauno y por ello se retiró cuando éste ocurrió, con lo cual logró escapar a la racia de su pariente.

Berenice II, hija de su hermano-esposo, y así seguir la tradición de la boda entre hermanos, al tiempo que vincularía las casas macedonia y egipcia, si es que no pudo acariciar el trono del mismo Egipto, aunque esto último sería un tanto arriesgado dado el creciente favor de su hermano.⁶⁷ Pero si estos planes cruzaron alguna vez por su mente, todo terminó cuando murió en el mes egipcio *Pachon*, del decimoquinto año del reinado de su hermano, correspondiente a julio de 270 a. C., a la temprana edad de cuarenta y seis años. La estela de Mendes lo recuerda así: “esta diosa partió al cielo, fue a unirse en la compañía de Ra”.⁶⁸ Calímaco compuso un sentido poema del que conservamos un fragmento, en él, ante la pira en que arde el cuerpo real, Filoteria, la hermana soltera de Ptolomeo II y Arsínoe II, que muerta había ya sido deificada, se aterra pensando que se quema su amada Alejandría, por lo que manda a Cáríte a que averigüe y, ésta le trae otra funesta noticia:

[37]

No me llores por ese país. No, no es tu Faros presa del fuego. Y tampoco [...] alguna otra noticia no favorable a mis oídos acude. Los lamentos a tu ciudad [...] no como con ocasión de plebeyos [...] la tierra; más bien de los poderosos [...] Por la pérdida de tu propia única hermana derraman sus lágrimas. Y por doquier que pongas la mirada, de negro se visten de su nación las ciudades.⁶⁹

Ptolomeo II no tardó en convertir a su adorada hermana en diosa, Afrodita-Arsínoe, y juntos compartieron el título de dioses hermanos y no volvió a casarse. Se levantó el Arsinoeo donde se colocó una estatua fabricada de topacio, así como un obelisco de ciento veinte pies de alto frente al templo y planeaba colocar en una capilla del templo una estatua bronceínea flotante de la reina.⁷⁰ No contento con todo esto, realizó un decreto donde hizo que sus tres hijos con Arsínoe I: Ptolomeo III, Lisímaco y Berenice II fueran considerados hijos de la segunda Arsínoe, y unos cuantos años

⁶⁷ Cf. el excelente análisis de la situación de Arsínoe II como madre en la obra de la citada Macurdy (*Op. cit.*, pp. 119-123.)

⁶⁸ Cf. *Ibid.*, p. 128.

⁶⁹ Call., *Frg.*, 228, trad. de Máximo Brioso Sánchez.

⁷⁰ La cual no llegó a realizarse por la muerte del propio Ptolomeo II Filadelfo y del escultor Timócrates.

después de la muerte de su hermana, alrededor del 267 a. C. tomó como coregente a Ptolomeo, el hijo superviviente de su adorada consorte, aunque parece que luego de unos ocho años éste cayó en desgracia, pues deja de aparecer en los documentos oficiales y por ello habría de suceder los acontecimientos próximos a relatar.⁷¹

[38]

Los conflictos externos de Egipto continuarían por las ansias de Antíoco —monarca de Asia— por recuperar los territorios de Celesiria, Palestina y Fenicia, por lo que sería inevitable el enfrentamiento con la nación del Nilo y, contaría con el apoyo del macedonio Antígono y de los rodios, quienes se preocupaban cada vez más del poder de los lágidas. Mileto y Efeso se rebelaron contra Ptolomeo II, la primera por la traición de Timarco, jefe de la guardia del faraón y quien también arrancó Samos al imperio egipcio, y la segunda por la desertión del hijo de Arsínoe II, gobernante de Éfeso que se enemistó con su tío cuando nombró a su hijo Ptolomeo III Evergetes como sucesor al trono y no a él, según podría coligarse. Ambos se pusieron de acuerdo para derrocar a su tío, pero el príncipe rebelde fue asesinado en un motín de las tropas y los milesios consideraron a Timarco un tirano odioso. Antíoco aprovechó para liberar a Mileto y conquistar Éfeso. Aunque las fechas son inciertas, alrededor del 253 a. C. Egipto perdió también su dominio sobre las Cícladas. Ptolomeo II tuvo que firmar la paz; el tratado se sancionó con un matrimonio: Berenice II se casaría con Antíoco II, quien repudió a su esposa y media hermana Laódice. El propio rey lágida acompañó a su hija hasta Pelusio, donde la dejó en manos del administrador Apolonio que la llevó hasta Sidón; era el año 252 a. C. Ambas partes ganaban: Berenice II aportaba como dote las rentas de Celesiria, las ciudades jonias y posesiones en Licia y Cilicia, que debieron tentar a su futuro esposo; pero es justo decir que, con este acto, Ptolomeo II se aseguraba el desprecio de la reina Laódice dado que sus nietos serían los herederos del trono asiático.

Por su parte, en Cirene moría Magas II (*ca.* 251 a. C.);⁷² su hija llamada también Berenice (y que en adelante identificaremos como Berenice III) estaba comprometida con el heredero al trono lágida, Ptolomeo III Evergetes, siguiendo la tradición macedonia de casar a la heredera con el

⁷¹ Cf. G. Macurdy, *op. cit.*, p. 121.

⁷² Cf. P. Jouguet, *op. cit.*, p. 153; aunque hay quien sitúa su muerte antes, entre el 259-258 a. C.

pariente masculino más cercano⁷³ o como quiere Justino, para poner fin a las dificultades con Egipto⁷⁴ y unir los dos reinos.⁷⁵ Pero los acontecimientos en la guerra siria malquistaron esta boda, pues Apama, viuda de Magas y hermana de Antíoco II, rompió relaciones con los egipcios. Si bien debemos suponer que los cirenaicos tampoco estarían muy del ánimo para que su princesa se desposara con el príncipe del pueblo del que se habían liberado; la reina entonces prometió a su hija de quince años con Demetrio “el Hermoso”, hijo de Demetrio “el Sitiador”, prefiriendo así la amistad de Macedonia. Es posible que la reina viuda y el pretendiente macedonio se apoyaran en el partido “republicano” que despreciaba la unión con Egipto y se enfrentaran con el partido militar, más adepto al vínculo con éste. Incluso Demetrio planea junto con sus amigos Ecdelos y Demófanes —los tres discípulos de Arcesilao de Cirene— una constitución para el país.⁷⁶ Dichas maniobras políticas no niegan los hechos que dan un tinte de intriga romántica a la visita de Demetrio a la región de Cirene.

[39]

El apelativo de “el Macedonio” no parece falto de veracidad y, según Justino,⁷⁷ contribuiría a su petulancia dado su preclaro origen, por lo que no sólo trataba de manera desdeñosa a los soldados —del partido rival—, sino que se empeñó más por complacer a su suegra que a su prometida. El matrimonio se llevó a cabo⁷⁸ y Demetrio dio paso a sus intenciones reformistas apoyado en Apama, quien se convirtió en su amante. La traición del príncipe consorte, aunado a su actitud altanera, favorecieron una sedición en su contra, encabezada por la propia Berenice II, que podemos sospechar

⁷³ Recuérdese que Berenice II sería nieta de Berenice I, por tanto, prima de Ptolomeo III Evergetes. (Cf. G. Macurdy, *op. cit.*, p. 131.)

⁷⁴ Just., xxvi. iii. 2.

⁷⁵ Grace Macurdy habla de un hijo de Magas II que fue llamado del destierro para que sucediera a su padre, pero desgraciadamente no señala una fuente para corroborar esta información. (*Op. cit.*, p. 131.)

⁷⁶ Para la relación de Ecdelos y Demófanes con Arcesilao de Cirene, cf. PLB., x. xxii. 2-3; para la relación con Demetrio, cf. P. Jouguet, *op. cit.*, p. 153.

⁷⁷ Just., xxvi. iii. 4.

⁷⁸ Al parecer hay voces discordantes con tal aseveración, como Tillyard y Wace. Según apunta Grace Macurdy, podríamos suponer que Demetrio era sólo el pretendiente que su madre sugería y que la boda no se realizó precisamente por las malas actitudes del hombre. (*Op. cit.*, p. 131, nota 87.)

se apoyó en el partido militar, como da cuenta Justino al narrar la muerte del envanecido Demetrio:

[40]

Se prepara un atentado contra Demetrio, sobre quien se lanzan unos sicarios cuando se había retirado al lecho de su suegra. Por su parte *Apama*,⁷⁹ al oír la voz de su hija junto a la puerta ordenando que respetaran a su madre, cubrió algún tiempo al adúltero con su cuerpo. Con la muerte de éste, Berenice vengó el adulterio de su madre, sin faltar a la piedad filial, y siguió el juicio de su padre en la elección de su esposo.⁸⁰

Justino no es siempre la fuente más fidedigna, pero en este caso se encuentra respaldado por Calímaco quien sí conoció a Berenice II y para quien escribió un poema laudatorio del que ya haremos mención más adelante; mismo que fue parafraseado por Catulo, donde se recuerda el mencionado asesinato: “A ti, en verdad, yo te conocí esforzada desde joven virgen. ¿Acaso está olvidado ese buen crimen con el que lograste la boda real, el cual otro más fuerte no hubiera intentado?”⁸¹

Por aquellos tiempos convulsionados se verá la intromisión de Egipto en los asuntos de la Hélade, apoyando a Arato de Sición y entregándole ciento cincuenta talentos para su rebelión contra Macedonia. Al parecer Ptolomeo II abdicó el trono a favor de su hijo alrededor el 247 a. C. y murió un año más tarde, por las mismas fechas morirá su rival Antíoco II. Se cuenta que la muerte del rey asiánico no fue natural. Su media hermana⁸² y esposa Laódice, madre de sus cuatro hijos,⁸³ no estaba muy contenta con su papel de esposa repudiada luego del matrimonio del rey con la hija del rey lágida, Berenice II, realizado seis años antes.⁸⁴ Pero, previo a la muerte del

⁷⁹ Justino la llama Arsínoe, pero debe ser una errata del autor.

⁸⁰ Just., xxvi. iii. 6-8, trad. de José Castro Sánchez.

⁸¹ Cat., LXVI. 25-28. La traducción es mía.

⁸² Cf. Polyaen., VIII. 50. Para el filólogo francés Bouché-Leclercq (*apud* G. Macurdy, *op. cit.*, p. 83, nota 29) era su hermana, tanto de padre como de madre. Para otros era su prima.

⁸³ Seleuco Calino, Antíoco Híerax, Estratonice —casada con el rey Ariarates de Capadocia— y Laodice —esposa de Mitrídates II del Ponto.

⁸⁴ El matrimonio de Berenice II con Antíoco II se celebró el 13 de abril de 252 a. C. según consta en una carta conservada y, la muerte de este último ocurre en 246 a. C. (Cf. G. Macurdy, *op. cit.*, p. 83, nota 34)

rey selúcida, a Laódice se le recompensó con los Estados vecinos de Babilonia y Borsippa, otorgados a ella y sus dos hijos varones Seleuco y Antíoco. Si bien ésta se retiró a Éfeso con sus vástagos. Antíoco II, aburrido de su unión con Berenice II, quien ya le había dado un hijo, regresó a los brazos de su primera esposa en Éfeso; el rey contaría entonces con unos cuarenta años de edad. Temiendo que su exmarido cambiara de opinión nuevamente y regresara con Berenice II, Laódice se apresuró a envenenarlo, según cuentan las fuentes,⁸⁵ aun cuando podríamos sospechar que es la versión egipcia oficial.⁸⁶ Plinio cuenta una historia truculenta sobre un hombre llamado Artemón cuyo parecido con Antíoco II era tal que Laódice lo utilizó para una charada: lo hizo pasar por el rey que en su lecho de muerte sucedía el reino de Asia a su hijo Seleuco Calino, ahora Seleuco II.⁸⁷

[41]

Berenice II había permanecido en Antioquia con su pequeño, por lo que fueron enviados unos hombres para secuestrar al príncipe e impedir que fuera proclamado rey también. Al parecer los enviados de Laódice estaban bajo el mando de Ceneo, el magistrado en jefe de Antioquia, a la sazón, partidario de la antigua reina; Valerio Máximo cuenta que la propia Berenice II, al ser secuestrado su hijo, salió en persecución de los plagiarios. En su carro y armada les dio alcance y atravesó a Ceneo con su lanza para luego rematarlo con una piedra;⁸⁸ no obstante, no logró impedir que asesinaran a su pequeño, por lo que, ya de regreso en Antioquia, se presentó ante la multitud con un niño en brazos que hizo pasar por su hijo y solicitó el apoyo de ésta ante los terribles acontecimientos que le habían sucedido.⁸⁹ En contraste, Justino afirma que la joven reina con su pequeño hijo se refugió en Dafne, ciudad al sur de Antioquia, apoyada por aquéllos que creían indigno el trato que había recibido.⁹⁰

Las acciones de Laódice significaban romper con el tratado de paz con Egipto y daría inicio a la tercera guerra siria o “guerra de Laódice”.

⁸⁵ Appian., *Syr.*, 345-346; Val. Max., IX. 10; Polyæn., VIII. 50.

⁸⁶ G. Macurdy, *op. cit.*, p. 83.

⁸⁷ Plin., *N. H.*, VII 53.

⁸⁸ Val. Max., IX. 10.

⁸⁹ Polyæn., VIII. 50.

⁹⁰ Tanto Justino (Just., XXVII. i. 4-5) como Apiano (Appian., *Syr.*, 345-346) coinciden en que el niño vive.

Ptolomeo III decidió ir en auxilio de su hermana —y de sus posesiones en territorio asiático habría que añadir—; los acontecimientos y desarrollo de este conflicto no nos son muy bien conocidos. Al parecer, el lágida se movilizó con rapidez, abandonando para ello a su joven desposada, Berenice III de Cirene, y marchó con dirección a Antioquia para su campaña de venganza, misma que daría pie a Calímaco a componer su famoso poema a Berenice III, esposa real de famosa cabellera. Las primeras escaramuzas fueron a favor del rey egipcio: comenzó con la toma de Solos o mejor, la entrega de la ciudad, según información de primera mano, ya que se cuenta con un papiro redactado al parecer por el propio Ptolomeo III,⁹¹ quien afirma que se hizo también con el tesoro que el sátrapa de Cilicia planeaba enviarle a Laódice. El papiro menciona que el rey lágida logró apoderarse de Antioquia mediante la entrega de la ciudad por parte de los ciudadanos y, para la puesta del sol, fue a casa de su hermana. Pero lo más seguro es que aquí se refiera a su esposa Berenice III, quien, sin poder resistirse a estar lejos de él, marchó hacia Antioquia. El amor le había dado ánimos para ir en busca de su nuevo esposo y esto no es tono romántico, ya que a diferencia de las demás parejas en la dinastía lágida, Berenice III y Ptolomeo III parecen haber disfrutado de un matrimonio ejemplar, como lo prueba la fidelidad de éste.⁹² Esta aserción se comprueba por la casi seguridad de que Berenice II ya hubiera muerto. Polieno nos informa que la reina habría sido asesinada junto con su hijo antes de la llegada del rey egipcio, dato que confirma Apiano,⁹³ si bien el mismo Polieno afirma que las damas de compañía de Berenice II ocultaron la muerte de su señora e incluso una de ellas se vistió con sus ropas a fin de ofrecer al faraón un medio de continuar con su campaña al hacerlo en nombre del joven heredero, señalando que gracias a esta treta se pudo hacer del control del país sin gran esfuerzo.

Seleuco II, de unos veinte años, tenía como corregente a su madre y ambos planearon la defensa de su territorio, aun cuando las hazañas de Ptolomeo III parecían imparables. Desde Antioquia se dirigió el faraón hacia el

⁹¹ Al parecer es una carta oficial, empero, otros consideran que es parte de las “Memorias” que este monarca redactara a la manera de su antepasado, el primer Ptolomeo. Para la discusión al respecto, cf. G. Macurdy, *op. cit.*, pp. 88-89 y; P. Jouguet, *op. cit.*, pp. 155-156.

⁹² Cf. G. Macurdy, *op. cit.*, pp. 133.

⁹³ Polyæn, VIII. 50; Appian., *Syr.*, 345-346.

Eúfrates, cruzó el río y sometió Mesopotamia, Babilonia, Susiana, Persia y Media, así como los demás territorios hasta Bactriana. Considera Paul Jouguet⁹⁴ que las rápidas conquistas se deben a la flota egipcia que provocó la sumisión de las ciudades costeras, en particular de Jonia: Magnesia del Sípilo se adhirió a la causa del rey lágida y con ello recobró el control de sus posesiones en Asia Menor, el Helesponto y Tracia; tal vez aquí habría que añadir la entrega de Éfeso por parte de Sofrón, jefe de las huestes y amigo de Laódice. Parte del cortejo de Laódice era la hetaira Dánae, hija de la también hetaira epicúrea Leoncio, y en ese tiempo amante de Sofrón; al parecer la reina madre ya desconfiaba de su jefe de armas y debió armarle alguna celada de la que Dánae estaba enterada, por lo que cuando éste se presentó ante la reina, la joven le hizo señas con la cabeza que él supo interpretar muy bien, fingiendo aceptar las propuestas de la soberana, pero pidiéndole dos días para llevarlas a cabo. Por la noche escapó y de regreso en Éfeso la entregó a Ptolomeo III. Laódice entendió rápidamente lo que había ocurrido e interrogó a Dánae, de quien no obtuvo confesión alguna, por lo que la condenó a ser arrojada de un precipicio. Cuenta Filarco que la hetaira dijo: “yo, que he salvado al que fue una vez mi hombre, recibo tal agradecimiento de parte de la divinidad, mientras Laódice, después de matar al suyo propio, es considerada digna de tan gran consideración.”⁹⁵ Sin embargo, hay motivos para situar en esta misma época de triunfos ptolemaicos, una victoriosa intervención de Macedonia en la guerra, cuando la escuadra de Antígono derrotó a Ptolomeo III en Andros, arrancando al lágida el protectorado sobre las Cícladas que coinciden con una serie de fundaciones macedonias en Delos por aquel año de 245 a. C.

[43]

La lucha habría continuado de no ser porque el rey hubo de regresar a Egipto debido a una sedición interna.⁹⁶ El libro bíblico de Daniel⁹⁷ refiere los éxitos del soberano egipcio a manera de profecía: “Marchará contra el ejército y entrará en la fortaleza del rey del norte, obrará contra ellos y se hará fuerte. Incluso sus dioses, con sus imágenes fundidas y sus objetos

⁹⁴ *Op. cit.*, p. 157.

⁹⁵ Phylarch., *FHG.*, IIa p. 168 *apud* Ath., *Deipn.*, 593, trad. de Jorge Sanchis Llopis.

⁹⁶ Just., xxvii. i. 9.

⁹⁷ Dan., 11, 7-8, trad. de Pedro Franeza.

[44]

preciosos de plata y oro los llevará como cautivos a Egipto”, por tales hechos los egipcios le darán el nombre de Evergetes (ἐβεργέτης) “el que obra el bien, bienhechor”. La reina Berenice III consagró una trenza de su cabello en el templo de Afrodita-Arsínoe por el regreso sano y salvo de su consorte. La trenza desapareció durante la noche y el astrónomo Conón afirmó encontrarla en el cielo del hemisferio norte, constelación que hasta el día de hoy es llamada “la cabellera de Berenice”; Calímaco dedicó un hermoso poema que siglos después parafraseó el romano Catulo.⁹⁸ La reina recibió también el epíteto de Bienhechora y ambos gozaron del amor de su pueblo y de la posteridad quien los reconoce como los soberanos más sosegados de la dinastía lágida. Una anécdota que refiere Eliano, cuenta que estando Ptolomeo III jugando a los dados, un esclavo le leía la lista de condenados a muerte que con su sello quedarían sentenciados, las causas de sus condenas eran referidas sin que el monarca pusiera mucho interés en ellas, la reina arrancó la lista al esclavo y recriminó a su esposo: “¿No se debería, acaso, tomar una determinación sobre la vida de un hombre dedicando al asunto toda nuestra atención, en vez de estar jugando?”⁹⁹ Tirar los dados no era lo mismo que tirar vidas, el consorte real estuvo de acuerdo con el consejo conyugal.

“La guerra de Laódice” había concluido no muy bien para Egipto, pues perdió las conquistas realizadas con la misma celeridad con que las consiguió. Seleuco II las recuperó en parte merced al apoyo de los maridos de sus hermanas, Ariaramnes de Capadocia y Mitrídates del Ponto, empero, entregándoles parte de los mismos territorios. Las ciudades griegas comenzaron a volver al lado del monarca asiático e incluso logró reconquistar Siria, salvo la Seleucia del Orontes —que permaneció en poder de Egipto— y la Siria meridional, por lo que no tardó en pactarse un armisticio entre las dos potencias, era el año 241 a. C. No obstante, el imperio lágida como nunca antes, poseía ahora las fronteras más extensas, aunque un tanto dispersas: Cirene, gracias al matrimonio con Berenice III era la frontera occidental; Siria y Fenicia la oriental; Cilicia y Panfilia fueron ensanchadas,

⁹⁸ Call., *Frg.*, 110; Cat., LXVI.

⁹⁹ Ael., *V.H.*, xiv. 43, trad. de Juan Manuel Cortés.

lo mismo que Caria, Jonia y Eolia,¹⁰⁰ y todo ello sin ser precisamente un rey guerrero, pues la historia nos ha regalado un cuadro muy diferente de la personalidad de Ptolomeo III Evergetes. Poetas de su tiempo le dieron fama de poseer un carácter dulce que se vio fincado en el apelativo de “Bienhechor”, ideal monárquico influido por la filosofía, ya estoica ya cínica del momento; soberano de refinamiento cultural como discípulo que fue de Apolonio de Rodas, sucesor de Calímaco en la dirección de la biblioteca de Alejandría e íntimo amigo de Eratóstenes, filósofo y científico que lo conminó a reformar el calendario que impuso a los sacerdotes egipcios y que siglos después adoptaría César para legarlo a la posteridad, lo que lleva a pensar que el monarca haya tenido una inclinación por las ciencias exactas. Finalmente, fue también durante su reinado que se instauró el *Serapeo* como anexo de la gran Biblioteca.¹⁰¹ La política seguida por Evergetes fue de paz para su reino, beneficiándose de la debilidad de sus rivales, ya sea intrigando en Grecia contra Macedonia y apoyando a los enemigos de Seleuco II en Asia, pero sin comprometer nunca sus fuerzas, orgulloso del esplendor de Alejandría, cuya brillantez iluminaba por aquel entonces el Mediterráneo. Pero bien se dice que cuando los padres han levantado todo a los hijos sólo queda derruirlo.

[45]

Con Berenice III, Evergetes tuvo cuatro hijos: Ptolomeo IV, Arsínoe III, Magas II y Berenice IV, esta última murió siendo muy joven como consta en el llamado Decreto de Canopo.¹⁰² Parece que Evergetes contrajo una enfermedad debilitante que lo fue alejando cada vez más de sus deberes reales, si bien la reina debió asumirlos con la dignidad que siempre había mostrado como sucesora de las mujeres de su dinastía, su influencia despertó muy temprano las suspicacias del heredero al trono: Ptolomeo IV.

La muerte del rey aconteció en febrero de 221 a. C., aproximadamente a los sesenta y tres años, y ello desencadenó una serie de hechos terribles. El joven monarca de veintitrés años estaba rodeado de un siniestro grupo encabezado por Sosibio, referido por Polibio como su tutor, del que no duda el historiador en definirlo como: “un hábil instrumento dañino que logró

¹⁰⁰ Para más detalle en la extensión del reino ptolemaico, cf. P. Jouguet, *op. cit.*, p. 202.

¹⁰¹ Cf. S. Hornblower y A. Spawford, *op. cit.*, s. v. ‘Ptolemy III Euergetes’.

¹⁰² G. Macurdy, *op. cit.*, p. 134.

sostenerse gran tiempo en el poder”.¹⁰³ Junto a él estaban el paje del rey y su favorito llamado Agatocles, así como su hermana Agatoclea e incluso la madre de ambos, Enante. Estos aduladores y compañeros de franquichelas de Ptolomeo IV le advirtieron del creciente apoyo que su hermano Magas II tenía con el ejército y de cómo el amor de su madre lo favorecía, así, temiendo no sólo el posible intento del joven príncipe de hacerse con el poder, sino de la reina viuda de apoyarlo dado su carácter firme y decidido, Sosibio comenzó una campaña entre los cortesanos a fin de hacerlos a su partido.¹⁰⁴ Entre aquéllos a los que intentó convencer estaba el rey espartano desterrado Cleómenes, quien había firmado con Ptolomeo III una serie de tratados de ayuda que nunca se concretaron y, luego de su desastroso enfrentamiento con el rey Macedonio, se había refugiado en la corte egipcia. Con la muerte del soberano, se había quedado junto al nuevo monarca esperanzado en recibir la ayuda prometida. Sosibio no logró convencer a Cleómenes,¹⁰⁵ por lo que con argucias consiguió aprenderlo. Magas II fue asesinado, la fecha es incierta, pero no debió ser mucho antes o mucho después de su madre, ambos tal vez en el mismo año en que ocurrió el deceso de su padre, Ptolomeo III. Los crímenes de Ptolomeo IV no fueron sólo éstos, también dio cuenta de Cleómenes luego de un infructuoso intento de éste por hacerse del poder de Egipto, con lo que inició un reino de maldad que, según Estrabón, fue el peor de todos los lágidas.¹⁰⁶

Ptolomeo IV tenía un carácter depravado y una inclinación natural al vicio —según señalan las fuentes—, por lo que resulta paradójico que hubiera recibido el epíteto de Filópator, “el que ama a su padre”, por lo que Justino con ironía dice que ello fue debido a sus crímenes.¹⁰⁷ Era, además de voluptuoso, un fanático de los cultos orgiásticos al estilo de la Gran Madre, y de Dionisio, patrono del vino, al que el monarca se había aficionado como príncipe de cepa macedonia, debilidad que se acrecentaba debido al calor extenuante del desierto egipcio. Sosibio, a pesar de su natural ambicioso, no deja de ser una figura interesante como diplomático que contribuyó

¹⁰³ Plb., xv. xxv. 1.

¹⁰⁴ Plb., v. xxxvi. 1.

¹⁰⁵ Plb., v. xxxvi. 3 y ss.

¹⁰⁶ Strab., xvii. 795.

¹⁰⁷ Just., xxix. i. 5.

grandemente a la salvación de la monarquía lágida, así como a la independencia de Egipto en aquellos tiempos convulsionados con Roma en el horizonte. Agatocles y su hermana no parecen gozar de este juicio, pues son más las comparsas malvadas y ambiciosas que esperan el mejor momento para actuar. Un buen retrato de la personalidad de Ptolomeo IV la legó el propio rey espartano Cleómenes cuando le espetó a Nicágoras, un supuesto amigo del espartano, que traía unos caballos para venderle al faraón: “Yo te aconsejaría que más bien le trajeras tañedoras de flautas o hermosos mocitos, porque éstas son ahora las cosas de más gusto para el rey”.¹⁰⁸ Ese mismo Nicágoras sería el que entregaría una carta a Sosibio con estas palabras para que el destino del lacedemonio quedara sellado.

[47]

Pero la vida de disipación de Ptolomeo IV tendría un vuelco gracias a los acontecimientos que se presentaban en el imperio seléucida. En 219 a. C. el rebelde Antíoco III se había convertido en el gran general de la lucha asiática y amenazaba Egipto, más aún por las defecciones de los aliados Teódoto y Panetolos. La situación era grave para el país del Nilo. Ptolomeo IV se apresuró a marchar a Menfis y concentró en Pelusio cuantas tropas tenía disponibles, pero Sosibio y Agatocles no pensaban entrar tan pronto en campaña y lograron entretener al enemigo por medio de negociaciones, solicitando la intervención amistosa de Rodas, Bizancio, Cízico y de Etolia. Las embajadas fueron recibidas en Menfis, mientras tanto se activaban en Alejandría los preparativos militares; y Antíoco III se dejó engañar por aquella táctica dilatoria. Para el 218 a. C. las negociaciones se rompieron y se reanudó la contienda con las tropas egipcias en Gaza al mando de Nicolaos que ocupó el desfiladero del Plátano al norte de Sidón; Antíoco III avanzó por la costa fenicia y alcanzó las tropas enemigas en tanto su flota seguía sus acciones desde el mar. Nicolaos fue derrotado y hubo de refugiarse en Sidón, una plaza tan fortificada que no fue atacada por el enemigo, quien se limitó a conquistar la Celesiria, una parte de Fenicia y la Palestina septentrional.

Ptolomeo IV no había aún desplazado a su ejército real que estaba secretamente en Alejandría; lo puso en marcha para la primavera del 217 a. C. El gran ejército estaba conformado por setenta mil infantes, siete mil jinetes

¹⁰⁸ Plu., *Cleom.*, 36. Las traducciones serán de Antonio Ranz Romanillos a menos que se indique lo contrario.

y setenta y tres elefantes africanos que desde tiempos de Ptolomeo II ya se utilizaban como máquinas de guerra. Su milicia incluía una innovación: se habían reclutado además de las fuerzas ordinarias de jinetes libios y las tropas ordinarias con sus mercenarios galos y tracios, a veinte mil indígenas egipcios que estaban al mando de Sosibio. Aquel magno contingente avanzó por el camino habitual del monte Casio, los Báratros y el desierto; en cinco días (17 de junio de 217 a. C.) habían llegado a Rafia. Antíoco III avanzó desde Gaza hasta aquel punto. Él poseía ciento dos elefantes indios que darían pelea a los setenta y tres de Ptolomeo IV,¹⁰⁹ pero sólo contaba con sesenta y dos mil infantes y seis mil jinetes; dicho ejército era tan heterogéneo como el de su rival: su infantería pesada de la falange armada a la macedonia contenía bárbaros y mercenarios griegos, veinte mil eran macedonios o helenos y diez mil hombres reclutados entre los indígenas de su amplio reino.¹¹⁰

La batalla tuvo lugar el 22 de julio de ese año y, como era usual, el frente de combate lo formaban la infantería en el centro y las tropas ligeras y de la caballería en las alas. Antíoco III mandaba el ala derecha de su fuerza y Ptolomeo IV la izquierda, a fin de quedar enfrentados. Ante las tropas hablaron Sosibio y Andrómaco, un griego que Polibio alababa como de gran destreza militar.¹¹¹ Ahí se encontraba también Arsínoe III —digna hija de Berenice III—,¹¹² la casi núbil hermana del rey egipcio a quien había hecho venir para acrecentar los ánimos de sus huestes. Con los cabellos destrenzados y cabalgando como amazona se dirigió a su ejército con lágrimas en los ojos, pidiendo en nombre de sus mujeres y sus hijos, aunando la promesa de dos minas de oro para cada uno si vencían.¹¹³

Los elefantes iban siempre a la vanguardia, a derecha e izquierda; los africanos no resistieron el embate de los paquidermos indios; los de la izquierda egipcia, al retroceder, desordenaron las filas de la guardia que estaba alineada

¹⁰⁹ Tomemos en cuenta que los elefantes africanos referidos no serían las grandes bestias de las sabanas, sino sus parientes más pequeños de los bosques, rivales no tan dignos para sus más imponentes contrapartes indias.

¹¹⁰ Cf. P. Jouguet, *op. cit.*, pp. 174-175.

¹¹¹ Plb., v. lxiv. 4.

¹¹² Plb., v. lxxxiii. 3.

¹¹³ 3Mac., 1, 4.

da detrás, mientras los mercenarios griegos del ejército sirio hacían retroceder a los *peltastas* del ejército lágida. Antíoco III aprovechó y cargó contra la caballería enemiga y la puso en fuga, el ala izquierda parecía derrotada; el rey y su hermana trataron de contener la retirada masiva, logrando reagrupar a unos pocos para llevarlos detrás de la falange. Para fortuna de ambos, el comandante del ala derecha, el tesalio Equécrates, comprendió lo que pasaba y maniobró a fin de evitar el mismo desastre. A los mercenarios griegos ordenó se reagrupasen en el centro, y a todos, resistir al enemigo, para que, mientras apoyaba a la derecha de su caballería, el cuerpo de cretenses que estaba detrás de la línea de elefantes permitieran, de este modo, que las bestias pasaran en estampida y escaparan; al tiempo que Equécrates cargaba entonces contra las fuerzas enemigas y las diezmaba. Los mercenarios del centro lograban rechazar a los árabes y medos que tenían al frente, de tal suerte las falanges de ambos ejércitos quedaron al descubierto y aisladas, la compañía siria comenzó a retroceder. Antíoco III hubiera podido reorganizar su ejército, pero le ganó su arrebato y la falta de experiencia, y hubo de refugiarse en Gaza desde donde finalmente pidió a Ptolomeo IV permiso para enterrar a sus muertos, así pues, había perdido la batalla con cuantiosas bajas.

[49]

La victoria fue decisiva para el rey lágida, quien pasó tres meses celebrando en Fenicia y Siria, recibiendo la sumisión de las ciudades que lo acogían con alegría, ya que los sirios siempre prefirieron el mando lágida al selúcida. Entre las ciudades que visitó estaba Jerusalén y el libro tercero de los Macabeos, al parecer una novela de tiempos de Calígula, narra que el monarca obligó a los sacerdotes a que le permitieran el acceso al *Sancta Sanctorum* del templo, motivo por el cual Yahvé lo castigó paralizándolo mientras sus compañeros lo sacaban de allí aterrados.¹¹⁴ Si bien suena a una más de las leyendas de este tipo, que los sacerdotes judíos gustaban de relatar para engrandecer a su dios, es posible que siendo Filópator un fanático místico no dejara de relacionarse con otra más de las exóticas religiones de Oriente. Un documento de Menfis relata la batalla de Rafia en términos muy parecidos a nuestra fuente: Polibio, mismo que agrega sobre la sublevación que el monarca egipcio reprimió en Palestina, liderada por un tal Eleazar.¹¹⁵

¹¹⁴ 3Mac., 1, 8 y ss.

¹¹⁵ Cf. P. Jouguet, *op. cit.*, p. 176.

Una vez en Egipto, Ptolomeo IV experimentó una consecuencia inesperada de la misma victoria: los egipcios llenos de vanagloria por su participación en la batalla, no soportaron más una obediencia ciega y comenzaron a buscar un caudillo que los liderara y les devolviera su patria, persuadidos como estaban de su valía. Guerra civil se respiraba en el ambiente y habría de apestar los reinados de Ptolomeo IV y de su sucesor.

[50] Arsínoe III era muy joven y ello se corrobora porque luego de su matrimonio dinástico con Filópator no logró embarazarse sino mucho tiempo después, hasta el 209 a. C. Si bien podríamos argüir que se debió también al poco interés que éste tuviera en ella, inmerso más en las redes de una caterva de viles cortesanos. La vida de aquella joven princesa debió ser horrenda en un palacio dominado por un vicioso monarca. Justino, tan dado a los detalles morbosos, lo describe de esta manera:

Presa de los encantos de la ramera Agatoclea [...] pasando por alto la grandeza de su nombre y olvidándose de su dignidad, consume las noches en fornicaciones y los días en banquetes. Se añaden los instrumentos del desenfreno, tímpanos y sistros; y el rey, no ya como espectador, sino como maestro de disipación, arranca licenciosas melodías a los instrumentos de cuerda. Primero, estos fueron males secretos y peste oculta de una corte enferma. Después, creciendo el desenfreno, no puede ser ya contenido dentro de las paredes del palacio la osadía de la ramera, a la que hacían más desvergonzadas las cotidianas fornicaciones del rey compartidas con Agatocles, hermano de ésta y joven prostituido de provocativa belleza. Se añadía también su madre Enante, que tenía al rey encadenado con los encantos de sus dos hijos. Y así, no contentos con haber dominado al rey, ya se adueñan también de la majestad real, ya se dejan ver en público, ya se les rinde homenaje, ya tienen una escolta. Agatocles, que estaba pegado al lado del rey, dirigía los asuntos públicos y las mujeres distribuían tribunados, prefecturas y generalatos.¹¹⁶

Con el nacimiento del hijo de Arsínoe III, su padre lo nombró su corregente, con el título de Ptolomeo V Epífanos y Eucáristo —“dios manifiesto y bendito”—; fue el primero de la dinastía en ser hijo de hermanos uterinos. Cinco o seis años más tarde moriría su padre Ptolomeo IV, víctima de

¹¹⁶ Just., xxx. i. 8- ii. 6., trad. de José Castro.

los mismos “amigos” que lo habían llevado a tal degeneración.¹¹⁷ La banda de Sosibio y Agatocles no iba a permitir que la reina viviera para convertirse en regente de su pequeño y debió ser asesinada. Si bien su muerte estuvo envuelta en el misterio y debió ocurrir aproximadamente en el 203 a. C., Polibio nos da el nombre del asesino material: Filamón.¹¹⁸

Los crímenes fueron ocultados por unos días, tiempo suficiente para falsificar un testamento en donde el fallecido monarca nombraba a Agatocles y a Sosibio como tutores y regentes del joven rey. Con gran pompa elevaron una tribuna y se presentaron para comunicar al pueblo y la asamblea de guerreros la resolución del fallecido faraón; y fueron traídas dos urnas, una contenía los huesos del rey, y la otra supuestamente los de la reina; esta última sólo contenía perfume. El pueblo no fue engañado y pronto cundió el rencor por el usurpador Agatocles, se apresuró a dar dos meses de sueldo a la soldada, a fin de que tomaran juramento por el joven heredero, en tanto que a sus compinches les otorgó diversas gubernaturas, como la Cirenaica para Filamón. Extrañamente, los reyes de Macedonia y Asia no se aprovecharon de una situación tan inestable en el gobierno egipcio, quizá porque Agatocles se apresuró a enviar embajadores a las cortes de Filipo V de Macedonia y de Antíoco III de Asia e incluso a la propia Roma, a la que conminaba a tomar al joven monarca bajo su protección contra las ambiciones de los otros dos reyes, aunque Polibio asegura que no tenía un franco interés en tal auxilio extranjero,¹¹⁹ ya que se esforzaba en el reclutamiento de mercenarios griegos para realizar una guerra contra el reino selúcida, al que el padre de su pupilo había derrotado en Rafia.

Parece que Agatocles supo dominar con regalos tanto a los más importantes como al pueblo y, una vez seguro, continuó con su vida disoluta, por lo que la gente volvió sus ojos a Tlepólemo, miembro de una familia de origen persa y que fue nombrado comandante de la región de Pelusio, quien pronto aspiró a tomar bajo su custodia al niño rey. Agatocles, viendo el peligro, reunió a los macedonios y los urgió con palabras y lágrimas a salvar al

¹¹⁷ Para Manuel Balasch, la muerte del rey fue por causas naturales y la de la reina por asesinato. (Cf. Polibio, *Historias*, vol. II, p. 588, nota 77.)

¹¹⁸ Plb., xv. xxv. 12.

¹¹⁹ Plb., xv. xxv. 14.

pequeño de las acechanzas de Tlepólemo, pero no consiguió persuadirlos y apenas pudo salir indemne de esta asamblea, pues sus palabras fueron tomadas a mal. Algo parecido le ocurrió después cuando intentó nuevamente persuadir a las demás unidades militares. Las intrigas del tutor del niño rey terminaron por decidir al pueblo a actuar, gracias también a que Tlepólemo tenía en su poder las provisiones de Alejandría. Los ánimos se caldeaban cada vez más y había pintas por las noches y reuniones secretas en contra de los usurpadores. Agatocles y los suyos planeaban la huida, pero, sin los recursos necesarios, decidieron iniciar un reino de terror y asesinar a sus opositores. Enterado el pueblo de las maquinaciones, estalló la revuelta.

Agatocles sin dar crédito a lo que ocurría se sumió en una borrachera; Enante, su madre, se retiró al templo de Deméter y oró a la diosa ante la mirada acusadora de otras mujeres y, cuando algunas trataron de consolarla, llena de ira, amenazó con azotarlas y matar a sus hijos; muy pronto la revolución no sólo pertenecía a los hombres sino también a las mujeres. Agatocles, totalmente embrutecido, se refugió con su familia en el palacio, en tanto se congregaba todo el pueblo dando grandes voces que llenaron el espacio hasta el amanecer. Sabiendo lo que podría ocurrir, suplicó a su guardia que parlamentara con él ante los macedonios, pero todos se negaron con excepción de Aristómenes que se presentó ante el pueblo para comunicarle que el tutor prometía abandonar su cargo y sólo pedía le permitieran vivir. Los macedonios le ordenaron volver con el rey y forzaron las puertas hasta llegar donde se encontraban los usurpadores detrás de una reja. Ante la llegada de los revolucionarios, Agatoclea descubrió sus pechos y juró que con ellos había amamantado al monarca, suplicando que les perdonaran la vida. Nada lograron, y tuvieron que enviar al niño rey montado en un caballo y conducido al estadio, para ser llevado hasta el asiento real; el pequeño estaba tan aterrado que cuando fue interrogado sobre si debían ajusticiar a los que habían matado a su madre, contestó afirmativamente e inició la locura. Al respecto, Polibio nos relata:

El primero que llegó [...] fue Agatocles, maniatado. Algunos corrieron hacia él y lo atravesaron con sus venablos, con lo cual le hicieron un favor y no un daño, pues así lograron que no recibiera lo que merecía como castigo. A continuación, fueron trasladados allí Nicón, Agatoclea, desnuda, y sus her-

manas, seguidos del resto de la familia; la última fue Enante, a la que arrancaron del Tesmosforio¹²⁰; también a ésta la desnudaron y la condujeron a lomos de un caballo. Todos fueron puestos a discreción de la turbamulta: unos les mordían, otros les pinchaban, otros les sacaban los ojos, al que se caía le dislocaban los miembros hasta que se los quebraban todos [...] En aquella ocasión unas mujeres que se habían educado en Arsínoe¹²¹, enteradas de que Filamón hacía dos días que había regresado de Cirenaica [...] se lanzaron contra su casa, penetraron en ella violentamente y lo golpearon con piedras y palos hasta matarlo, estrangularon a un hijo suyo apenas adolescente, arrastraron hasta la plaza a la mujer de Filamón y allí la lincharon. Así acabó la historia de Agatocles, de Agatoclea y de toda su familia.¹²²

[53]

Las turbulencias aún no concluían. Tlepólemo fue nombrado regente, pero no respondió a las esperanzas cifradas en él, pues si bien poseía dotes como estratega militar, no las tenía para los asuntos públicos y dedicaba la mayor parte de su tiempo a jugar a la pelota, a la esgrima y a los banquetes, todo con ridícula prodigalidad del erario público; de tal suerte se comenzó a formar un grupo de oposición en torno a Sosibio,¹²³ el guardasellos del rey y quien cumplía sus funciones con gran dignidad, razón por la que Tlepólemo lo destituyó de su cargo y se arrogó todos los poderes recelando del apoyo del pueblo al joven. Fue entonces que Antíoco III invadió Celesiria y puso sitio a Gaza. Tlepólemo finalmente caería víctima de sus adversarios; Aristomeno ocuparía su sitio como guardia personal del rey y Escopas como general de ejército. Éste último era un etolio, político avezado que durante las revueltas de su patria había intentado realizar atrevidas reformas que desencadenaran en una revolución, pero luego de fallar pasó a Egipto donde puso sus conocimientos militares al servicio de los lágidas; de hecho, ya Agatocles lo había empleado para la recluta de los mercenarios griegos años atrás. Eran comienzos del año 200 a. C., Escopas pudo

¹²⁰Templo consagrado a Deméter Tesmósfora o “legisladora”, como dadora de las leyes de la vida.

¹²¹ Se refiere al demo egipcio arsinoíta o de Arsínoe.

¹²² Plb., xv. xxxiii. 6-13, trad. de Manuel Balasch.

¹²³ Distinto obviamente del antes mencionado. Aparece en las fuentes como “el hijo”, sin precisar si lo era del antes indigno cortesano.

dirigir una contraofensiva en Siria y logró reconquistar territorio hasta el norte del río Jordán; pese a esto, sería derrotado en aquel mismo verano por Antíoco III en Paneón, obligándolo a refugiarse con su ejército en Sidón. La estrella de Escopas se eclipsaría cuando conspiró contra el muchacho rey y fue envenenado por Aristómenes.¹²⁴

[54]

El reinado del niño Ptolomeo V Epífanos comenzaba con insurrecciones en su país, con la amenaza seléucida y con una Roma deseosa por convertir al Mediterráneo en un “lago romano”, no eran buenos augurios. El joven monarca de apenas doce años, asesorado por su tutor Aristomeno, cedió el territorio a Antíoco III y, parte de los tratados con éste fue la promesa de matrimonio del niño rey con su hija Cleopatra, tal vez esta unión conviniera a la causa seléucida para asegurar que Egipto no intentaría nada mientras él sostenía su lucha contra Roma,¹²⁵ aunque la versión judía¹²⁶ asegura que formaba parte de los planes de éste para apoderarse después de Egipto. La “recepción de soberanía” del joven Ptolomeo se llevó a cabo ese año de 197 a. C., cuando el muchacho no rebasaba los trece años; fue celebrada por todo lo alto y, a diferencia de todos sus antecesores entronizados a la manera macedonia, Ptolomeo Epífanos fue instituido faraón con títulos sagrados y con la doble corona del Alto y Bajo Egipto en el ancestral templo de Menfis, la antigua capital nilótica. Su elevación quedó esculpida en la hoy famosa piedra Rosetta,¹²⁷ loza de ciento catorce centímetros de alto, por setenta y dos centímetros de ancho, y unos veintiocho centímetros de espesor. En ésta quedó asentado en tres lenguas diferentes —jeroglíficos en la parte alta y más dañada; demótico en medio, forma cursiva de

¹²⁴ Plb., xviii. liii. 6-11.

¹²⁵ Cf. G. Macurdy, *op. cit.*, p. 142.

¹²⁶ Dan., 9, 17.

¹²⁷ Fue descubierta a mediados de julio de 1799 por un grupo de demolición del ejército francés de Napoleón, en Rashid (Rossetta) a unos cuantos kilómetros del mar en uno de los brazos del río Nilo. Reconociendo la importancia del descubrimiento, los franceses la trasladaron al Cairo y fueron enviadas copias de la inscripción a los académicos de Europa durante 1800. La piedra fue luego enviada a Alejandría a fin de salvarla de la invasión británica, pero finalmente los ingleses se apoderaron de ella y la llevaron al Museo Británico donde aún permanece. (Cf. Andrew Robinson, *The story of writing. Alphabets, Hieroglyphs & Pictograms*, p. 24.)

los jeroglíficos; y griego en la base—¹²⁸ el relato de cómo los sacerdotes de todos los templos egipcios se reunieron en Menfis para el primer aniversario de la coronación de Ptolomeo V Epífanes un 27 de marzo de 196 a. C. La inscripción se dirige al pueblo egipcio y no sólo al grecoparlante. Los títulos otorgados al monarca dan buena cuenta de que se debilitaba el poder macedonio y crecía la influencia de los nativos; Egipto volvía a sus raíces. Es aquí donde comienza la historia de nuestras reinas y que a continuación se pormenorizará.

[55]

Las reinas helenísticas

Un aspecto final a tomar en cuenta es la presencia de las mujeres en el ámbito de poder real de las dinastías helenísticas en general y la egipcia en particular, una verdadera vanguardia femenina que, por ejemplo, no puede reconocerse en el gobierno autocrático de los tiranos helenos por más que se señale a muchas hijas y esposas de éstos. El término “reina” (βασιλίсса), se aplicó a las esposas de los reyes macedonios a partir del 360-365 a. C.,¹²⁹

¹²⁸ El desciframiento del texto de la piedra Roseta fue arduo, dados los supuestos errados que se aceptaban desde el Renacimiento. Thomas Young, médico, físico y lingüista fue el primero en notar las semejanzas entre el demótico y los jeroglíficos, suponiendo que era una mixtura entre signos alfabéticos y de tipo jeroglífico, discerniendo además que, los cartuchos contenían nombres reales o religiosos y que el nombre de Ptolomeo estaría deletreado alfabéticamente, por lo que podía asignarse ciertos valores a algunos jeroglíficos, empero, no logró descifrar el código. Dicha gloria sería para el francés Jean Francois Champolion en 1823, casi una década después de los trabajos de Young. El joven Champolion ya leía griego y latín a la edad de nueve años, por lo que, siendo aún muy joven, fue tutorado por el matemático y físico Fourier, secretario de Napoleón en la expedición egipcia y quien encaminó a la joven promesa en la nascente Egiptología. Champolion, ya experto en estudios orientales y conocedor del copto, nunca consideró adecuada la interpretación de Young; para él, la lengua jeroglífica egipcia no podía ser fonética. El éxito vendría en 1822 cuando le fue enviada desde Gran Bretaña una copia del texto del obelisco de Filae enviado allá y que contenía los nombres de Cleopatra y Ptolomeo, tanto en cartuchos de jeroglíficos como en griego. Comparando la piedra Rosetta y este nuevo hallazgo, para 1823 Champolion proclamó haber entendido los principios básicos de la lengua egipcia. (Cf. *Ibid.*, pp. 26-30.)

¹²⁹ Cf. G. Shipley, *op. cit.*, pp. 96-97.

precisamente durante el surgimiento de las monarquías helenísticas. Grace Macurdy¹³⁰ asegura que dicho título confería prestigio antes que un potencial poder, reservado a la realeza, en efecto, pero limitado, por ejemplo, a la regencia durante la ausencia de su marido o durante la infancia de uno de sus hijos; poder claramente, pero no por derecho propio, si bien no será extraño que una mujer de carácter y ambiciones, sorteara con habilidad las intrigas políticas y se hiciera con la soberanía.¹³¹ El precedente lo había impuesto la propia Olimpia, madre de Alejandro Magno, y lo continuarían damas de imperiosas convicciones, sobre todo después de las guerras de los *diádocos*, las más de las veces portadoras de las ambiciones de sus hombres más que participantes autónomas y, tal vez ahí se resguarda también su sagacidad, ya que, considero, las reinas helenísticas sabían que sus sociedades aún no estaban preparadas para un gobierno femenino y por ello utilizaban a sus hombres en primera instancia, vuelta de tuerca a las alianzas sostenidas entre los propios varones donde ellas eran meros instrumentos.

Tal vez el caso más notorio de poder femenino se dé en Egipto, no sólo por sus precedentes faraónicos y sociales ya enunciados, sino porque estos monarcas continuaron con la tradición de casarse con sus hermanas, aspecto no sólo de ascendencia real egipcia sino intención económica que impedía el acceso al poder a miembros de familias rivales helenísticas, así como la repartición de la hacienda del Estado. Las reinas ptolemaicas aprovecharían al máximo esta situación y emplearían los mismos medios propagandísticos de sus pares masculinos. Arsínoe II será la primera soberana retratada en monedas, aunque debemos notar que normalmente esta exposición pública chocaría con el más rancio sentido griego de la domesticidad femenina; y si acaso, se realizaba con la consigna de apoyar a sus contrapartes reales, pero poco a poco se desligó de la misma y creó para las reinas un acceso al poder verdadero; la larga lista de cleopatras que analizaremos así lo muestra, y culmina con la famosa soberana que hizo temblar a la misma Roma. La dinastía ptolemaica es una excepción notoria, el resto de las reinas helenísticas serán alabadas por las virtudes que las sociedades de corte patriarcal pregonan como adecuadas: la maternidad y su calidad de esposa, aunada a su piedad para con los dioses.

¹³⁰ A. Robinson, *op. cit.*, p. 6.

¹³¹ G. Macurdy, *op. cit.*, p. 7.

Las siete cleopatras del Nilo

Cleopatra I, el comienzo de una dinastía

[57]

Por extraño que parezca, la historia de las cleopatras de Egipto comienza en Asia Menor y fue producto de los conflictos precisamente con aquella tierra del Nilo. Desde tiempos de Ptolomeo II Filadelfo sobrevinieron dificultades por la intromisión de éste en los conflictos dinásticos de la casa seléucida gobernante de aquella región. Hacia el año 246 a. C. se dio la sucesión real tanto en Egipto como en Asia, pero mientras la ocurrida en territorio ptolemaico fue tranquila, en Asia se produjo un grave conflicto, como tuvimos oportunidad de anotar. Las dos casas se hallaban ligadas por aquel tiempo de la manera usual entre los reinos helenísticos: a través de un matrimonio. Antíoco II estaba casado con Berenice II, hija de Filadelfo, pero la esposa repudiada de éste y sus dos hijos, no conformes, dieron muerte a la egipcia y ello provocó la guerra que encabezó el hermano de ésta: Ptolomeo III. Tal conflicto fue cruento y tuvo altibajos, pero finalmente terminó con un armisticio. Egipto conservó sus posesiones en Siria, Fenicia y Asia Menor, y por ello, al rey egipcio le correspondía un imperio enorme.¹³²

Por su parte, el imperio seléucida quedó muy reducido en su lucha con el lágida, en principio y a fin de repeler el ataque egipcio, Seleuco II tuvo que casar a sus hermanas con sendos dinastas de Capadocia y el Ponto. Así, su reino contribuyó con dotes atractivas en tales uniones: territorios alejados a los reinos de sus ahora cuñados, provocando que aquellos reinos menores se irguieran con fuerza. Poco a poco se separaron otras provincias orientales, en tanto que los régulos de la provincia de Pérgamo obtuvieron una completa independencia. Esta división debilitó definitivamente el rei-

¹³² Para todos estos datos, cf. Paul Jouguet, *El imperialismo macedonio y la helenización de Oriente*, trad. de José Almoína, pp. 149 y ss.

no asiático. Además de estos conflictos externos, Seleuco II hubo de padecer los internos: una madre autoritaria y no dispuesta a dejar que su poder se viera menguado y; un hermano que le disputaba el trono apoyado en el amor maternal. Con todo, lograría imponerse y heredarle el trono a su hijo Seleuco III en el 226 a. C, pero éste moriría al poco tiempo víctima de una conspiración.¹³³ Habría de sucederlo su hermano, Antíoco III que tenía tan sólo veinte años.

[58] Las medidas de Antíoco III fueron las adecuadas para sacar a flote el mellado imperio del Asia. Dividió el reino y centró su capital en Siria, desde donde planeaba la invasión a Egipto, pero la defección de los gobernantes de las satrapías lejanas lucía más importantes para la seguridad del trono, empero, las maquinaciones del consejero del rey, de nombre Hermias, pospusieron las medidas necesarias de control. Éste en realidad acariciaba la oportunidad de ocupar Egipto, habida cuenta de que la sucesión parecía dirigirse a Ptolomeo IV, quien era un candidato harto mediocre al compararlo con su padre, pues tenía un carácter disoluto y un espíritu degenerado. De tal suerte, Antíoco III, esperando la oportunidad egipcia, dejó que el peligro al este creciera y se volviera un problema que terminó por urgirlo. Llegado el momento, dio muestras de valor y capacidad militar, y no sólo aplastó la insurrección, sino que también supo poner fin a los posibles levantamientos futuros con mano de hierro. Victorioso, planeó entonces su venganza contra Egipto que había humillado a su abuelo y a su padre.¹³⁴

A pesar de que en un primer momento parecía que triunfaría, al final Antíoco III fue derrotado.¹³⁵ La batalla de Rafia fue una victoria egipcia y una humillación asiática donde el rey seléucida tuvo que pactar una tregua de un año y la repartición de territorio. No obstante, en Egipto las consecuencias de la guerra fueron a largo plazo: Ptolomeo IV había empleado fuerzas autóctonas, motivo por el cual los egipcios después de muchos años de dominio extranjero volvieron a experimentar el sentimiento nacionalista, y ello devino en una serie de movimientos rebeldes que ocuparon los reinados de este rey ptolemaico y de su sucesor. Por su parte, el gobierno

¹³³ Cf. *Ibid.*, pp. 161-164.

¹³⁴ Cf. *Ibid.*, pp. 168-174.

¹³⁵ Cf. *Ibid.*, pp. 175-176.

de Antíoco III siguió luchando contra la separación del otrora gran reino selúcida, hecho que lo llevó a unirse con la casa macedonia de Filipo V, y por ello, granjearse el desprecio de la ahora fuerza occidental que se erguía como señora del Mediterráneo: Roma.¹³⁶

Sin embargo, las cosas en Egipto terminarían por favorecerlo. A la muerte de Ptolomeo IV y luego del asesinato de su hermana-esposa, Arsínoe III, el poder cayó en manos de unos arribistas, los amigos de parranda del rey: Sosibio, consejero y administrador; Agatocles y Agatoclea, hermanos y amantes del depravado rey, incluso de la propia madre de ambos de nombre Enante, quien a su vez también servía a las maquinaciones reales. Estos tres personajes se presentaron como los tutores del joven rey Ptolomeo V Epífanes de sólo cinco años, mediante un testamento falso que redactaron luego de la repentina muerte del faraón, misma que ocultaron para confeccionar dicho documento y deshacerse al propio tiempo de la reina. La impopularidad de este partido fue en aumento conforme pasaba el tiempo y terminó por formarse un grupo político antagónico, a cuyo frente estaba Tlepólemo, un estratega que estaba decidido a tener la tutoría del niño rey. Fueron vanos los intentos del grupo en el poder por convencer al pueblo, el cual pronto se rebeló, dando pie a uno de los pasajes más cruentos y desastrosos de la historia egipcia.¹³⁷ El resultado fue la tutoría de Tlepólemo sobre el niño Ptolomeo y su designación como regente. Todas estas turbulencias dieron pie a Antíoco III a invadir nuevamente la región de Celesiria y asediar Gaza para una eventual conquista de Egipto. El flamante regente no dio resultados y el rey asiático conquistó la plaza sitiada y continuó su avance victorioso; ni siquiera pudo detenerlo el nuevo partido en el poder ni sus generales designados luego de la destitución de Tlepólemo. El rey selúcida estaba imparable en sus conquistas, pero hubo de estrellarse con la fuerza romana, que para el año 196 a. C. declaró la “libertad griega” y acogió bajo su escudo al joven rey egipcio. Antíoco III reviró buscando alianzas con reinos vecinos entre ellos el de su hija Cleopatra con el príncipe egipcio. Y aquí comienza la historia de una de las más destacadas reinas de Egipto.

[59]

¹³⁶ Cf. *Ibid.*, pp. 177-178 y 184-188.

¹³⁷ Cf. Polib., xv. xxvi. 1- xxix. 33.

Antíoco III se había casado con su prima Laódice III alrededor del año 221 a. C., de ella había tenido tres hijas: Cleopatra, Antioquis y la tercera cuyo nombre desconocemos. De acuerdo con Apiano,¹³⁸ planeando la invasión de Tracia, decidió formar una coalición de Estados para la eventual confrontación con Roma, para lo cual estableció o buscó una serie de alianzas dinásticas: comprometió a Cleopatra con Ptolomeo V, a Antioquis con Ariarates de Capadocia y ofreció a su tercera hija a Eumenes de Pérgamo, quien la despreció denotando con ello su adhesión a Roma y prácticamente declarando la guerra al rey asiático; todo esto ocurre alrededor de ese año 196 a. C. Sin embargo, es muy posible que el compromiso entre la princesa asiática y el niño rey ocurriera antes, en el año 200 a. C., cuando Antíoco III derrotó a los egipcios en Panium y recuperó Celesiria. Las fuentes hebreas, siempre contrarias a los reyes seléucidas, asegurarán que el rey planeaba la eventual dominación del reino de su futuro yerno,¹³⁹ y es muy posible que para el año 196 a. C. en que se ratifica el compromiso, hubiera una mixtura de ambos motivos.¹⁴⁰ Menuda fue la sorpresa para los delegados romanos en la Tracia Lisimáquea que venían a buscar la reconciliación entre ambos reinos mediante la solicitud de que el seléucida evacuara los territorios egipcios que le había arrebatado a los generales del joven faraón, cuando Antíoco III les informó que Ptolomeo V era su yerno, y podía agradecerles su interés pero que la familia se haría cargo de limar sus asperezas. Un verdadero triunfo para el reino seléucida.

Ptolomeo V Epífanos nació el 9 de octubre de 210 a. C. Con sólo trece años y meses celebró su entrada en madurez y reconocimiento oficial como rey de Egipto, como lo prueba en tres idiomas la famosa piedra Rosetta; dicho acto está fechado el 27 marzo de 196 a. C.¹⁴¹ La afamada loza atestigua su entronización como faraón a la usanza más antigua, con los títulos sagrados y las dos coronas, con la cobra real y el reconocimiento de todos los templos egipcios; fue coronado en Menfis —la vieja capital— con una pompa digna de Ramsés, pero parece una adulación exagerada para

¹³⁸ App., *Syr.*, 5.

¹³⁹ Cf. Dan., 11, 7.

¹⁴⁰ Al respecto, cf. Grace Macurdy, *Hellenistic Queens. A study of woman-power in Macedonia, Seleucid, Syria, and Ptolemaic Egypt*, p. 142.

¹⁴¹ Cf. *supra*, pp. 54-55.

complacer a los indígenas, que eran cada vez más quienes balanceaban las acciones en el Nilo. En su carácter de faraón y dios, se esperaba que tuviera una consorte y esa sería Cleopatra. La razón de esta alianza, creo, se sustenta en la solución más viable: Ptolomeo V estaba en medio de dos grandes potencias y, si bien su ahora suegro no dudaría en arrebatarle el trono, tampoco podía esperar que Roma tuviera planes diferentes de los de convertir Egipto en la despensa de su “lago romano”: el Mediterráneo; el reino asiático al menos era de raigambre griega. Tal como apuntó Julia Wong,¹⁴² en la decisión de tomar por esposa a Cleopatra debemos reconocer la intervención de las familias aristocráticas que por ese tiempo controlaban la corte lágida.

[61]

Ptolomeo IV fue el primero de los reyes egipcio-helenos en no preocuparse de la administración de su imperio, ése que habían conformado tres generaciones de destacados antecesores. De tal suerte, Ptolomeo IV abandonó el control del país en manos de aquellos ministros de su corte que muy pronto abusaron del poder, pero que también debemos reconocer como una oligarquía poderosa que se sustentaba en sus raíces aristocráticas o en sus servicios para con la corona; a ella pertenecieron tanto Sosibio y Agatocles, que sucedieron a Ptolomeo IV y se irguieron como tutores de su hijo, como aquel Tlepólemo que fue regente del niño rey y a quien siguió Aristómenes, muy posiblemente un partidario de la corte seléucida. Éste era un arcaniano que había servido bien a Agatocles y había ido escalando puestos en la corte con diversos cargos: guardaespaldas del rey, sacerdote y, finalmente, guardián y regente de Ptolomeo V alrededor del 196 a. C. Polibio, nuestra fuente al respecto,¹⁴³ guarda una buena opinión de él y posiblemente la política proseléucida que conservó sea la causa de esa buena fama, pero fue también la que lo hizo caer en desgracia.¹⁴⁴

Las familias aristócratas y las que se encontraban a la vera de la corte, formaban una coalición de importancia para balancear el poder de los hasta entonces todopoderosos Ptolomeos,¹⁴⁵ por ello, es de notar que

¹⁴² *Cleopatra I, The First Female Ptolemaic Regent: Her Predecessors, Policies, and Precedents*, pp. 11 y ss.

¹⁴³ Plb., xv. xxi. 4 y ss.

¹⁴⁴ Cf. J. Wong, *op. cit.*, p. 29.

¹⁴⁵ Cf. *Ibid.*, p. 35.

[62]

los sirios necesitaban del apoyo de algunos de los miembros de estos grupos, procurando que fueran aquéllos con más poder y, quién más adecuado que Aristómenes. Es claro que el regente favorecía una política de paz con Antíoco III —de entrada, un peligro muy real dado el éxito que en ese momento tenía— y una de hostilidad contra Roma —la que no debió actuar de forma altruista, quedando claras sus aspiraciones—; de todo lo anterior, Wong¹⁴⁶ deduce: que Aristómenes estuviera en contacto con Cleopatra, dado que ella finalmente seguiría, ya como reina, las políticas iniciadas por este funcionario. A mí me parece que es muy aventurado sostener tal suposición sin datos más firmes, no obstante, creo que podemos considerar que estuviera en contacto con Antíoco III, y la pregunta sería si las políticas seguidas después por la regente fueron las paternas, las de Aristómenes o una combinación de ambas. Lo cierto es que, este claro vínculo con el otrora enemigo le ganaría la animadversión de los nacionalistas egipcios al prudente consejero, luego de que su partido triunfara y se comprometiera a Ptolomeo V con Cleopatra. A esto habría que agregar las intrigas de otros grupos oligárquicos, como bien podría ser la familia de su sucesor en el cargo, Polícrates; y más terriblemente: el desfavor del propio faraón. Aristómenes fue regente de Ptolomeo V Epífanés, del año 196 al 192 a. C.; por aquel entonces el rey estaría por cumplir los dieciocho años y se rebelaría a la tutela, por lo que tomaría más frecuentemente la contraria ante las opiniones de su “padre putativo” sólo por demostrar su autoridad creciente. La combinación de todos estos factores fue la ruina de Aristómenes, pero también abriría una brecha que aprovecharía la inteligente reina: “La regencia de Cleopatra I pudo, sin embargo, poner fin a este dominio (sc. el de las familias aristócratas). Cleopatra I representa la siguiente institución, el reinado femenino ptolemaico, que obtuvo su gran influencia en la corte como resultado directo de la erosión del poder del rey”.¹⁴⁷

Si bien el compromiso matrimonial se estableció en el 196 a. C., la boda no se celebraría sino hasta el 194/193 en Rafia, al norte de Gaza, paradóji-

¹⁴⁶ Cf. *Ibid.*, p. 29.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 35.

camente el sitio de la derrota de Antíoco III. Como opina Whitehorne,¹⁴⁸ la decisión de escoger Rafia se debe simplemente a que era el territorio limítrofe entre las dos naciones, una especie de territorio neutral del cual cada soberano podía regresar aseverando que el otro había venido a su encuentro. Las fuentes posteriores alegaban que el rey selúcida ofreció como dote para su hija la región de Celesiria,¹⁴⁹ o las rentas obtenidas de Samaria, Judea y Fenicia,¹⁵⁰ pero ambas cosas son falsas. ¿Cómo sería posible que el rey que en ese momento establecía poderosas alianzas, que planeaba la conquista de ciudades tracias, del Quersoneso y que consideraba Celesiria como su propiedad hereditaria estuviera dispuesto a ceder algo de ello? Sólo si estuviera loco. ¿Qué ofreció entonces Cleopatra para su unión con Ptolomeo V? Whitehorne alude a su innegable dinastía.¹⁵¹ La princesa era hija de Antíoco III, el más grande monarca de su momento que ni los romanos habían logrado frenar y cuya aspiración era conformar nuevamente el imperio de Alejandro Magno, remontando su linaje al compañero de éste y la reina Apama, una dinasta persa. Su madre era Laódice III, por tanto, Cleopatra podía ufanarse de ser nieta del gran Mitrídates II del Ponto, también descendiente de los sátrapas persas de Capadocia, por lo que ella conjuntaba el linaje oriental y el occidental. Esto me lleva a suponer que pudo estar muy orgullosa de su linaje, por lo que los agudos egipcios le otorgaron el sobrenombre de “la Siria”.

[63]

Cleopatra era mayor que su ahora esposo, él tendría unos dieciséis o diecisiete años, ella sería unos cinco años mayor,¹⁵² inteligente y sagaz, como demostrará después, por lo que no es extraño que los judíos hayan supuesto que Antíoco III la envió a Egipto para que destruyera la dinastía ptolemaica;¹⁵³ pero parece que la joven reina supo ganarse el afecto de sus súbditos muy rápidamente, puesto que ni los conflictos que sucederían después entre su padre y los romanos, donde a la postre se involucraron los

¹⁴⁸ *Cleopatras*, p. 81.

¹⁴⁹ Plb., xxviii. xx. 9 y App., Syr., 5.

¹⁵⁰ J., AJ., xii. 154.

¹⁵¹ J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 82-83.

¹⁵² Cf. Simon Hornblower y Antony Spawford, eds., *The Oxford Classical Dictionary*, s. v. ‘Cleopatra I. Los ingleses fechan su nacimiento alrededor del 215 a. C.

¹⁵³ Cf. Dan., 11, 7.

egipcios, cambiaron esta devoción, tal vez porque la propia reina decidió tomar el partido de su nuevo pueblo.

[64] Hacia el año 195 a. C. había arribado a Éfeso el general cartaginés y enemigo mortal de Roma, Aníbal, quien venía a hacer una propuesta de guerra al rey de Asia: llevar la batalla a las puertas de la Urbe. Figurando éste como general a cargo, Antíoco III sólo debía esperar recibir en su reino la sumisión de Roma. El rey helenístico estuvo de acuerdo, no obstante, las indecisiones del senado cartaginés y una embajada de Roma cuyos integrantes pasaban largos ratos charlando con Aníbal a fin de sacarle información de sus planes, llevaron al viejo rey selécida a la duda, y algo de su amor propio que no deseaba la gloria para otro que no fuera él, lo hicieron finalmente apresurar todo y comandar él mismo el ataque sin oír los consejos de su huésped, sólo para sufrir una aplastante derrota en Termópilas, Grecia, en el año 192 a. C. Roma se apresuró a sugerir la paz solicitando la entrega de sus naves, desertores y prisioneros, además de reintegrarle sus gastos de guerra. Él se negó, y por ello la Urbe entró en acción: aliada a Pérgamo, desembarcaron en Asia y derrotaron al rey en su propia tierra, por lo que al final tuvo que admitir las condiciones anteriores, firmando el tratado en Apamea en el año 188 a.C. Así pues, Asia Menor fue separada de los demás territorios de Antíoco III, y dividida entre los reinos de Pérgamo y la isla de Rodas; el rey se retiraría al este y allí terminaría muriendo luego de una herida sufrida en una batalla rebelde de sus súbditos en Susana.

Estas acciones de su padre pudieron haber perjudicado a su hija en Egipto si no hubiera tomado el partido de Roma. Tito Livio¹⁵⁴ informa que los reyes enviaron una embajada en el año 191 a. C. para felicitar al Senado por vencer al rey selécida y para ofrecer una gran suma de dinero y tropas que enviarían a Grecia para auxiliarlos; todo lo anterior fue declinado por el Senado que, no obstante, agradeció el ofrecimiento. La referida presencia de la reina —por el autor latino— no sólo manifiesta su adhesión a la causa egipcia, sino el estatus que ya había alcanzado, pues su nombre aparece registrado y, ambos son monarcas reconocidos por el Senado. Esta preeminencia de Cleopatra inició tal vez como parte de su fuerza familiar, como princesa siria que llegaba respaldada por su exitoso padre, compar-

¹⁵⁴ Liv., xxxvi. iv. 1-4.

tiendo los epítetos que su marido ya poseía como los de “dios manifiesto” (θεός ἐπίφανης) o “dios bendito” (εὐχάριστος), pero ofrecieron a Cleopatra un medio para proyectar su propio carácter de diosa y apoyar así su calidad de monarca.¹⁵⁵

Hay, no obstante, un título que Cleopatra ostentará y que no pertenece por igual al rey, sino a una larga tradición ptolemaica femenina: el de hermana. Ptolomeo V era hijo de la pareja real de hermanos: Ptolomeo IV y Arsínoe III, pero el título procedía de la primera gran reina Arsínoe II, quien había hecho de éste un medio por el que las reinas fueran reconocidas en su calidad de compañeras y consortes del rey, además de herederas por igual de su poder. Hasta ahora ese privilegio sólo lo habían tenido aquéllas que efectivamente compartieran la sangre real, como de hecho también había ocurrido en el Egipto ancestral, pero ahora lo otorgarían a una mujer que no era pariente alguno de la casa real. Precisamente en el año 191 a. C. se reconoce la siguiente adscripción en un papiro demótico: “El faraón Ptolomeo, hijo de Ptolomeo y Arsínoe, dioses padres amados, con su hermana, su esposa la reina Cleopatra, dioses manifiestos.”¹⁵⁶

[65]

A pesar de la escasa información que tenemos del periodo, parece probable que Cleopatra muy pronto alcanzó un gran estatus dentro de la corte alejandrina y en muchos sentidos fue el resultado de una política que yo considero astuta de su parte. Ella como reina extranjera no era precisamente apreciada por los egipcios, puesto que habían estado en conflicto con los seléucidas desde hacía mucho tiempo, prácticamente desde los ini-

¹⁵⁵ “De hecho ‘manifiesto’ y ‘benéfico’ son sólo traducciones de las traducciones para ambos términos que eran egipcios en origen más que griegos. Epífanos ha sido equiparado con el título real egipcio que en su forma jeroglífica significa ‘el que ha venido por’ y su significado es una serie de ideas interconectadas, la noción de un poder divino manifiesto a través de la persona real, la encarnación de la divinidad en el cuerpo del rey, o la epifanía de una deidad existente en la persona del monarca. Los equivalentes jeroglíficos de Eucáristos pueden reunir igualmente varios sentidos: ‘uno con la bondad’, ‘señor de las bellezas’ o ‘uno cuyo favor es hermoso’. Ambos epítetos enfatizan el creciente alineamiento que toma lugar en este periodo entre el culto al gobernante ptolemaico y la tradición religiosa nativa. En dicho acercamiento, la noción de la reina tanto como del rey como manifestaciones vivientes de la deidad, usualmente la gran diosa Isis, pudo jugar un rol importante y creciente”. (J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 85.)

¹⁵⁶ *Idem.*

cios mismos de la dinastía ptolemaica, y la referencia más concreta de una mujer de dicha tierra era la de la terrible Laódice I, esposa de Antíoco II, quien asesinó a su marido y dominó a sus dos hijos, llevándolos a la confrontación y el crimen, o al menos ése era el dicho popular. Por otro lado, aún estaría fresco el recuerdo de Agatoclea, la amante del rey anterior, y de su madre, la no menos temible Enante, quienes habían mostrado un carácter y una depravación insultante y más al confrontarlas con la tácita y dulce Arsínoe III, finalmente asesinada por ellas y sus perversos compinches.¹⁵⁷

[66] Si Cleopatra hubiera mostrado algo del recio carácter que luego desplegó, seguramente habría sido repudiada y, al morir su marido, se habría visto rápidamente eliminada, más porque su primera ancla de poder: su padre y el reino asiático ya no existía; por ello, creo, la reina procedió con gran cautela y decidió replegarse tras su marido para que él fuera la cara oficial del reino y, digno hijo de su dinastía, su discreta esposa sería un fuerte contraste con su manera de ser; estrategia que le valió después, hacerse del apoyo de un pueblo que al principio debió serle hostil. Todos los títulos divinos que le fueron asignados, además de no ser mal empleados, ella debió acrecentarlos y mostrarse verdaderamente “bienhechora” para que se le reconociera como una “gran madre”, tan digna que uno de sus hijos utilizará por primera vez el título de Filómetor, “amado de su madre”.

Cleopatra dio a luz tres hijos para su joven marido: una niña (*ca.* 187 a. C.)¹⁵⁸ que llevaría su nombre, por lo que comenzaré a utilizar el numeral para diferenciar a la madre de su hija. Después vendrían dos niños, ambos Ptolomeos; el mayor nació alrededor del 186 a. C., el menor nacería entre el 182 y el 181 a. C. Por el silencio que las fuentes griegas guardan sobre cualquier posible acto reprochable de la reina, aspecto más que usual para censurarlas acremente en las fuentes antiguas como soberanas inadecuadas, como podemos reconocer en los ejemplos que menciona Grace Macurdy, Cleopatra I fue una buena esposa, mas no se puede decir lo mismo de su esposo.

“La manzana no puede caer muy lejos del árbol” y más cuando creció en medio de una corte desgastada por las luchas por el poder y el ambiente enrarecido de una libertad sexual que aún hoy consterna; tal vez, como

¹⁵⁷ Para profundizar sobre estas mujeres, *vid.* G. Macurdy, *op. cit.*, pp. 82-90 y 136-141.

¹⁵⁸ Cf. J. Hornblower y A. Spawford, eds., *op. cit.*, s. v. ‘Cleopatra II.’

asegura la autora citada arriba, si Arsínoe III hubiera vivido, Ptolomeo V hubiera superado su naturaleza y habría sido un mejor monarca. Si bien no parece que el joven rey haya heredado las perversiones paternas que incluían tanto la lujuria como la gula, pues abandonó ese estilo de vida y retomó el viejo curso de los macedonios. Prefirió la cacería y los entrenamientos marciales, sin embargo, parece que la nobleza de espíritu de un Filipo, un Alejandro o, al menos un Ptolomeo I, ya no latía en él. Así pues, su reinado se caracterizó por una serie de revueltas nativas y una rebelión abierta del Alto Egipto. Esta serie de acontecimientos se extendieron prácticamente durante todo su reinado, del 197 al 185 a. C., y comprendió el famoso sitio de la ciudad de Licópolis en el delta del Nilo; el faraón, a despecho de la opinión de Graham Shipley,¹⁵⁹ no parece un soberano eficaz, a menos de que lo conciba así por reprimir rápida y brutalmente dichos levantamientos. Sobre el particular, Polibio nos relata:

[67]

Quando Ptolomeo, rey de Egipto, asedió la ciudad de Licópolis, alarmados ante lo sucedido, los jefes egipcios se rindieron a discreción. Pero él los trató mal [...] Átinis, Pausiras, Cesufo e Irobasto, jefes supervivientes, cedieron a las circunstancias y se presentaron en Sais, donde se entregaron a la lealtad del rey. Pero Ptolomeo violó sus juramentos, ató aquellos hombres desnudos, tiró de ellos con carros y, tras inferirles tales tormentos, los mandó matar.¹⁶⁰

La sublevación del Alto Egipto encabezada primero por Haronnofris y luego por Caonnofris se extendió hasta el 186 a. C. No la podemos achacar esta política de exterminio únicamente a Ptolomeo V, con él intrigaba su primer ministro Polícrates, pero el monarca no tenía la grandeza de alma para imponerse a las maquinaciones de éste y se disipaba en sus correrías ecuestres y cinegéticas. Para Grace Macurdy su natural malvado se revelaría con una anécdota sobre el trato que le dispensó a su otrora tutor Aristomeno: se cuenta que el anciano tocó al joven rey en el brazo para despertarlo cuando, tal vez exhausto por sus ocupaciones atléti-

¹⁵⁹ El mundo helenístico después de Alejandro 323-30 a. C., trad. de Magdalena Chocano, p. 233.

¹⁶⁰ Plb., xxii. xvii. 1-3, trad. de Manuel Balasch.

[68]

cas, se quedó dormido frente a unos embajadores; ello valió al viejo para ser condenado a muerte.¹⁶¹ Sólo tenía veinticinco años, pero ya se había granjeado el desprecio de su propio pueblo al maltratar de esta manera a sus compatriotas. Moriría poco después del nacimiento de su hijo menor (entre septiembre u octubre 180 a. C.)¹⁶² antes de cumplir los treinta años, muy posiblemente envenenado, y nuestras fuentes no relacionan a Cleopatra I con nada de lo ocurrido; sin embargo, existe una posible duda. Se sabe que parte de los planes finales de Ptolomeo V era la reconquista de Celesiria aprovechando la muerte de Antíoco III y el ascenso de su hijo Seleuco IV,¹⁶³ obviamente a la muerte del rey lágida estos planes desaparecieron.¹⁶⁴ Por otro lado, no podemos dejar de lado que la oportuna muerte del rey favoreció a Cleopatra I, pues le permitió fungir como regente de su hijo menor, pero las fuentes no confirman ninguna de estas especulaciones.

El heredero fue su hijo mayor, Ptolomeo VI, de sólo cinco o seis años, por lo que su madre pasó a ser su regente oficial; por primera vez una reina gobernaba abiertamente Egipto y explicaré en un momento la razón de ello, pero el reino que heredaba no era precisamente uno pacífico. Por una parte, estaba el resentimiento indígena que se reconocía en las sublevaciones de los nativos desde los primeros años del gobierno de su marido, aunado a la sombra ominosa de Roma que miraba con avaricia el Mediterráneo oriental; y finalmente, estaba también la amenaza del reino hermano de Asia, puesto que los lazos familiares no habían limitado nunca los planes expansionistas de los reyes en turno. Julia Wong arguye que podemos encontrar tres aspectos que nos llevan a entender cómo es que Cleopatra I logró lentamente, pero con seguridad, escalar las gradas del trono de Alejandría:

- El camino trazado con anterioridad por los cortesanos que habían alcanzado un rango de poder durante los reinados de Ptolomeo IV y V, aunque en ocasiones fueran subversivos y contrarios a los mismos

¹⁶¹ Cf. G. Macurdy, *op. cit.*, p. 144, sin referir su fuente.

¹⁶² Así es para Whitehorne (*op. cit.*, p. 86). Macurdy por su parte, (*op. cit.*, p. 144) señala el año 182-181 a. C.

¹⁶³ Cf. D. S., xxix. xxix. 1. y Porph., *FHG.*, 260 F 48.

¹⁶⁴ Cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 87.

soberanos.

- La herencia de las reinas del pasado que ya habían desplegado gran poder como consortes reales, comenzando por Arsínoe II, seguida de Berenice II y Arsínoe III.
- La institucionalización de un nuevo grupo de poder, que detentara éste mediante intrigas cortesanas, tan propias de la aristocracia: los eunucos.¹⁶⁵

[69]

El último es un punto más que interesante sobre la carrera de Cleopatra I como regente y gobernante. Los eunucos fueron miembros prominentes en las cortes persas desde tiempos de los aqueménidas y la historia registra sus nombres y muchas veces sus acciones heroicas, en otras, sus deslealtades más ignominiosas. Alejandro Magno y sus herederos continuaron con el empleo de estos hombres, pero la primera mención que tenemos de eunucos en una corte helenística es entre los seléucidas y era de esperar lo propio en los herederos del territorio persa, y podemos suponer, aunque veremos que hay algunas incongruencias, que fueran introducidos a Egipto por la propia Cleopatra I. Las fuentes suelen presentarlos de manera negativa y, como señala Wong,¹⁶⁶ por considerarlos una más de las modas bárbaras que hay que expurgar del ambiente heleno, pero también considero que se debe a su carácter de mutilados en un mundo donde la virilidad es señal de valía humana. Con todo, no podemos sino reconocer que fueron un grupo altamente inteligente y leal a sus amos reales, ya sea como consejeros e incluso jefes administrativos y militares desde tiempos de la propia Cleopatra I hasta la Roma imperial, pasando por los famosos eunucos con los que se enfrenta César en una Alejandría prácticamente dominada por ellos, como veremos hacia el final de este libro.

El primer eunuco entre los Ptolomeos es Aristónico, miembro más que destacado de la corte de Ptolomeo V; al parecer de origen griego, lo que podría explicar que fuentes tan severas como Polibio lo consideren un hombre digno.¹⁶⁷ Como cualquier otro cortesano, parece que éste tuvo una

¹⁶⁵ Cf. J. Wong, *op. cit.*, p. 72.

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 38.

¹⁶⁷ Cf. Plb., xxii. 22.

[70]

carrera ascendente que lo llevó a la cumbre misma cuando fue considerado para diversos ministerios;¹⁶⁸ la razón parece provenir de su cargo prístino de *Syntrophos*, una institución helena de niños o jóvenes de la nobleza que formaban una especie de cortejo para el joven heredero, y ello nos pone en el conflicto de que Aristónico debió ser introducido en la corte antes de la llegada de Cleopatra I. Si bien no se sabe quién pudo traer al niño eunuco a la compañía de Ptolomeo V, uno de los candidatos más obvios es Agatocles, quien pretendiera con ello obtener el beneficio de un personaje de su confianza al lado del príncipe; pero resulta más coherente, a mi juicio, la segunda opción al respecto: Aristómenes.¹⁶⁹ Ya había señalado que este hombre fue pieza clave para que se aceptara la opción de la boda con Cleopatra I, habida cuenta de que tenía una clara inclinación por los seléucidas y rechazaba la opción romana, así que me parece más lógico que fuera un movimiento suyo el acercar al rey a la forma de vida asiática, incluso me aventuraría a sugerir que fuera el propio Antíoco III el que haya enviado al niño para que hiciera compañía al joven egipcio y todo fuera amparado por el regente en turno.

A pesar de la buena fama que adquirió durante su desempeño,¹⁷⁰ es una figura ambigua en la corte de Ptolomeo V y desaparece convenientemente de la historia en el mismo año que su amo, lo que me lleva a sospechar que éste fue realmente leal al lágida y no a Cleopatra I, para quien había sido enviado en un principio y, si ella tuvo algo que ver con la eliminación de su esposo, es posible que haya dispuesto también del eunuco.

Su lugar sería ocupado por Euleo quien sí acompañó a Cleopatra I desde Siria cuando ésta llegó a la corte ptolemaica. Los eunucos ya eran miembros importantes de la corte de Antíoco III¹⁷¹ y el hecho de que las fuentes refieran que el trabajo primero de este hombre era ser esclavo de las mujeres, hace notar que su papel dependía de la reina totalmente. Julia Wong acertadamente a mi juicio, sostiene que la reina se dio a la tarea de utilizar a sus eunucos (y aquí podríamos incluir a Leneo también) como un contra-

¹⁶⁸ Cf. la tabla de actividades de este personaje, en J. Wong, *op. cit.*, p. 40.

¹⁶⁹ Para ambas especulaciones, cf. *Ibid.*, p. 42, nota 42.

¹⁷⁰ Cf. Plb., xxii 17 y 22.

¹⁷¹ Livio cuenta que el rey empleó a uno de ellos para eliminar a su hijo traidor. (Liv., xxxv. xv. 3-5.)

peso a los cortesanos que habían dañado tanto la corte alejandrina desde tiempos de su suegro. Con la muerte de Ptolomeo V y Aristónico, Euleo será promovido a la categoría de consejero de la reina y, finalmente, será el regente de Ptolomeo VI y comandante de sus fuerzas contra las acciones de Antíoco IV. Wong asegura: “Así, Euleo es importante porque su carrera es el reflejo de la propia carrera de Cleopatra I en la corte”, y con ello quiere decir que, así como el eunuco, la reina careció de poder mientras su marido vivió¹⁷²; ¹⁷² yo no estoy de acuerdo, pues, como señalé antes, los epítetos de la reina durante el gobierno de Ptolomeo V dejan en claro que ella buscó el poder por medio de la ya empleada utilización de la representación divina y, que su mayor logro fue precisamente no ser una figura destacada que la hiciera temible para los nacionalistas egipcios, quienes no verían bien una corte al estilo de los seléucidas. El papel soterrado del eunuco fue otro logro de la reina, siempre según mi juicio, supo mantenerlo al costado de sus acciones y sólo fue la ambición de éste lo que casi trajo a la ruina la buena construcción que Cleopatra I elevaría de no ser porque supo educar muy bien a su hija para que sostuviera el barco del Estado.

[71]

Analícemos ahora los medios de los que Cleopatra I se valió para ascender al trono. Sorteando merced a las fuentes antiguas y modernas el escollo que representa la poca información que de ella poseemos y, la duda de si los escasos restos epigráficos refieren a la reina o sus distinguidas sucesoras, hija y nieta respectivamente, comenzaré por recordar que desde tiempos de su marido —como ya he mencionado— constatamos una serie de cargos y títulos no oficiales pero que sí señalan la opinión pública sobre ella de manera notable, porque no sólo era una extranjera, sino además una seléucida. Es posible que los epítetos egipcios que se le conceden en conjunción con su esposo le permitieran ostentar ciertos cargos religiosos,¹⁷³ pero fue el de “hermana” el que le permitió, por una parte, deshacerse del estigma de extranjera asiática¹⁷⁴ y, por la otra, le dio acceso a una serie de prerrogativas que se enraizaban en la más antigua concepción de

¹⁷² Cf. *Ibid.*, p. 46.

¹⁷³ Cf. J. Wong, *op. cit.*, p. 75.

¹⁷⁴ Para los grecomacedonios y los egipcios era signo de su posible deslealtad al pertenecer a la odiada familia rival de su imperio.

la monarquía egipcia. Ya Arsínoe II había reconocido estas prerrogativas y las había utilizado a su favor, por lo que puede suponerse que Cleopatra I siguió aquí los pasos de su predecesora que, si buscáramos un antecedente aún más remoto, fueron también los hollados por la famosa Hatshepsut.¹⁷⁵ Para los egipcios, la esposa real, hermana de su faraón, jugaba un papel activo en todos los ámbitos de la vida palacial, incluida: la administración, la política y las ceremonias reales, demostrando con ello lo acertado de llamarla “consorte”.¹⁷⁶ Considera Julia Wong que Cleopatra I favorecería conscientemente una “egiptización” de las instituciones ptolemaicas a fin de atraer mayor influencia a su persona y, por qué no, el poder algún día.¹⁷⁷

El acercarse a las costumbres nativas como un medio de control de las masas no era nuevo, incluso podríamos decir que este recurso es de la autoría de Alejandro Magno, aunque sus contemporáneos no lo comprendieran; sin embargo, fue Arsínoe II la que inició con mayor fuerza dicho acercamiento con la institucionalización del matrimonio entre hermanos, cuestión que Filadelfo no consideró para su sucesor y que de hecho, no volvemos a ver sino con Ptolomeo IV y su hermana Arsínoe III, circunstancia que favoreció más a las reinas que a sus contrapartes masculinas.¹⁷⁸ Yo creo que los varones consideraron las maneras egipcias como una forma de gobierno que halagaba su estatus de soberano divino ganado en el campo de batalla y, por extensión, comprendía una vida relajada, similar a la de las deidades que sólo banquetearon y se entretenían con la existencia de sus súbditos humanos; el ejemplo más claro de esto es el propio Ptolomeo IV e incluso su hijo, el marido de Cleopatra I. A diferencia de ellos, para las reinas que provenían de una cultura donde las mujeres estaban deslindadas del poder, la egipcia consideraba la igualdad de poder entre los sexos y la adopción de sus maneras era la superación de una visión misógina y

¹⁷⁵ Famosa faraona de la dinastía XVIII, que tomó el poder luego de fungir como regente de su hijastro (el que después sería Tutmosis III). Su reinado estuvo caracterizado por grandes fundaciones como el templo de Deir el-Bahari, así como una política exterior adecuada que incluía expediciones en busca de nuevos recursos para la grandeza egipcia, como la realizada al país de Punt. (Cf. Ch. Desroches-Noblecourt, *op. cit.*, pp. 127 y ss.)

¹⁷⁶ Del latín *cum-sors, sortis*: la de la misma suerte.

¹⁷⁷ Cf. J. Wong, *op. cit.*, p. 78.

¹⁷⁸ Cf. *Ibid*, p. 80.

segregativa como lo era la grecomacedonia, por ello favoreció más a las reinas que a los reyes y culminaría precisamente en esta Cleopatra I que lo heredaría, casi a manera de un matrilineado, a sus descendientes hasta la famosa Cleopatra VII. La situación de las mujeres egipcias que tenían igualdad de derechos sociales, civiles y políticos¹⁷⁹ favorecía principalmente a las mujeres extranjeras que, al adoptarlos, podían modificar a su favor la situación de su cultura de origen. Siendo reina, el cambio les otorgaría un poder sólo soñado por mujeres de la antigua Grecia. Las reinas egipcias, además, contaban con una ley que las nombraba tutoras de sus hijos menores a la muerte del padre, ley que parece haber estado vigente desde tiempos de Arsínoe III, puesto que los cortesanos usurpadores la asesinaron rápidamente luego del fallecimiento del rey; de haber existido la tradición grecomacedonia, un tutor varón designado por el padre habría ocupado el puesto. Una reina capaz habría llevado a su hijo al trono siguiendo el ejemplo de Isis que luchó por recuperar para Horus el solio de su padre Osiris; en la historia egipcia hay más de un ejemplo al respecto; así, el que Cleopatra I haya obtenido inmediatamente el cargo de tutora de su hijo y, que su hija Cleopatra II tuviera la misma prerrogativa años después, es prueba de que esta reina prácticamente lo institucionalizó.¹⁸⁰

[73]

Desde tiempos de Heródoto, los egipcios habían sido entendidos como un pueblo que se dejaba manipular por las mujeres e incluso gobernar, y era algo que los griegos como Plutarco no dejan de señalar con cierto desprecio.¹⁸¹ Más allá del tono de misoginia que ello comprende, sí debemos reconocer que un hombre débil y una mujer fuerte o la influencia de ésta, facilitan el gobierno. Con esta idea de por medio, la debilidad de Ptolomeo IV y Ptolomeo V no debemos suponerla del consabido “sobajado”, sino de un desinterés por los asuntos de gobierno: el primero por su inclinación sibarita; el segundo por su preferencia por las actividades deportivas, como prueba la anécdota referida sobre la muerte de Aristómenes que se “atrevió” a despertar al rey cuando estaba en plena visita oficial de embajadores.¹⁸² Me parece posible

¹⁷⁹ Cf. *supra*, pp. 22 y ss.

¹⁸⁰ J. Wong, *op. cit.*, p. 82.

¹⁸¹ Cf. Plu., *Cleom.*, 37.

¹⁸² Cf. *supra*, pp. 67-68.

que Cleopatra I como muchas otras reinas antes y después de ella,¹⁸³ haya tomado bajo su cargo muchas actividades de su marido y que éste haya estado más que dispuesto para así gozar de más tiempo para sus actividades preferidas.

[74]

Así, Cleopatra I se apoyó firmemente en el rango de las antiguas reinas egipcias explotando el aspecto faraónico de su título de “hermana-esposa”, especialmente con la también adopción de las leyes que la favorecían, como la del tutelaje de sus hijos. Esta política de corte egipcio debió concederle gran aprecio de sus súbditos, los mismos que se había levantado contra su marido y cuyas luchas, ya he señalado, duraron varios años. Ptolomeo V estaba provocando que en su país hubiera revolución, pues sus métodos de control eran tan brutales que tarde o temprano habrían ocasionado una revuelta mayor, sino es porque murió oportunamente y le sucedió una mujer que había sabido ganarse el respeto e incluso el amor de esos mismos rebeldes —como daré cuenta en un momento—, de aquí que me atreva nuevamente a traer a colación el posible asesinato de Ptolomeo V, una muerte necesaria para la continuidad de la dinastía y para la tranquilidad incluso de las potencias extranjeras que en aquellos momentos tenían sus propias agendas.

A la muerte del faraón, parece que no hubo problema alguno por parte de los egipcios en aceptar la regencia de Cleopatra I, tal vez, como arguyen algunos investigadores, porque las tierras de Kemit eran una especie de matrilineado,¹⁸⁴ sucesión que la propia reina reafirma al proceder casi de inmediato al compromiso matrimonial entre sus dos hijos menores de edad;¹⁸⁵ tal vez en parte porque ella había logrado ganarse su respeto y cariño mediante el acercamiento a sus costumbres como vengo afirmando; tal vez porque su gobierno fue más que adecuado para controlar el descontento popular por medio de medidas pertinentes, hecho que se reafirma con los años; tal vez por una conjunción de todos estos factores. Lo cierto es que su autoridad no fue cuestionada ni por los gobiernos extranjeros. Dos textos antiguos de Polibio y Tito Livio¹⁸⁶ refieren que aqueos y roma-

¹⁸³ Piénsese en Arsínoe II y su hermano, o en Julia Domna durante el reinado de su hijo Caracalla.

¹⁸⁴ Cf. J. Wong, *op. cit.*, p. 83, nota 48. La autora cita a Robinson, Troy y Caaning.

¹⁸⁵ *Idem.*

¹⁸⁶ Plb., xxviii. xii. 8-9 y Liv., xlii. vi. 4.

nos enviaron sendos embajadores para ratificar el tratado de paz que tenían con la nación del Nilo desde hacía diez años. Para este caso, y según la norma oficial, al morir su padre, Ptolomeo VI era el rey de Egipto y, por costumbre, los tratados firmados con los reyes anteriores debían ser refrendados por el nuevo monarca. Las fechas para esta embajada sería entre el 173-170 a. C., hablamos entonces que si fueran los firmados por su padre, habría pasado una década de incertidumbre entre las naciones, puesto que ambos textos hablan de una ratificación de alianzas, por tanto, resulta im-

[75]

posible que, a menos de que se refieran a tratados establecidos con Cleopatra I como reina luego de su marido,¹⁸⁷ ahora con la mayoría de edad del hijo debían de revalidarse.

De tal suerte, estamos ante una regencia asentada en el poder, religioso y político que Cleopatra I supo granjearse desde los años de su marido y, ahora en los de su hijo menor de edad, las mismas facultades le fueron reconocida por su pueblo y por los pueblos extranjeros; por primera vez cambia la denominación en los textos oficiales y se convierte en “los faraones, Cleopatra, la madre, diosa manifiesta, y Ptolomeo, el hijo de Ptolomeo, dios manifiesto”. Al respecto, arguye Whitehorne, quien cita este título, que es fácil reconocer la preeminencia de la madre en el gobierno precisamente porque su nombre precede al de su hijo, forma usual entre los egipcios y que las formas griegas donde el varón aparece antes de su madre no son ni definitivas ni únicas, puesto que contamos con dos textos contemporáneos en que se muestra a Cleopatra I como el compañero principal de la coregencia.¹⁸⁸ Su hijo, por otro lado, habrá de alinearse a su madre para que su sombra protectora, fundada en el amor de su pueblo, lo cobijara, así que no dudó en hacerse llamar Ptolomeo V Filómetor, el primero de su línea en reconocer públicamente a su madre amada.

Toda esta reconfiguración de títulos reales bien puede hacernos suponer, junto con Julia Wong,¹⁸⁹ que estamos ante un debilitamiento de la tradición masculina griega y por ello, una transición hacia la “egiptización” de las instituciones en ánimo de favorecer su regencia. Para sostener su

¹⁸⁷ Cf. J. Wong, *op. cit.*, p. 86.

¹⁸⁸ *Idem.*

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 95.

hipótesis, la autora trae a colación las inscripciones de diversos funcionarios que anteponen el nombre de la reina al del rey, como no se esperarían en el entorno grecomacedonio, así estaría el caso notable de un oficial mayor de las fuerzas acantonadas en Chipre que reconoce el gobierno de Cleopatra I. Dato igualmente destacable es el empleo del verbo griego βασιλεύω, que denota que ambos, reina y rey¹⁹⁰ gobiernan por igual, mas, *de facto*, sería ella, habida cuenta de la minoría de edad del monarca.

[76] A pesar de todo lo dicho hasta ahora, debe reconocerse que tampoco sabemos mucho del gobierno de Cleopatra I y debemos recurrir a la especulación a fin de sacar algo en claro. Hasta aquí, estoy en posibilidad de anotar algunos puntos sobre su regencia: la reina puso punto final a la manipulación de los cortesanos aristócratas, ello no debió ser tan fácil a pesar de los pésimos ejemplos de Sosibio y Agatocles durante el reinado de Ptolomeo IV; para ello, como ya mencioné, se sustentó en su propia corte que debió construir con los años, de la cual al menos reconocemos al eunuco Euleo; y a ello aunó el acercamiento directo a sus súbditos egipcios por medio de la adopción de sus costumbres, mismas que, como he señalado, favorecían su posición, por lo que tuvo que cambiar protocolos centenarios: “Cleopatra I es, por ello, importante, pues fue responsable de un destacado cambio en las fórmulas de fechado real, pero aún más porque su habilidad para que este cambio reflejara la influencia o autoridad que ella poseía como regente”.¹⁹¹

Uno de estos importantes cambios fue su presentación iconográfica. Es la primera monarca en acuñar monedas con su efigie en solitario y con la leyenda de su nombre para con ello darse a conocer a su extenso pueblo y conseguir su apoyo. El primero en recurrir a este tipo de propaganda política fue Alejandro Magno, seguido por Ptolomeo I, quien hizo de la moneda un verdadero medio para consolidar su poder; sin embargo, la reina llevó un camino muy diferente al hollado por el iniciador de la dinastía, puesto que, mientras él dirigió sus esfuerzos a presentarse con la parafernalia de los dioses helénicos, la reina buscó acercarse nuevamente a los egipcios pero sin el aura divina, de hecho, buscó que sus retratos fueran realistas y fuera reconocibles para sus súbditos; de igual manera, el acuñar

¹⁹⁰ Lo propio ocurrirá más tarde con sus hijos también.

¹⁹¹ J. Wong, *op. cit.*, p. 96.

su nombre era establecer una nueva dinastía dentro de la corte: los Ptolomeos estaría acompañados ahora por las cleopatras. Sólo contamos con tres retratos fidedignos de la reina¹⁹² y puede reconocerse que abandonó el viejo prototipo de las reinas ptolemaicas con sus rostros ovales, sus grandes y salientes ojos, y su peinado de estilo melón:

El retrato de Cleopatra I es muy diferente con su cara redonda e infantil, sus carillos hinchados, sus ojos redondeados, una sonrisa egipcia, el cabello peinado en rizos apretados a cada lado de su rostro con un grupo de ellos cayendo a sus hombros, a más de una diadema ciñendo floja el cabello, justo como las estatuas egipcias contemporáneas.¹⁹³

[77]

Así, Cleopatra I abandona la imagen estereotipada de la reina delicada que se esconde detrás del fuerte soberano o que se presenta como su contraparte femenina, compartiendo incluso sus rasgos. Así pues, ella no necesita de la presencia de ningún varón para demostrar ahora su poder,¹⁹⁴ incluso su hijo está ausente en aquellas monedas.

Otro punto importante en la regencia de esta monarca es su alianza con el sacerdocio egipcio, donde de nuevo se mira diferente a los representantes anteriores de los Ptolomeos. Su marido fue el primer soberano en hacerse coronar con los títulos de un faraón, pero parece que esto no pasó de una simple parafernalia externa y no hubo una verdadera conversión al mundo egipcio como denota en primera instancia la afición de Ptolomeo V a la vida de estilo macedonio, así como las constantes diferencias que tuvo con sus súbditos egipcios a los que combatió con ahínco e incluso con saña. Cleopatra I, por el contrario, venía de una tierra que había sabido unirse con los autóctonos, el fundador de su dinastía fue el único de los diádocos que no se separó de su esposa persa y la hizo la madre de su linaje, por lo que, creo, la reina sabía cómo integrarse a su pueblo de adopción de manera sincera.¹⁹⁵ Al parecer, la reina supo apoyarse en la afamada familia

¹⁹² Cf. *Ibid.*, p. 99, fig. 1.

¹⁹³ Cf. *Idem.*

¹⁹⁴ Sobre la ausencia de una figura masculina en el reinado de Cleopatra I, cf. G. Macurdy, *op. cit.*, p. 145.

¹⁹⁵ Incluso recibirá el famoso título de “Gobernante del Alto y Bajo Egipto”. (Cf. J. Wong, *op. cit.*, p. 100.)

sacerdotal de Menfis y auxiliada por éstos y sus eunucos, supo deshacerse de la peligrosa aristocracia helena. De su padre había heredado una sangre mestiza, pero también la valentía y la ambición, así como un carácter infatigable cuando se trazaba una meta, aspectos todos que se adscriben al joven Antíoco III.¹⁹⁶

[78]

Durante los años de regencia supo mantener una política exterior de paz, si bien debemos tomar en cuenta que Egipto no se hallaba en condiciones de iniciar ningún tipo de acción bélica dados los acontecimientos de finales del reinado de su marido, tampoco es óbice para suponer que ella supiera consolidar esas relaciones exteriores, comenzando por el peligroso reino paterno, ahora dirigido por su hermano Seleuco IV, con quien debió sostener buenas relaciones. A este respecto cabe apuntar que es difícil saber si, como afirmé antes, la reina no dispusiera de una arma política fuerte en el supuesto territorio de Celesiria, del que se llegó a asegurar era su dote, hecho a todas luces falso, pero tal vez, del que sí conservara cierto control de aquella rica tierra en usufructo, y este poder económico le diera cierta libertad en la corte de su marido,¹⁹⁷ que ahora empleara para mantener a raya las ambiciones de su hermano, quien podría considerar que estando ella al frente de Egipto, se podría convertir en un solo imperio con aquella tierra limítrofe como territorio neutral; esto lo arguyo porque después los herederos de Cleopatra I buscarán nuevamente hacerse del control de este territorio.

Por desgracia esta fabulosa reina murió repentinamente cuando su hijo aún era menor de edad. La fecha de su muerte es difícil de definir y vadea del 176 al 173 a. C., por lo que su reinado duraría entre cuatro y siete años. La primera de estas fechas puede suponerse a partir de un dato epigráfico que denota a la pareja de hermanos: Ptolomeo VI y Cleopatra II como reyes oficiales para el 175 a. C., por lo que la madre debería haber muerto alrededor del 176 a. C., así lo creen Whitehorne, Samuel y Pestman;¹⁹⁸ no obstante, Tito Livio¹⁹⁹ al describir los acontecimientos del año 171 a. C.,

¹⁹⁶ Cf. Plb., xi. xxxiv. 15; xv. xxvii. 1 y ss. y J. Wong, *op. cit.*, p. 46.

¹⁹⁷ Cf. J. Wong, *op. cit.*, p. 93, nota 25.

¹⁹⁸ Cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 87. Para los otros dos autores, cf. J. Wong, *op. cit.*, p. 90.

¹⁹⁹ Liv., XLII. xxix. 5.

presenta a Ptolomeo VI bajo la tutela de Euleo, por lo que se supondría que Cleopatra I muere en torno al 173-172 a. C. La causa de su deceso es desconocida, pero podría especularse que la política interna y externa diera un vuelco contrario a ella.

Durante los reinados de los dos últimos Ptolomeos las fluctuaciones monetarias acabaron siendo tan graves que las piezas de oro y plata desaparecieron, lo que cercenó poco a poco el país y paralizó el rico comercio; en esta época los rodios comenzaron a suplantar a Egipto como la principal potencia naval en el Egeo y el Mediterráneo oriental; la isla se vio favorecida por el tratado de Apamea que dio fin a la guerra entre Antíoco III y Roma, con lo que Rodas garantizó su talasocracia desplazando al milenario país del Nilo. La debilidad económica pudo acelerar las ambiciones de los consejeros reales y dilucidar la posibilidad de eliminar a la reina que había llevado al país por esos derroteros. Sabemos que, a su muerte, Siria recuperó el territorio de Celesiria y ello ocasionó que Egipto intentara recuperarlo. ¿Y si precisamente el control de aquella región estaba en manos de Cleopatra I y no de Egipto, y por ello se hubiera planeado eliminarla con la idea de adueñarse del territorio y utilizarlo en beneficio del país?, o bien, ¿al negarse ella a devolver este territorio —porque ello la malquistaría con su familia—, ocasionaría una guerra?, motivos suficientes por los que la reina pudo haber sido asesinada. Sólo especulo.

[79]

Cleopatra I estaría en sus cuarenta años al morir, y poco después su persona recibió un sacerdocio especial en Ptolemais, culto que compartía en un principio con su hijo, pero luego fue dedicado únicamente a ella alrededor del año 164-165 a. C. Quizá lo más sobresaliente de su carrera haya sido instaurar el reinado de las mujeres en el Egipto ptolemaico, como tal vez fue la ambición de Arsínoe II y el sueño de Olimpia de Macedonia; así pues, Cleopatra I creó una dinastía femenina y fueron ellas las que supieron volver a poner a Egipto en el mapa político mundial, marcando un hito en la historia de las mujeres.

Cleopatra II y Cleopatra III, poder y resentimientos

[81]

A la muerte de la madre, Ptolomeo VI contaría con unos doce o trece años de edad, por lo que se requería de un periodo de regencia nuevamente; los señalados fueron el eunuco Euleo y el esclavo Leneo, la asignación es difícil de comprender. Si seguimos el criterio de que Cleopatra I muriera de forma natural, deberíamos suponer que buscó como regentes a hombres de su confianza que, además, no pertenecieran a la casta de la nobleza para que no le arrebataran el poder al muchacho, por lo que preferiría a aquéllos que no podrían alcanzar el gobierno por sí mismos.²⁰⁰ Pero si, como apunté anteriormente, la reina fuera asesinada, entonces tendría que haberse ocultado el crimen haciendo mención oficial de su muerte por causas naturales y luego presentar un testamento que dejara a los citados cortesanos como tutores. El móvil podría haber sido la administración de Celesiria, pero como fue rápidamente recuperada por Siria, esto forzaría las cosas en el palacio. De acuerdo con Diódoro de Sicilia, Euleo no pasaba de ser un afeminado más adecuado para las obras de Afrodita que para las de Ares, en tanto que Leneo, antiguo administrador de Ptolomeo V, sólo servía para hacer cuentas con su ábaco;²⁰¹ obviamente que son insultos aristocráticos y muy de los helenos que despreciaban a estos personajes. Ahora bien, siguiendo con la especulación de los motivos para deshacerse de Cleopatra I, Leneo sabría cuánto producía aquel territorio y Euleo contaría con la confianza de la reina y de los príncipes; tan sólo digamos que “la ocasión hace al ladrón”. Todo ello lo supongo, porque a diferencia de la política pacífica que la reina llevó, los primeros pasos en el reinado de los tutores fueron intentar recuperar Celesiria.

²⁰⁰ Cf. Grace H. Macurdy, *Hellenistic Queens. A study of woman-power in Macedonia, Seleucid, Syria, and Ptolemaic Egypt*, p. 148

²⁰¹ D. S., xxx. xv. 1.

Para asegurar su posición y evitar que la princesa fuera solicitada por otro reino, ¿Siria quizá?, Euleo procedió a capitalizar el protocolo instaurado por Cleopatra I y desposó a la hija con su hermano Ptolomeo VI, retomando la unión de los hermanos-consortes que buscaría poner de su parte al reino egipcio que veía nuevamente tambalearse su trono con un niño rey. Las maniobras de los tutores reales fueron de índole menos política y se enfocaron más a buscar la anuencia del pueblo y legitimar el reclamo sobre Celesiria al mismo tiempo. Los hermanos-esposos recibieron el título de “Amantes de su madre” (θεοὶ φιλομήτορες) para enfatizar su vínculo con Cleopatra I y legitimar su derecho sobre el territorio,²⁰² mismo que fue señalado como parte de la dote materna y, bajo la ley egipcia, podría ser reclamado por los hijos. Su siguiente medida fue asociar a los tres herederos en un gobierno conjunto legitimando el gobierno fraterno y su posición de tutores al mismo tiempo, puesto que los reyes —Ptolomeo VI y Cleopatra II— pronto serían mayores de edad, conjurando a la vez que alguna facción contraria tomara al Ptolomeo menor como rey alternativo. Para cubrir sus espaldas, enviaron también una embajada a Roma afirmando que tendrían el total apoyo de Egipto en su guerra contra Macedonia, como ellos confiaban en su auxilio contra Antíoco IV.²⁰³

Siria por su parte veía algo parecido con el asesinato de Seleuco IV y la subida al trono de su hermano menor Antíoco IV, de quien las fuentes antiguas²⁰⁴ señalan su ambición por apoderarse del reino egipcio aprovechando la inexperiencia de los tutores. Ambos reinos deseaban el apoyo de los romanos, pero el primero en dar pasos decisivos fue el rey seléucida, quien comenzó por hacer un viaje a Celesiria y analizar qué tanto estarían de su parte en la región, mientras que enviaba un representante a Egipto para asistir a la celebración del primer año de reinado de Ptolomeo VI; este mismo motivo le servía para enterarse de la situación y corroborar la animadversión que aún existía en Alejandría, razón por la cual asentó un ejército en Fenicia, en tanto que enviaba una embajada a Roma para renovar el pacto de amistad entre las dos naciones. Sin embargo, mostró sus verdaderos

²⁰² Cf. John Whitehorne, *Cleopatras*, p. 93.

²⁰³ Cf. Plb., xxviii. i. 1 y ss. y Liv., xlii. xxix. 7-8.

²⁰⁴ Liv., xlii. xxix. 5 y IMac., 1, 16.

colores al despachar a su sobrino, el hijo de Seleuco IV en Roma, con quien había compartido el trono²⁰⁵ y quien era el legítimo heredero; ahora, en solitario, pudo ya iniciar abiertamente su política expansionista tan anhelada.

Hacia finales del 170 o principios del 169 a. C., Euleo y Leneo llenos de confianza movilizaron sus tropas al norte de Gaza donde Antíoco IV los esperaba, confiado a su vez en que ya había informado a los romanos que no era él quien había roto el tratado sostenido con su padre en Apamea, sino los egipcios quienes promovían esta guerra. Cubierto de esta forma, sólo esperaba el avance de las tropas para dar el golpe mortal plenamente justificado. Los tutores habían dejado a Cleopatra II y al niño Ptolomeo en Egipto, en tanto que habían llevado al rey adolescente con ellos. No bien habían atravesado las fronteras sureñas de Celesiria cuando se dejó caer la fuerza siria al encontrarse con los egipcios en el monte Casio, a quienes se les infringió una derrota aplastante. Los egipcios se replegaron a su país. Luego de ciento cincuenta años de que Magno alcanzara la tierra del Nilo desde tierras asiáticas, el rey selúcida atravesó las fronteras y Egipto veía avanzar una fuerza enemiga en su territorio; Antíoco IV desplazó sus fuerzas no sin antes intentar convencer a los embajadores griegos —que buscaban la paz— de que tenía pleno derecho de posesión de Celesiria y de que Egipto había actuado ignominiosamente.²⁰⁶ Tomó la ciudad fronteriza de Pelusio, al parecer por traición.²⁰⁷ Euleo advirtió a su protegido del avance sirio y trató de despachar al rey hacia Samotracia con una gran suma de dinero, pero la flota real fue interceptada y el adolescente fue llevado a la presencia de su tío y rival. Polibio, que refiere el hecho,²⁰⁸ achaca toda la culpa de este acto cobarde a Euleo y justifica a Ptolomeo VI por su juventud, lo cual resulta muy posible, aunque las subsecuentes reflexiones sobre la pobreza de alma del eunuco son gratuitas. Parece que los alejandrinos remplazaron a los desastrosos regentes, posiblemente los hayan matado.²⁰⁹ Dos generales griegos y de considerable experiencia, parte de la nobleza alejandrina llamados Comano y Cineas fueron los nuevos regentes de los jóvenes

²⁰⁵ Al parecer desde el 175 a. C., fecha de la muerte de Seleuco.

²⁰⁶ Plb., xxviii. xx. 1-14.

²⁰⁷ Cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 94.

²⁰⁸ Plb., xxviii. xxi. 1 y ss.

²⁰⁹ Cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 94.

monarcas; comenzaron las negociaciones de paz, las cuales debieron ir por muy buen camino favoreciendo a rey sirio.

[84] Con el prisionero real, Antíoco IV marchó hacia Menfis donde instaló a Ptolomeo VI como rey, seguramente con la idea de que fuera su marioneta al conquistar el país. Existe la leyenda de que el selúcida fue proclamado rey,²¹⁰ pero resulta ilógico dada la animadversión contra los reyes asiáticos y el vínculo que Cleopatra I había establecido con los sacerdotes menfíticos, resulta más plausible que con este acto Antíoco IV buscara precisamente el apoyo de la casta sacerdotal, además de mostrar su magnanimidad al perdonar la vida de las tropas egipcias capturadas, así como la distribución generosa de oro entre los ciudadanos griegos de Náucratis, lo que muestra que su idea era obtener tan pacíficamente como pudiera, el control de Egipto; pero el país aún no estaba derrotado.

Los movimientos de Antíoco IV no pasaron desapercibidos y la población local de Alejandría reaccionó destituyendo a los regentes y desposando a Cleopatra II con su hermano menor Ptolomeo VIII para así nombrarlos reyes a ambos. Ella debió tener unos dieciocho o diecinueve años, él unos trece o doce años. Antíoco IV reaccionó apoyando supuestamente el derecho del hijo mayor y marchó con su ejército sobre Alejandría. La pareja real envió entonces una embajada para buscar el arbitrio de Roma:

Fueron convocados [sc. por el Senado] en primer lugar los embajadores de Alejandría enviados por los reyes Tolomeo [sic] y Cleopatra. Desaliñados, larga la barba y el cabello, entraron en la curia con ramos de olivo y se prostraron, y su discurso movió a lástima más aún que su porte. Antíoco [...] con el honesto pretexto de reponer en el trono al mayor de los Tolomeos [sic.] hacía la guerra al hermano menor [...] había resultado vencedor en un combate naval en Pelusio, y, después de construir un puente improvisado y cruzar el Nilo, estaba aterrorizando a la propia Alejandría con un asedio, y parecía que no estaba muy lejos de adueñarse de tan opulento reino. Lamentándose por esta situación, los embajadores rogaban al senado que acudiese prontamente en ayuda de un reino y unos reyes amigos. Eran tales los buenos servicios prestados a Antíoco por el pueblo romano, era tal su prestigio entre todos los reyes y pueblos que, si enviaban embajadores a hacerle

²¹⁰ Porph., *FHG*, 260 F 49.

saber que al senado no le gustaba que se hiciese la guerra a los reyes aliados, Antíoco se alejaría inmediatamente de las murallas de Alejandría y llevaría a Siria el ejército. Si se mostraban remisos en hacerlo, muy pronto llegarían a Roma Tolomeo y Cleopatra expulsados de su reino, para vergüenza, en algún sentido, del pueblo romano por no haber prestado ayuda alguna cuando la situación era más crítica.²¹¹

Se despachó entonces a los embajadores Popilio, Decimio y Hostilio para que hicieran saber al rey selécida y a su protegido que no considerarían aliado ni amigo al que continuara en la guerra contra Egipto. Antíoco IV, en tanto, había sitiado Alejandría, pero sus esfuerzos fueron vanos y se conformó con conquistar el resto de Egipto, mismo que le entregó a su sobrino mayor, pero se guardó de conservar Pelusio, frontera con Siria y llave para entrar a las tierras del Nilo; dejó a Ptolomeo VI como soberano en Menfis y se retiró a Siria esperando que la lucha intestina destruyera a uno de los dos muchachos y entonces pudiera regresar y dar el golpe de gracia al vencedor y así dominar el país. Según menciona Tito Livio,²¹² esto no pasó desapercibido para Ptolomeo VI y comenzó a enviar cartas a su hermana para que le sirviera de intermediaria:

[85]

[...] no cesó de enviar misivas primero a su hermana y después a su hermano y a los amigos de éste hasta que tuvo asegurada la paz con ellos [...] la hermana prestó una valiosísima ayuda tanto con sus consejos como con sus ruegos. Y así, estando todos de acuerdo, se concluyó la paz y fue repuesto en Alejandría sin que tampoco se opusiera el pueblo.²¹³

Como puede leerse, la situación era muy delicada, y es aquí la primera vez que vemos despuntar la personalidad de Cleopatra II. Ella nació alrededor del año 187 a. C.,²¹⁴ por lo que a la muerte de su madre sería una

²¹¹ Liv., XLIV. xix. 6-13.

²¹² Liv., XLV. xi. 2.

²¹³ Liv., XLV. xi. 2-7.

²¹⁴ Grace Macurdy (*op. cit.*, p. 147) no da una fecha definitiva, pero ubica su nacimiento entre el año 193, fecha de la boda de sus padres y el 186 a. C., cuando viene al mundo su hermano.

adolescente entre los once y los diecisiete años dada la imprecisión en la fecha del deceso materno; de tal suerte, pasó su infancia y parte de su adolescencia bajo el cuidado y ejemplo de la gran Cleopatra y, como señala acertadamente Macurdy,²¹⁵ el poder que ésta desplegó debió imprimir en su hija una estampa indeleble de los logros que podía alcanzar, sobre todo porque tenía una posición inmejorable y que sus hermanos no, dado que, como apunté antes, su madre había hecho válido el principio egipcio de la igualdad de condiciones entre hombres y mujeres, que había utilizado a su favor el matrimonio entre hermanos e igualmente había favorecido la imagen de la reina como soberana ya por derecho propio; fuera uno u otro de sus hermanos el que reinara, ella era la única posibilidad como consorte. A lo largo de su vida, Cleopatra II demostrará: su carácter forjado en la dura contienda de la monarquía, así como la inteligencia y la adaptabilidad de una superviviente, por lo que no es de dudar que estas características las haya desplegado desde temprana edad y, a pesar de los buenos esfuerzos de Ptolomeo VI, ni siquiera él parece estar a la altura de su hermana, quien supo heredar de su madre la firmeza de ánimo, combinada con una mente despejada y serena en los mayores problemas, además de un espíritu astuto y conciliador:

Sus acciones puntualizan con firmeza que ella era la hermana mayor que lidiaba con dos menores. En verdad, puede concebirse fehacientemente que ella supo lidiar con la situación con tal sabiduría y visión [sc que] fue con ella con la que el hermano mayor [...] contó primero y sobre todo para su posible regreso a Alejandría y fue la que hizo más por la reconciliación y el triple reinado tanto de sí misma como de sus hermanos.²¹⁶

Estas frases de Macurdy pueden aceptarse a la luz del texto de Tito Livio que insiste en la participación activa de la joven en la salvación del reino, puesto que sus buenos oficios terminaron por conciliar a un pueblo dividido. Antíoco IV, que había jugado el papel de buen tío, de apoyo para la causa del primogénito, tendría que haberse alegrado de aquel tratado, si esa hubiera sido su intención, pero sus actos demostraron que nunca planeó

²¹⁵ *Ibid.*, p. 151.

²¹⁶ *Idem.*

auxiliar a Ptolomeo VI. El rey sirio actuó con rapidez: envió una flota a Chipre y, para la primavera del año 168 a. C., encabezó un ejército a Celesiria hasta donde llegaron los embajadores de los tres reyes:

Ptolomeo le dio las gracias porque por mediación suya había sido repuesto en el trono paterno y le pidió que salvaguardase su dádiva y dijese qué quería que se hiciera, en lugar de convertirse de aliado en enemigo y actuar por la fuerza de las armas. Les respondió que no pensaba retirar la flota ni dar la vuelta con el ejército si no se le cedía toda Chipre, Pelusio y el territorio que rodeaba la desembocadura pelusíaca del Nilo; y fijó una fecha límite para recibir respuesta sobre el cumplimiento de sus condiciones.²¹⁷

[87]

Antíoco IV continuó su avanzada sobre territorio egipcio desde Menfis; no encontró oposición seguramente por el miedo de los habitantes de aquellos territorios ya tan diezmados por las guerras sucesorias vividas en aquel año. Por su parte, los Ptolomeos habían enviado embajadas de auxilio a los griegos²¹⁸ que no respondieron favorablemente, pero llegó providencialmente a Alejandría el general romano Popilio y marchó a enfrentar al rey seléucida que ya se encontraba en el barrio eleusino de la ciudad portuaria egipcia. Al reconocer al romano, el sirio saludó con la mano y se acercó extendiéndola en señal de la vieja amistad entre su reino y el pueblo romano, pero Popilio no le concedió la diestra, sino que le extendió la carta del Senado donde se le conminaba a abandonar Egipto, y le mandó leer. Después de hacerlo, Antíoco IV argumentó que se retiraría a discutirlo con sus allegados, pero Popilio hizo algo inaudito y que ha pasado a la historia como un acontecimiento de una rudeza tal que demuestra hasta qué punto Roma se erigía ya como la juez de todo el Mediterráneo: trazó un círculo en torno al rey con el bastón que llevaba, y espetó a éste: “Antes de salirte de este círculo dame una respuesta para trasladarla al senado”, estupefacto ante una orden tan impropia, reflexionó un momento y concluyó: “Actualizaré conforme a la decisión del senado”.²¹⁹ El rey sirio salió de Egipto en la fecha que le fue señalada; su flota en Chipre, a pesar de ciertas victorias,

²¹⁷ Liv., XLV. xi. 10-11, trad. de José Antonio Villar; con correcciones mías.

²¹⁸ Polibio (XXIX. xxiii. 5 y ss.) da cuenta de éstas y los pormenores surgidos entonces.

²¹⁹ Liv., XLV. xii. 5-7, trad. de José Antonio Villar.

hubo de retirarse con la llegada de la armada latina. Así, los reyes egipcios recuperaron su amado territorio por la gracia de la Urbe, era el 22 de junio de 168 a. C.

Las fuentes tanto latinas como griegas obviamente establecen la preeminencia de las acciones de Popilio, pero para los egipcios fueron los dioses quienes liberaron a su patria. Tres semanas antes del encuentro de Antíoco IV y el general romano en Eleusis, el profeta Hor del templo de Saqqara soñó con la diosa Isis:

[88]

Isis, la gran diosa de Egipto y de la tierra Siria, caminó sobre el rostro de las aguas del mar sirio; Toth estaba de pie frente a ella y tomó su mano. Ella alcanzó el puerto de Alejandría y dijo: “Alejandría está a salvo del enemigo. El faraón está asentado con sus hermanos; su hijo mayor portará la diadema, después de él su hijo portará la diadema; el hijo de este hijo portará la diadema después de él. El hijo del hijo del hijo de este hijo portará la diadema después de él, por vastos y largos días. La prueba de ello es que la reina está preñada con un hijo varón.”²²⁰

Como veremos, las cosas no ocurrieron precisamente como lo profetizó Hor, pero lo más importante es que aquí se señale el embarazo de Cleopatra II. El mito isíaco refería que ella había devuelto a su hijo Horus el trono de Egipto luego que le fue arrebatado por Seth y aquel hijo lo había ella concebido del monarca legítimo, Osiris. Todo ello apunta a que la figura de la diosa era la principal en este mito como puede corroborarse tanto en la versión egipcia conservada como en la griega ofrecida por Plutarco.²²¹ Es muy posible, creo yo, que Cleopatra II se hallara detrás de esta manifestación autóctona, después de todo, ella era la encarnación de Isis y había traído de vuelta a Osiris a su trono legítimo luego de vencer al dios ajeno y daría a luz al legítimo heredero, al nuevo Horus destinado a formar una dinastía y evocando también con ello el ámbito de poder de la diosa como dadora de fertilidad a la tierra de cultivo; una edad de prosperidad se

²²⁰ El texto es presentado en la traducción de J. D. Ray por John Whitehorne. (*Op. cit.*, pp. 96-97.)

²²¹ Para la versión egipcia, cf. Anne Baring y Jules Cashford, *El mito de la Diosa. Evolución de una imagen*, pp. 265 y ss.; para Plutarco, cf. *Plu., Mor.*, 351c y ss.

avacinaba,²²² pero todo esto, no hay que olvidarlo, se debía a la nueva Isis, Cleopatra II, digna hija de su madre.

El hijo concebido fue Ptolomeo, conocido después como Eupator, “el del buen padre”, y no hay duda de quién lo era, pues el hermano menor sólo debió ser esposo de nombre. A éste le siguieron Cleopatra, conocida después como Thea, “diosa”; Ptolomeo Neos Filópator (“el joven, el de buen padre”) y Cleopatra que habría de ser la tercera. Las fechas de nacimiento son inciertas, pero cálculos recientes a partir de hallazgos papiráceos²²³ apuntarían a que el primero naciera en el 166 y, al menos la hija mayor y el siguiente Ptolomeo antes de septiembre del 164, por lo que la última Cleopatra tendría que haber nacido entre el 163 o 162 a. C.

[89]

“Cleopatra II fue la primera de las reinas macedonias en Egipto en alcanzar una igualdad política con su esposo. Esta igualdad probablemente comenzó en el inicio de su reinado”.²²⁴ Grace Macurdy atribuye esta aserción a diversas circunstancias que toman en cuenta tanto sus dotes naturales como la herencia de poder que le legó su madre y concluye:

Su esposo estaba listo para reconocer la destreza [sc. y aquí podríamos argüir que se debía al ejemplo que la había dado una madre igualmente capaz] con que ella había manejado su reinstauración en primer lugar, prueba de ello es que la embajada enviada [sc. a Roma] fue en nombre de ambos. No hay duda de que había un gran afecto entre Ptolomeo VI y su hermana-esposa, junto a esto estaban las consideraciones políticas que lo hicieron exaltar el prestigio de la reina.²²⁵

Este “afecto” como lo llama Macurdy, yo creo que fue amor profundo entre dos seres que encontraron en la suma de sus voluntades la fuerza para arrostrar el oleaje de la política destructiva de los reinos helenísticos como hemos visto; sin embargo, en esta poderosa cadena de personalidades compatibles y complementarias,²²⁶ que supo aferrar a Egipto para

²²² Cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 97.

²²³ *Ibid.*, p. 98.

²²⁴ G. Macurdy, *op. cit.*, p. 150.

²²⁵ *Ibid.*, pp. 151-152.

²²⁶ Hago hincapié en “compatibles y complementarias” porque no podemos suponer que Ptolomeo VI fuera un pelele al que su mujer manipulara como se arguyó para los dos reyes

no serles arrancado por las ambiciones sirias, no obstante, ésta tenía un eslabón débil por donde habría de romperse, en concreto me refiero a la sucesión de Ptolomeos que les siguieron, quienes poco a poco vendieron su patria al nuevo amo del momento: Roma —pero que tendría un último anclaje en la figura de Cleopatra VII—; dicho eslabón débil no era otro que su hermano menor.

[90] Los tres hermanos fueron inteligentes y sus acciones son prueba de ello, pero sólo Cleopatra II convivió más tiempo con su madre y por ello se vio más libre de la influencia de los tutores de su hermanos, cuyos actos probaron su incapacidad para dirigir los destinos de un pueblo al romper con la política de paz que la reina había establecido, y en ello podemos, siempre según mi juicio, dar oído a las fuentes antiguas que nos aseguran que los varones estaban bajo el dominio de sus tutores²²⁷ y que éstos no eran precisamente una opción adecuada para tal cargo.²²⁸ Con todo, parece que la naturaleza de ambos hermanos no fue la misma, pues uno de ellos supo rebelarse ante tal influencia mientras que el otro se dejó arrastrar. Polibio, que como he referido no es particularmente suave en sus juicios, con respecto a la monarquía reconoce:

Ptolomeo fue un hombre firme y noble en medio de los peligros.²²⁹ Fue hombre tan pacífico y noble como el que más de los reyes anteriores [...] sin embargo, cuando las cosas le marchaban bien y prósperamente su espíritu desfallecía, y una indolencia y un desenfreno típicamente egipcios se apoderaban de él. Cuando se encontraba en tal estado de ánimo fue cuando sufrió los descalabros.²³⁰

Dejando de lado la expresión racista del autor, estamos ante un hombre que, como todos, tiene momentos de debilidad, mismos que en un rey son aún más notorios y podríamos suponer que en más de una ocasión “a

anteriores, y ello es posible afirmarlo por sus propias acciones y decisiones que nos revelan, como ya hicieron para un juez tan severo como Polibio, que fue un hombre de temple.

²²⁷ Cf. Liv., XLII. xxix. 7.

²²⁸ Plb., xxviii. xxi. 1-3 y 5.

²²⁹ Sobre éstos en particular, cf., Plb., xxviii. xxi. 5, trad. de Manuel Balasch.

²³⁰ Plb., xxxix. vii. 3 y 7, trad. de Manuel Balasch.

la nobleza la llamaran tontería”. Para esos momentos tenía a Cleopatra II, pero el menor de los hermanos fue como “la oveja negra” de la familia que bien pudo albergar cierto resentimiento ante la unión filial y amorosa de sus hermanos, por lo que decidió ser “el tercero en discordia”, literalmente.

Hacia el exterior, las cosas tampoco estaban del todo salvadas. Sabemos que uno de los “amigos” de Ptolomeo VI llamado Dionisio Petosarapis dirigió una intentona de golpe de Estado, provocando al pueblo y acusando a los dos reyes²³¹ —jóvenes e inexpertos— de conspiración, advirtiendo que el mayor pretendía asesinar al menor.²³² Como vimos antes, Cleopatra I trató de minar la influencia de los aristócratas, pero creó al propio tiempo un nuevo grupo que terminó por obtener el poder: los arribistas. Este hombre debió pertenecer a tal, y como especulé, parece que a este Petosarapis lo movía la misma idea que a Euleo y Leneo: un muchacho que requiriera un regente, pues el menor de los hermanos tendría dieciséis o diecisiete años; el paso siguiente hubiera sido autonombrarse y proceder a la eliminación del adolescente. Su movimiento rebelde tuvo lugar en el año 165 a. C. Los hermanos presentaron un frente común y el mayor instó al menor a dirigirse a la plebe y consolidar su unión. Petosarapis se replegó con su ejército al barrio de Eleusis, zona limítrofe de Alejandría donde fue enfrentado y derrotado por Ptolomeo VI y sus fuerzas, por lo que tuvo que huir literalmente desnudo hacia el Alto Egipto donde logró levantar a la población contra los reyes, hasta que éstos lograron apresar a los conspiradores.²³³ Papiros y *óstrakas* de la época nos dan cuenta de las bajas durante tales hechos²³⁴ y nos prueba que las cosas no estaban del todo bien en Egipto y, posiblemente ya ni entre los hermanos. Me parece importante destacar que este personaje rebelde parece ser un egipcio, porque el historiador antiguo advierte que era un tal Dionisio “llamado Petosarapis” (ὁ καλούμενος Πετοσάραπις) y por ello lo considero un egipcio helenizado, miembro

[91]

²³¹ Por el texto de Diódoro, podría referirse a los dos hombres, pero me parece que las intenciones de Petosarapis eran otras y, por tanto, instigar al asesinato de la pareja real en el poder para que ascendiera al trono el joven Ptolomeo y luego dar cuenta de él.

²³² D. S., xxxi. *Frg.*, 15a. 1.

²³³ D. S., xxxi. *Frg.*, 15a. 2-4.

²³⁴ Cf. Graham Shipley, *El mundo helenístico después de Alejandro 323-30 a. C.*, trad. de Magdalena Chocano, p. 234.

de una corte que no olvida las revueltas sucedidas en tiempos del padre de los reyes actuales, y aprovecha el descontento y resentimiento que todavía debió reinar para intentar subir al poder utilizando así al menor de los Ptolomeos, pero tal vez con cierta participación del muchacho que pudo ya desear el lugar de su hermano, y esto no es mera suposición, porque los actos inmediatos del joven así lo demuestran; de tal suerte, no lo creo del todo ajeno a esta deserción, así, una política partidista comenzaba a gestarse, el propio movimiento de Petosarapis, así como los que lo continuaron²³⁵ son prueba de ello.

“Inteligente, cultivado y con determinación, Ptolomeo [sc. el menor] fue también cruel, mezquino y vindicativo. Un gobernante de gran energía, nunca la escatimó y su talento principal fue una enorme capacidad de autoindulgencia”.²³⁶ Aprovechando las debilidades del gobierno de su hermano, pues no hay que olvidar que de alguna manera había sido impuesto por el rey sirio, Ptolomeo el menor comenzó a hacerse de partidarios y de apoyo en Alejandría, mientras su hermano pacificaba el Alto Egipto, seguro como estaba de ya haberlo logrado en el Bajo Egipto. A tan sólo un año de las revueltas de Petosarapis y los demás insurrectos, Ptolomeo el menor dio el golpe de Estado, su hermano tuvo que huir a Roma para pedir auxilio y Cleopatra II tuvo que alinearse al nuevo gobierno sin que se hiciera ninguna adición a su categoría de esposa, que ya había sido nombrada como tal años atrás cuando el ataque de Antíoco III.

El flamante rey pronto dio a conocer sus verdaderos colores y los alejandrinos descubrieron al escorpión que se habían echado al seno a que les picara, dando pie a una persecución indiscriminada; actos arbitrarios de crueldad comenzaron a hacerse comunes y el pueblo comprobó el error de su elección. En tanto, Ptolomeo VI arribaba a Roma y sería recibido por su primo Demetrio I, nieto de Antíoco III y rehén real que consolidaba la alineación de su padre en Oriente. Whitehorne²³⁷ asegura que ambos, en complicidad, concibieron una charada para forzar al Senado a auxiliarlo, y ésta tuvo estupendos resultados: arribó al puerto de Ostia con sólo tres esclavos

²³⁵ Cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 99.

²³⁶ *Ibid.*, p. 98.

²³⁷ *Op. cit.*, pp. 99-100.

y un eunuco de corte; rechazó el caballo y las insignias con que su primo lo había recibido para que hiciera ostentación de su cargo, y marchó a Roma a pie para acomodarse en la capital en la modesta casa de un amigo suyo. El Senado, disculpándose, trató de recomponer su desatención y se aprestó a ayudarlo, mas fue entonces que llegaron los requerimientos de su propio pueblo para que regresara a gobernar, sólo habían pasado algunos meses.²³⁸ Ptolomeo VI regresó en compañía de un embajador quien reconciliaría a los hermanos, actitud paternalista no del todo desinteresada, puesto que seccionó el gran imperio lágida en dos partes casi igualmente fuertes,²³⁹ al establecer que el menor de los Ptolomeos recibiera la Cirenaica como reino, así, el muchacho de apenas unos diecinueve o veinte años inesperadamente obtuvo un premio por su traicionera acción. El decreto de amnistía está fechado el 17 de agosto de 163 a. C.

[93]

El papel jugado por Cleopatra II en todo este asunto es difícil de discernir. Algunos presuponen que su estatus era ya sobresaliente como para inclinar la balanza,²⁴⁰ otros son reticentes;²⁴¹ yo considero que pudo haber tenido un papel importante en las negociaciones como ya lo había tenido la primera vez que los hermanos pelearon por el poder. A pesar de las conocidas demandas del pueblo alejandrino porque su antiguo gobernador regresara, no puedo creer que el menor de los hermanos no tuviera aún el apoyo de sus partidarios. Roma no venía en plan de lucha sino de mediadora y sin una resolución clara de a qué bando apoyar como el aliado más conveniente a sus intereses. Nada estaba decidido de antemano para ninguno de los dos, allí es donde creo que entró la reina. Por aquellos años, Cleopatra II ya tenía prácticamente a todos sus hijos, si los cálculos son correctos, estaría embarazada o habría recientemente dado a luz a la menor de sus hijas, por lo que ya no peleaba por su sola supervivencia como antaño, sino por la de sus hijos y de su dinastía. Y para lograr influir tanto en el ánimo de su

²³⁸ Whitehorne señala la fecha de mayo del 163 a. C. y dado que no era seguro navegar en invierno, el buen Ptolomeo VI más tardaría en llegar a Roma que en ser requerido por sus súbditos. (Cf. *Ibid*, p. 100.)

²³⁹ Cf. Paul Jouguet, *El imperialismo macedonio y la helenización de Oriente*, trad. de José Almoína, p. 206.

²⁴⁰ Así opinan Strack y Macurdy. Para ambas referencias, cf. G. Macurdy, *op. cit.*, pp. 152-153.

²⁴¹ Cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 100.

hermano menor, así como de su partido, tuvo que haber desplegado toda su habilidad, incluyendo hacer ver a su esposo lo peligroso que sería tratar de ceder ante las ambiciones del otro Ptolomeo.

[94] Para sostener esta hipótesis es preciso buscar un partido para la misma reina. John Whitehorne,²⁴² por otros motivos, nos presenta las relaciones de Cleopatra II con uno de los grupos minoritarios de Alejandría, los judíos, mismos que yo pienso pudieron convertirse en la fuerza política de la soberana, puesto que su fidelidad al lado femenino del trono es prácticamente incuestionable. Hacia los años en cuestión (*ca* 162 a. C.), Jerusalén vivía la disputa de los conservadores contra los helenizados que se hallaban acuciados por la dinastía seléucida de Siria, bajo cuya jurisdicción estaban sometidos; es el tiempo de la revuelta macabea en la que participó Onías IV, miembro de una familia sacerdotal y quien esperó en vano ser instalado en el solio religioso, por lo que tuvo que escapar a Egipto donde fue muy bien recibido por Ptolomeo VI y Cleopatra II, obviamente como un aliado contra el enemigo en común. Durante el tiempo que permaneció en Egipto fundó cierta comunidad judía con el beneplácito de los reyes, que no fue, cual pretenden las fuentes hebreas como Flavio Josefo,²⁴³ un centro religioso, prácticamente una nueva Jerusalén, sino una suerte de colonia militar que custodiaba la zona de Pelusio; como ya dije, “la llave de entrada” a Egipto desde Siria. De este Onías IV volveremos a escuchar como aliado de Cleopatra II más tarde, por lo que yo creo que la reina no se hallaba totalmente desvalida durante la toma de posesión de su hermano menor, ya que una fuerza militar y devota la respaldaba.

El ambicioso hermano menor no estaba dispuesto a sólo poseer el reino de la Cirenaica, por lo que ya desde el año 162 a. C. había intentado anexionarse la conveniente isla de Chipre, pero fue en vano y no le sirvieron tampoco sus apelaciones al senado romano; por lo que llevó a cabo una segunda intentona, pero Ptolomeo VI desembarcó con sus fuerzas en la bahía de Lapeto (hoy Cirenia) y logró tener a su hermano a merced; el cargo sería “traición”, pues había querido apoderarse de territorio que pertenecía a Egipto, pero decidió mostrar clemencia y le concedió no sólo regresar a Cirene,

²⁴² Cf. *Ibid.*, pp. 101-102.

²⁴³ J., *AJ.*, XIII. 62-73.

sino que ofreció otorgarle una remesa de trigo —seguramente el alegato que ante Roma hacía el disconforme hermano para así justificar su anhelo de la isla— y para sellar el tratado le ofreció la mano de su hija.²⁴⁴ ¿Bondad o conveniencia?, yo creo que un poco de ambas, porque ¿la muerte de su hermano no habría despertado viejas acusaciones y levantado sospechas y, peor, partidarios? Con todo no debe olvidarse que la naturaleza de Ptolomeo VI no era precisamente rencorosa. La hija prometida pudo ser Cleopatra Thea, la mayor,²⁴⁵ y el hermano pudo respirar complacido porque no sólo había salvado la vida, sino allanado el camino al trono de Egipto con aquel matrimonio.

[95]

Por esos tiempos iniciará la aventura siria de Ptolomeo VI. Demetrio I, aquel primo que era rehén en Roma planeó escaparse, y solicitó su ayuda; a lo que el lágida accedió, no sólo por el auxilio que éste le brindó en su breve pero fructífera estancia en la Urbe, sino porque las intenciones de su primo eran exigir la retribución de su herencia: el trono de Siria. Una vez en Antioquia, Demetrio I eliminó tanto a su sobrino como al regente, y se estableció como rey, mas las esperanzas de Ptolomeo VI de tener al fin un aliado en el solio vecino se desvanecieron cuando aquél intentó apoderarse de Chipre. Estas acciones llevaron al monarca egipcio a apoyar la candidatura de un hijo ilegítimo del tío de Demetrio I, llamado Alejandro Bala, quien ya era sustentado por una serie de gobernantes en territorio asiático y, sin duda, el éxito subsecuente de este nuevo aliado fue gracias al soporte económico y militar que ofreció Egipto. Una vez éste instalado en el poder, Ptolomeo VI solidificó la alianza con el matrimonio de su hija mayor con este joven de apenas veintitrés años, atractivo y genial caudillo que debía aceptar que su ahora suegro sería la parte dominante en la sociedad (*ca.* 150 a. C.).

El matrimonio de Cleopatra Thea con Alejandro Bala nos remite a la cuestión familiar de los Ptolomeos nuevamente. Como vimos, a Ptolomeo VIII se le concedió la mano de una hija de su hermano, la lógica lleva a suponer que fuera la mayor de ellas, pero el hecho de verla desposada a pocos años con Bala supone entonces que la prometida al tío fuera la joven Cleopatra, la futura Cleopatra III. No obstante, las fechas posibles del naci-

²⁴⁴ Cf. Plb., xxxix. vii. 6-7.

²⁴⁵ Así lo cree Manuel Balasch. (Cf. Polibio, *Historias*, p. 492, nota 30.)

miento de esta última la harían una bebé o incluso una recién nacida para la fecha del compromiso, la mayor tendría entonces unos dos o tres años, por lo que, fuera una u otra, el compromiso con su hermano sólo sería nominal. Tal vez por ello, hacia el año 155 a. C.²⁴⁶ Ptolomeo VIII, el menor, vuelve a las andadas y busca consolidar su trono. Dados los pasos que realiza Ptolomeo VI para consolidar, en su momento, una alianza con el trono sirio mediante auxilio para la consecución de este fin a favor de Demetrio I, el menor de los Ptolomeo se presentó ante el Senado romano alegando un supuesto intento de asesinato por parte de su hermano y, para un mayor efecto a su favor, presentó un testamento donde nombraba al pueblo romano como su heredero en caso de que a él le sucediera algo y muriera sin hijos, “es la primera vez que se consignaba un procedimiento semejante [...] pero [...] estaba probablemente dirigido a disuadir del asesinato”.²⁴⁷ Las discusiones en favor de uno u otro de los reyes no se hicieron esperar. Probablemente el rey de Cirene buscaba el apoyo romano sólo para la eventualidad de una incursión egipcia, pero dado el carácter y las malas maneras de Ptolomeo VIII, no es descabellado sospechar otra cosa más.²⁴⁸ Con todo, el partido de Ptolomeo VI triunfó cuando en 153 a. C. la defensa de Catón a su causa le concedió la razón y, asimismo, se desistió de tomar en cuenta las palabras de su hermano.²⁴⁹

Volviendo a Siria y a la boda de Cleopatra Thea con el flamante nuevo rey Alejandro Bala, la princesa de catorce o quince años no representaba más que el símbolo de su unión con el rey egipcio y, aquél continuó con su vida habitual, dominado como estaba por un conciliábulo conformado por su amante y favoritos, pero el mal gobierno que encabezaba fue pretendido ahora por el heredero del depuesto Demetrio I, cuyo apelativo era también Demetrio, el segundo en la línea sucesoria real, quien desembarcó en tierras asiáticas con un ejército mercenario alrededor del año 147 a. C. Ptolomeo VI, que no había obtenido ningún beneficio de su alianza con

²⁴⁶ Esa fecha es la que ofrece Shipley para los acontecimientos a describir. (*Cf. op. cit.*, p. 234)

²⁴⁷ *Idem.*

²⁴⁸ Tal vez otra intentona sobre Chipre o incluso el apoyo a su candidatura por el trono egipcio si la aventura siria no le salía bien a Ptolomeo VI.

²⁴⁹ *Cf. P. Jouguet, op. cit.*, p. 206.

Bala, vio una oportunidad para reconquistar viejas posesiones: alegando auxilio a su yerno, avanzó sobre tierras sirias y estableció guarniciones en Celesiria; pretextando que hubo un intento de asesinato instigado por el propio Bala, el lágida cambió de bando y se alineó con Demetrio II; anuló la boda de su hija con él y la desposó ahora con el nuevo pretendiente al trono y protegido. Ya en Antioquia se ciñó las dos coronas, la de Egipto y la de Siria. Josefo, el historiador judío, agregaba no obstante que, siendo de un natural bueno y correcto, y podríamos agregar inteligente, no quiso despertar los recelos romanos y cedió a su nuevo yerno, el trono de Siria. Alejandro Bala, a la sazón en Cilicia sofocando una rebelión,²⁵⁰ al escuchar las nuevas de su traicionero suegro y de su alianza con el legítimo heredero, se precipitó a enfrentarlo en Enopara, al norte de Egipto, pero las fuerzas conjuntas de éste con Demetrio II lo pusieron en fuga, dejándolos como vencedores. Alejandro Bala buscó refugio en Arabia y allí un tal Zabdiel le dio muerte decapitándolo y envió su cabeza a Ptolomeo VI. Pero éste en la batalla había caído entre unas rocas cuando un elefante al barritar espantó a su caballo.²⁵¹ Livio asegura que murió mientras los médicos trataban de hacerle una trepanación cerebral para desahogar la presión del coágulo sanguíneo en su cabeza.²⁵² Era el año 145 a. C., entre junio o julio,²⁵³ tenía cuarenta y un años y había reinado treinta y cinco de ellos.

[97]

¿Cómo dejaba toda esta situación el trono de Egipto? Para comprender los hechos siguientes hay que regresar unos años. Al parecer, luego de conjuradas las ambiciones del hermano menor con respecto a Chipre y, a pesar de sus malintencionados movimientos en Roma, la pareja real gobernó con cierta tranquilidad,²⁵⁴ tiempo durante el cual Ptolomeo VI preparaba pacientemente su sucesión. Su hermana-esposa fungía claramente como su compañera de funciones, así lo prueban las inscripciones conservadas que nos hacen ver su alianza en el gobierno; entre los años 163 y 158 a. C., durante los cuales realizaron lo que yo entiendo como viajes de promoción real al Serapeo de Menfis y al templo de Isis en Filae; el pronaos

²⁵⁰ 1MAC., 11, 14-15.

²⁵¹ Cf. G. Macurdy, *op. cit.*, p. 155.

²⁵² Liv., *Per.*, LII. 12.

²⁵³ Cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 106.

²⁵⁴ Cf. G. Macurdy, *op. cit.*, p. 154.

del templo de Anteo en Atenópolis fue dedicado a esta guisa: “El rey Ptolomeo, hijo de Ptolomeo y Cleopatra, dioses manifiestos y benéficos, y la reina Cleopatra, hermana del rey, madre amada de los dioses para Anteo y los dioses que comparten su templo”. El título aquí otorgado, “Madre, amada de los dioses” se aúna a los que ya ostentaba como “hermana del rey” y “hermana y esposa”,²⁵⁵ ahora identificándola como madre, debió aludir a que la dinastía real se establecía y confirmaba mediante estos actos públicos tan beneficiosos como hemos visto ya en otras ocasiones. No obstante, el interés dinástico de Ptolomeo VI tendría un primer descalabro con la repentina muerte de su primogénito en el año 152 a. C., por lo que cuando partió a su aventura siria en favor de Demetrio II, nombró como su coregente a Ptolomeo Neo Filópator, que pasaría a ser Ptolomeo VII, quien aún era muy joven a la muerte de su padre —diecinueve o veinte años—,²⁵⁶ seguramente tendría el apoyo de su madre pero la sombra ominosa de su tío se cernía sobre él.

Apenas llegó la noticia de la muerte de Ptolomeo VI en Siria, su hermano se puso en marcha hacia Egipto, mas, primero se aseguró el control de Chipre. Las tropas de Ptolomeo VI debieron quedar desconcertadas con la muerte repentina de su monarca y tan desmoralizadas que abandonaron a Demetrio II²⁵⁷ las ciudades y comarcas que habían ganado para su soberano, incluso dejaron sus elefantes de guerra y regresaron a Egipto, pero no con la celeridad requerida, pues cuando arribaron todo estaba consumado: su príncipe, muerto; su reina obligada a un nuevo matrimonio y un nuevo rey, el despreciable Ptolomeo que sería ahora identificado como Ptolomeo VIII.²⁵⁸ Para que todo esto se diera con tal celeridad, puesto que el primer documento con este nombre del que tenemos noticia data de agosto del 145 a. C.; así pues, el pretendiente al trono debió contar con aliados

²⁵⁵ Para las inscripciones y epítetos, *cf. idem*.

²⁵⁶ Según Justino era un niño, no obstante, su madre lo preparaba en secreto para la sucesión con el beneplácito de alguna sección de la nobleza. Yo considero, dada la probable fecha de su nacimiento en el 164 a. C., que los datos ofrecidos en el texto del historiador tienen una intención meramente dramática que vuelve las acciones de Ptolomeo VIII más deleznales. (Just., xxxviii. viii. 3.)

²⁵⁷ Sobre el destino final de Demetrio II a manos del heredero de Bala y sus aliados, *cf. Liv., Per.,* l.ii. 13-14.

²⁵⁸ Sobre las tropas reales, *cf. J. Whitehorne, op. cit.,* p. 106.

en Alejandría. La ausencia de las tropas fieles a Cleopatra II y Ptolomeo VI debió inclinar la balanza a favor de Ptolomeo VIII. Alguna resistencia debió existir y es posible que ésta proviniera de los aliados judíos de la reina, encabezados por Onías IV.²⁵⁹ Dichos combates no pudieron resistir ni un mes ante las fuerzas de Ptolomeo VIII, pero quizá dieran pie a que éste buscara un acuerdo diplomático con su hermana, dado el ascendiente que demostraba y la gran probabilidad de que el ejército de Ptolomeo VI que venía de Siria se pusiera de su parte. La unión con su hermana sería más que beneficiosa pues lo legitimaría en el poder, en tanto que ella conseguiría que su hijo sobreviviera e incluso, como apela Whitehorne,²⁶⁰ fuera considerado corregente o incluso rey bajo la tutela de su tío. Si aquel tratado llegó al papiro, no se vio cumplido. Con un innegable gusto por lo melodramático, Justino refiere los acontecimientos siguientes: “El día de la boda, en que recibía a la madre en matrimonio, en medio de la fastuosidad del banquete y de las solemnidades religiosas, mató también al niño mismo en el regazo de su madre, y así subió al lecho de su hermana, manchado con la muerte del hijo”²⁶¹

[99]

La imagen de la madre que recibe en sus brazos al hijo muerto es muy poderosa, e incluso empleada en más de una ocasión por el romano, dado que refiere también esta desgracia de tiempo atrás para Arsínoe,²⁶² última mujer de Filipo II, quien sólo así parece aceptar darse muerte²⁶³ y, fuera tal vez este nombre el que evocara al historiador una muerte semejante para el hijo de Cleopatra II y, por ello, lo llame “niño” cuando ya era un joven. Sin embargo, no resulta del todo imposible que, tan sólo cumplida la formalidad de la boda, haya procedido a la eliminación de su sobrino, pero no creo que en pleno banquete y en brazos de su madre, ello forma parte de la terrible fama que tendrá este hombre.

El título del nuevo rey fue Ptolomeo VIII Evergetes II, esto es “benefactor”, pero sus acciones inmediatas y posteriores hicieron que los agudos

²⁵⁹ Cf. J. Ap., II. 52. Sin embargo, el milagro que cita el historiador clásico en las páginas siguientes (*Ibid.*, 53-56) se presume falso y es un mito etiológico de una fiesta de los judíos alejandrinos. Sobre esta última afirmación, cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, pp. 106-107.

²⁶⁰ *Op. cit.*, p. 107.

²⁶¹ Just., XXXVIII. viii. 4.

²⁶² Just., XXIV. iii. 7-8.

²⁶³ Just. IX. vii. 12.

alejandrinos lo llamaran *Kakérgetes*, esto es, “malhechor”. Como es ya común informar, al ascenso al trono de Ptolomeo VIII siguió una razia. Al respecto, nos dice Ateneo:

[100]

En tiempos del séptimo Ptolomeo²⁶⁴ que reinó en Egipto, justamente llamado por los alejandrinos “Malhechor” [Κακεργέτης]. Éste, en efecto, hizo degollar a muchos alejandrinos; desterró, además, a no pocos, y llenó las islas y ciudades de hombres que habían hecho el servicio militar con su hermano: gramáticos, filósofos, geómetras, músicos, pintores, maestros de gimnasia, médicos y otros muchos profesionales.²⁶⁵

Entre estos profesionales estaban los sabios del Museo y aún su bibliotecario en jefe, Aristaco. Es posible que este ensañamiento contra los griegos provocara que la fama del monarca fuera ensombrecida al paso del tiempo.²⁶⁶ No obstante las referencias antiguas, todas éstas apuntan a que Ptolomeo VIII resultó uno de los más despiadados monarcas de Egipto; su maldad parece acrecentarse por su desagradable aspecto físico:

[...] era de cara deforme, de baja estatura, de enorme vientre, parecido no a un hombre sino a un animal. La extraordinaria sutileza de su vestido transparente realizaba esta deformidad, justo como si pícaramente se ofreciera a la contemplación, lo que cualquier hombre púdico debía esconder con el mayor interés.²⁶⁷

Su voluminosa apariencia le suscitó el apodo de “Tripón” (Φυσκῶν).²⁶⁸ Al respecto, reflexiona John Whitehorne:

Las escasas monedas que retratan a Ptolomeo VIII lo muestran como un hombre con mejillas sobresalientes, cuello macizo y crudas e infladas nari-

²⁶⁴ En realidad el octavo si tomamos en cuenta al infeliz Neos Filópator.

²⁶⁵ Ath., *Deipn.*, 184c., trad. de Lucía Rodríguez-Noriega.

²⁶⁶ Cf. G. Macurdy, *op. cit.*, pp. 156-157.

²⁶⁷ Just., xxxviii. viii. 9-10, trad. de José Castro.

²⁶⁸ Al parecer, apodo burlón, surgido de un título oficial que Ptolomeo VIII adoptó en el año 132 a.C., fecha de su reconfirmación en el trono. Me refiero al epíteto Trifón, esto es, “el Magnífico”, modificado a esta guisa por los agudos alejandrinos.

nas que le dan una apariencia de estar preparado para atacar cualquier obstáculo para saciar sus apetitos.²⁶⁹ Por otra parte, los diáfanos ropajes se miran diferentes cuando es un testigo ocular el que los describe. El filósofo estoico Panecio, quien acompañó al joven Escipión en una embajada romana a Alejandría unos años después, describe al rey de esta forma: ‘Gracias a la sobre indulgencia de su cuerpo que ha sido arruinado finalmente por la gordura, tiene él una inmensa barriga; no la podrías circundar con los brazos. Sobre ella viste una túnica delicada que lo cubre hasta los pies y cuyas mangas caen hasta sus muñecas.’²⁷⁰ Panecio confirma la mayoría de lo dicho por Justino acerca de Ptolomeo VIII.²⁷¹

[101]

Se ha dicho que la baja estatura del rey era cercana al enanismo²⁷² y casi podemos conmisernarnos del barrigudo y deformado soberano que provoca los comentarios por lo bajo del séquito del romano y del mismo Escipión, pues según apunta Plutarco, confió el siguiente dicho burlón a Panecio en un suave susurro: “Ya los alejandrinos se han beneficiado en algo de nuestra visita, pues por nosotros han visto a su rey pasear”.²⁷³ Expresiones como éstas parecen no dejar duda; sin embargo, no es inusual que se postule un constante ataque de los expatriados académicos a la persona de su persecutor, una especie de *damnatio memoriae* literaria, o incluso a la deformidad congénita que arrastraban los Ptolomeos; pero también podríamos recordar el viejo adagio que sentencia: “lo bueno o lo malo, a la cara sale”.

Con todo, su aparente deformidad no le impidió reproducirse como ningún otro de sus antepasados, pues contamos siete hijos suyos. Cuando desposó a su hermana, Ptolomeo VIII ya tenía un heredero: Ptolomeo Apión, habido con su concubina Irene; hijo a quien legaría el dominio de

²⁶⁹ Aquí he tratado de ofrecer una traducción acorde con el sentido de las expresiones en inglés, puesto que el autor hace un juego de palabras que refleja la apariencia y actitud “perruna” del rey.

²⁷⁰ Cf. Ath., *Deipn.*, 549e.

²⁷¹ *Op. cit.*, pp. 107-108.

²⁷² Walbank, *A Historical Commentary of Polibius*, III, 322, *apud* J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 108, nota 10.

²⁷³ Plu., *Mor.*, 201a, trad. de Mercedes López.

Cirene años después.²⁷⁴ Mas, se apresuró a engendrar con su nueva reina un hijo: Ptolomeo, apodado Menfites por haber nacido en aquella provincia entre los años 144 y 143 a. C. cuando su padre celebraba su coronación al estilo egipcio. La distancia temporal me hace pensar que hubo cierta reticencia de Cleopatra II, si es que no habría que achacarlo a que la reina estuviera hacia el final de su vida fértil, ya que por entonces estaría entre los cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años. Es muy posible que Ptolomeo VIII haya recurrido a presentarse ante los nativos egipcios como la triada divina antigua de padre, madre e hijo, que aún podemos observar en la versión egipcia de los cristianos coptos. El título de Evergetes, que había adoptado cuando su subida al trono, fue extendido a su hermana-esposa con el nacimiento de su hijo, pero ni con este reconocimiento oficial parece que mejoraran las relaciones entre los dos y, la presencia del niño los separó aún más, puesto que, arguyo, Cleopatra II se dio cuenta de que podría deshacerse de él y gobernar en nombre de su pequeño, más fue algo que también el padre pudo temer, así que decidió tomar medidas al respecto:

No fue más suave con el pueblo que lo había llamado a reinar, ya que, dando a los soldados extranjeros licencia para matar, diariamente corría sangre por todas partes; repudia también a su hermana, después de haber violado y desposado a su hija, una doncella. El pueblo, espantando por estos crímenes, se dispersa a distintos lugares y se exilia de la patria por temor a la muerte. Por tanto, Tolomeo [sic], sólo con los suyos en una ciudad tan grande, viéndose rey no de hombres, sino de casas vacías, mediante un edicto atrae a los extranjeros.²⁷⁵

Todos estos acontecimientos preceden a la visita de Escipión como enviado romano a corroborar —como ya he aludido antes— la lealtad y buen gobierno entre sus aliados orientales. Creo que es importante señalar que estos actos de crueldad, así como la reconfiguración de su reino, se presentan como consecuencia de un solo acto: el repudio de la hermana. Cleopatra II debió buscar el apoyo necesario para lograr su regencia. La nobleza y

²⁷⁴ Ptolomeo Apión cedería a Roma finalmente este rico reino en el año 96 a. C. (Cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 109.)

²⁷⁵ Just., xxxviii. viii. 5-7, trad. de José Castro.

la elite académica debieron ponerse de su lado, no sólo por el recuerdo de su marido, sino por las atrocidades efectuadas por el ahora rey; y es aquí —señala Whitehorne—²⁷⁶ cuando deberíamos ubicar la desbandada de sabios del Museo. El apoyo militar a la reina debieron encabezarlo los judíos y aún los antiguos partidarios de Ptolomeo VI como Galestes, un exgeneral quien en el exilio se levantó en armas supuestamente porque tenía a su lado a un hijo de Cleopatra II y Ptolomeo VI, al que había criado a escondidas del despiadado padrastro;²⁷⁷ sin embargo, el intento fue socavado por el general egipcio Hierax. Con todo, Ptolomeo VIII tenía en su esposa-hermana a una digna rival, y ello lo llevó a buscar una nueva reina, una nueva Isis que mostrar a su pueblo, cuya sangre real fuera tan válida como la de aquélla, y esa fue su propia hija: Cleopatra III.

[103]

Si como mencioné antes, Ptolomeo VIII había formado una triada real con su reina y su hijo, la nueva Isis elegida para este Osiris bien podría darle un nuevo Horus y conjurar así el poder que a su antigua hermana-diosa se la había concedido. Ya desde tiempos de su hermano le fue prometida en matrimonio una de sus hijas, Cleopatra III, la cual tendría unos dieciocho o diecinueve años, tal vez menos, pues su fecha de nacimiento no es precisa,²⁷⁸ esto la haría incluso una candidata idónea, puesto que sería más manejable que su inteligente madre; con todo ¿sería una violación? Así lo señalarán las fuentes que, como vimos, son adversas al rey, pero la edad y las ambiciones de la joven debieron ayudar; y esto se comprueba posteriormente. No obstante, no se casó con su sobrina sino hasta que ésta dio a luz un niño y la criatura sobrevivió los primeros peligros de la infancia, asegurando su calidad de heredero, así que se calcula el matrimonio hacia mayo del 141 o a más tardar enero de 140 a. C. Sería entonces que repudiaría, esto es, se divorciaría de Cleopatra II y se sucederían los acontecimientos descritos por Justino:

Pero, divorcio o no divorcio, Cleopatra II no iba a permitir que fuera desechada como el modelo del año anterior. Ella permanecería como reina incluso si significaba un gobierno conjunto con su hija. Los textos de la época

²⁷⁶ *Op. cit.*, p. 111.

²⁷⁷ D. S., xxxiii. 20.

²⁷⁸ Se llega a señalar incluso el tardío año 155 a.C., lo que haría de ella una niña de unos doce años al momento de su rapto. (*Cf. Whitehorne, op. cit.*, p. 123.)

nos hablan de una historia confusa, pero esta confusión de los escribas al consignarla probablemente refleja la misma confusión de toda la sociedad [...] Ptolomeo VIII podía seguir siendo rey, pero ¿quién era su reina? ¿Quién era su esposa? ¿Cleopatra II, Cleopatra III o ambas?²⁷⁹

[104]

Los documentos de la época dan buena cuenta de todo esto, pero Cleopatra III no ostenta el título de soberana, sólo el de esposa, además del que le otorgó su tío-consorte. Ya para el 141-140 a. C. por fin un papiro consigna el título de reina para ella, pero esto no significó que Ptolomeo VIII le retirara a su hermana sus títulos y epítetos, de tal suerte, se establece la idea de dos reinas para el mismo rey.²⁸⁰ Entenderíamos entonces que éste tardó dos años en socavar en algo el poder de su hermana y, sólo lo consiguió para beneficio de su sobrina, ahora su reina por igual.

Tenemos un gran vacío de información a partir de este momento y hasta el movimiento revolucionario del año 132 a. C., por lo que, esa década o poco más, sólo puede suponerse que ambas mujeres compartieron el poder. En principio habría que señalar que Ptolomeo VIII debió continuar con una política impositiva sobre su pueblo, que los fue arrastrando de una tácita reprobación a una abierta oposición a su régimen, mas, al propio tiempo debió ocurrir una ruptura clara hacia el interior de tan singular familia; Whitehorne la significa con la palabra “celos”.²⁸¹ En principio, debemos suponer que se incrementaba una antipatía entre los hermanos que tendría sus inicios desde el gobierno forzado de Ptolomeo VIII, aunque yo supongo que podría haber tenido raíces más profundas, porque ¿acaso no fue él quien desde el principio había sido el causante de más de una desdicha para Cleopatra II, culminando con lo que será el asesinato de su hijo? Más de treinta años de rencillas casi continuas no podían sino transformarse en un verdadero odio y recelo, puesto que la reina sólo podía esperar que su hermano la eliminara de la misma manera, y el solo escudo que la protegía de tal crimen era su inmensa popularidad probada una y otra vez a lo largo de los años: Egipto amaba a su reina y no importa quién ciñera la corona masculina, la reina de sus corazones era Cleopatra II. De

²⁷⁹ *Ibid.*, pp. 114-115.

²⁸⁰ *Cf. ibid.*, p. 115.

²⁸¹ *Ibid.*, p. 126.

tal suerte, las continuas razias y deposiciones de hombres de importancia que llevara a cabo Ptolomeo VIII sólo pueden significar que, realizaba un diezmado consciente de los aliados de su hermana, entre otros: los líderes judíos, a los destacados académicos del Museo y la Biblioteca, y a nobles helenos de la corte. Los celos arriba mencionados son los que experimentaba un aborrecido rey, y no como se ha llegado a plantear, una suerte de obvia relación entre dos mujeres: “la pelea entre ambas por el control del rey y, a través de él, de la tierra de Egipto, se toma como la llave para explicarlo todo”.²⁸² A mi juicio, esto es una falacia, ninguna fuente ni ninguna lógica puede llevarnos a tal conclusión.

[105]

Hacia el año 132 a. C. Ptolomeo Menfites tendría unos once o doce años, su hermano y sobrino estaría entre los ocho y los nueve. Para los estándares egipcios, el primero ya podía ocupar su lugar como heredero de la corona, aunque todavía con uno de sus padres como regente; así pues, para Cleopatra II se abría la posibilidad tan anhelada de una sucesión y de eliminar a su peligroso y quizá odiado hermano. La reina comenzó por enviar a su hijo a un lugar seguro en tierras de Cirene, hecho esto, inició un movimiento de descontento entre la masa popular, que se incrementó por el odio recalcitrante de tantos años; la muchedumbre se movilizó con presteza y atacó el palacio prendiéndole fuego;²⁸³ Ptolomeo VIII tomó a su mujer e hijos²⁸⁴ y huyó a Chipre, pero de alguna manera, al día de hoy todavía desconocida, pudo también hacerse del pequeño Menfites.

Las cosas para Cleopatra II no salieron del todo bien, por una parte, su pequeño hijo estaba en las manos de su hermano, por otra, aprovechando la situación confusa en Alejandría, el Alto Egipto, ese territorio que siempre causaba problemas, se agitó con el levantamiento de un tal Harsiesis que se proclamó faraón. Su rebelión duraría aproximadamente un año o quizá hasta dos (*ca.* 132-131 ó 132-130 a. C.). Es posible, creo yo, que Ptolomeo VIII haya esperado que esta situación terminara por socavar el prestigio de Cleopatra II y él pudiera regresar en pleno derecho, por lo que procedió a

²⁸² *Idem.*

²⁸³ *Liv., Per., LIX. 14.*

²⁸⁴ Con su sobrina tuvo cinco hijos: Ptolomeo (142 a. C.), Ptolomeo (140 a. C.), Cleopatra Trifena, Cleopatra IV y Cleopatra Selene, desconociéndose las fechas de nacimiento de todas ellas.

una campaña publicitaria diferente a la esperada: una inscripción en la isla de Delos nos permite atisbar al respecto. Mediante ésta, intentó dar una fachada de “familia perfecta” donde se integraba el obvio heredero, su hijo mayor Menfites. El texto dice lo siguiente: “Yo, el rey Ptolomeo, hijo de Ptolomeo Evergetes, en honor de la reina Cleopatra Evergetes, esposa de mi padre y mi prima, en razón de mi gratitud a ella, he dedicado esto a Apolo, Ártemis y Leto”.²⁸⁵

[106]

El que suscribe es, pues, Ptolomeo Menfites, quien reconoce públicamente a Cleopatra III como reina y a quien rinde honores, denotando su título real —Evergetes: “Benefactora”— y su relación filial como “prima”, es decir, hija de su tío Ptolomeo VI y no como su media hermana. Ambas ideas dejan en claro la intención de Ptolomeo VIII: Cleopatra II no es la reina oficial y no es la “madre” de Menfites, al menos no en lo que concierne al propio muchacho, puesto que dio la espalda a su padre —Ptolomeo VIII— y con ello, a su legítima sucesión al trono; Cleopatra III lo corrobora entonces como heredero, he ahí la “gratitud” de la que habla la inscripción, ello a despecho de su propio hijo Ptolomeo Menfites. Todo venía a colación porque en Egipto Cleopatra II conseguía destruir la rebelión de Harsiesis y se proclamaba reina de Egipto por derecho propio.

Cleopatra Filómetor Sóteira —“Amada de su madre, Salvadora”— fue el nombre que se otorgó la reina como soberana absoluta del Nilo, resucitando el título que la unía con su madre, la recordada Cleopatra I y con su marido, el buen Ptolomeo VI, el último rey legítimo; llamarse “Salvadora”, era recordar su dinastía ptolemaica, ella era descendiente del primer gran Ptolomeo. Los escribas tebanos dan cuenta de una doble datación a partir de este momento, reconociendo así el gobierno en solitario de la siempre amada reina que no había dejado de dirigir los destinos de Egipto desde hacía tres décadas, por lo que era el año treinta y nueve, y a la vez el primero. La reina tendría unos cincuenta y siete años, por lo que el único eslabón endeble en la cadena del poder sería su descendencia, pero Menfites, su hijo de madurez era su esperanza. Ptolomeo VIII mandó llamar —dice Justino—²⁸⁶ a su hijo desde Cirene y lo mató, privando así a su her-

²⁸⁵ OGIS, I. 144, *apud* J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 118.

²⁸⁶ Just., xxxviii. viii. 12-13.

mana de cualquier línea sucesoria. Los alejandrinos al escuchar sobre el crimen derribaron sus estatuas; aquel insulto llevó al agraviado —sigue el historiador— a un acto terrible: descuartizó el cuerpecito de su hijo y lo envió a su hermana y madre del niño. La cabeza, manos y pies —agrega Livio—²⁸⁷ llegaron en una cesta como un regalo para el día de su cumpleaños que se celebraba entonces:

Este fue un suceso cruel y lamentable no sólo para la reina, sino también para toda la población y acarreó la alegría del banquete tan gran angustia que todo el palacio cayó en una repentina desolación. Los hombres principales vuelven su atención desde el banquete a las exequias y, mostrando al pueblo los miembros mutilados, le hacen ver qué deben esperar de su rey, que había asesinado a su propio hijo.²⁸⁸

[107]

Papiros contemporáneos dan cuenta de la guerra civil que se desató entonces. El rey regresa a Egipto sólo para encontrar al pueblo sublevado y ser ignominiosamente derrotado por los alejandrinos. Las batallas se sucedieron, Ptolomeo VIII logró derrotar a los rebeldes y en el año 127 a. C. recupera el control del país; Cleopatra II tiene que huir. Viéndose acosada por las fuerzas de su hermano, envía una embajada a Siria donde reinaba su yerno Demetrio II, quien acababa de ser liberado de su cautiverio entre los partos, y éste prometió ayuda a su suegra luego que le ofreciera la corona egipcia. Cleopatra II toma buena parte del tesoro real y se embarca a Siria a fin de llevar dichos recursos a su yerno. Para desgracia de la soberana, éste tenía sus propios problemas: rebeliones en Siria, Apamea y otras ciudades asiáticas, además de la sublevación de un egipcio, un advenedizo que Ptolomeo VIII hacía pasar por hijo adoptado de Antíoco VII, por tanto, hermano suyo, y al que los sirios prefirieron a su monarca al reconocerlo como tal. Apoyado económicamente por Ptolomeo VIII, logró vencer a las tropas de Demetrio II, quien se vio abandonado incluso por su familia y tuvo que buscar refugio en Tiro, donde fue asesinado por el prefecto de

²⁸⁷ Liv., *Per.*, LIX. 14.

²⁸⁸ Just., xxxviii. viii. 14-15, trad. de José Castro; también *cf.* D. S., xxxiv. v. 14. Por su parte, Whitehorne pone en duda esta tradición, pero no procede a dar razones de peso para ello. (*Cf.* J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 118.)

la ciudad. Las esperanzas de Cleopatra II morían con él. Rechazada en Antioquia por su hija Cleopatra Tea, a la sazón viuda de Demetrio II y madre de los herederos, quien seguramente no se ha de haber querido involucrar en una guerra ajena cuando tenía la propia en casa. Así, la reina hubo de regresar a Egipto y reconciliarse con su hermano e hija. La guerra civil duró unos siete años (ca 131 a 124 a. C.).

[108]

Los términos de la reconciliación contaban con que Cleopatra II fuera reconocida como “La reina Cleopatra, la hermana” y debió lograrse porque Ptolomeo VIII hubo de reconocer que el pueblo la prefería, y lo mejor que podía hacer era tolerar aquella situación. Sin embargo, las insurrecciones no pararon hasta el año 118 a. C., cuando se estableció una amnistía; se restauró la ley y se suspendieron las persecuciones tratando de velar los sucesos del pasado.²⁸⁹ Creo que puede reconstruirse aquel escenario: la vuelta de la reina amada debió ser tolerada por un Ptolomeo VIII que intentaba conjurar a los más peligrosos de los enemigos: los nobles, quienes podrían solicitar la ayuda internacional —Roma para ser exactos—, pero el pueblo continuó en desacuerdo con el gobierno, por lo que el despiadado rey continuaría con sus persecuciones y matanzas hasta que se llegó al mencionado acuerdo.

El tan citado filólogo John Whitehorne, en su obra sobre las reinas egipcias, ofrece un juicio severo a Cleopatra II:

La verdad, por poco placentera que resulte, es que Cleopatra II fue tan responsable como su hermano por la desolación que caía ahora sobre Egipto. Ella había ostentado gran poder, más que el de cualquiera otra reina ptolemaica, pero, si bien grandemente provocada por su hermano, había abusado del poder en busca de la total autoridad. Su breve reinado absoluto en 145 a. C. y su obsesivo deseo de tener un hijo propio en el trono, la embarcó en una guerra destructiva que no podía haber esperado ganar.²⁹⁰

Por otro lado, Grace Macurdy argumenta:

El destino de Cleopatra fue estar casada con uno de los mejores Ptolomeos, Filómetor, y con uno de los peores, Evergetes II, su hermano menor [...] ella

²⁸⁹ Cf. *Ibid.*, p. 119.

²⁹⁰ *Idem.*

estableció el principio de ‘la igualdad de derechos para las reinas’ en Egipto y a lo largo de su reinado y de los episodios sucedidos, toma su lugar junto a Arsínoe II y Cleopatra VII, por su significativa e interesante carrera.²⁹¹

Por mi parte considero que no debemos ser tan severos al juzgar las acciones de Cleopatra II a la manera de Whitehorne. Ella respondía con mucho en concordancia con la vida que había llevado y con la sangre que fluía en sus venas. Era hija de la gran Cleopatra I, reconstructora de una dinastía que se desmoronaba en pedazos por la ineptitud de sus hombres, algo que ella experimentó en su propia familia paterna; los seléucidas no eran la dinastía más exitosa, y no lo fueron desde tiempos de su fundador. En el ánimo de Cleopatra I estaba la construcción de un gobierno sólido y debió heredárselo a su hija, quien, para su desgracia, como asevera Macurdy, estuvo relacionada con uno de los mejores y otro de los peores miembros masculinos de su familia, pero que supo ir sorteando hasta que esto —como he tratado de reseñar— estuvo más allá de su paciencia y buena disposición. El edificio de confianza y amor que había logrado erigir en los corazones de su pueblo estaba por ser derribado por la ambición y los celos de un hombre; sólo quedaba la lucha abierta, ese método que entienden los varones, el cual jugó y perdió, al menos la posibilidad de una dinastía personal. Es obvio, como quiere el inglés, que ella tuvo parte directa en la matanza de egipcios que sucedió durante su breve reinado en solitario, pero dados los acontecimientos que pueden vislumbrarse, ninguno de ellos debió sentirse coaccionado, sino que debió actuar por voluntad en aras de un futuro mejor y, de allí que la vuelta de la reina fuera exigida, pues sólo así se entiende que Ptolomeo VIII, odiándola como seguramente lo hacía, se haya tragado su orgullo y la haya admitido otra vez como su corregente.

¿Por qué estuvo dispuesta a volver? Para Whitehorne tal vez la respuesta, ya que nada dice en su texto, sería esa “obsesión por el poder” como él la llama; yo pienso que su vieja consigna de crear una dinastía sólida seguía bullendo en su mente, la única posibilidad era lograrlo a través de su hija y sus nietos, aunque fueran vástagos de esa mala semilla, Ptolomeo VIII.

[109]

²⁹¹ *Op. cit.*, pp. 155 y 161.

[110]

El fatídico rey moriría el 28 de junio de 116 a.C. dejando el reino a su esposa-sobrina para que gobernara con el hijo varón que ella determinara. Pero la vieja Cleopatra II tenía un lugar en aquella regencia. Un papiro datado hacia el otoño de ese año me hace suponer que durante el tiempo que reinó en conjunto con su hija, se fue fraguando entre ambas un sistema que llevaba por consigna la sucesión adecuada del poder. Es la última referencia que tenemos de Cleopatra II y se fecha el 29 de octubre de 116 a. C.: “Año 2 de la reina Cleopatra y de la reina Cleopatra y del faraón Ptolomeo, el hijo, Filómetor, Soter (amado de su madre, salvador)”.²⁹² Se está contando el año de reinado de Cleopatra II, recuérdese que en 132 a. C. se inauguró su gobierno en solitario y que éste se vio suspendido a sólo un año de gobierno, por lo que se reanuda ahora con su hija y el hijo de ésta con los títulos de su abuela, Filómetor y Soter, como si el muchacho, de unos veinticuatro años, prefiriera vincularse con ella y no con su padre al no llamarse, por ejemplo, Evergetes III. Para desgracia de toda la dinastía ptolemaica, si bien esto es mi opinión, dejamos de saber de Cleopatra II desde entonces, por lo que suponemos que murió poco después de esta fecha; estaría en sus setenta años, había reinado por cincuenta y siete, la más longeva de toda la dinastía, y la primera soberana por derecho propio. No hay mención alguna de que Cleopatra III haya estado involucrada en su fallecimiento, el cual se considera fue por causas naturales.²⁹³ Con ella se cierra el gran capítulo de estas reinas y comienza el estertor que no deja de ser majestuoso, puesto que, a pesar de todo, Cleopatra, la hija, también sería una gran monarca, aunque a su manera.

²⁹² Cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, pp. 119-120.

²⁹³ *Ibid*, p. 130.

Cleopatra III, Cleopatra IV y Cleopatra V Trifena; la madre contra las hijas

[111]

La desintegración del reino ptolemaico tiene su origen precisamente en Ptolomeo VIII, y sólo él fue el responsable. En principio, porque no tomó una determinación sobre su sucesión y dejó a dos hijos varones en idénticas circunstancias a las experimentadas por él, ¿o acaso lo hizo precisamente a sabiendas de que la lucha entre los hermanos destruiría ese reino que nunca pudo gobernar a sus anchas? Atribuirle esta visión maquiavélica es tal vez demasiado especular, pero creo que los mismos alejandrinos lo creerían capaz. En segundo lugar, y sobre dicha desintegración y su posible intención de hacerlo, es factible si vemos que una de las estipulaciones de su testamento fue dejar a su hijo espurio Ptolomeo Apión con el control de Cirene y la región entera, constituida por cinco ciudades y que era muy importante para la economía egipcia, pues era el principal productor y comercializador del silfio, planta cuyo jugo se empleaba tanto en el arte culinario como en el medicinal.²⁹⁴ Chipre por su parte, también era casi un reino autónomo, habida cuenta de que había sido el refugio de los reyes egipcios en disputa familiar, como veremos que ocurrirá ahora con los hijos de Cleopatra III. No será sino con la última de las reinas egipcias y la última de las cleopatras a propósito, que podamos ver resurgir este fabuloso reino, tan sólo para morir bajo las garras de la ambición romana.

Cleopatra III supo presentarse como digna sucesora tanto de su madre como de su abuela, aunque su agenda política haya corrido paralela a la de la primera, y su marido-tío haya intentado presentarla como rival de la misma; en la mente de los alejandrinos, dado que no vemos la acostumbrada revuelta a la subida de una nueva rama familiar, es posible que la per-

²⁹⁴ Nunca más Cirenaica pertenecerá a Egipto. Ptolomeo Apión morirá sin hijos y los romanos harán valer el testamento de su padre que prometía legársela si su gobernante moría sin descendientes. Esto ocurriría en el año 96 a. C.

cibieran como la hija de su amada reina, confirmado —siempre según mi juicio— lo arriba expuesto en relación a una dinastía femenina. Pero también hay que señalar que la propia Cleopatra III debió ir construyendo su rol como reina, iniciando su carrera por saberse desligar de las terribles acciones de su marido y, forjándose su propia identidad ante sus súbditos; y el medio fue el usual que he intentado probar como el más viable entre las mujeres: identificarse con la diosa.

[112] Su ascenso al poder en solitario fue aquel año de 116 a. C.; ella contaría con unos cuarenta y seis años de edad o tal vez un poco menos, pero a su vez, unos veinticinco años de experiencia, tanto en las intrigas palaciegas como en la política interior y exterior; contaba además con el mismo deseo de poder que había motivado a su madre y a su tío, a lo que habría que agregar: la herencia de unos padres amados en su reino, que aunado a su título de reina consorte, que si bien lo fue de un mal rey, podía beneficiarse de esto si siempre se mostrara como la figura trágica bajo el despiadado mando de un cruel marido. En este sentido, tal vez en la historia de su “violación” podamos reconocer esta táctica publicitaria de la reina: ella fue la “víctima” de la situación, el instrumento de la venganza de su despiadado tío para lastimar a la amada Cleopatra II. Y se comprobaba porque no la desposó sino hasta que ella le dio el anhelado hijo que pudiera rivalizar con el habido con su madre. Toda una heroína trágica cuyo papel es difícil de catalogar para nosotros, pero seguramente no lo fue para sus contemporáneos, por ello, no vemos ningún reproche dirigido a su persona.

Junto a esta situación manipulada, está también el lento pero seguro avance de la figura divina de Cleopatra III. En su deseo de hacer de su esposa una rival digna de la gran monarca, Ptolomeo VIII llevó a su sobrina a adquirir títulos que le granjearon un culto propio tan temprano como el 142 a. C.,²⁹⁵ mediante su identificación con la diosa Isis, a la que le siguió su respectivo culto establecido. Así pues, la unión con la gran deidad egipcia se dio por el doble hecho de que Cleopatra III era la madre del heredero, del futuro faraón que ella entronizaría, tal como lo hacía la diosa, y de que éste —según he señalado— había nacido el mismo día que el dios Apis, manifestación de Osiris-Horus. Pero estas medidas que parecen haber surgido

²⁹⁵ Cf. John Whitehorne, *Cleopatras*, p. 124.

del ánimo de Ptolomeo VIII por encumbrar a su mujer a la altura de su hermana, no podemos suponerlas como algo que la inteligente muchacha no se haya apropiado con beneplácito, mas nunca llegando al plano que algún investigador supuso:²⁹⁶ una especie de “Lolita” que sedujo a su tío con el ánimo de obtener el poder que su madre detentaba desde años atrás. A la muerte de Cleopatra II, su hija se dio a la tarea de aumentar su poder mediante la identificación no sólo con Isis, sino con muchas otras diosas grecoegipcias; motivo por el que adoptó diversos títulos que demostraran su calidad divina. No obstante, dadas las noticias que tenemos durante los reinados conjuntos de los soberanos, Cleopatra II siempre prevaleció a su hija, por lo que sospecha con cierta lógica John Whitehorne²⁹⁷ que Cleopatra III no logró su cometido sino hasta la muerte de su madre, y yo agregaría que gracias precisamente al soporte que ella le brindó.

[113]

A la muerte de Ptolomeo VIII, un hijo debía tomar el reino, pero sólo de forma nominal, puesto que la disposición paterna lo había dejado como el corregente de su madre y, ser “el monarca” lo debería no a su padre, sino a la decisión materna. Ptolomeo, el hijo primogénito, el Horus de los tiempos pasados, había sido enviado a Chipre como gobernador poco antes de la muerte de su padre para que adquiriera alguna experiencia y, a pesar de que su madre prefería a su hermano menor como corregente, tal vez porque su minoría de edad le permitía gobernar a ella, fue compelida por sus súbditos y hubo de aceptar la coregencia con su hijo mayor. Ptolomeo el menor fue enviado ahora a Chipre como gobernador en vez de su hermano, y la historia de molestia filial que alguna vez habían vivido Ptolomeo VI y VIII renacía para estos dos nuevos hermanos.

No obstante el aparente triunfo de la causa de su hijo mayor, a quien ella no prefería, Cleopatra III supo ganarse su lugar empleando el consabido método religioso: ella era Cleopatra, la Diosa, Amada de su madre, Salvadora, Justiciera y Dadora de la victoria; y a tales títulos agregaría los epítetos divinos de: “portadora de la corona, iluminadora y sacrosanta.”²⁹⁸

²⁹⁶ El aludido es Humbert. (Cf. *Ibid.*, p. 125.)

²⁹⁷ *Ibid.*, p. 130.

²⁹⁸ Reinterpreto los términos griegos de φόσφορος y ἱερεΐα que ofrece en otra traducción más simple Whitehorne. (*Op. cit.*, p. 133.)

Su hijo supo vincularse al aparente estado divino de su madre ostentando para sí el título de Filómetor, así, ambos se presentaban a la par como “los amados de sus madres, dioses salvadores”, restableciendo el vínculo con la fallecida Cleopatra II. Dicho término fue luego concebido como una burla, puesto que este “amante de su madre” será su mayor contrincante.²⁹⁹

[114]

Una implicación de John Whitehorne y una frase de Justino me llevan a suponer que las acciones de Cleopatra III para con sus hijos no estaban motivadas únicamente por su deseo de manipulación, sino porque tuviera verdaderamente un plan maestro. Quizá concibió la posibilidad de conformar un verdadero reino múltiple, utilizando para ello a sus hijos y a ella como centro y corazón de aquel imperio mediterráneo. Según Whitehorne, las razones que esgrimirá su hija Cleopatra IV para vengarse de su madre luego de su rechazo —que explicaré en un momento— fueron “echar por tierra los esquemas dinásticos de Cleopatra III”.³⁰⁰ Justino por su parte, menciona también como motivación de la joven “el rechazo de la madre”.³⁰¹ Tomando en cuenta la situación entre madre e hijos a la muerte del padre y de la abuela, creo que se pinta un cuadro completo. El plan podría haber surgido en el conciliábulo de madre e hija, de las cleopatras II y III, puesto que ya vimos que el último edicto que salió en el otoño del año 116 a. C. ya contemplaba la unión de las dos reinas y del nuevo monarca,³⁰² pero, dado que el nombre Ptolomeo no implica cuál sería el afortunado, no sabemos quién ocuparía ese cargo; sin embargo, yo considero que sería el menor de ellos, precisamente por la razón de que su minoría edad lo haría más manejable para las reinas. La nueva triada no sería de extrañar para los egipcios, tenían prácticamente cincuenta y siete años de gobiernos conjuntos: dos reyes y una reina primero; después un rey y dos reinas; ahora se repetiría el esquema y tenía un antecedente divino: Deméter, Core y Dioniso, las dos diosas y el dios niño, el Yaco de los misterios eleusinos. El culto a Deméter en Egipto estaba ampliamente disgregado, incluso el barrio popular de Alejandría recibía el nombre de Eleusis como la comarca

²⁹⁹ Cf. Paus, I. ix. 1.

³⁰⁰ *Op. cit.*, p. 135.

³⁰¹ Just., xxxix. iii. 3.

³⁰² Cf. *supra*, p. 110.

ática donde se celebraban los rituales místéricos de las diosas.³⁰³ Por otra parte, la relación de esta diosa griega con Isis es igualmente conocida, por lo que otra triada divina podría servir de referencia: Isis, Neftis y Osiris; la segunda es diosa del inframundo y se podría identificar con Core en su papel de Perséfone. Las triadas divinas podrían haberse utilizado para este fin de reconocimiento. El gobierno de Egipto sería sólo el primer paso, le seguirían el control de Chipre que siempre fue algo deseado, allí ya reinaba la pareja de hermanos Ptolomeo X y Cleopatra IV, siguiendo la tradición ptolemaica de una boda entre hermanos, para que lo divino unido a lo divino engendre divinidad; finalmente estaría la recuperación de Celesiria, por lo que las reinas debieron lograr la boda de Cleopatra V Trifena con el heredero al trono sirio Antíoco VIII,³⁰⁴ con ello se completaría un esquema de dominación muy interesante y digno de las mentes calculadoras de Cleopatra II y Cleopatra III, quienes podrían haber sido siempre aliadas a pesar de los altibajos que implicó la vida con Ptolomeo VIII, y que, a su muerte, pudo completarse fácilmente. Mas, muerta Cleopatra II, su hija siguió con el plan, sólo que el primer paso se vio modificado ante la acometida de los alejandrinos, quienes preferían al primogénito como heredero. Ello hizo que otras dos cleopatras se vieran enfrentadas y no congeniaran, porque esta vez la hija no estaba dispuesta a tener un rol secundario como si parece haberlo aceptado, esperando su momento, nuestra Cleopatra III.

[115]

Cleopatra IV era una joven “que sin duda heredó la fuerza de carácter y la soberbia de espíritu de su madre como para estar en paz con ella, y Cleopatra III vio en su hija y reina un poder que amenazaba el suyo”.³⁰⁵ Ptolomeo IX estaba receloso de dejar a su hermana-esposa, pero fue forzado por su madre que lo desposó con la menor de las mujeres, Cleopatra Selene. Según Justino,³⁰⁶ fue una condición que le impuso la madre para cederle el trono, pero no podemos aceptar la soslayada implicación del latino al referir que Cleopatra IV le era “queridísima” a Ptolomeo IX, y que

³⁰³ Cf. Graham Shipley, *El mundo griego después de Alejandro. 323-30 a. C.*, trad. Magdalena Chocano, pp. 195-197 y; Stanley Burnstein, *The Reing of Cleopatra*, p. 51.

³⁰⁴ El apodado Grifo.

³⁰⁵ Cf. Grace Macurdy, *Hellenistic Queens. A study of woman-power in Macedonia, Seleucid, Syria, and Ptolemaic Egypt*, p. 164.

³⁰⁶ Just., xxxix. iii. 2.

ello provocara a la madre, es decir, una especie de animadversión para con su hijo mayor que la llevara a arrancarle el amor de su vida; para mí, es más bien una cuestión de estrategia, como se comprueba con las acciones de la hija. La madre sospechaba que esta beligerante contrincante podría serle un gran problema; Whitehorne sugiere que la reina madre temería que “tarde o temprano ella podría incitar a su hermano para que arreglara la expulsión de su madre o incluso su muerte, para así, poder ser ella reina por derecho propio”³⁰⁷

[116]

Cleopatra IV demostró tener todo lo que su madre temía. Partió a Chipre y reclutó allí un ejército mercenario. Para lograr esta aventura arriesgada debió contar con la fortuna personal para llevarlo a cabo,³⁰⁸ porque hasta ahora no se ha podido comprobar que el rey de Chipre, Ptolomeo X, estuviera implicado en ninguna de las acciones realizadas por su voluntariosa hermana, o que formara parte de un plan para desposarlo y regresar juntos a gobernar Egipto.³⁰⁹ Creo que dicha acción sería difícil, no sólo porque implicaría la concesión de Ptolomeo X, quien parece que era el consentido de su madre y, a quien ella había preferido ante su primogénito como gobernante de Egipto, por tanto, él podía esperar que su madre lo reinstalara en el trono tarde o temprano; esta misma buena relación impediría que Cleopatra IV pudiera intentar dicho movimiento. Así, su venganza sería destruir los planes a gran escala de su madre, esos que vimos implicaban un gobierno de su entorno mediterráneo, y por ello marchó a Siria vía Antioquia. Cleopatra IV había quedado fuera de la jugada familiar, precisamente porque tenía la fuerza de carácter suficiente para imponerse a su consorte, y ello no resultaría benéfico si el trono que ocupara fuera el de Egipto; esto siempre según mi teoría de un imperio egipcio comandado por la reina madre. Si Cleopatra IV podía arrancarle Celesiria o incluso Siria entera a su hermana Cleopatra V Trifena, desestabilizaría el bien fraguado plan de la casa ptolemaica. Esta idea puede sustentarse en las acusaciones que, según Justino, hace al respecto esta última sobre las intenciones fraternas.³¹⁰

³⁰⁷ *Op. cit.*, p. 134.

³⁰⁸ *Cf. G. Macurdy, op. cit.*, p. 164.

³⁰⁹ Así lo cree Whitehorne. (*Cf. op. cit.*, p. 135.)

³¹⁰ Just., xxxix. iii. 5.

Siria tenía entonces sus propios problemas. La pareja real de Antíoco VIII y Cleopatra V Trifena se enfrentaban a las fuerzas rebeldes de Antíoco IX, apodado Ciziceno por haber nacido en la región de Cízico. Ambos eran primos de las princesas egipcias, como hijos que eran de Cleopatra Thea, hermana de Cleopatra III. Cleopatra IV arribó a Siria y se entrevistó con su primo ofreciéndose en matrimonio y llevando como dote un ejército mercenario para atacar a su hermano en el poder; Ciziceno estuvo más que complacido con la propuesta y el matrimonio se celebró en Antioquia. Anhelando el apoyo de Egipto, solicitó a su cuñado en el poder seis mil hombres para auxiliar a Samaria del sitio que le hacían los judíos y los hebreos. Por supuesto que Cleopatra III se negaría, aliada como estaba contra la causa de su hija, mas Ptolomeo IX envió las tropas a escondidas y con ello se ganó el odio de su madre. También hay que tomar en cuenta que la reina madre era partidaria de los judíos, de quienes se quería ganar su favor como la segunda minoría en Alejandría, por lo que era una doble oportunidad: deshacerse de un hijo incómodo y consolidar su alianza con éstos.

[117]

Antioquia, residencia de Cleopatra IV y su marido fue sitiada por las fuerzas de Antíoco VIII; a la postre Ciziceno cayó prisionero, lo mismo ocurrió con ella. El rey invasor era partidario de liberar a la reina, pero Cleopatra V Trifena no. Justino pone en boca del monarca sirio una exhaustiva enumeración de razones para perdonar a Cleopatra IV, que iban desde la sangre en común entre su esposa y la joven monarca, hasta el hecho de que había buscado refugio en el templo de Ártemis;³¹¹ pero ella responde a su marido que, por el contrario, lo que llevó a su hermana a Siria fue la “rivalidad hacia ella”,³¹² pero el enardecido discurso de su marido enciende aún más los celos de su esposa, quien llega a sospechar de la fidelidad de Antíoco VIII. Así lo expresa Justino, pero yo creo que podría ocultarse, más bien, el celo de la hermana mayor que no pudo permanecer dentro del esquema familiar e intenta ahora arrebatarle su parte del poder. Sin pensarlo más, Cleopatra V Trifena ordena que sea asesinada en el mismo templo donde se refugiaba:

³¹¹ Just., xxxix. iii. 7-10.

³¹² Just., xxxix. iii. 5.

Por tanto, después de llamar a los soldados ella misma, les ordena apuñalar a su hermana. Cuando éstos entraron en el templo, al no poder arrancarla de allí, le cortaron las manos que se abrazaban a la estatua de la diosa. Entonces Cleopatra muere entre maldiciones a los parricidas, confiando la venganza de su muerte a los dioses ofendidos.³¹³

[118]

Sólo un año después, la maldición de Cleopatra IV se vería cumplida cuando su hermana Cleopatra V Trifena caiga en manos de Ciziceno, y éste la sacrifique al alma de su antigua esposa.

Todas estas situaciones habían agravado aún más la de por sí ríspida situación entre Ptolomeo IX y su madre. Corría el año 108 a. C., poco más de diez años de reinado conjunto de madre e hijo, cuando se presenta la disolución de esta monarquía forzada. Porfirio³¹⁴ tal vez nos relata la versión oficial de los hechos, misma que completamos con las acusaciones de Pausanias.³¹⁵ La reina acusó a su hijo Ptolomeo IX de matar a unos amigos tanto de ella como de su padre, motivo por el que se vio en la necesidad de expulsarlo del trono. El pueblo no debió de aceptar esta idea, por lo que la madre presentó a sus más fieles eunucos heridos como prueba de un intento de asesinato de su hijo; esto encendió los ánimos de los alejandrinos que quisieron linchar al rey, el cual se vio precisado a huir a Chipre, dato en que coinciden ambas fuentes. Atrás quedaron Cleopatra Selene y los dos hijos habidos con ella, esto según Justino.³¹⁶ Los diez años transcurridos entre los sucesos en Siria y la expulsión de Ptolomeo IX deben hacernos sospechar de nuestras fuentes; Graham Shipley advierte que detrás de estos problemas dinásticos se pueden encontrar dificultades administrativas más serias.³¹⁷ Cleopatra III mandó llamar a su hijo menor para que compartiera el trono con ella en Alejandría, así, mientras Ptolomeo X abandonaba la isla de Chipre, el noveno arribaba a ella para refugiarse del odio materno.

³¹³ Just., xxxix. iii. 10-11, trad. de José Castro.

³¹⁴ Porph., *Chronica*, vii. 3, en edición de Müller, *Fragmenta Historicorum Graecorum*, vol. iii, p. 721.

³¹⁵ Paus., i. ix. 4.

³¹⁶ Just., xxxix. iv. 1.

³¹⁷ *Op. cit.*, p. 236.

Rey de Chipre, Ptolomeo IX separó la isla de Egipto y la hizo un reino independiente con los que las rentas del estado lágida se verían mermadas, por lo que Cleopatra III envió una gran armada a luchar contra su hijo mayor; sin embargo, muchos de los soldados se volvieron contra la reina y se pasaron al bando contrario; sólo los judíos permanecieron fieles a ella. Ptolomeo IX escapó a Seleucia de Piera, tal vez —como quiere Justino— por no hacerle la guerra a su propia madre,³¹⁸ o quizá porque no contaba con las fuerzas suficientes para repeler su ataque a pesar de las desertiones. Aquella escapada del príncipe hizo que el general de la armada egipcia fuera condenado a muerte por la reina. La retirada fue estratégica en realidad, pues regresó a Chipre y se instaló nuevamente como soberano.

[119]

La guerra entre los dos Antíocos de Siria continuaba y la ciudad de Ptolemais se hallaba sitiada por las fuerzas judías de Alejandro Janeo. No pudiendo recurrir a ninguno de los sirios, los habitantes suplicaron la intervención de Ptolomeo IX; el depuesto rey de Egipto fue en su auxilio con una gran fuerza, sólo para encontrar a su llegada que la ciudad, convencida por uno de sus líderes, cambió de bando y no deseaban ya su auxilio, por lo que el monarca decidió ir en contra de las fuerzas judías de Janeo, lo cual causa la sobrada indignación de Flavio Josefo que lo acusa de terribles crueldades, en clara ofuscación por su enemigo.³¹⁹ Las victorias de Ptolomeo IX sobre Janeo pusieron en alerta a Cleopatra III, quien supuso que su hijo podría intentar volver a reinar en Alejandría, más porque estaba prácticamente a las puertas de Gaza y a tiro de piedra de Egipto.³²⁰ La reina puso su ejército en manos de sus generales Jelcias y Ananías y a su hijo Ptolomeo X al mando de la flota fenicia, en tanto ella en persona encabezó las fuerzas en Palestina.

Calculadora como era, Cleopatra III supuso que Ciziceno podría apoyar a su hijo en recuerdo del afecto que unió a su esposa con éste y, de que él le había facilitado tropas alguna vez, así que envió a su hija Cleopatra Selene para que fuera su esposa, acompañada de una dote consistente en un ejército y los medios económicos para sufragar sus gastos. Después de disponer así el destino de su hija menor, tomó a sus nietos, hijos de esta última y

³¹⁸ Just., xxxix. iv. 2.

³¹⁹ Cf. J., *AJ.*, xiii. 285 y ss.

³²⁰ Sin duda, el ataque a los judíos, cuyo favor anhelaba, le venía bien con miras a una alianza que contuviera el avance de su hijo.

[120]

Ptolomeo IX, y los depositó en el templo de Asclepio en Cos,³²¹ junto con una gran cantidad de tesoros, entre ellos una clámide que perteneció al propio Alejandro Magno, y su testamento. La campaña de la reina guerrera fue exitosa, recuperó Ptolemais y forzó a su hijo a regresar sobre sus pasos, estando tentada incluso a recuperar Celesiria, dote de su abuela Cleopatra I, pero fue disuadida por sus generales judíos, advirtiéndole que entraría en conflicto con Janeo y los hasta ahora fieles judíos podían dejar de serlo. De hecho, en la refriega con Ptolomeo IX murió uno de sus generales, pero lo más doloroso fue que nunca recibió auxilio de su flamante yerno Ciziceno, por lo que entró en negociaciones con Janeo y regresó a Egipto, sin que en realidad hubiera arreglado nada fuera de coartar el posible intento de su hijo por volver a su trono: Ptolomeo IX seguía libre y Ciziceno, con todo y la boda, seguía siendo un enemigo.

Ptolomeo X decidió que ya tenía suficiente de esta madre autoritaria. Es muy posible que el muchacho estuviera francamente harto del control que ejercía Cleopatra III sobre él, se dice que incluso los alejandrinos se burlaban y lo llamaban “el hijo de la Colorada”. Este apodo que recibió la reina sigue siendo desconcertante,³²² puesto que el término *kokkos* significa “rojo, colorado” y es difícil saber qué llevaría a tal señalamiento para ella; sin embargo, Hesiquio³²³ afirma que puede significar o aludir a la “vagina”. Siguiendo esta connotación, si estamos ante una burla, aludiría a que este nuevo rey sólo era un “hijo de hembra”, un “hijo de mamá”. Viendo su papel de monarca minimizado, abandonó Egipto, probablemente para reunir un ejército y derrotarla. No sabemos cómo o por qué, pero la misma Cleopatra III lo mandó llamar y él regresó. Poco después el nombre de la reina desaparece de los documentos oficiales; debió morir entre septiembre 16 y octubre 31 del año 101 a. C. alrededor de sus sesenta años. Justino y Pausanias afirman que fue asesinada por su hijo, sin precisar cómo llevó a cabo el matricidio; ese hijo por el cual había hecho todo, a quien convirtió en rey de Egipto; al parecer ése mismo la mató.³²⁴

³²¹ J., *AJ.*, XIII. 349.

³²² Cf. J. Whithorne, *op. cit.*, p. 221, nota 22.

³²³ Hesch., s. v.

³²⁴ Just., xxxix. iv. 5-6 y Pau., i. ix. 3. Ambos autores añaden que los alejandrinos rechazaron el gobierno de Ptolomeo X, quien ya había desposado a su sobrina Berenice III, hija de

Sin embargo [...] fueron probablemente pocos quienes realmente se hayan enlutado por la muerte de Cleopatra III en el otoño del 101 a. C. fuera de sus funcionarios y de los miembros de su culto personal que se encontrarían sin trabajo. Después del fallecimiento de Cleopatra III, sus sacerdocios desaparecieron de los documentos oficiales [...] Pero no todo rastro de su reinado fue suprimido tan rápida ni tan fácilmente; tan tardío como el siglo IV había algunas villas egipcias, así como un pueblo en Nubia, aún llamadas Cleopatra, probablemente denominadas por Cleopatra III más que por su madre o su abuela ya que los primeros testimonios de ellas coinciden con el reinado de aquella. La importante ciudad provincial de Oxirrinco en el Egipto Medio tenía también una calle de Cleopatra Afrodita la cual debió nombrarse por la identificación con Afrodita en el año 107 a. C., es posible que el sitio del templo dedicado a su culto como la diosa localizada allí sea también evidencia de la existencia de otros templos a Cleopatra en otras localidades.³²⁵

[121]

Con todo y la mala fama que hay en las fuentes helenas tan dadas a la misoginia en cuanto se refiere al poder femenino, debemos aceptar que Cleopatra III fue una de las grandes monarcas egipcias, digna hija y nieta de las cleopatras que la precedieron; supo combinar su poder real con el religioso, como se coliga de los múltiples títulos que se otorgó y de la importancia de su clero.³²⁶ Fue también mecenas de los viajes de descubrimiento de Eudoxo de Cízico por los mares indios y si su intención fue meramente comercial y las ganancias de los descubrimientos del almirante heleno sustentaron sus campañas militares, no por ello deja de ser una reina dispuesta a la aventura.³²⁷ Cleopatra III desplegó sin duda las virtudes de la casa lágida que habían hecho famosas a las reinas anteriores y darían fama inmortal a la más famosa de las cleopatras: coraje, resistencia y habilidad para gobernar. Ella no reinó a través de sus hombres, consiguió el poder y supo mantenerlo tanto en tiempos de su marido como de sus hijos.

su hermano, y mandaron llamar nuevamente a Ptolomeo IX, pero ello no ocurrió sino hasta el año 89-88 a. C., por lo que Whitehorne piensa que sería un intento de los antiguos por no presentar a los egipcios como indiferentes ante un matricidio. (Cf. Whitehorne, *op. cit.*, p. 143)

³²⁵ *Ibid.*, p. 146.

³²⁶ Cf. G. Macurdy, *op. cit.*, p. 168.

³²⁷ *Ibid.*, p. 169.

Cleopatra III supo amar y odiar con igual intensidad y de ello dan prueba las relaciones terribles con sus dos varones; Apiano,³²⁸ no obstante, nos permite atisbar un rostro diferente en su relación con los pequeños hijos de Ptolomeo IX al darle el título cariñoso de “abuelita” (μύμμη), pero no hay duda de que su gran amor fue el poder y nadie puede negar que fue también una gran monarca.

[122]

A la reina la sucedió su hijo Ptolomeo X, propiamente Ptolomeo X Alejandro I y sus nietos, Berenice III,³²⁹ Ptolomeo XI Alejandro II y Ptolomeo XII Neo Dionisio. La primera es, sin duda, la hija del hermano mayor, el segundo del menor y el tercero al parecer es un hijo bastardo de Ptolomeo IX; estos personajes que estaban llamados a protagonizar las últimas etapas de la dinastía lágida antes del advenimiento de la gran Cleopatra VII que cierra el círculo del poder femenino por derecho propio.

³²⁸ App., *Mith.*, 93.

³²⁹ Quien después recibió el nombre de Cleopatra y tendría que ser la VI, pero su memoria fue borrada por los propios cronistas ptolemaicos y, por ello, dicho ordinal le corresponderá a la madre de la más célebre de las cleopatras y le dará a ésta el número VII.

Cleopatra VII y el sueño de un imperio

Reina con y sin Roma

[123]

Hemos llegado a la que tal vez sea la más famosa de las soberanas conocidas bajo el apelativo de Cleopatra, a quien le corresponde el numeral VII en nuestra lista,³³⁰ por lo que todo lo expuesto hasta ahora sirve para enmarcar su preclara existencia y su participación en la historia antigua. Comenzaré por una cita de Christoph Schäfer, uno de sus más recientes biógrafos:

Siendo una de las mujeres más famosas del mundo, aún hoy casi ningún otro personaje histórico estimula tanto nuestra imaginación como Cleopatra. Pese a haber fracasado políticamente y haberse suicidado a una edad relativamente temprana; según una encuesta actual se le atribuyen epítetos tales como inteligente, encantadora, bella y fascinante. Erotismo y exotismo se mencionan como palabras clave, al igual que vampiresa y amante. Por otro lado, se establecen asociaciones negativas como fiera devoradora de hombres, ramera o mujer derrochadora, persona sedienta de poder y sin escrúpulos y reina cruel [...] con su espectacular muerte nació un mito que indica eterna juventud y ha conmovido a hombres y mujeres de todos los tiempos.³³¹

Me parece que estas frases del autor alemán resumen muy bien las posturas antitéticas que esta gran mujer suelen despertar en los ánimos modernos y que reflejan igualmente dos posiciones en cuanto al estudio de su persona: la de aquéllos que se acercan a ella con un ánimo comprensivo y en ocasiones laudatorio, y la de los que, ya sea por seguir obstinadamente los derroteros de la filología ortodoxa, o bien, por sus propios

³³⁰ Mismo del que se prescindirá para con ella en este capítulo; reservándose sólo para los casos en que pudiera haber alguna ambigüedad.

³³¹ Christoph Schäfer, *Cleopatra*, trad. de Macarena González, p. 304.

deseos reivindicatorios para algunos de los involucrados en la vida de tan notoria mujer, prefieren condenarla a la manera de la propaganda augústea. Siendo una mujer de contrastes y tan estudiada a lo largo de los años, será difícil, ni por asomo, entregar en estas escasas líneas una visión completa de lo que ha sido el estudio de su vida y persona a lo largo de tantos siglos, pero haré un esfuerzo por no sólo ofrecer una visión general y reflexionada de su vida y hechos, sino también ofrecer respuestas o al menos establecer dudas sobre algunos de los tópicos más sobresalientes sobre su existencia.

[124]

La presencia de Cleopatra se ha convertido en masiva en la pintura, la escultura, la música, la literatura, el cine y el cómic que han abordado el tema de la reina desde diversas perspectivas. El mito de la reina del Nilo fue precursor de toda la egiptomanía en Occidente. Por mencionar uno sólo de esos aspectos: en la música se enumeran ciento veintinueve títulos de ópera, operetas, cantatas, sinfonías, bandas sonoras y ballets sobre nuestra reina y los nombres van de Georg Friederich Händel a Alex North, compositor musical de la película de Manckiewicz en 1963.³³²

Como veremos, su leyenda nace propiamente con el día de su muerte, clímax de una vida escandalosamente interesante, con la propaganda antiegiptia del vencedor Octavio y con la innegable influencia que la reina había logrado despertar desde tiempos de su estadía en Roma años antes. Los romanos se fascinaron con la moda egipcia que la reina trajo de las orillas negras de la tierra de *Kemit*, como la llamaban en su lengua autóctona; se erigieron sepulcros influidos por el estilo nilótico, como la pirámide del tribuno de la plebe y pretor Cayo Cestio Epulón.³³³ Era en dichos sepulcros donde los romanos se hacían enterrar embalsamados como los viejos faraones, entre cantatas a Isis y Osiris, al son de sistros y tímpanos. El mismo Octavio se aprovechó del gusto oriental de sus súbditos para enfatizar su grandeza y lo prueban los obeliscos expoliados a Egipto que el *princeps* hizo elevar en la Urbe, uno de ellos colocado frente a su mausoleo y que servía de manecilla a un reloj de sol que hacía las veces de calendario. “Así el *princeps* recordaba a diario a los ciudadanos la victoria sobre Cleopatra y subrayaba su carácter memorable.”³³⁴

³³² Cf. *Ibid.*, p. 305.

³³³ *Idem.*

³³⁴ *Ibid.*, p. 306.

A mi juicio, desde entonces vemos nacer la doble fama de Cleopatra; una, venida de la postura oficial del romano vencedor y sus fieles seguidores, entre los que se contaban poetas y cortesanos que nos legaron la visión que hasta el día de hoy se quiere reconocer de ella, una *femme fatale*; y la otra, que se conservó en el ánimo popular, el recuerdo de una magnífica y exótica soberana, amante del gran César y del no menos aguerrido Antonio.

Egipto caería en el olvido en la Edad Media, tal vez producto de su enfrentamiento contra el islam, pero a partir del siglo xv y su Renacimiento, la nación del Nilo y su reina regresarían de la mano de los clásicos rescatados de entre las bibliotecas conventuales. Boccaccio dio comienzo a la moderna recepción de Cleopatra en su obra *De claris mulieribus (Acerca de las mujeres preclaras, 1356-1364)* y que se reconoce como el libro de las mujeres famosas de la Antigüedad grecorromana de esa época. En él, se nos presenta ya a Cleopatra como la encarnación de la seductora demoníaca, egoísta y fría que contrasta con la soberana de grandes sentimientos que se rescatará más tarde. A esta obra le seguirán la serie de dramas teatrales que tienen su culmen en las piezas shakespirianas: *Antonio y Cleopatra* y *Julio César*, donde la reina vuelve a ser reducida a la prostituida joven y sus rasgos positivos y negativos se funden en visión pasional casi diabólica, pero hay que decir en defensa del famoso inglés que, para su época, Egipto no era sino un país de adivinos, maravillas y, a un tiempo, símbolo del lujo y la depravación.

[125]

A partir de estos primeros textos hay una cascada de imágenes sobre Cleopatra que vadean sobre el arquetipo mencionado, aunque a veces ofrecen una visión diferente³³⁵ que se irá perfilando para el siglo xviii en la literatura, basados no sólo en la tradición antes expuesta sino en los propios clásicos que no son imparciales al juzgarla. Mas, con las campañas de Napoleón, Egipto regresará al primer plano y lo hará también en el mundo artístico, donde los creadores volcaron su fantasía hacia el exotismo de aquellas tierras que contrastaban con su Europa burguesa y civilizada. Y surgió el “Orientalismo”, término de reminiscencias peyorativas que se dirigían, ante todo, hacia los árabes y que florecerá en el siglo xix:

³³⁵ Así en las obras de: Thomas May, John Dryden y Charles Sedley, quienes la presentarán como una amante fiel y sacrificada. (Cf. *Ibid.*, p. 307.)

El nombre de Oriente, en realidad, es una creación europea, inventada frente al uno (Europa). Así, bajo esta falsa identidad los pueblos englobados bajo esta denominación quedarían sin identidad [...] Oriente carece de historia ya que no hay cambio y los pueblos que llevan esta etiqueta han actuado siempre igual, moviéndose en torno a tres elementos; raza, religión y una propensión al fanatismo, los que les [sic] lleva a un predominio de lo irracional frente a la racionalidad europea [...] la creación del orientalismo se realizó a la sombra del colonialismo europeo que necesitaba desprestigiar la unión de estos pueblos para justificar su sometimiento político, ya que bajo la influencia de ‘sus nuevos señores’, estos pueblos podrían desprenderse de su negativa cultura, para aprender la cultura de sus dominadores, que suponía, de hecho, la única vía posible para despegar de su actual retraso.³³⁶

La historia de Cleopatra hunde sus raíces en el de por sí fascinante relato de los Ptolomeos, los soberanos griegos de Egipto que comenzaron con el hijo de Lago,³³⁷ el primero de ellos que supo arrancar esta satrapía rica al naciente imperio de Alejandro y hacer de éste el fundador mítico de su reino. Once Ptolomeos habrían de pasar antes de que lleguemos al padre de nuestra reina.³³⁸ Las féminas dejaron huella en la dinastía ptolemaica desde muy temprano; las mujeres de Ptolomeo I son un indicio de lo que sería la feminidad en la casa egipcia. El reino femenino helenístico nace con Arsínoe II, hermana del también segundo Ptolomeo, mujer de recio carácter y de determinación que logró convertirse en soberana del reino fraterno y alcanzar un lugar en la Historia. Vale mencionar que el plural

³³⁶ Alberto Prieto Arciniega, “Cleopatra en la ficción: el cine”, en *Studia Historica. Historia Antigua*, vol. 18, pp. 150-151. Para más detalles sobre la recepción de la persona de Cleopatra, *vid. infra*, “Apéndice II”, p. 263.

³³⁷ *Cf. supra*, pp. 30 y ss.

³³⁸ La numeración de los reyes egipcios es un intento moderno por diferenciarlos. A estos se les reconocía a lo más por un epíteto que se unía a su nombre a manera de título oficial, como el de Filadelfo que se otorgó para sí mismo el segundo de ellos, pero también por un mote o apodo que le adjudicara su pueblo como el de *Kakérgetes* que le dieron a Ptolomeo IV cuando era reconocido oficialmente como Evergetes. Sobre el número de Ptolomeos hay que recordar que muchos otros nacieron durante los diversos reinados, pero muertos prematuramente, no se cuentan en la lista oficial, así que el número de ellos supera a los mencionados.

utilizado para los faraones griegos —Ptolomeos— es válido también para ellas que crearon su propia dinastía dentro de la de sus maridos e hijos; las cleopatras son las mujeres más interesantes del Helenismo y, sin duda, la que cierra la lista es la más connotada.

Cleopatra VI, una figura elusiva

[127]

La madre de nuestra Cleopatra debería, dado que a ella se le otorga el numeral VII, ostentar el anterior, pero esta reina resulta oscura para nosotros.³³⁹ Sobre su padre tenemos una opinión casi contemporánea a su reinado, Estrabón, el geógrafo antiguo, apunta:

Así pues, todos los que siguen al Ptolomeo tercero, corrompidos por la mollicie, administraron mal; los peores, el cuarto, el séptimo y el último, Auletos (sc. “el Flautista”). Éste, aparte de su libertinaje, practicó acompañar coros con su flauta (sc. de ahí su apodo) y, a más de esto, se enorgullecía de tal manera que no se contenía en celebrar concursos en el palacio, en los cuales, mezclándose con los concursantes, participaba.³⁴⁰

Algo de dejo griego ante las costumbres exóticas, quizá de vergüenza por la actitud de un soberano a esta guisa, pero también algo de realidad en tales palabras. Ptolomeo XII era el hijo ilegítimo de Ptolomeo IX,³⁴¹ lo que ha llevado a la especulación de un origen étnico o racial diferente de este soberano y, por extensión, atribuible por igual a su hija; no obstante, hay que tomar en cuenta que este monarca mereció la condena de las fuentes clásicas y, ello podría dar cuenta de este énfasis en su nacimiento.

Luego del fratricidio de Berenice III a manos de su hermano Ptolomeo

³³⁹ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 15.

³⁴⁰ Strabo, xvii. xi. 1. La traducción es mía. (Cf. también Ath., *Deipn.*, 206d.)

³⁴¹ Propiamente, Ptolomeo IX Filómetor, Soter II Latiro. Cicerón (Cic., *Verr.*, iv. 27) considera injusto que Ptolomeo XII sea rey de Egipto debido a su calidad espuria. Cf. también Cic., *De leg. Agr.*, ii. xvi. 42, Trog., *Prol.*, 39 y Pau., i. ix. 3. El posible interés de las fuentes romanas para señalar la ilegitimidad del rey puede sustentarse en la idea de conseguir por ello el control del país. (Cf. John Whitehorne, *Cleopatras*, p. 179.)

[128]

XI, siguió la condena del pueblo por el acto deleznable; la muchedumbre lo atrapó y linchó en el gimnasio de Alejandría,³⁴² razón por la que subió al trono el ilegítimo Ptolomeo XII, y el título que eligió para su coronación fue el de Ptolomeo XII Neo Filópator (“el que ama a su padre”), seguramente para legitimar su trono; y el de Filadelfo (“el que ama a su hermano”) para vincularse de la misma manera, al que luego añadió el de Neos Dionisos, (“Nuevo Dionisio”). Para Schäfer,³⁴³ tal vez deberíamos reconocer un rasgo religioso en el nombre escogido; el faraón quería presentarse como la reencarnación de Dioniso, y por ello el apodo Auletes; así, el eco orgiástico de su vida quedaría relacionado con este sentido un tanto místico egipcio-osiríaco, tan malinterpretado por los griegos no orientales y las fuentes romanas posteriores. Su elevación al solio real se da aproximadamente en el año 80 a. C. y por esa fecha, siguiendo la tradición ptolemaica, se casa con su media hermana Cleopatra VI Trifena, de quien alrededor del 78-75 a. C. tiene una hija llamada Berenice IV. La reina desaparece de las listas oficiales alrededor del 69-68 a. C., precisamente las fechas del nacimiento de nuestra Cleopatra. ¿Sería o no la madre de la soberana?

La especulación sobre la madre de Cleopatra es una de las recientes aproximaciones a la vida de la reina egipcia. Un papiro relata que para el 58-57 a. C., durante la ausencia de Ptolomeo XII debida a la guerra gabinia —que luego mencionaré—, se dio el gobierno de dos reinas y los roles tendrían que jugarlos Cleopatra VI Trifena y su hija Berenice IV.³⁴⁴ No obstante, el templo de Horus en Edfu que data del año del 57 a.C. todavía reconoce a la primera junto a su esposo, por lo que parece que el intermedio de reinado no afectaría las relaciones entre los cónyuges. ¿Quién fue esta reina? Cleopatra VI Trifena debió ser una hija ilegítima de Ptolomeo IX, tal vez hermana de Ptolomeo XII Auletes, probablemente de otra esposa del

³⁴² Cf. Cic., *Orat. Dep.*, xvi. 9 (= SCHOL. BOB., 93, 16): *atque illud etiam constare video regem illum, cum reginam sororem suam caram acceptarmque populo minibus suis trucidasset, interfectum esse impetus multitudinis.*

³⁴³ *Op. cit.*, p. 16.

³⁴⁴ Cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 182. Fuentes modernas que niegan la existencia de una hija diferente a Berenice IV y llamada Cleopatra VII, lo cual provocaría que nuestra reina ocupara el número VIII. (Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 17, nota 13.)

padre.³⁴⁵ Para algunos autores no hay duda de que todos los hijos de Ptolomeo XII fueron de Cleopatra VI Trifena.³⁴⁶ Sin embargo, Hölbl en el año 2001 trajo a colación el texto de Estrabón donde se afirma que sólo una de las hijas de este rey era legítima, por lo que sería hija de Trifena;³⁴⁷ el texto del geógrafo parece referirse a Berenice IV.³⁴⁸ A partir de esto, otro investigador, Hub, supuso que la madre del resto de la prole de Ptolomeo XII fuera una dama egipcia de la nobleza de Menfis y que, la boda con dicha mujer y el nacimiento de Cleopatra VII explicarían la desaparición de Cleopatra VI Trifena de los textos a partir del año 69 a. C.³⁴⁹ El dato sólo es manifestado por Estrabón, pero tratándose de un contemporáneo a ellos, es destacable.

[129]

La dama egipcia en cuestión pertenecería a la destacada familia del sacerdote de Phta en Menfis, Psenptais, de quien consta en la estela funeraria de su hijo que desposó a una Berenice, muy probablemente relacionada con los Ptolomeos.³⁵⁰ La relación con esta familia podría reconocerse por una inscripción de Mauritania, donde Cleopatra Selene II, hija de Cleopatra VII, menciona a dicha familia, lo que lleva a Duane Roller a suponer que aquí la reina conmemoraba a su antepasada.³⁵¹ Autores modernos ven en esta posible ascendencia egipcia de Cleopatra una razón para su inclinación a lo egipcio por influencia directa de su madre y, si los romanos no discuten su origen es porque siempre fue considerada una monarca egipcia helenizada, además de que su madre debió tener un origen digno que no ensuciara a su hija, como parece que sí lo hizo su abuela paterna.³⁵²

A partir de estos datos surgen otras incógnitas, ¿qué hay con la posibilidad de que Cleopatra fuera hija de Trifena dado el año de nacimiento y la

³⁴⁵ Cf. J. Whitehorne, *op. cit.*, p. 178.

³⁴⁶ Cf. Sally Ann Ashton, *Cleopatra and Egypt*, p. 31. La autora cita a Walker y Whitehorne.

³⁴⁷ Strab., xvii. i. 11: τριῶν δ' αὐτῶν θυγατέρων οὐσῶν, ᾧ μία γνησία ἢ πρεσβυτάτη, ταύτην ἀνέδειξαν [Ἀλεξανδρεῖς] βασίλισσαν. Siendo suyas tres hijas, de ellas una legítima, la mayor, a la que elevaron (sc. los alejandrinos) a reina. La traducción es mía.

³⁴⁸ Cf. también D. C., xxxix. 13.

³⁴⁹ Para los datos mencionados y los autores con sus obras, cf. S. Ashton, *op. cit.*, p. 32.

³⁵⁰ Cf. Duane W. Roller, *Cleopatra. A biography*, p. 166.

³⁵¹ *Idem.*

³⁵² *Ibid.*, pp. 165-166.

idea de que la madre muriera? Como veremos, Cleopatra resulta antagónica a sus hermanos con los que pelea el trono, ¿ello no podría indicar un problema dinástico? Se ha enfatizado el apego egipcio de Cleopatra por mediación de su origen nativo, pero ya desde tiempos de los primeros Ptolomeos vemos acercamientos a la población autóctona,³⁵³ sin abandonar sus raíces macedonias,³⁵⁴ después de todo, llevan allí casi trescientos años. El interés en la identidad egipcia de la reina ha tomado nuevos bríos en los años recientes en autores como O'Connor, Reid, Kleiner o Royster,³⁵⁵ el cual se incrementó con las exposiciones sobre Cleopatra llevadas a cabo en los museos británico y el Metropolitan de Nueva York en el 2002 y 2006 respectivamente. Un origen nativo motivó a Susan Haley a lanzar la propuesta de una reina de raza negra desvirtuada por siglos de eurocentrismo. La propuesta seguía la tendencia de los años que señalaban con acritud el constante desprecio a los orígenes mediterráneos de los griegos,³⁵⁶ principalmente por un racismo acentuado de los investigadores de mediados del siglo xx en adelante. A ello hay que contraargumentar que no hay mención de su color oscuro en las fuentes, el racismo romano era más bien cultural y, como señala Sally Ann Ashton, ¿podrían los romanos notar que la reina fuera una cuarta parte negra? Esta misma autora concluye:

Cleopatra tuvo dos imágenes muy diferentes. La primera y dominante fue su imagen egipcia, y como gobernante de Egipto, Cleopatra abrazó su cultura nativa [...] sólo se mostró como europea cuando su audiencia lo requirió y entonces Europa así se la apropió como una de los suyos, ignorando su conexión africana.³⁵⁷

Es cierto que Cleopatra representó el exótico oriente hasta muy entrado el siglo XIX, precisamente cuando se dio el eurocentrismo y la cuestión indoeuropea que soslayaba cualquier herencia para ese continente que no

³⁵³ Cf. Maria Nilsson, "Arsinoë II Philadelphos – a female pharaoh?", en *SHEMU. The Egyptian society of South Africa*, pp. 1-3.

³⁵⁴ Así lo es también para Lefkowitz, *apud* Sally Ann Ashton, *op. cit.*, p. 4.

³⁵⁵ *Ibid.*, p. 5.

³⁵⁶ El gran representante de la teoría es Martin Bernal con su pieza *Atenea Negra* en tres volúmenes.

³⁵⁷ *Op. cit.*, p. 6.

tuviera que ver con lo ario; sin embargo, tampoco podemos ponernos del otro lado del espectro y suponer a una reina negra cuando no tenemos datos fidedignos. Con todo y, como última reflexión al respecto, ¿todo africano es negro? La gran variedad étnica de África no necesariamente señala un tipo racial, sino una identidad mestiza que da a nuestra reina nuevas perspectivas de comprensión. Retomando la historia de su vida desde su nacimiento, haya sido o no hija de la dama egipcia, no parece que ella o sus hermanos menores fueran considerados ilegítimos, por lo que la dinastía de Ptolomeo XII estaba asegurada. No obstante, esta seguridad sólo se logró con los años y el reconocimiento de Roma.

[131]

El 12 de septiembre del año 80 a. C. Ptolomeo XII tomaba el trono de Egipto luego de ser convocado por los alejandrinos desde Siria donde vivía, pero sólo seis años más tarde habría un duro revés para su de por sí debilitada posición: su tío y medio hermano de padre, Ptolomeo Apión, soberano de la región de Cirenaica —desde antiguo, considerada parte del territorio egipcio—, había entregado ésta para que fuera una provincia romana, pues el viejo rey, Ptolomeo VIII, había muerto y decretó tal cesión en su testamento. El impacto económico y psicológico debió ser duro para la gubernatura de Ptolomeo XII. Roma continuó con sus intenciones contra la nación del Nilo; en el año 65 a.C. el edil curul Julio César, apoyado por el hombre fuerte de Roma, Craso, intentó promover un plebiscito para ocupar Egipto, demostrando con ello cuánto atraía al ambicioso César convertirlo en su punto de partida para la lucha contra los *optimates* romanos, mas, éstos descubrieron su juego y lograron contenerlo; el propio rey lágida auxilió a esta causa con grandes sumas de dinero que fluyeron a Roma en forma de sobornos que iban dirigidas al rival más poderoso de la causa cesariana, Pompeyo.³⁵⁸ El dinero para tales regalos que impidieran la acometida romana debía salir del erario público, razón por la cual la población de todo el país comenzó a sufrir la carga tributaria, a tal punto que el rey lágida perdió el favor incluso de los alejandrinos. Para subsanar el problema recurrió a la devaluación, pero ello no auxilió demasiado y tuvo que endeudarse ¡con banqueros romanos! El peso externo e interno lo

³⁵⁸ Sobre el valor en especie y el símbolo de tales dádivas, especialmente de la famosa corona de oro de cuatro mil talentos, cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, pp. 20-21.

abrumaba, al punto de aceptar los onerosos intereses de estos acreedores extranjeros. Christoph Schäfer recrea así el pensamiento del apremiado rey egipcio: “Si has de contraer deudas, que sean con quienes suponen la mayor amenaza y, en lo posible, que sean tan grandes que los acreedores se preocupen por el bienestar del deudor y lo protejan por temor a sufrir una pérdida total de sus inversiones”³⁵⁹

[132]

Para el año 59 a. C. la situación en Roma era favorable al endeudado monarca: Craso, César y Pompeyo habían formado el primer triunvirato y, éste último había logrado que el Senado no sólo le otorgara carta blanca para reorganizar el Oriente, sino que había conseguido para el rey de Egipto el título de “amigo y socio del pueblo romano”, firmando una alianza de paz entre ambas naciones. Esto sólo era producto de las impresionantes deudas que tenía tanto con Pompeyo como con César; mismas que legaría como una montaña hipotecaria a su dinastía. Si Egipto parecía a salvo de la codicia romana, no lo fue Chipre. Bajo el mando del medio hermano de Ptolomeo XII la isla cayó bajo el control de Roma sin que Egipto interviniera para nada, ni a favor ni en contra, lo que ocasionó la indignación alejandrina; la situación superó las expectativas del rey lágida, quien terminó huyendo a Roma y poniéndose bajo el amparo de Pompeyo.

La llegada del fugitivo monarca avivó el interés por Egipto. Era el año 57 a.C., Craso y los nobles del Senado hacían causa común y pretendían la intervención directa sobre el reino del este. Pompeyo recibía en su finca al rey que había llevado a las puertas de la ruina a su pueblo. Los egipcios nombraron regente a la reina Cleopatra VI Trifena y, como he referido, es posible que haya gobernado junto a su hija Berenice IV. Ellas enviaron una gran comitiva de cien embajadores para defenderse del rey ante el Senado romano, establecido desde hacía mucho tiempo como juez en los litigios de los reinos helenísticos. Éste no se dejó amilanar y las medidas que tomó para conjurar la pérdida de su reino fueron brutales. Ominosamente, Cleopatra VI Trifena moría en Egipto. ¿La habrá mandado matar?

Ptolomeo XII recurrió a su vieja táctica: el soborno, y comprometió a una serie de eminentes romanos, entre ellos algunos senadores. Asimismo, mandó eliminar a la mayor parte de los emisarios egipcios en el camino a la ciudad; los pocos que lograron escapar murieron más tarde o fueron so-

³⁵⁹ *Ibid.*, p. 22.

bornados. Tal crueldad no pasó desapercibida en Roma y algunas voces se alzaron, pero fueron silenciadas, y ello demuestra hasta qué punto la clase alta estaba comprometida con el monarca extranjero. Las cosas marchaban; Ptolomeo XII acompañó al nuevo gobernador de Cilicia y amigo de Pompeyo a Éfeso en el año 56 a. C., pero un evento inusitado lo retrasó todo: cayó un rayo en la estatua de Júpiter en los montes Albanos y los libros Sibilinos, donde los romanos solían buscar respuesta a tales fenómenos divinos. Éstos advertían que no auxiliara la Urbe con tropas al rey de Egipto. La profecía llegó a oídos del pueblo por un tribuno enemigo de la corona egipcia y las cosas cambiaron para el monarca, quien hubo de esperar en Éfeso. Para el año 55 a.C., Pompeyo decidió tomar cartas en el asunto y ordenó al gobernador de Siria, Gabinio, que restituyera a Ptolomeo XII en el trono.

[133]

En el Nilo las cosas no estaban tampoco del todo bien. Seguramente impresionada por sus súbditos más allegados, Berenice IV había sido forzada a tomar por marido a un príncipe de la venida a menos dinastía Seléucida de Asia Menor, un tipo rudo y sin modales que tenía el apodo de *Kybiosaktes* (“mercader de salazones”), por lo que la princesa no tardó en mandarlo matar. El segundo candidato fue el príncipe sacerdote de Comana, Arquelao, joven de modales refinados, pero no de gran valía militar, por lo que recurrió a la mentira de hacerse pasar por hijo del último rey helenístico en amedrentar a los romanos: Mitrídates; para su desgracia la filiación era irreal y no había una sola gota de sangre indómita en su cuerpo. No obstante, Arquelao esperaba contar con la aprobación de Roma; ya en su cargo, había sido colocado por el mismísimo Pompeyo. Para la primavera del año 56 a.C. asumió junto con Berenice IV las funciones reales en Egipto.

Gabinio no se dejó impresionar, tenía sus órdenes, pero debía contar necesariamente con la aprobación del Senado que no llegaba, por lo que titubeaba, pero un joven y arrojado oficial del ejército romano lo convenció de abandonar el diletantismo; su nombre era Antonio. La guerra gabiniana dio inicio y en dos ocasiones se enfrentaron las tropas romanas contra las egipcias; en ambas perdieron los lugareños y en la última también cayó el flamante Arquelao, y con ello, la restitución de Ptolomeo XII quedaba asegurada. Gabinio no pudo permanecer mucho tiempo en Egipto, su propia provincia tenía problemas y sólo dejó unas unidades militares, integradas

[134]

por celtas y germanos, entre otros, para asegurar la transición del poder, todo al mando del jefe de caballería que no era otro que Antonio, el cual se vio más que firme para evitar que Ptolomeo XII recurriera a su acostumbrada acción punitiva, de la que ya había dado tan buena cuenta en el caso de los legados egipcios en Roma. No obstante, en cuanto este último se halló de nuevo en el trono, castigó sin piedad a todos, incluyendo a su hija Berenice IV, quien fue ajusticiada de inmediato. Dión Casio³⁶⁰ asegura que se ocupó principalmente de los ciudadanos más ricos para confiscar sus bienes, y ello resuena a verdad, pues debía conseguir rápidamente resarcir su precaria situación financiera, sobre todo por las nuevas deudas que había contraído con Gabinio: diez mil talentos por restituirle su trono.

Gabinio y más probablemente Pompeyo presionaron al rey de Egipto para que cediera la administración económica y financiera de su reino a un particular: Rabinio Póstumo; así, Ptolomeo XII perdía control definitivamente. Mas este hombre casi llevó a Egipto al borde del colapso económico y político en medio de disturbios y éxodo rural.³⁶¹ Para prevenir el asesinato de Rabinio, el rey lágida lo mandó encerrar en su hogar a fin de estabilizar la situación, y ello demuestra lo apremiante de los hechos al arriesgarse a la cólera de Pompeyo y de Gabinio, que eran quienes apoyaban al hombre, por lo que lo dejó escapar y le dio los medios para volver a Roma. La ausencia de quien abrumaba a Egipto apaciguó las cosas y Ptolomeo XII decidió organizar la sucesión de su trono: sus hijos varones eran muy pequeños, el mayor de cinco años y el menor de cuatro, así que dispuso el matrimonio de su hija Cleopatra con su hijo mayor para que ambos asumieran el poder, por lo que redactó un testamento donde se aseguraba que se respetarían sus decisiones y llevó una copia del mismo a la Urbe, donde su calidad de “amigo y socio” le aseguraba el apoyo de cierto sector, mas no logró hacerlo de la manera que deseaba, y se conformó con endilgarle el documento a Pompeyo. Con este acto, logró establecer a Roma como garante de su voluntad y dejar a Alejandría con las manos atadas. Éste es, a grandes rasgos, el ambiente en que vivió Cleopatra sus primeros años de vida y era necesario conocerlo antes de pasar a analizarla más íntimamente.

³⁶⁰ Cf. D. C., xxxix. lviii. 3.; también cf. Plu., *Ant.*, 3. y Strab., xvii. i. 11.

³⁶¹ Sobre las malas medidas de Rabinio Póstumo, cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 30.

De niña a reina

En la Antigüedad los niños importaban poco y las niñas aún menos, por lo que no es fácil saber cómo fue la vida de la pequeña Cleopatra, por tanto, sólo la especulación sustentada en datos de su vida posterior puede auxiliarnos a dilucidar algo. Las fuentes no nos hablan de ella sino hasta el final del reinado de su padre, cuando pudo fungir como su corregente. Sobre su educación, un pequeño pasaje en la vida de Antonio, escrita por Plutarco, nos señala un aspecto muy interesante sobre su intelecto:

[135]

Quando hablaba [sc. Cleopatra], el sonido mismo de su voz tenía cierta dulzura, y con la mayor facilidad acomodaba su lengua, como un órgano de muchas cuerdas, al idioma que se quisiese; usaba muy pocas veces de intérprete con los bárbaros que a ella acudían, sino que a los más les respondía por sí misma, como a los etíopes, trogloditas, hebreos, árabes, sirios, medos y partos. Dícese que había aprendido otras muchas lenguas, cuando los que la habían precedido en el reino ni siquiera se habían dedicado a aprender la egipcia, y algunos aun a la macedonia habían dado de mano.³⁶²

Cleopatra poseía un don para las lenguas, de eso no hay duda; y la expresión de que su voz era dulce y se adaptaba con facilidad se puede entender perfectamente como cierta habilidad retórica, confirmando así, lo que refiere después Filóstrato de que la reina fue amante del estudio y la literatura (φιλολογέω) e instruida en retórica.³⁶³ La noticia de que su hermano Ptolomeo XIII tuviera una pobre educación³⁶⁴ me lleva a sospechar que entonces estamos ante una niña no sólo capaz sino resuelta al estudio, a saber todo lo que pudiera, tal vez sin que su padre hubiera estado particularmente interesado en ésta, como tampoco lo estuvo en la del primero, sobre todo si añadimos que las mujeres tendrían menos oportunidad de aprender. Duane Roller señala: “Los detalles cronológicos pueden no encajar, pero puede presumirse que para su ascensión al trono ella podía leer y

³⁶² Plu., *Ant.*, 27, trad. de Antonio Ranz Romanillos.

³⁶³ Cf. Philostr., *VS*, I, 486. Para el significado del verbo, cf. Henry. G. Liddell y Robert. Scott, *A Greek-English Lexicon. With Revised Supplement*, s. v.

³⁶⁴ D. C., XLII. xlii. 4.

escribir en varias lenguas y estaba familiarizada con la historia familiar, el Egipto ptolemaico y, Egipto y Grecia en general”.³⁶⁵

[136]

La reina parece un caso inusitado en la corte de los Ptolomeos finales. Ptolomeo VIII destruyó el ambiente intelectual que había dado fama a la ciudad de Alejandría cuando la expulsión de los filólogos de la Biblioteca, incluido su tutor y maestro Aristarco, a quien sustituyó por un militar como director del famoso centro académico. El padre de Ptolomeo XII no intentó restituir el viejo esplendor al nombrar a un amigo suyo como director del mismo. En cambio, él proyectó un sentido cultural a su corte, aspecto que su hija llevó mucho más allá, retomando los estudios de historia y medicina principalmente, habida cuenta de que la Biblioteca y el Museo, cual templo de las Musas, eran los recintos de las diosas de las artes y de las ciencias; ambos se encontraban dentro del espacio palacial.³⁶⁶

Para tiempos del reinado de Ptolomeo XII no hay una escuela filosófica que lidere el pensamiento, es más bien un tiempo de eclecticismo, donde la Academia platónica, el Estoicismo y el Perípatos aristotélico se imponen de forma especial; en cambio, se reconoce cierta influencia de la escuela histórica encabezada por la figura de Timágenes de Alejandría, miembro importante de la corte que llegó a ser amigo de Antonio y Gabinio; si bien no consta que éste fuera maestro de Cleopatra, sí lo fue del historiador de su reino Nicolás de Damasco.³⁶⁷ La Medicina fue particularmente favorecida. Se comenta que la obra de Apolonio de Citió: *Comentarios a Hipócrates*, fue encargada por el propio Ptolomeo XII.³⁶⁸ Sabemos de muchos médicos de la época y de sus trabajos auspiciados a la sombra de la Biblioteca alejandrina; como el persa Zópiro, farmacólogo y cirujano que advirtió al rey egipcio sobre el empleo de antidotos contra venenos; Criserno y Heráclides de Eritrea fueron otros galenos importantes, éste último historiador de la medicina; Apolonio de Mus fue un farmacólogo que se especializó en la perfumería y quien siguió activo luego de la caída del reino de Cleopatra.

³⁶⁵ *Op. cit.*, p. 51.

³⁶⁶ Al respecto, cf. Stanley M. Burstein, *The Reign of Cleopatra*, pp. 55-57.

³⁶⁷ Cf. D. Roller, *op. cit.*, p. 45. Timágenes terminó sus días como asesor en asuntos egipcios de Octavio. Sobre Nicolás de Damasco, cf. Vicente López Soto, *Diccionario de autores, obras y personajes de la literatura griega*, s. v.

³⁶⁸ D. Roller, *op. cit.*, p. 44.

Sin embargo, el más notable para la vida de la soberana será Olimpo, su médico de cabecera y escritor de unas memorias de la soberana que fueron empleadas en parte por Plutarco.³⁶⁹ Resulta interesante el impulso a la medicina, no sólo por el connotado estudio que de ella se venía haciendo en el Egipto ancestral, sino porque parece que la propia Cleopatra fue una médica, o al menos una interesada en la medicina con obras publicadas. Tema que discutiremos en un momento.

Al parecer Filóstrato de Egipto fue tutor de la reina, un orador destacado en sus días, muy probablemente quien le haya enseñado el correcto hablar en público y, posible arquitecto de su futura reputación de amante de las letras y las lenguas;³⁷⁰ junto a Olimpo o Apolonio de Mus, pudo aprender sobre fármacos e incluso sobre medicina. Hasta aquí, según vemos, las noticias nos presentan a una reina políglota; ello nos señala una capacidad especial para la lingüística. Plutarco refiere siete lenguas y alude a otras más: etíope, troglodita, hebreo, árabe, sirio, medo y parto. Debemos suponer que hablaba griego y muy probablemente egipcio, ya que el propio autor señala que ella difiere de sus antepasados en esto, quienes ni siquiera sabían la lengua del pueblo al que gobernaban.

Ahora bien, ¿por qué hablar estas lenguas?, ¿sólo las hablaba o también las escribía y leía?, ¿cuáles otras manejaría? Etiopía era la región que se hallaba al norte de la quinta catarata del Nilo y fue anexada como socia ya en tiempos del segundo Ptolomeo; de su capital Méroe, fluían importantes recursos como oro, elefantes y herramienta militar. Troglodítica era la región entre el Alto Nilo y el mar Rojo, con sus muchas ciudades en la costa; también a través de esta misma región fluían recursos como los paquidermos y su marfil, así como mercancía de la India; por lo que se sospecha que el manejo de estas lenguas sería por razones comerciales principalmente. Arabia, más allá del mar Rojo, no estaba integrada al reino egipcio, sólo

³⁶⁹ Plu., *Ant.*, 82.

³⁷⁰ Cf. D. Roller, *op. cit.*, p. 45. Filóstrato terminó sus días en la pobreza en la costa oeste de Egipto, cuando luego de la toma de esta nación y, tratando de escapar de Octavio, se hizo pasar por miembro de la escuela platónica, pero fue descubierto y sólo los ruegos del también filósofo Ario Dídimo lograron que fuera perdonado. A él es a quien refiere su homónimo Filóstrato en su tratado sobre los sofistas en su relación con Cleopatra, cf. Philostr., *VS.*, I. 486.

una parte de ella se encontraba bajo el control ptolemaico, pero era vital para la economía del valle del Nilo, porque fluía de ella, con Petra como centro del tráfico, el incienso y la mirra que exportaban las fábricas de perfumes de Egipto, así, hablar la lengua árabe debió auxiliar a Cleopatra en las negociaciones diplomáticas y mercantiles y, finalmente, le fue de gran utilidad cuando adquirió algunos territorios árabes por el año 30 a. C. El interés político pudo también ser la motivación de su aprendizaje del hebreo. Hoy se sospecha que más bien hablara el arameo, lengua semita más diseminada y mejor conocida en la época, pero no es imposible que manejara ambas. Cleopatra se vio constantemente envuelta en los asuntos judíos y fue antagónica a Herodes el Grande, por lo que no es de extrañar que aprendiera esta lengua en aras de no pasar desapercibido nada con relación a estas regiones de su interés.

El mismo interés político debió ser el motivo de aprender el sirio, dado que la región de Celesiria siempre fue un territorio que los Ptolomeos anhelaron y por el que disputaron terribles guerras; sin embargo, no es fácil saber a qué se refiere Plutarco al señalar tal lengua, ya que había una gran cantidad de dialectos en la región. Sobre el medo y el parto, debieron ser lenguas que aprendió para auxiliar a Antonio cuando las campañas en contra de estos territorios iraníes; lo que nos revela que el interés político y el académico podían ir de la mano, y pervivieron en su vida hasta los últimos tiempos. La cita de Plutarco refiere “otras muchas lenguas”, de las que sólo podemos especular, es obvio que incluiría el griego y el egipcio; muy probablemente también el latín; Duane Roller sugiere que principalmente lo empleara para leerlo³⁷¹ y escribirlo, habida cuenta de que sabemos redactó en esta lengua el juicio de Rabinio Póstumo para enviarlo al Senado romano.³⁷² Es muy probable que también leyera y escribiera las otras lenguas si su uso —como hemos especulado— fuera de corte diplomático, sobre todo porque la traducción de textos era frecuente ya en la Biblioteca desde tiempos anteriores.³⁷³ Dada la cercanía de los territorios nómadas, el mismo Roller

³⁷¹ Tal vez conoció y leyó la obra horaciana. (Cf. D. Roller, *op. cit.*, p. 49 y nota 30)

³⁷² *Ibid.*, p. 46.

³⁷³ Así está la famosa traducción de los textos hebreos conocidos como Septuaginta o la redacción de las obras de Manetón sobre Egipto, suponiendo que los escritos originales en lengua autóctona fueron consultados por el escritor clásico. (Cf. *Ibid.*, pp. 48-49.)

sugiere que entre las lenguas que manejaba Cleopatra estuviera la de este reino enemigo de Roma y que su aprendizaje, tal vez, fuera provocado por César al interesarse tanto en este reino, que por azares del destino terminaría por gobernar la hija de nuestra reina al desposar a Juba II.

Así pues, la lingüista Cleopatra es una franca realidad que hay que aceptar, así lo demuestran los estudios modernos que hablan sobre la cualidad intelectual de aquéllos que son hábiles para manejar más de una lengua, así, en ella debemos ver a una dama verdaderamente inteligente y con mucho autodidacta, puesto que buscaría ese conocimiento que sus hermanos desdeñaron.

[139]

Junto a la Cleopatra intelectual, está la posible escritora. Ecio de Amida³⁷⁴ asegura que una obra médica llamada *Cosmética* era de la autoría de la reina. El texto aludido no se conserva más que fragmentariamente citado por Critón (T. Estatilio Critón, s. I d. C.), Galeno (s. III d. C.), Ecio (s. VI) y Paulo de Egina (s. VII), pero sólo es Ecio quien asegura que es obra de la reina, de aquí las dudas que los investigadores modernos tienen al respecto. El nombre Cleopatra era bastante común y, si bien es el que aparece unido a los fragmentos, lo cierto es que en ninguno de ellos se identifica como tal; por otro lado, Galeno, que cita a la reina del Nilo,³⁷⁵ nunca relaciona a ésta con la autora de tratado de *Cosmética*.³⁷⁶ El título no debe engañarnos, la obra era un manual profesional donde la autora, identificada por Galeno como “la médica”,³⁷⁷ presentaba la preparación y aplicación de diversos remedios, así como diversas instrucciones para los pacientes. Organizado de manera tópica, el texto exponía una serie de remedios para cada enfermedad, pero dejando al médico consultante la decisión de cuál utilizaba en cada caso, ya que cada remedio tenía una fuerza diferente.³⁷⁸ La tradición sobre la autoría de Cleopatra parece basarse en la noticia de Ecio, seguida después por el comentador bizantino Johannes Tzetzes del siglo XII,³⁷⁹ y procedería de la preeminencia de la soberana al portar ese

³⁷⁴ Aet., VIII. 6.

³⁷⁵ Gal., XIV. 233.

³⁷⁶ Cf. Ian M. Plant, *Women Writers of Ancient Greece and Rome. An Anthology*, p. 135.

³⁷⁷ Gal., XII. 446.

³⁷⁸ Sobre dicha estructura y la línea médica seguida por la autora, cf. I. Plant, *op. cit.*, p. 135.

³⁷⁹ *Ibid*, p. 136.

nombre, pero habría otros datos que me llevan a considerar la posibilidad de una identificación, mismo que analizaré a continuación.

[140]

La familia de los Ptolomeos no era ajena a la confección de obras escritas, sabemos de las memorias de muchos de ellos, empezando por Ptolomeo I quien escribió sobre Alejandro Magno; los Ptolomeos III, IV y VIII hicieron lo propio e incluso confeccionaron algunas obras poéticas. Los contemporáneos de Cleopatra: César y Herodes el Grande redactaron sendas piezas históricas, por lo que no sería extraño que nuestra monarca hiciera lo propio, fuera o no la obra médica reseñada. Duane Roller señala que la reina, muy posiblemente se viera influenciada por la figura de Mitridates VI del Ponto, un famoso rey helenístico que supo defender sus dominios de los romanos con bravura y destreza, cayendo finalmente ante Pompeyo. Casi contemporáneo de Cleopatra, él podría ser una especie de héroe para ella si tomamos en cuenta que, en su momento, no sólo supo cómo frenar el avance romano, sino que él mismo era un hombre de cultura, políglota, lingüista y escritor.³⁸⁰ Impulsada quizá por dicho ejemplo, pudo interesarse por la confección de una pieza escrita. Su interés por la medicina no sería tampoco raro. Como mencioné antes, esta rama del conocimiento estaba “de moda” durante el reinado de su padre. Ella por su parte, tenía al médico Olimpo en su corte, y será él quien, finalmente, escriba unas memorias acerca de la monarca, mismas que Plutarco en el siglo II d. C. todavía pudo consultar; lo anterior nos habla de un hombre de su confianza. De igual modo, hay noticias desperdigadas que me hacen pensar que la dama estaba interesada en la medicina o al menos en la farmacéutica: la mención de sus famosos baños de leche de burra, de costosos jabones, de sus perfumes, entre otros, se unen a las menos gratas noticias de su conocimiento sobre venenos. Un dato al calce sobre las relaciones entre los textos conservados y la vida de Cleopatra es que la mayoría de los fragmentos que Galeno y los otros médicos conservan tratan sobre la calvicie, ¿y acaso no era César calvo?³⁸¹

³⁸⁰ Cf. D. Roller, *op. cit.*, p. 49.

³⁸¹ Cf. *Ibid.*, pp. 50-51; para una idea contraria, cf. I. Plant, *op. cit.*, p. 135.

Considerar a Cleopatra como una mujer culta y de gran capacidad es ya, desde hace tiempo, una verdad que se sostiene, mas no por ello deja de imaginársele como una devoradora de hombres, por lo que se arguye que era una experta en la seducción, y de allí que sus conocimientos se enfocaran también a la búsqueda de la belleza y del erotismo. Arrastrado por esta idea, Philipp Vanderberg señala en su texto sobre la reina y, sin dar explicación ninguna a sus aseveraciones que:

[141]

[...] entre las reinas ptolomeas, fue la primera en aprender la escritura y la lengua egipcias antiguas. Forzosamente, eso la llevó a tener contacto con los sacerdotes egipcios y sus milenarias prácticas secretas, una mezcla de ocultismo y conocimientos científicos, como los que se enseñaban en el Museo de Alejandría. En aquel tiempo la medicina, la física y la química experimentaron un gran florecimiento, cuyos frutos eran considerados milagros por el pueblo y elogiados como tales por los sacerdotes [...] Entre las enseñanzas de los sacerdotes también entraba el erotismo, desde antiguo celebrado en Egipto como arte y como ciencia.³⁸²

El alemán supone que, a partir de esta pseudociencia religiosa y mística, la reina Cleopatra parece tener conocimientos de medicina o química —y aquí seguramente el autor se refiere a una homónima, conocida como “la Alquimista”—,³⁸³ además de estudiosa de las artes mágico-eróticas de los mentados sacerdotes que, por otro lado, y de nuevo sin señalar sus fuentes, estarían a cargo del famoso Museo. El autor concluye:

Es evidente, y las ulteriores formas de comportamiento de Cleopatra en su trato con los hombres no dan lugar a otra conclusión, que la princesa fue instruida en la magia egipcia del amor en todas sus variaciones y supo aplicarla acertadamente, al punto que el límite entre la autosugestión y el efecto hipnótico fue muy fluctuante [...] la infancia, la educación y el adiestramiento de Cleopatra no difirieron sensiblemente de los de su madre y su abuela.³⁸⁴

³⁸² *César y Cleopatra*, trad. de María Antonieta Gregor, p. 113.

³⁸³ Cf. I. Plant, *op. cit.*, 145.

³⁸⁴ P. Vanderberg, *op. cit.*, pp. 114-115.

La hiperbólica afirmación parece entonces tener sus orígenes en la posibilidad de que Cleopatra fuera hija de una egipcia que alimentara estas supercherías en su espíritu juvenil. Como vimos, la posibilidad de una ascendencia egipcia de la reina no está comprobada, pero no puede desdeñarse, de tal suerte y, siendo la madre una dama noble de la aristocracia sacerdotal, no hay que desdeñar tampoco que impartiera a sus hijos las enseñanzas de aquella cultura ancestral, pero ¿cómo era la educación egipcia? ¿Incluiría estos aspectos místico-mágico-eróticos que tanto destaca el periodista alemán e historiador del arte?

Sabemos muy poco de la educación en el antiguo Egipto y se considera que el analfabetismo fuera muy alto, calculándose que sólo el cinco por ciento de la población fuera letrada, incluso, a pesar de haber ido a la escuela de pequeños, se considera que fueran semiletrados, capaces sólo de comprender textos sencillos, pero no escribirlos por sí mismos.³⁸⁵ Para tiempos grecorromanos las cosas empeoraron: la administración y la cultura quedó relegada a los templos; hubo una mayor distancia entre el lenguaje hablado y el escrito, por lo que la iletralidad fue más notoria. Si la madre de Cleopatra fue miembro de esta élite sacerdotal, bien pudo tener una mayor oportunidad, mas no era común que las mujeres fueran tan instruidas, ni siquiera en tiempos de los faraones.³⁸⁶ La educación básica consistía en saber leer, escribir y tener nociones de aritmética, todo mediante un método memorístico y repetitivo de los textos.³⁸⁷ Por lo que se obtiene de las fuentes arqueológicas y escritas del antiguo reino egipcio, no parece que fuera posible que muchas mujeres tuvieran la oportunidad de cultivarse profusamente, tal vez sí de leer y escribir notas o cartas sencillas; en tanto que sólo algunas alcanzarían niveles superiores.³⁸⁸ Podemos sospechar que

³⁸⁵ Calculando una población total de un millón de personas para el Reino Antiguo, habría de unos diez mil a cincuenta mil letrados en todo el país y la mayoría tendría que ser de las clases altas. (Cf. José Carlos Castañeda Reyes, *Señoras y esclavas. El papel de la mujer en la historia social de Egipto Antiguo*, pp. 312-313.)

³⁸⁶ Un caso especial parece ser la población de Deir el-Medina durante la dinastía XX donde hay un nivel de literalidad del 40 al 100%. (Cf. *Ibid.*, p. 315.)

³⁸⁷ *Ibid.*, pp. 316-317.

³⁸⁸ *Ibid.*, pp. 318 y 321. Cf. también Carolyne Graves-Brown, *Dancing for Hathor. Women in Ancient Egypt*, p. 52.

este fuera el caso de las mujeres de la corte, principalmente de las reinas y princesas;³⁸⁹ las que no sólo redactarían cartas sino también compondrían poesía y fungían de escribas, siendo la propia deidad de esta profesión la diosa Seshat. De tal creencia es la egiptóloga Christiane Desroches-Noblecourt,³⁹⁰ para quien no sería extraño encontrar en las escuelas de tiempos faraónicos a niñas que estuvieran preparándose para ser *sesh*: escriba; y cuyos estudios empezarían muy temprano, alrededor de los cuatro años. Tal fue el caso de la princesa Idut, quien alcanzó el puesto y fue así presentada en su tumba real.³⁹¹ Es obvio que los niños de la realeza aprendían mucho más que los del pueblo y la escuela del Palacio admitía incluso a los hijos de los nobles, pero ello había pasado hacía muchos años, por lo que en tiempos de Cleopatra aquella enseñanza debió estar casi olvidada y sustituida por la versión educativa grecomacedonia de la que hemos especulado. Si algo pudo enseñarle su madre egipcia, sería sobre la religión autóctona, ya que el nombre de Hathor estaba ligado al mundo femenino, si bien no de la manera en que lo presenta el efusivo Vanderberg, casi como una enseñanza de corte erótico.

[143]

En sí, la religiosidad egipcia no necesariamente fue un aspecto que la madre de la reina tuviera la necesidad de inculcarle a su hija, ya que contamos con información suficiente para suponer que los Ptolomeos desde tiempos del segundo de ellos se interesó en su pueblo indígena, es más, fue una preocupación de su hermana-esposa Arsínoe II, quien se presentó prácticamente como faraona. Sin embargo, esta tendencia se acrecentó con el paso de los años y, desde el sexto Ptolomeo, podemos ver que hay un interés cada vez mayor en Egipto y su religión. El padre de nuestra reina supo presentarse como gran devoto de los dioses autóctonos, a los que favoreció con diversas construcciones, donde el rey se hizo representar en apariencia de soberano egipcio con la corona del Alto Egipto. Karnak, Ombo, Hermotis y Menfis son las ciudades donde aún encontramos huellas de sus construcciones y, su adoración a Osiris, Ptah, Isis, Neftis, Horus y Anubis aún

³⁸⁹ Así lo cree Castañeda y alguna de sus fuentes. (*Op. cit.*, p. 320, nota 225.)

³⁹⁰ Christiane Desroches-Noblecourt, *La mujer en tiempos de los faraones*, trad. de José Miguel Parra, pp. 204-207.

³⁹¹ Para una opinión diferente o al menos una duda al respecto, cf. C. Graves-Brown, *op. cit.*, pp. 52-53.

pueden contemplarse.³⁹² ¿Es pues necesario suponer que la madre egipcia de Cleopatra la inmiscuyera en un ambiente mágico que estuviera fuera de la realidad ptolemaica?

[144]

Si bien el culto a Hathor parece ligado a Cleopatra, dado que el templo de la diosa fue especialmente venerado por ella misma en años posteriores, nada nos lleva a entender que practicara el aspecto erótico de esta diosa y lo aplicara en su vida política; antes bien, siguió las tendencias paternas al presentarse como la “Nueva Isis”, tal como su padre fue el “Nuevo Dioniso”; él mismo ya adoraba a esta diosa y procuró su templo en Filae, donde decoró su primer pilón.³⁹³ Por otro lado, el culto de Hathor —que se relacionó muy pronto con Isis y se entendió como una manifestación de la misma diosa— estaba más cerca de la fertilidad femenina que del erotismo barato que parece reflejar Vanderberg al relacionarla con las “prostitutas sagradas”.³⁹⁴ Si Cleopatra se consideraba integrada a la cultura egipcia, no necesariamente lo había heredado de su madre.

Finalmente, quizá la princesa pudo no criarse totalmente en tierras egipcias. Alrededor de sus once años, su padre se vio en la necesidad de huir de Egipto hacia Roma y, parece que la llevó consigo. En Atenas se conservan unas inscripciones que aluden a la estancia del rey y a una misteriosa “princesa libia” que los modernos consideran que podría ser Cleopatra, quien acompañó a su padre en la huida; esto ha hecho sospechar a Duane Roller que pudo completar su educación en la famosa ciudad de Platón y Aristóteles, la cual aún gozaba de gran prestigio académico.³⁹⁵ No hay manera fehaciente de comprobar nada de estas dudas, pero al menos argüiría que, si Cleopatra marchó a Atenas y luego a Roma con su padre, el simple viaje debió ser más que ilustrativo, no sólo por la consabida idea del aprendizaje al poder salir de un entorno familiar y enfrentarse con otros mundos y personas, sino porque la princesa iba en calidad de exiliada y conocería de primera mano las pesquisas y angustias de su padre para recobrar su reino; estaría en medio de las disputas entre Pompeyo y los demás romanos

³⁹² Cf. S. Ashton, *op. cit.*, pp. 34-37.

³⁹³ *Ibid.*, p. 39.

³⁹⁴ *Op. cit.*, p. 113.

³⁹⁵ *Op. cit.*, p. 51.

que favorecían o desdaban a su padre; estaría, en una palabra, junto al universo del poder en su máxima expresión, y ello sería muy ilustrativo, tal vez más que todas las letras que pudiera aprender o haber aprendido. Fueron tres años de vagar en incertidumbre; luego vinieron los terribles momentos del regreso, la raziya del poder, incluyendo el asesinato de su hermana Berenice IV. La futura reina debió entender lo que era el poder y el trono. Pero, ¿por qué Ptolomeo XII se llevaría a su hija en tan peligroso viaje? Yo creo que precisamente porque sabía que ella debía aprender todo aquello, porque en su mente ya vislumbraba que sería su apoyo y la heredera de su solio, razón por la cual, nada más al regresar, organizó su dinastía y la colocó al frente de ella al nombrarla su coregente.

[145]

Primeros pasos en el gobierno

Con diecisiete o dieciocho años de edad, Ptolomeo XII designó a su hija coregente suya. A su padre le faltaban solamente unos meses de vida, pero debió parecerle que su hija ya estaba apta para sucederle. No era extraño que padre e hija gobernaran juntos, incluso como marido y mujer, había notorios antecedentes desde tiempos faraónicos.³⁹⁶ Entre los Ptolomeos lo más escandaloso había sido la unión de Ptolomeo VIII y su sobrina Cleopatra III, hija de sus hermanos, por lo que ya era una consanguinidad aberrante; mas nunca hubo la unión de un padre y su hija. No podemos estar seguros de que dicha relación haya podido darse y tampoco es común que los investigadores siquiera lo señalen como posibilidad.³⁹⁷ Ahora bien, el periodo de unión en el trono entre padre e hija sí que se ha puesto en duda, y hay quien prefiere verlo como el paso directo de la gubernatura de Ptolomeo XII a la de sus hijos, cuya sucesión ya había establecido. Sin embargo, recientemente, Sally Ann Ashton ha apuntado a un tipo de moneda alejandrina y un sello para papiro en arcilla que presenta a una pareja real

³⁹⁶ Cf. P. B. Adamson, "Consanguinous Marriages in the Ancient World", en *Folklore*, vol. 93, núm. 1, 1982, pp. 90-91.

³⁹⁷ De los biógrafos modernos, sólo Vanderberg alude a esta posibilidad con certeza y lo relaciona directamente con el empleo del epíteto Filópator por parte de ella. (*Op. cit.*, pp. 112-113.)

[146]

de los Ptolomeos que se ha considerado normalmente como Ptolomeo XII y su esposa-hermana Cleopatra VI Trifena, objetos que la autora sugiere, podrían ser testimoniales de la coregencia de Cleopatra y su padre, dado que el tipo físico de ambos es similar.³⁹⁸ Su coregencia se ve nuevamente comprobada por otras representaciones de ambos adorando a dioses egipcios, como en el caso de los relieves en el templo de Hathor en Déndera. Las medidas sucesorias tomadas por Ptolomeo XII intentaban poner freno a las ambiciones personales de la nobleza, que aprovecharía sin duda el reinado de aquellos jóvenes, así que debió preparar muy bien a su hija sobre la eventual situación; sin embargo, muerto el rey, un grupo de insatisfechos tomó rápidamente partido por el aún adolescente Ptolomeo XIII que, siendo menor de edad —y como vimos, de no muy buena preparación—, era más manejable que su hermana; con todo, Cleopatra demuestra estar más que preparada para la contienda política y parece ser que, de hecho, al principio pudo gobernar sola.

Ptolomeo XII murió de forma natural presumiblemente en febrero del año 51 a. C.³⁹⁹ Para esa fecha, la boda entre sus hijos ya había sido celebrada. Ptolomeo XIII era unos ocho años menor que su hermana —nacido alrededor del 60 a. C.—, pero en experiencia, ella le era muy superior. El hecho de que en Roma no se supiera de la muerte del rey egipcio sino hasta la primavera, y no se confirmara sino hasta julio, lleva a Christoph Schäfer a suponer que Cleopatra haya mantenido en secreto la muerte paterna,⁴⁰⁰ pero me parece que es un tanto exagerado en su suposición, pues las noticias no corrían tan céleremente en la Antigüedad. No obstante, parece que Cleopatra logró imponerse, porque para el verano de aquel año su hermano desaparece de los documentos reales; en uno de ellos, del 29 de agosto, sólo se consigna el nombre de la reina. Desde el 22 de marzo de aquel 51 a. C., Cleopatra asiste en solitario —y por primera vez lo hace un miembro de la dinastía ptolemaica— a la instalación del toro Buques en Hermotis, uno de los animales sagrados de Egipto, representación del dios Monte. El viaje

³⁹⁸ Cf. S. Ashton, *op. cit.*, p. 39. El sello se encuentra actualmente en el Museo Royal de Ontario Canadá.

³⁹⁹ Duane Roller (*op. cit.*, p. 55) ofrece también la fecha del 22 de marzo del mismo año 51 a. C.

⁴⁰⁰ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 36 y Roller, *op. cit.*, p. 53.

tan largo de Alejandría a las cercanías de Tebas donde se hallaba el templo sirvió a la reina para mostrarse a su pueblo y, ser reconocida como “Diosa Filópator” junto al nombre de un rey que no se identifica, pero que, dado el título de ella, bien podría ser su padre. El 2 de julio, el presidente de la sociedad de culto a Isis Snonais erigió una estela donde ya se anota el año 1 del reinado de Cleopatra.⁴⁰¹ Para el año 50 a.C. la reina asiste al entierro del toro Apis, imagen de Osiris en la tierra, y contribuye con dinero, lo que obviamente era una manera de congraciarse con su pueblo, adoptando todas las tradiciones indígenas.

[147]

Por otro lado, el reino no parecía gozar de gran prosperidad. En primera instancia se encontraba aún endeudado con Roma, se calcula que todavía se debían diecisiete millones, quinientos mil dracmas.⁴⁰² Las revueltas en el interior del país no eran raras, como la de Diocles, un oficial provincial; en el nomo o distrito regional de Heraclópolis fue destituido el gobernador y la guardia gabiniana, la cual, desempleada, se había convertido en una suerte de ejército sin ley. Para colmo de males, las crecidas del Nilo fueron pobres en el año 50 a. C. y Cleopatra trató de subsanar el problema ordenando un traslado de grano hacia Alejandría, mientras el éxodo rural tomó visos alarmantes, dando pie a un aumento de la criminalidad. Como señala el mismo Schäfer, el epíteto de “Diosa, amada de su padre” no debió serle muy favorable entonces, pues hacía ver que ella pretendía seguir las políticas paternas que era, a fin de cuentas, una de las causas de la presente miseria.⁴⁰³ Aquella debilidad fue aprovechada por sus enemigos internos.

Su hermano desde el principio resultó más un problema que un auxilio, sobre todo por los incómodos funcionarios que pronto lo rodearon y se mostraban antagónicos con las ideas que la joven monarca planeaba llevar a cabo. A la cabeza de este grupo estaba Potino, el eunuco real, Aquilas, el general, y Teódoto, el pedagogo del joven rey; pomposamente se denominaban φίλοι (amigos) del niño faraón y, además de la influencia sobre el

⁴⁰¹ Schäfer supone que la estela fuera reciclada, ya que en el relieve aparece un varón frente a la diosa en tanto que la inscripción sólo se consigna a la reina. (*Op. cit.*, p. 36.)

⁴⁰² D. Roller, *op. cit.*, p. 53.

⁴⁰³ *Op. cit.*, p. 36.

[148]

muchacho, estaba la extraordinaria relevancia que tenían en la administración del Estado y en el ejército. Potino era el líder, César lo llama *nutricius*, “tutor”,⁴⁰⁴ y si bien no deja de tener un sentido más familiar al provenir del sustantivo femenino *nutrix*, “nodriza”, por igual podría tener una doble intención en el texto, dada la animadversión que hubo entre estos dos personajes. Al principio, puede sospecharse que Aquilas como jefe militar que era, haya sido prácticamente su igual, pero el eunuco supo ganarse pronto el liderazgo como administrador del reino. Por lo que, a la postre, Aquilas tuvo que conformarse con recibir órdenes de éste y comandar el ejército del decimotercer Ptolomeo. Teódoto, por su parte, era un griego de Quios, quien fungía de mediador entre la auténtica cúpula directiva y el soberano nominal en su calidad de pedagogo. Los tres poseían una extraordinaria relevancia en la administración del reino y la soldada.

El importante cargo de *dioketes*, esto es, de “administrador financiero”, lo alcanza Potino hasta el año 48 a. C., por lo que, si bien debió ser una figura importante en la corte desde tiempos de Ptolomeo XII, será desde octubre del año 50 a. C. —como consta en un edicto— en que logre relegar a Cleopatra a un segundo plano, consecuencia lógica de la mala situación económica que expuse antes. Sobre el particular, Schäfer nos ahonda:

La delicada situación debió de contribuir a que en un primer momento los partidarios a la cabeza del reino llegaran a un acuerdo para no agravar aún más las cosas y sumir a la metrópoli en el caos. La circunstancia de que se siguiera mencionando a la reina —aunque no fuera al comienzo de las líneas de datación— es una prueba de dicho arreglo. Además, no hay indicio de una expulsión de Cleopatra en ese momento.⁴⁰⁵

Revelador también es que, a partir del año 49 a. C., Ptolomeo XIII anteponga su reinado al de su hermana como se lee en alguna inscripción: “Año primero del rey Ptolomeo, que es también el año tercero de Cleopatra”.

⁴⁰⁴ Cf. Caes., *B. C.*, III. 108. Rafael Salinas traduce “ayo”, Schäfer (*op. cit.*, p. 36.) prefiere “educador”. Para la idea de ‘tutor’, cf. Charles Lewis y Charles Short, *A Latin Dictionary*, s. v.

⁴⁰⁵ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 39.

Roma entra a cuadro

Mientras en Egipto se daban las intrigas palaciales entre Cleopatra y los secuaces de Ptolomeo XIII y, consecuentemente, crecía el odio entre la joven reina y el administrador Potino,⁴⁰⁶ en Roma se vivía el estallido de su propia guerra civil. César había cruzado el Rubicón y la suerte estaba echada. Pompeyo, su opositor, reclamó a Egipto la deuda que tenía contraída con él; este dinero sería utilizado para sostener la lucha contra un enriquecido César vuelto de las Galias. El hijo mayor de Pompeyo, Gneo Pompeyo, llegó a una Alejandría gobernada conjuntamente por los dos hermanos, y debió percibir la tensión cortante del palacio, pero tuvo que presionar a ambas partes dada la amistad y la deuda personal que Ptolomeo XII tenía con su padre. Las fuentes antiguas hablan de una seducción de Cleopatra a la persona de Gneo Pompeyo, pero son de esas anécdotas que podemos desestimar como parte de la mala fama de la soberana, dado que dicha relación la hubiera comprometido con los pompeyanos y declararía a Egipto enemigo de César. Los “Ptolomeos” se limitaron a hacer lo adecuado, en parte porque en suelo del Nilo estaba estacionada aún la guardia gabiniana, aliada de Pompeyo. Al enviado le entregaron una flota de naves, quinientos soldados de caballería, entre germanos, galos y un destacamento de las unidades romanas dejadas por Gabinio, así como una cantidad indeterminada de fondos.⁴⁰⁷

[149]

La guardia gabiniana, tal vez no conforme con recibir órdenes de una mujer, se puso de inmediato a favor de Potino y Aquilas a través de su tribuno Lucio Septimio. No era extraño que los soldados romanos se pasaran al bando de los vencedores, sobre todo porque habían ya perdido la disciplina militar: habían tomado mujeres del país y formado familias, por lo que cada vez estaban más desvinculados de la super potencia y ello favorecía a Ptolomeo XIII. Por otro lado, los gabinianos despreciaban a Cleopatra desde el incidente de Calpurnio Bíbulo. Cuando todavía era reina principal, había tomado la difícil decisión de enemistarse con la guardia. El mencionado Bíbulo, gobernador de Siria, envió a sus dos hijos con la orden de

⁴⁰⁶ Cf. *Ibid.*, p. 38.

⁴⁰⁷ Cf. *Ibid.*, p. 42.

que los gabinianos se presentaran a combatir en Siria, éstos no aceptaron e incluso asesinaron a los hijos emisarios, por lo que la reina se vio en la necesidad de enviar a los asesinos con el atribulado padre que, sin duda, dado el estado de las cosas y su natural violento, los ajusticiaría de inmediato.⁴⁰⁸ Los gabinianos debieron culpar de todo a Cleopatra, y dicha ruptura pudo ser el principio del fin del reinado en solitario de la monarca.

[150]

En el transcurso del verano del 49 a.C., Cleopatra partió a Tebas, donde al parecer era apreciada, para desde allí continuar su lucha por recuperar el trono; sin embargo, pronto tuvo que desplazarse con dirección a Siria. En la ciudad de Ascalón en Palestina, reclutó mercenarios para atacar el ejército de su hermano. Las fuerzas de Aquilas se instalaron en Pelusio a fin de impedir a la reina una invasión a Egipto. Pero el destino jugó una de sus acostumbradas jugarretas y apareció de la nada Pompeyo, Roma quería hacer valer el testamento de Ptolomeo XII, o al menos lo pretendía el Senado que había huido en buena parte junto con Pompeyo de una Italia ocupada por César. En el documento que estaba en posesión de Pompeyo se afirmaba la doble regencia de los hermanos, pero la autocracia de Ptolomeo XIII dispuso al romano a su favor y el Senado siguió su propuesta. La reina no se amilanó y decidió continuar su lucha en un movimiento que se halla a medias entre la terquedad y la perseverancia, puesto que se presentaba como antagónica a las resoluciones de uno de los hombres fuertes de Roma y su única esperanza era que el otro, César. Él no sólo la apoyará y reconocerá su estatus de reina, sino que ganará definitivamente su propio conflicto contra Pompeyo, así pues, para ella también la suerte estaba echada. Ptolomeo XIII fue reconocido por el Senado en huida como “amigo y socio” de Roma, puesto que los recursos de Egipto serían necesarios para la guerra contra César.

Potino, que con las nuevas romanas se hallaba en una inmejorable posición, sopesó sus posibilidades y debió premeditar que tenía todas las de ganar: si vencía Pompeyo, su protegido seguiría en el trono; si era vencido, podía alegar que se encontraba presionado por la situación que la propia guerra romana había provocado: un Pompeyo como gobernador del Oriente que obligó al monarca egipcio a unirse a su lado, además de que

⁴⁰⁸ Valerio Máximo (iv. i. 15.) pretende que los devolvió a Egipto, lo cual es ridículo.

era el garante del testamento real. Finalmente, César, quien ya antes había mostrado interés en Egipto y sus riquezas, no tendría mucho reparo en aceptar el gobierno de su pupilo mientras las provisiones egipcias siguieran fluyendo a la Urbe.

La lucha final entre Pompeyo y César se daría en la llanura griega de Farsalia. Este último, tras haber ofrecido batalla en varias ocasiones, estaba a punto de retirarse con dirección al este, pero Pompeyo, con absoluta seguridad en el triunfo por lo numeroso de sus fuerzas, lo obligó a combatir. La estrategia de Pompeyo era envolver con su caballería el flanco derecho de su enemigo y hacerlo también con su ejército, pero no lo consiguió dada la fiereza de las fuerzas de aquella ala que estaban integradas por la famosa décima legión de los veteranos cesarianos. La batalla no fue decisiva, puesto que, aunque parte del ejército de Pompeyo se rindió cuando César cortó su línea de escape y el campamento fue tomado, Pompeyo logró huir en un barco mercante que lo recogió junto con algunos compañeros. Luego de un largo periplo, llegó a Lesbos donde recogió a su mujer y siguió el viaje hacia Panfilia, donde se le unieron unidades navales y unos treinta senadores. Así, Pompeyo cobró aliento y decidió volver a enfrentar a César. Egipto fue escogido como base operaciones para esta nueva contienda, luego que Partia y Siria fueron descartadas; la primera porque las negociaciones fueron infructuosas, la segunda porque se pasó al bando de César. Pompeyo tomó camino por mar y, Egipto fue el lugar donde esperaba recuperar fuerzas y terreno para reanudar la guerra.

[151]

Las cosas en Egipto no habían cambiado: la pareja real seguía enfrentada en Pelusio. Pompeyo envió una avanzadilla para anunciar su llegada y la solicitud de más apoyo. Potino comprendió que la situación ya no le era más favorable, puesto que el romano llegaba como fugitivo y esperando ayuda que los malquistaría obviamente contra el general que iba ganando, ya no podría alegar presión por parte de un hombre fuerte de Roma, sino que sería, tal cual, tomar partido por una de las fuerzas en conflicto. El Consejo real bullía en deliberaciones:

Los pareceres fueron opuestos, diciendo unos que se le desechase, y otros, que se le llamara y recibiera; pero Teódoto, haciendo muestra de su habilidad y pericia, demostró que ni en el uno ni en el otro había seguridad,

porque de recibirle tendrían a César por enemigo y a Pompeyo por señor, y de desecharle incurrirían en el odio de Pompeyo por la expulsión, y en el de César por tener todavía que perseguirle; así que lo mejor era mandarle venir y matarle, así servirían al uno y no tenían que temer al otro, añadiendo con sonrisa, según dicen, que hombre muerto no muere.⁴⁰⁹

[152]

Detrás de estas deliberaciones no sólo había miedo a lo que un César podía hacer, estaban también sopesando los intereses del mismo Pompeyo, puesto que llegaba con un ejército cuyos veteranos eran “clientela” del general, esto es, aludían a una vieja costumbre romana que establecía una unión de dependencia entre un ciudadano acaudalado y hombres libres menos afortunados, que servían de apoyo al preeminente, en tanto que éste les brindaba protección y auxilio financiero. Por ello, el crimen tenía que perpetrarlo uno que le inspirara confianza a Pompeyo, así, el elegido fue su antiguo subordinado Lucio Septimio, y un centurión llamado Salvio, ambos miembros de los gabinianos, quienes irían bajo las órdenes de Aquilas.

La flotilla de Pompeyo había anclado cerca y, a pesar de que sus barcos se hallaban tripulados y listos para zarpar, el general no se encontraba muy dispuesto, tal vez recelando algo; pero fue convencido por los hombres y consiguieron que embarcara sin una gran escolta para dirigirse a la costa. Antes de desembarcar, fue asaltado por Septimio, quien lo derribó con la espada y Aquilas acabó el trabajo. Pompeyo sólo tenía cincuenta y nueve años. Decapitaron el cuerpo y éste fue abandonado en la playa llevándose la cabeza con ellos. Su liberto permaneció largo tiempo junto al cadáver, hasta que repuesto, buscó lo que pudo para hacer una mísera hoguera para cremar los restos del que alguna vez fue el más grande general de la Roma Republicana. Los egipcios no se conformaron con esta traición, sino que persiguieron la flotilla romana que salió de huida al contemplar lo que había sucedido en la playa. Cornelia, la mujer de Pompeyo y su hijo Sexto lograron escapar, no así otro pariente de aquél. También fue asesinado al día siguiente un senador que despreocupado llegó a Chipre.⁴¹⁰

⁴⁰⁹ Plu., *Pomp.*, 77.

⁴¹⁰ Se trata de Quinto Pompeyo Bitínico y el senador Lucio Cornelio Léntulo.

Para Cleopatra lo sucedido fue un regalo divino: por una parte, si bien su disputa no quedaba dirimida, el gobierno de su hermano perdía legitimidad al asesinar al hombre que lo había apoyado y logrado que el Senado lo ratificara; por otro, la brutalidad cometida violaba el sagrado tabú de la hospitalidad: los egipcios perdían la confianza romana.

César arribó sólo dos días después del artero crimen.⁴¹¹ Alejandría bullía con las noticias desconcertantes y por ello, éste no se sentía seguro de desembarcar. Al fin se presentó Teódoto con el anillo y la cabeza de Pompeyo. César respondió con horror sobre la atroz muerte de su rival y se deslindó del crimen perpetrado en nombre del rey, tal vez, como dice Schäfer, pudo reaccionar de manera exagerada para que quedara claro que no tenía nada que ver en este favorable cambio en su fortuna.⁴¹² Pomposamente mandó enterrar la cabeza de Pompeyo y lloró copiosamente, acto que ni los mismos antiguos parecen haber tomado como sincero; los rumores de que él era el más beneficiado de esta situación no auxiliaron en nada para considerarlo a esta guisa.⁴¹³

[153]

Desde su llegada a Egipto, César había dejado en claro quién sería el amo del país. Comenzó por hacerse preceder de los lictores, un grupo de guardaespaldas que llevaban fascios —un hacha atada entre varas— como símbolo de su poder; tal acto iba en contra de las disposiciones legales de Roma para con sus aliados. Si bien él era un cónsul romano y contaba con este grupo cuya función era abrirle paso, no debía utilizarlo en un Estado aliado. Dicha prepotencia no pasó desapercibida para los gabinianos, quienes lo manifestaron a gritos, a los que se agregaron los de la multitud, actos que recordaba la mala relación que desde años —y Ptolomeos— atrás habían sufrido de la famosa Urbe, lo que se incrementaba porque César se mostraba hostil para con las medidas tomadas por Ptolomeo XIII y su camarilla con respecto a Pompeyo. Es claro que planeaba algo para Alejandría y Egipto completo, por lo que despachó a sus emisarios a Rodas, Siria y Cilicia en busca de refuerzos armados; mientras, él permaneció en la ca-

⁴¹¹ 1º de octubre del 48 a. C., correspondiente al 27 de julio del mismo año, según el calendario juliano.

⁴¹² *Op. cit.*, p. 56.

⁴¹³ Luc., IX. 1036 y ss, y D. C., XLII. viii. 1-2.

pital egipcia alegando en sus memorias⁴¹⁴ que lo hizo por fuerza, ya que los vientos le impedían zarpar, vientos que muy posiblemente él esperó como pretexto para sentar sus reales en el Nilo.

[154]

Los disturbios no se hicieron esperar y, si bien las circunstancias son confusas,⁴¹⁵ es obvio que el general victorioso no se tentaría el corazón para castigar cualquier abuso que se produjera entonces. No obstante, para ganar tiempo y distender la situación, se comportó como un turista presentando una actitud blanda que demuestra cuán débil era su posición en aquel momento. Visitó la tumba de Alejandro y se dejó ver en cenas con filósofos locales, siempre con una actitud imperturbable. Paulatinamente la vida recobró su curso, mientras que en Oriente se reunían las tropas que habrían de invadir Egipto. Con magnanimidad calculada, César dispensó la libertad a los soldados pompeyanos que aún tenía cautivos el faraón, argumentando en una carta que escribió a Roma: “les decía que el fruto más grato y más señalado que había cogido de su victoria era el salvar a algunos de aquellos ciudadanos que siempre le habían sido contrarios”.⁴¹⁶

El principal problema que César tenía en aquel momento era el pago a sus tropas y esperaba resolverlo merced a las arcas egipcias y a las deudas contraídas desde tiempos del padre del rey. Potino alegó que éstas se hallaban vacías, mas señaló los bienes y tesoros de los templos, haciendo correr la noticia a los religiosos alejandrinos que sus santuarios serían expurgados por el acreedor extranjero. Los ánimos volvían a exaltarse y el eunuco instó al romano a partir del enfurecido país; para acabar sus maquinaciones, Potino abasteció a las tropas de César con vituallas de baja calidad.⁴¹⁷ El general romano reviró haciendo valer el testamento de Ptolomeo XII y conminando a la pareja real a que depusieran las armas de sus ejércitos y dirimieran sus disputas ante él en calidad de juez. Ptolomeo XIII acudió a su llamado, pero dejando sus tropas en Pelusio. La camarilla militar encabezada por Aquilas lo acompañó, no tanto para obedecer al romano, sino para controlar mejor

⁴¹⁴ *Caes., BC., III. 107.*

⁴¹⁵ *Cf. Caes., BC., III. 106 y D. C., XLII. vii. 3.*

⁴¹⁶ *Plu., Caes., 48.*

⁴¹⁷ Sobre los informes de Plutarco (*Plu., Caes., 48.*), se nos dice que Potino instó a César a dedicarse a cosas más importantes. (*Cf. también cf. Ch. Schäfer, op. cit., p. 60.*)

la situación quedándose estacionado en Alejandría. Ahora César y el rey egipcio se hallaban en el mismo palacio.

Es más que probable que Cleopatra no sólo se haya mantenido al tanto de lo que ocurría en Alejandría, sino que también lo haya hecho con César⁴¹⁸ y que calculara muy bien sus pasos antes de darlos. Duane Roller sugiere que los emisarios que ella pudo enviar, le hayan contado de “la fama” de César: esa debilidad por las reinas y su renombre de conquistador;⁴¹⁹ me parece razonable dicha mención, habida cuenta de que éstos eran los rumores que la soldada del general gozaba en transmitir como parte de la virilidad que precede a estos hombres de Estado;⁴²⁰ aun cuando no siempre fueran una realidad constante en sus vidas; no hay que olvidar que sexo y poder han estado unidos a la reputación masculina. Soslaya Roller que ello pudo animar a Cleopatra a ir personalmente ante César a fin de ganarse su preferencia; no obstante, como alega Schäfer,⁴²¹ ella era una mujer inteligente que no procedería sin tener cierta garantía, no era una aventurera que cifrara sus esperanzas en conquistar con sus encantos al general, por más que tuviera fama de mujeriego,⁴²² al fin y al cabo, añadiría yo, un mujeriego es aquél que se apasiona de las mujeres, pero no las toma en serio; y la reina necesitaba precisamente que se le reconociera. ¿Qué ganaba Cleopatra con presentarse ante César? Presionar al bando contrario, el de su hermano, porque ahora tendría éste que buscar el encuentro con su detestado “huésped”. ¿Qué arriesgaba? La vida, marchar a Alejandría era toparse con Potino, quien tenía dominada a la guarnición y manipulado al pueblo.

[155]

El encuentro entre ambos es una de las escenas más recordadas de esta pareja. Viene a la mente el hombre portando la alfombra enrollada, su forzada entrada ante César y la manera en que él recela del obsequio, y cuando está

⁴¹⁸ Schäfer, *op. cit.*, p. 61.

⁴¹⁹ *Op. cit.*, p. 61.

⁴²⁰ Cf. Suet., *Caes.*, 50-52. El autor señala entre las reinas sólo a Eunoé de Mauritania y Cleopatra, pero entre las damas romanas a Postumia, Lollia, Tertula, Mucia, Tercia y Servilia.

⁴²¹ *Op. cit.*, p. 61.

⁴²² Para Dión, influenciado seguramente por la visión de *femme fatale* que se le creó en Roma, así lo considera y alude a un César envejecido y manejable, lo que es del todo ridículo con sólo leer sobre las posteriores actividades del general en el extranjero y en Roma. (XLII. xxxiv. 3)

a punto de atajarlo con su espada, el hombre que la entregó se apresura a cortar las ataduras, desenrollar la alfombra y erguirse para aclamar a una Cleopatra que rueda hasta los pies de un César entre asombrado y hechizado. Esta es una invención moderna. Dos son las fuentes sobre el encuentro: Plutarco y Dión Casio; parte de lo dicho procede del primero, en tanto que el segundo es parco y sólo señala que una vez que la reina logró entrar a escondidas a Alejandría, se presentó lo mejor adornada ante César y que éste quedó cautivado por la joven mujer.⁴²³ No sabemos quién de los dos estaría mejor informado, pero creo que de ambos puede sacarse algo más claro que tomar a uno o a otro como fuente única. En primera instancia, Plutarco nos refiere que Apolodoro, nombre que da al siervo de confianza de la reina y quien la lleva a la ciudad, luego de esconderla —no en una alfombra, sino una funda de cama—,⁴²⁴ la llevó a la presencia del general romano y allí desenvolvió su carga,⁴²⁵ por lo que se concluye que, de haberse introducido de tan extravagante manera, habría ido a un sitio seguro para luego presentarse ante él con sus mejores galas, como refiere Dión. ¿Podemos pues aceptar la treta de entrada? A mí me parece que sí,⁴²⁶ hay antecedentes de este subterfugio,⁴²⁷ pero no creo que llegara de este modo, puesto que, como alega Roller,⁴²⁸ la reina tenía gran estima de su persona y no permitiría que el general romano la viera sin sus galas de soberana, lo que obviamente la habría desacreditado. Ella era Egipto y debía presentarse como tal ante el representante de Roma.

Para los autores antiguos ya citados, el amor entre ambos surgió en aquel momento. Cleopatra tendría unos veintidós años y sería hermosa dentro de los cánones antiguos;⁴²⁹ así pues, que se presentara con toda la dignidad de su cargo, en mucho contribuiría a su causa. En cuanto a Cé-

⁴²³ Cf. Plu., *Caes.*, 49 y D. C., XLII. xxxiv. 6. Para la belleza de la reina, cf. *infra*, “Apéndice I”, p. 253.

⁴²⁴ Cf. Plu., *Caes.*, 49: ὁ δ’ Ἀπολλόδωρος ἰμάντι συνδήσας τὸν στρωματόδεσμον εἰσκομίζει.

⁴²⁵ El texto sólo señala que Apolodoro entra en la ciudad por las propias puertas y va hacia César. (εἰσκομίζει διὰ θυρῶν πρὸς τὸν Καίσαρα.)

⁴²⁶ Sin ningún “pero” también es aceptado por Sally Ashton. (*Op. cit.*, p. 55.)

⁴²⁷ Cf. App., *BC.*, IV. 4.

⁴²⁸ *Op. cit.*, p. 61.

⁴²⁹ Cf. *infra*, “Apéndice I”, p. 253.

sar, era un connotado conquistador tanto de territorios como de mujeres; contaría con unos cincuenta y dos años; no era particularmente atractivo, pero sí pulcro e incluso con cierto gusto refinado, característica mal vista a ojos de sus contemporáneos y que hoy tildaríamos de “metrosexualidad”. Suetonio lo describe así:

Cuentan que fue de elevada estatura, de tez blanca, miembros bien conformados, rostro un tanto lleno, ojos negros y vivos, y de excelente salud, si exceptuamos que en sus últimos años solía sufrir desmayos repentinos e incluso pesadillas. Tuvo también dos ataques de epilepsia estando en plena actividad. En lo tocante al cuidado de su cuerpo, era bastante meticulouso, hasta el extremo de que no sólo se hacía cortar la barba y afeitarse minuciosamente, sino incluso depilar, como algunos le reprocharon, y llevaba muy mal el defecto de su calvicie, pues con frecuencia había podido comprobar que le exponía a las bromas de sus detractores. Por esa razón tenía costumbre de traer su ralo cabello desde la coronilla hacia delante y, de todos los honores que le fueron decretados por el Senado y el pueblo, ninguno recibió o utilizó con más gusto que el derecho a llevar continuamente una corona de laurel. Dicen que se distinguía también por su modo de vestir, pues usaba, según cuentan, un laticlavio⁴³⁰ con franjas que le llegaban hasta las manos y siempre se ceñía sobre él con un cinturón, por lo demás muy flojo, y que de ahí derivó la frecuente advertencia de Sila a los optimates de que se guardaran de ese joven mal ceñido.⁴³¹

[157]

Mucho puede especularse de la posible atracción entre ellos, desde la proyección psicológica de un hombre maduro con impensable éxito que conoce a una inteligente y atractiva joven que quiere comerse el mundo, hasta razones políticas de ambas partes, que sopesaran lo que una alianza llevada más allá del papel o las palabras podía asegurarles; pero tal vez como dice Christoph Schäfer, tanto antiguos como modernos, reflejan los deseos y las fantasías de quienes difunden tales rumores y no hablan de la

⁴³⁰ Propiamente eran las franjas de color púrpura que llevaba la túnica masculina y servían de distintivo para las clases sociales, en este caso “senatorial”, por ello eran anchas (*latus*), puesto que el orden “ecuestre” las llevaba angostas (*angustus*).

⁴³¹ Suet., *Caes.*, 45, trad. de José Luis Romero.

verdadera vida sexual de Cleopatra.⁴³² De los dos, quizá sería más oportuno sugerir que fuera ella la que buscara efectivamente atraerse a él, ya que su vida peligraba en el palacio y no contaba con aliados fiables en Alejandría, así, de nuevo un posible paso calculado. César no debió dejar de lado que una reina entronizada por él sería más leal y beneficiosa a largo plazo que un petimetre dominado por una camarilla de peligrosos arribistas, además de que, presentarse como amante de la joven ptolomea halagara su orgullo viril. Lo ocurrido durante el primer encuentro de tan notables personalidades nos es desconocido, pero cabe aceptar —a pesar de la fantasía y el espíritu anticesariano del poeta— que Lucano nos permita atisbar en las razones que empleó Cleopatra para convencer a César:⁴³³

¡Oh poderosísimo César!, si la nobleza cuenta para algo, yo, el retoño más esclarecido de Lago, rey de Faros,⁴³⁴ arrojada del trono de mi padre y desterrada para siempre, a no ser que tu diestra me restituya a mi antiguo destino, abrazo, reina como soy, tus pies. Tú te presentas ante nuestras gentes como un astro justo. No seré yo la primera mujer que reine sobre las ciudades del Nilo: sin ninguna discriminación en cuanto al sexo Faros sabe obedecer a una reina. Lee las últimas palabras de mi difunto padre, que me transmitió el derecho a compartir el trono y el tálamo con mi hermano. Él, un niño, ama de por sí a su hermana, con tal de que tuviera libertad para ello; pero tiene bajo el control de Potino sus sentimientos y las espadas de sus soldados. No es por ambición personal por lo que reclamo acceder al trono de mi padre: libra a mi casa de una culpa y de un deshonor tan grande, arroja de aquí las funestas armas de este satélite y ordena que sea el rey el que reine. ¡Qué altivo engreimiento lleva en el alma ese lacayo! Cortada la cabeza del Magno,⁴³⁵ ahora es a ti a quien amenaza —pero ¡ojalá los hados aparten lejos este peligro—. Bastante oprobio fue ya, César, para el mundo como para ti, que el asesinato de Pompeyo haya sido la obra criminal y el mérito de un Potino.⁴³⁶

⁴³² *Op. cit.*, p. 63.

⁴³³ Sobre la aceptación de esta fuente imaginativa, puede señalarse su amplia utilización por parte del filólogo alemán tan citado en estas páginas. (*Cf. Ibid.*, p. 64.)

⁴³⁴ Se refiere a su ascendencia que se remontaba a Ptolomeo I, hijo de Lago. La isla de Faros que estaba frente a Alejandría es utilizada aquí como sinécdoque para Egipto todo.

⁴³⁵ Pompeyo que recibió también este apelativo de su admirado Alejandro.

⁴³⁶ *Luc.*, x. 85-103, trad. de J. Luque Moreno.

Dentro del discurso recreado de los hechos ocurridos por un poeta en años posteriores⁴³⁷ y de cargadas tendencias contrarias a la pareja, no se puede obviar que hay puntos que podrían resultar verídicos: el tono de sumisión ante el vencedor romano que tanto halaga aún hoy, contrastado con el orgullo de la reina en su ascendencia preclara e incluso evocando su línea femenina que no podemos saber hasta dónde la remontaría, aunque para el auditorio romano fuera tal vez hasta Arsínoe II; la evocación del testamento paterno y la responsabilidad tutorial de Roma, la cautela de no presentarse como autócrata, pues menciona a su hermano-esposo (otra alusión velada a su calidad de reina indígena) y cómo carga las tintas en el odiado Potino que, en aquel momento, era el rival más fiero para los planes de César; mismo que, tal como ocurrió con Pompeyo, no debe ser subestimado. Tal vez no son sus palabras, pero bien podrían haber surgido de su boca.⁴³⁸

[159]

A su arribo, la estupefacción debió llenar los ánimos de Potino y sus secuaces. Y debió calcular bien su siguiente paso: instruyó a su pupilo de cómo tendría que actuar cuando fuera llevado ante el general romano, mientras él movilizaba a la población, sólo así puede entenderse lo que aconteció después. César convocó al rey y se presentó como procurador de su hermana; le expuso su criterio de establecer las medidas dispuestas por el padre de ambos y ratificadas por la ley romana.⁴³⁹ Ptolomeo XIII hizo una sonora rabieta, salió del palacio precipitadamente, gritó que lo traicionaban y arrojó con teatralidad la corona al piso. El pueblo, con toda seguridad llevado allí por Potino, se revolvió furioso y los soldados romanos tuvieron que apresarlo al rey y encerrarlo en sus aposentos como rehén.

Las escasas tropas romanas no garantizaban la seguridad del general ni de la reina; había que tomar otras medidas: en una asamblea pública a la

⁴³⁷ Lucano nace en el 39 a. C. y muere hacia el 65 d. C., así que resulta una de las fuentes más cercanas, sólo atrás del mismo César o de Cicerón. (Cf. *Diccionario de Literatura Penguin/Alianza.*, trad. de Alberto Adell, s. v.)

⁴³⁸ Obviamente los versos que siguen a este texto desacreditan a la reina como sincera; y se empeñan en presentarla como la devoradora de hombres. Reputación creada desde tiempos de Octavio, perteneciente a la larga tradición poética que he tratado de señalar a lo largo de estas páginas.

⁴³⁹ Cf. *Caes., B. C.*, III. 107-108.

[160]

que hizo llegar a Ptolomeo XIII y Cleopatra, César leyó el testamento paterno que señalaba el matrimonio de ambos según las costumbres egipcias para un reinado en conjunto y tutelado por el pueblo romano representado por él en su calidad de dictador. La situación era tan apremiante que el romano se vio en la necesidad de ceder el control de la isla de Chipre a los hermanos menores de la reina, Arsínoe IV y Ptolomeo XIV, algo que calla en sus memorias, y Dión, que es quien lo refiere, señala que César tenía tanto miedo que no sólo no les quitó nada a los egipcios sino que les dio algo suyo, habida cuenta de que era Roma la que tenía el control de aquella isla tan estratégica.⁴⁴⁰ Esta donación calmó la situación, aunque sólo a corto plazo. Cleopatra celebró entonces para César fastuosas fiestas que las fuentes posteriores toman a mal, pero que hoy entendemos como parte de la política ptolemaica, mostrando así su apoyo al dictador aliado y, muy posiblemente, amante; era la manera egipcia de proclamar el testamento y tranquilizar a los alejandrinos.

La unión de César y Cleopatra es tan clara ya, que los cortesanos del rey saben que sólo es cuestión de tiempo para que el romano nombre a la reina autócrata, por lo que comienzan a intrigar. Potino debió suponer que asesinar al general romano sería lo más conveniente: la guerra civil aún no estaba dirimida, además Pompeyo contaba aún con partidarios y dos hijos que continuaban la lucha. Si asesinaban a César, los suyos continuarían lo iniciado por él y dejarían Egipto; y una vez acéfalos, terminarían por acabarse entre sí, y demasiado diezmados para volverse a Oriente. Con todo, el sagaz eunuco debió convencer Ptolomeo XIII para no cargar con la responsabilidad y no tener obstáculos para que Aquilas, aún líder de las tropas acantonadas en Pelusio, se pusiera de su parte.⁴⁴¹

Enterado de todo, César trató por medios diplomáticos de evitar los ataques, en parte porque no contaba con las tropas necesarias para combatir fuera de la ciudad, y ello se comprueba por la desesperación y desorientación que muestran las medidas tomadas, como el envío de legados ante Aquilas supuestamente con órdenes de Ptolomeo XIII, al que coerción para hacerlo. Aquilas comprendió la situación y ordenó el asesinato de los

⁴⁴⁰ Cf. D. C., XLII. xxxv. 5-6.

⁴⁴¹ Cf. Caes., B. C., III. 109.

legados. Afortunadamente uno de ellos logró escapar para confirmar a César que incluso las tropas romanas de los gabinianos estaban con el general egipcio. El romano respondió vigilando aún más al rey para impedir que se uniera a sus hombres, a los que el general latino califica de *latrones*. ¿Qué tanto participó Cleopatra en las decisiones del dictador? Es fácil concebir que en este campo dominara César, quien en sus memorias tendría que admitir que sus fuerzas no le permitían ninguna acción arriesgada contra las vastas de Aquilas, razón por la que se atrincheró en el Palacio, no sin antes fortificar el barrio cercano a éste por medio de las unidades romanas llegando hasta el mar. El recinto ofrecía un buen punto de defensa, puesto que tenía un declive natural hacia el puerto y del lado de la ciudad podía aislarse fácilmente gracias a la estrechez de las callejuelas, además ocupaba una cuarta parte del barrio que lo contenía, y contaba con numerosos edificios, jardines y un teatro; verdadero laberinto de pasajes, canales y tuberías que atravesaban todas las áreas, las que actuaron tanto a favor como en contra de los sitiados.

[161]

Aquilas llegó en unas dos semanas con veinte mil infantes y dos mil jinetes; fue recibido calurosamente por los alejandrinos que se unieron a las tropas reales, expertos como eran en la guerra interna. Era mediados de noviembre. Los romanos mantuvieron su posición y salvaguardaron el Gran Puerto donde estaba anclada su pequeña flota, y por ello, fue ese el sitio donde se libraron los más encarnecidos combates, ya que era la ruta al mar lo que balancearía a favor o en contra la lucha. La vida iba en juego para los soldados de Roma, razón por la que defendían con fiereza las calles que daban acceso al puerto, en tanto, los barcos egipcios fueron anclados y los astilleros incendiados, así, la flota ptolemaica de cincuenta unidades pesadas y veintidós ligeras fue destruida por completo.⁴⁴²

El fuego se extendió a los barrios cercanos, ardieron provisiones de cereales y libros que se hallaban en los arsenales. Mucho se recuerda el supuesto incendio de la Biblioteca de Alejandría, idea tan llevada y traída desde antiguo, pero hoy en día es claro que no ocurrió así.⁴⁴³ De lo acontecido

⁴⁴² Para los cálculos, cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 70.

⁴⁴³ Plutarco alude a que, durante el sonado romance de Cleopatra y Antonio, éste, en recuerdo de los maravillosos libros perdidos durante este incidente, hizo trasladar el acervo de

durante la defensa de la ciudad por parte de César, puede concluirse que fueran almacenes portuarios los que ardieron y que contuvieran entre otras muchas cosas más, libros que estuvieran destinados al acervo bibliográfico y de allí que surgiera la nefasta noticia.⁴⁴⁴

[162]

El palacio era semejante al ojo de un huracán, Potino y Teódoto en un ala del recinto resguardaban a Ptolomeo XIII; en la otra, Cleopatra intentaba construir su relación con César para así asegurar su trono y, éste a su vez, inmerso en la lucha por el poder en Egipto y sin las fuerzas suficientes para balancearlo todo a su favor. En aquella vorágine, un miembro de la familia real pasó desapercibido: Arsínoe IV, la hermana menor de los Ptolomeos. Ella logró huir auxiliada por su pedagogo, el eunuco Ganimedes, quien con la bendición de Potino, los convenció de que, muerta Cleopatra, el lugar de la reina lo ocuparía la joven princesa y, en consecuencia, el poder de verdad estaría en manos de los eunucos reales. El problema era César, quien de perder, lo consideraría como una derrota personal y lo induciría a la venganza, por lo que no había más remedio que eliminarlo también. La llegada de Arsínoe IV al ejército de Aquilas provocó lo que el general romano quería evitar, y la razón por la que había encerrado a Ptolomeo XIII en un principio: que la presencia de un miembro de la familia real legitimara la sublevación de las tropas.

Proclamada reina —y ello implicaba la desacreditación de Cleopatra—, Arsínoe IV se tomó en serio su papel e intentó sustituir a Aquilas con Ganimedes, pero Potino desde el Palacio apoyó a su aliado y, dados estos acontecimientos, revelaban a César cuán flexible había sido en otorgar libertad de movimientos, mismos que habían permitido la huida de la princesa y las intrigas de Potino. Dado lo anterior, el romano respondió intensificando la vigilancia, así, Ptolomeo XIII pasó a ser virtualmente un prisionero. Con todo, el eunuco se las arregló para seguir en contacto con los revolucionarios en el exterior del Palacio. Dichas intrigas fueron conjuradas y, como supone Chris-

la Biblioteca de Pérgamo a la de Alejandría, instituciones rivales entre sí desde antaño. Razón para una nota de desaprobación al triunviro en comentario. (Cf. *Plu., Ant.*, 58.) Pero ello es, a todas luces, parte de la posterior campaña desacreditadora de Octavio, porque muchos siglos después el médico Galeno consultó sin problemas aquel acervo en la propia Pérgamo y que, de hecho, su monumental obra se nutre de todo lo que se encontraba allí.

⁴⁴⁴ Cf. Oros., vi. xv. 31 y ss.

troph Schäfer,⁴⁴⁵ es fácil entender que fuera Cleopatra quien supo auxiliar a César en tal situación, ya que ella se había desplazado desde niña en aquellas maquinaciones subrepticias. Descubierto, Potino fue apresado y decapitado.

La muerte del eunuco encendió aún más los ánimos de los sitiadores y de nada le valió César obligar a Ptolomeo XIII a dirigirles un discurso, donde les aseguraba su buena salud y su deseo de que se firmara un tratado de paz, era obvio que el niño estaba bajo coerción por la desaparición de su querido tutor. Arsínoe IV aprovechó para imponerse; Aquilas fue el gran perdedor cuando se enfrentó sin suerte al ambicioso Ganimedes y a la no menos peligrosa princesa. Acusado de haber delatado la posición de la flota egipcia incendiada por César,⁴⁴⁶ fue sentenciado a muerte. Ganimedes lo substituyó como comandante en jefe y, si bien los veteranos de Aquilas mostraron cierta resistencia, los alejandrinos que sólo veían la legitimación de la princesa, estuvieron dispuestos a dar su apoyo, ello balanceó la situación a su favor, sobre todo porque Ganimedes nunca hubiera sido faraón, tan sólo era el poder detrás del trono. El plan de los sitiadores fue dejar al palacio sin agua, las reacciones de pánico no se hicieron esperar entre los hombres de César, pero cuando se halló agua dulce en los pozos, la situación se calmó; así pues, el intento de inducirlos a la rendición fue un fracaso.

[163]

La aurora de esperanza llegó a la bahía alejandrina con la llegada de la armada procedente de Asia Menor, al mando de Domicio Calvino. César había buscado el apoyo de sus fuerzas militares en torno al área de conflicto, que incluyó las islas de Creta y Rodas, así como las regiones orientales de Siria y Cilicia, incluso una petición de alianza al rey de los nabateos. Domicio trajo no sólo cereales para el avituallamiento; también armas: proyectiles y catapultas; y a la trigésima séptima legión, conformada por los soldados pompeyanos que se habían rendido ante él tras la Batalla de Farsalia. César tuvo que atacar a las tropas alejandrinas a fin de que los refuerzos alcanzaran el Gran Puerto y pudieran desembarcar. Por su parte, Ganimedes gestionó con magnos esfuerzos que se aumentara la fuerza de combate para que ningún otro barco romano llegara a Alejandría, por lo que procedió a construir una improvisada fuerza de cuadrirremes y quin-

⁴⁴⁵ *Op. cit.*, p. 74.

⁴⁴⁶ Para las dudas y opciones de lo veraz que fue esta acusación, *cf.* Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 76.

querremos; con ellos le asestó una buena derrota al general romano al quemar algunos de sus barcos de carga y remolcar otros. En respuesta, César se dejó de dilitantismos y pasó a la ofensiva: atacó la flota egipcia en el puerto de Eunosto y para noviembre del 48 a. C. asaltaba la isla de Faros y, tras encarnizadas peleas, se hizo con ésta y del dique que la unía al continente.

[164]

Al día siguiente de su exitosa contienda, guarnecido el dique por sus tropas, César atacó la cabeza del puente del lado de la ciudad con la idea de conseguir una base para atacarla, por lo que los alejandrinos, conscientes, la defendieron con fiereza y utilizando todos sus navíos, embistieron al dique a todo lo largo, así, los egipcios se consolidaron en éste y atacaron por la espalda a los romanos, que combatían en el extremo sur y tenían cortada la retirada hacia la isla de Faros; el terror cundió y ni su general pudo evitar la desbandada a las propias naves. El mismo César hubo de escapar a su bote de desembarco, que prácticamente se hundió por el peso de los que intentaban huir a su lado; tuvo que nadar por su vida. Pronto aquella proeza fue trasformada en leyenda.⁴⁴⁷

Ganimedes le había propinado una buena bofetada al orgullo romano de César, quien decidió esperar sus refuerzos sin lanzar ofensivas a la ciudad. El invierno lo pasó en el palacio y la relación con Cleopatra debió intensificarse a tal punto que, se calcula, ya estaba embarazada. Cómo pasó él aquellos meses, no lo señalan las fuentes, el propio interesado calla en sus memorias, pues estos detalles serían irrelevantes para el romano. Sostiene el citado Schäfer: “Seguramente, la reina se había preocupado por su amante, en especial al enterarse de la peligrosa situación que César había vivido en el dique y de lo cerca que había estado de morir”.⁴⁴⁸ Esperando la llegada de sus fuerzas aliadas, que no lo harían sino hasta marzo, a César se le presentó una magnífica oportunidad.

En el bando egipcio se había presentado la división: seguramente los antiguos partidarios de Aquilas, molestos por el autoritarismo del eunuco Ganimedes, pidieron a César que liberara al rey y ellos estarían dispuestos a buscar la paz. ¿Podemos siquiera suponer que fuera él lo suficientemente

⁴⁴⁷ Cf. Suet., *Iul.*, 64. Sobre la discusión de los datos citados por las fuentes, cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 79.

⁴⁴⁸ *Ibid.*, p. 80.

ingenuo para no comprender que tras de ello podía ocultarse una traición previsible?, ¿podría esperar que se diera un debilitamiento del partido de Arsínoe IV con la presencia de su hermano? Estas y otras dudas rondan las mentes de los investigadores modernos. Creo que es sencillo suponer que César no confiaría en los egipcios, el sentido de doblez que ya se les atribuía estaría respaldado por los acontecimientos desde la traición a Pompeyo; más aún si recordamos lo avezado que era el general en la política traicionera de la propia Roma. Por otro lado, hay que sopesar los deseos de Cleopatra: su hermano era la espina en su reinado, pero su muerte en el palacio sólo serviría para malquistarla todavía más entre los egipcios, sobre todo porque tendría que lidiar con los reproches del propio César; pero, de liberarlo, seguramente éste iniciaría una lucha infructuosa contra Roma, y el propio general tendría que tomar las medidas pertinentes llegado su momento, además de no volverse a asociarse a ella, habida cuenta de su doblez. Dos eran las perspectivas y ambas la beneficiaban. En el peor de los casos, Ptolomeo XIII sería destronado, en el mejor, asesinado. Cleopatra debió abogar por la liberación de su hermano.

[165]

Ptolomeo XIII tuvo su “canto de cisne”. El muchacho tomó el mando en el campamento⁴⁴⁹ y por supuesto que no cumplieron sus promesas para con los sitiados. El faraón adolescente estaría apoyado por todo un grupo de adeptos entre las filas del ejército y de sus “amigos”, quienes muy posiblemente César haya liberado al mismo tiempo que a él. La guerra prosiguió con renovada energía, pero el viraje se produciría con el arribo a Pelusio de las fuerzas cesarianas, al mando de Mitrídates de Pérgamo, quien en una acción conjunta por mar y tierra arrojó a los egipcios. En buena parte, el éxito se debió al contingente de tres mil judíos al mando del padre de Herodes el Grande, Antípatro el Idumeo, quien mantenía excelentes relaciones con los sirios y supo influir en los príncipes locales para que proveyeran a César con contingentes, incluso se las arregló para lograr la unión de los judíos alejandrinos para llegar sin mayores problemas a Menfis; una vez ahí, cruzaron el brazo canópico del Nilo y atacaron a Ptolomeo XIII. César salió de Alejandría casi al mismo tiempo, lo hizo de noche y con

⁴⁴⁹ Se sospecha que Arsínoe IV y Ganimedes ya hubieran sido privados de su influencia. (Cf. Schäfer, *op. cit.*, p. 84.)

dirección a Canopo, apagó las luces, viró los barcos y, pasando delante de Alejandría, desembarcó al oeste de la ciudad; tras llevar al ejército por tierra, rodeando el lago Mareotis, pudo unir sus tropas a las de Mitrídates; y se dio el asalto al campamento enemigo que fue tomado casi por sorpresa. Al joven faraón no le quedó más que huir por el Nilo en un barco que se hundió por el peso de los fugitivos. Ptolomeo XIII debió quedar ahogado en el río que nutría las fértiles tierras que alguna vez fueron suyas. Sin el rey, el resto del ejército se rindió el 27 de marzo del 47 a. C., es decir con esto, el 15 de enero en el calendario juliano posterior.

[166]

Cleopatra podía por primera vez en muchos meses respirar aliviada, pero también estaba consciente de que no contaba con partidarios en el gobierno local, de que muchos alejandrinos no la querían; estaba en manos de César y de lo que decidiera. El romano tenía dos opciones: hacía de Egipto un reino cliente o lo transformaba en una provincia romana. La tradición quiere suponer que el ambiente de complicidad erótica entre ambos terminó por decidirlo a favor de lo primero, pero nada obsta tampoco para aquilatar una razón política y personal: el control de Egipto y sus riquezas a través de una aliada y no de un gobernador dudoso que implantara el Senado.

Cleopatra sería reina. Arsínoe IV fue apresada y enviada a Roma para que sirviera de espectáculo en el desfile triunfal que César merecía por dicho éxito en el extranjero, para luego ser enviada a vivir a Éfeso. Para evitar futuras revueltas, el general estacionó allí tres legiones cuya función principal era asegurar el dominio de la reina y sofocar eventuales resistencias. Para conjurar una traición romana, nombró como líder de éstas a Rufio, el hijo de uno de sus libertos y no a un miembro de la aristocracia latina. Dicha designación corrobora las intenciones del general, Rufio no contaba con los contactos necesarios para aprovechar la excelente situación como comandante de tres legiones en Egipto, aunque se hubiera destacado como buen oficial y, ello sin contar con la buena relación que sostenía con César.⁴⁵⁰ Ante los egipcios, la casa real retomaba su antigua faz: Cleopatra se casaba con su otro hermano Ptolomeo XIV de unos once o

⁴⁵⁰ Suetonio asegura que ambos fueron amantes y, si bien podemos suponer que fuera un chisme, al menos sirve para corroborar la situación en comento. (Suet., *Iul.*, 76.)

doce años y se presentaban como *Philadelphoi* (“hermanos amados”) para consolidar la continuidad en Alejandría.

Las relaciones entre César y Cleopatra y de ésta con el poder no variaban por el matrimonio con su hermano, éste debió ser sólo para cubrir apariencias políticas —yo incluso considero que lo mismo ocurrió con el primero de ellos—; así, él dejaba a la reina de Egipto con el poder absoluto, consecuentemente, su hermano era una marioneta que había que mover en razón de su situación actual. Por otro lado, esa boda no cambiaba tampoco las relaciones entre ellos, ella debió estar consciente de que César no podía casarse con una reina helenística, pues debilitaría aún más su posición en Roma —ya mellada por los amores con la joven monarca—, por otro lado, el general ya estaba comprometido con la dama romana Calpurnia. No obstante, él era su amante y, dada la manera de pensar de la época, y la familia real de Alejandría, no creo que esto haya de ninguna manera atormentado a Cleopatra. ¿Hay pues un verdadero idilio entre ellos? Pierre Grimal, a quien yo creo que podemos tildar de “cesariano moderno”, concluye de esta forma:

[167]

Los historiadores deducen algo a las bravas, que César perdió la cabeza, perdidamente enamorado, y que a partir de ese instante no fue sino el esclavo de la joven reina. En realidad [...] César se avendría al idilio, aunque, lejos de olvidar en su deleite los intereses de Roma, parece más bien que aprovechó esta fácil conquista para afianzar el dominio romano en Egipto, un reino que se resistía por entonces a quedar subyugado y que no podía ser anexionado directamente. La verdad es que Cleopatra sólo fue una herramienta en manos de César. Se sirvió de ella para desembarazarse de Ptolomeo [...] y, al poco, le dio por esposo a otro de sus hermanos, cuya juventud le hacía menos temible [...] César esperaba así acabar con el partido de independencia nacional [...] Después de lograr su objetivo, y ya más tranquilo, emprendería un crucero por el Nilo a bordo de la galera real de Cleopatra, llegando hasta la primera catarata. Durante algunos mágicos días, en aquel país extraño, César seguramente tendría sueños de realeza; pero no pierde tiempo con la idea de convertirse en rey de Egipto; había pasado el momento de sentirse tentado ante la idea de ser premier en otro sitio que no fuera Roma. Por eso, a comienzos del verano del año 47 a. C. abandonó Egipto para irse a pacificar el Asia Menor. Del paso de César por Alejandría no

quedó más que un recuerdo; una guarnición compuesta de tres legiones que, a efectos prácticos, convertían el reino lágida en protectorado romano.⁴⁵¹

[168]

Imaginar siquiera a César como un enamorado que perdiera esa cabeza que tan fríamente había decidido su vida desde joven, parece aberrante para los estudiosos de la historia romana y, tal vez deberíamos darles crédito, pero, por otro lado, sabemos que era un hombre de muchos amores y que éstos no siempre se ligaban con la política, al menos como un beneficio inmediato, puesto que también creo que debe reconocerse que la fama de “conquistador” pasional sirve a dichos fines, ya que el sexo y el poder siempre parecen ligarse en las mentes masculinas. No obstante, en tiempos romanos debió considerarse como una actitud pedestre que sólo complacía a los soldados, burdos y vulgares miembros de la sociedad que se solazaban en admitir lo que los altos romanos veían con desdén. Se dice que sus tropas clamaban el día de su triunfo por las Galias: “¡Ciudadanos, proteged a vuestras esposas, conducimos al calvo adúltero!”⁴⁵² El término empleado (*moechus*) alude al “fornicador” que comete el adulterio,⁴⁵³ que atenta entonces contra uno de los principios más sagrados en Roma: la unidad familiar, sustentada en la persona de la mujer del ciudadano que simboliza el honor; por lo que no podemos suponer que esta conducta de César fuera aprobada y aplaudida como se hace hoy en día en un mundo más flexible ante el poder.

La depravación de César no sólo incluía a mujeres, practicaba “el amor a la griega”, esto es, las relaciones con jovencitos con tintes de homosexualidad moderna, puesto que el vocablo utilizado por el historiador señala la madurez de las partes inmiscuidas;⁴⁵⁴ dicha fama de homosexual lo persigue por la situación en Bitinia. Toda Roma bulló con las historias de un César prostituido con Nicomedes, rey de Bitinia, y sus detractores se apresuraron a censurarlo de las maneras más oprobiosas, llamándolo “rival de la reina y espalda del lecho real, establo de Nicomedes y reina de Bitinia” e

⁴⁵¹ *El amor en la Roma antigua*, pp. 269-270.

⁴⁵² Suet., *Iul.*, 51: *Urbani, servate uxores; moechum calvum adducimus*. La traducción es mía.

⁴⁵³ Cf. Ch. Lewis y Ch. Short, *op. cit.*, s. v.

⁴⁵⁴ Suet., *Iul.*, 76. Sobre *exoletus*, cf. Ch. Lewis y Ch. Short, *op. cit.*, s. v.

incluso el propio Cicerón en el Senado aludió a ello en plena sesión.⁴⁵⁵ Si bien podríamos desacreditar estas noticias como enredos malintencionados de sus enemigos, también es cierto que algo de verdad suele filtrarse en aquellos chismes cuando nuevamente sus soldados solían cantar: “A las Galias subyugó César, Nicomedes a César. / He aquí que ahora triunfa César que subyugó a las Galias / y no triunfa Nicomedes que subyugó a César”.⁴⁵⁶

Todo esto lo traigo a colación porque no podemos, siempre según mi juicio, suponer que César fuera una especie de calculador político que no se involucrara más allá de sus propias conveniencias, tal como plantea Grimal siguiendo a otro cesariano moderno, Carcopino. Un enamoramiento no conviene a las personas ambiciosas y, en ese sentido, se acepta que César no haya caído en las redes del amor, pero cabría decir lo mismo para Cleopatra. El viejo y calvo general romano sólo contaba con el prestigio de su cargo, su éxito como general y su postura como hombre fuerte de Roma para atraerla y, no creo que fuera suficiente, como tampoco creo que él haya sólo visto a la jovencita exótica de rancio abolengo a la que podía convertir en *su* reina cliente, y enfatizo el posesivo *su* porque no creo, como hace Grimal, que César pensara en Roma, al menos no en la republicana que gobernaba en ese momento; tampoco creo que alguna vez acariciara la idea de ser rey de Egipto, él era más ambicioso: el Occidente romano estaba sometido, el Oriente le rendiría cuenta, Roma se sometería también, y él sería rey del mundo. En la Alejandría de su amante conoció lo que era el boato y la parafernalia real; y seguramente halagó su ya de por sí gran ego, lo que pudo obnubilar su clara inteligencia y llevarlo a dejarse arrastrar momentáneamente por el ambiente que Cleopatra le ofrecía, después de todo, pasó nueve meses allí... de sitio, cierto, pero incluyendo un invierno sin batallas. Era hombre y hombre exitoso, ninguno se resiste al canto de las sirenas, de la alabanza y el triunfo total.

Cleopatra, por su parte, no debió tampoco caer rendida de amor ante el envejecido hombre, aunque ostentara ese éxito abrumador. Ciertamente que su inteligencia sería un fuerte afrodisíaco, tal vez porque representaba una especie de contraparte masculina de la suya que, si bien aún en ciernes,

[169]

⁴⁵⁵ Suet., *Iul.*, 49.

⁴⁵⁶ *Idem.* La traducción es mía.

[170]

ya se vislumbraba claramente, y que, según Plutarco, fue lo que terminó por cautivar al maduro general, tampoco creo que fuera ajeno a los encantos de la joven, dada su historia de lascivia y flirteos cotidianos en las diversas cortes y reinos visitados y conquistados. Así, ambos compartieron una pasión, ese sentimiento que vadea entre el amor y el deseo, entre el sexo y la autocomplacencia de inspirar un arrebató así; pasión compartida en muchos sentidos, que incluyeron la cama y el trono. Así pues, la pasión puede ser tan o más obsesiva y arrebataadora que el amor, pero no ese sentimiento romántico que nos tragamos hoy en día como una falacia comercial, no esa idea de encontrar “la otra mitad” y vivir felices por siempre, propia de cuentos infantiles, sino el enamoramiento que trastorna momentáneamente el cerebro y casi conduce a la locura; César se enamoró de Cleopatra y Cleopatra de César, pero dado que ambos eran personas tan inteligentes, no vivieron esa pasión química de la misma manera que muchos de los actuales, no se dejaron arrastrar por lo que sentían, porque ambos, me parece, se amaban más a sí mismos y al poder; fue un amor controlado, medurado, cerebral si puede llamarse así a ese sentimiento que Safo no dudó en clasificar de reptante y dulce-amargo.⁴⁵⁷

Tras la proclamación de la boda de la reina y su hermano, lo urgían acontecimientos en Asia Menor, mas, las fuentes señalan que se dio tiempo para organizar una suntuosa navegación por el Nilo, la Apiano relata que estaba compuesta de cuatrocientas naves.⁴⁵⁸ Sabemos que Ptolomeo XIII fue derrotado el 27 de marzo, y el viaje de César a Asia fue señalado para el 10 de abril de ese año 47 a. C.,⁴⁵⁹ quince días para celebrar la coronación, preparar a sus tropas, los barcos y el viaje por el Nilo, por lo que se duda de todo ello o al menos de que fuera un viaje tan triunfal como el que pretenden las fuentes que enfatizaban seguramente un despliegue indebido para un romano frugal. Calculando los días de ida y de regreso, el margen del viaje sería sólo de cuatro días como máximo, lo que hace pensar que el amoroso crucero fuera muy poco romántico. Con todo, no falta algún

⁴⁵⁷ Sapph., 59. Ed. Campbell.

⁴⁵⁸ App., *BC.*, II. 90.

⁴⁵⁹ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 90.

filólogo que le concede más tiempo, dos meses.⁴⁶⁰ Aunque corto, parece que se acepta de forma general que dicho crucero ocurrió. El que César lo omita en las memorias de esta guerra⁴⁶¹ no debe sorprendernos, ya que ocultarían esta etapa como poco interesante para sus lectores romanos, y más si tomamos en cuenta la naturaleza de un texto sobre “guerra”.

Es claro que algo de los informes extravagantes que ofrecen las fuentes pueden considerarse. Se menciona un catamarán de trescientos pies de largo con una arcada de cedro, estatuas de marfil y nichos para Afrodita, así como una “gruta secreta” para encuentros románticos, cuatro habitaciones y una de ellas al fresco para las noches cálidas, así como una recámara principal con veinte camas; todo decorado con lilas canópicas y rosas.⁴⁶² ¿Fue, pues, un viaje de placer? Quizá César buscaba un rato de solaz o supo combinar el placer con la política nuevamente. Sally Ann Ashton supone que el romano utilizara este viaje para señalar su autoridad y, agregaría yo, para conocer mejor el reino que contribuiría con sus recursos; por su parte, Cleopatra presumiría su reino, su riqueza y su poder.⁴⁶³ Si como señala Schäfer,⁴⁶⁴ fue un error de César al evaluar la situación en Alejandría lo que lo retuvo nueve meses en Egipto, el hecho es que supo aprovechar muy bien esos meses y ese error.

[171]

La partida de César tuvo un pequeño retraso: el embarazo de Cleopatra. Plutarco admite: “Dejó [...] por reina de Egipto a Cleopatra, que de allí a poco dio a luz un hijo, al cual los de Alejandría dieron el nombre de Cesarión”.⁴⁶⁵ La parquedad en el comentario del biógrafo responde a lo censurable y a lo controvertido que este asunto aún despertaba para el siglo II d. C., y lo siguió siendo para todos los partidarios o admiradores de César. A pesar de ello, la paternidad del romano fue puesta seriamente en duda ya a mediados de los años cincuentas por Carcopino⁴⁶⁶ y más recientemente

⁴⁶⁰ Cf. Werner Dahlheim, *apud* Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 90, nota 115.

⁴⁶¹ *Bell. Alex.*, xxx. 5.

⁴⁶² Cf. Tony Perrottet, *Pagan Holiday. On the Trial of Ancient Roman Tourist*, pp. 344-345.

⁴⁶³ *Op. cit.*, p. 55.

⁴⁶⁴ *Op. cit.*, p. 90.

⁴⁶⁵ *Plu., Caes.*, 49.

⁴⁶⁶ *Apud* P. Grimal, *op. cit.*, p. 271.

por Etienne⁴⁶⁷ en los noventa, buscando en Antonio o en alguno de sus hermanos menores al padre de la criatura, sin detenerse a notar que esa simple sospecha, de haber existido, hubiera sido reportada por todos los autores romanos y habría sido igualmente esgrimida por Octavio para eliminar el punzante aguijón que era ese vástago de su padre putativo.⁴⁶⁸ Carcopino recurrió, según dice su repetidor Grimal: “interpretando con exactitud los datos de la epigrafía egipcia” [que Cesarión nació] con toda seguridad⁴⁶⁹ el 20 de abril del 44 a. C., por lo que Cleopatra lo daría a luz luego del viaje a Roma y, como César no estaba allí para las fechas en que tuviera que engendrarlo, el hijo sería “de Antonio o ¡de otro!”⁴⁷⁰

Suetonio menciona que escritores antiguos reconocían en el niño al padre, tanto por su físico como por actitud; muchos de los amigos de César atestiguan ante el Senado la paternidad del hijo de Cleopatra, y ello viene precisamente después de que se intentó sugerir que Cesarión no fuera realmente hijo de él;⁴⁷¹ ni siquiera Lucano, cuyo desprecio por la pareja es más que evidente, duda que el niño fuera de ambos.⁴⁷² De todas nuestras fuentes antiguas, tal vez deberíamos darle más oídos a Nicolás de Damasco, puesto que este historiador y discípulo de Timágenes de Egipto fue muy posiblemente el tutor del pequeño Cesarión.⁴⁷³ Cuando la ruina de la dinastía de Cleopatra, el hombre se refugió en la corte de Herodes el Grande, y mantuvo como su mecenas que era, contacto con la corte de Octavio, al punto que redactó una biografía del *princeps* donde refiere que César planeaba hacer de Egipto su centro de operaciones para su imperio. Cleopatra le había dado un hijo, al que el propio general negó en

⁴⁶⁷ *Apud* Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 94.

⁴⁶⁸ Un tal Gayo Opio, supuesto amigo de César, escribió al parecer un libro donde aseguraba que el niño no era hijo suyo. (*Cf.* Suet., *Caes.*, 52 y S. Ashton, *op. cit.*, p. 107.) Este hombre primero atestiguó que el pequeño lo era, para luego retractarse y por ello, al menos para mí, su alegato pierde validez; y más si tomamos en cuenta la referencia del carácter poco aceptable de este hombre. (*Cf.* Plu., *Pomp.*, 10.)

⁴⁶⁹ Carponio, *apud* P. Grimal, *op. cit.*, p. 271.

⁴⁷⁰ *Idem.*

⁴⁷¹ *Cf.* Suet., *Caes.*, 52. Siempre existirá la duda de si Antonio forzó esta identificación. (también *Cf.* D. C., XLII. xxxi. 5)

⁴⁷² Luc., x. 77-78.

⁴⁷³ *Cf.* Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 96.

su testamento.⁴⁷⁴ Lo contradictorio de la cita puede entenderse porque no podía negar ninguno de los dos argumentos: que Cesarión era hijo de César, pero que éste no lo reconoció ante el derecho romano, dado que no lo mencionó en su testamento.⁴⁷⁵ Hoy en día podemos sospechar que Cesarión no fuera el único hijo bastardo de César, y olvidarnos de su supuesta esterilidad porque sólo tuviera una hija; las mujeres con que se relacionaba no eran damas de una sola aventura, por lo que asignar una paternidad de su parte no era cosa fácil, aun así, Julio Sabino, por el año 70 a. C. podía vanagloriarse de ser descendiente de César porque su bisabuela había sido su amante; si bien Tácito lo negaba,⁴⁷⁶ ello no impide que en su tiempo se aceptara al menos la posibilidad.

[173]

Con todo y el prestigio de los involucrados, parece que todos los intentos de desacreditación de César como padre del niño son varios y que, hoy en día, ya no se discute salvo por estos cesarianos posmodernos. Christoph Schäfer arguye que el silencio del propio aludido sobre este hijo podría comprenderse una vez más como una estrategia política: mantener al niño oculto, de momento, a las intrigas de la Urbe, para así, planear una sucesión o, al menos, su entronización en aquel reino cliente.⁴⁷⁷

Gracias a una estela demótica de Menfis en el Museo de Louvre, hoy podemos establecer el día de nacimiento del pequeño hijo de Cleopatra, acontecido el 23 del mes de pauni del año 5 del reinado materno, que correspondería al 6 de septiembre del 47 a. C.,⁴⁷⁸ poco más de diez meses lunares después del arribo de César a Egipto y, dado que no hay duda de que durante ese tiempo Cleopatra sólo estuvo con él, ya no hay que seguir especulando. Ahora bien, el romano no reconoció oficialmente al pequeño porque el derecho romano no lo contemplaba, es decir, como hijo ilegítimo que era, no podía ser su sucesor jurídico, ni reclamar derecho a este respecto, pero, dado que Antonio se preocupará de que ante el Senado se

⁴⁷⁴ Cf. Nic. Dam., *Frg.*, xx. 15-21.

⁴⁷⁵ Además de que quizá trataba de granjearse el ánimo del emperador. (Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 96.)

⁴⁷⁶ Tac., *Hist.*, iv. lv. 3 y lxxvii. 1.

⁴⁷⁷ *Op. cit.*, p. 95.

⁴⁷⁸ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, pp. 98-99; Duane Roller da la fecha del 23 de junio del 47 a. C. (*Op. cit.*, p. 69.)

confirme la paternidad, no debe llevar a pensar que buscaba algo parecido para el chiquillo, sino tan sólo confirmar que César atestiguara su paternidad natural que no legal. La existencia del niño era sólo un desafío para el que será el “hijo por adopción” del poderoso general.

[174]

¿En qué afectaba al que sería su flamante heredero (legal) el que existiera en las lejanas tierras del Nilo un niño? Pues en que el nombre llevaba la impronta de su paternidad: Πτολεμαῖος ὁ καὶ Καίσαρ, esto es, Ptolomeo el también César. Un niño que estaba más ligado por sangre al viejo general de lo que Octavio lo podría estar jamás. El nombre con el que regularmente conocemos al pequeño, Cesarión, no es como se había supuesto durante algún tiempo, una especie de diminutivo ni una forma patronímica —Cesarito o el hijo de César—, puesto que es una terminación habitual en los sustantivos y que encierra, según demostró Jürgen Deininger,⁴⁷⁹ cierto toque irónico que parece una jugarreta de los alejandrinos que, al darle dicha terminación al nombre propio Kaisari/on, podía tener diversos matices, que iban del cariño al desprecio, como si fuera del “Cesarito” al “Cesarillo”, y que podría haber surgido cuando su madre y él regresaron de Roma. En el entorno familiar muy probablemente él siempre fuera llamado “César” —nombre aceptado por su padre— y que la forma “Cesarión” se haya popularizado cual peyorativo como parte de la política desacreditadora de Octavio posteriormente.

¿Qué intención tenían los padres al llamarlo así? Me parece, y en ello estoy de acuerdo con Schäfer, se buscaba su legitimación. Una estela de la ciudad de Arsínoe en El Fayum en honor del dios Suchos lleva una inscripción en griego, caso extraordinario si pensamos que se dirigía a un auditorio nativo y, por ello sospechoso, en realidad se presentaba con una segunda intención; sobre el mensaje escrito, dice: “para la reina Cleopatra, la Diosa Amante de su Padre, y el rey Ptolomeo, el también César, Dios Amante de su Padre y de su Madre, y los Antepasados, a Suchos, el Dios Padre del Padre dos veces Grande”.⁴⁸⁰ El mensaje es claro, el hijo de la reina es un Ptolomeo, pero también un Julio, fundándose una nueva dinastía egipcio-romana. El peligro de tal afirmación fue evidente para el sucesor adoptado.

⁴⁷⁹ *Apud* Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 101.

⁴⁸⁰ *Ibid.*, p. 103. Traducción con modificaciones propias.

No sabemos nada de las actividades de Cleopatra luego de la partida de César para consolidar su triunfo sobre los pompeyanos; podemos tal vez suponer cierta campaña de publicidad a su favor luego de los hechos recientes⁴⁸¹ y, dado que muy pronto partirá a Roma y allí permanecerá dos años, tal vez no fue una campaña muy exitosa o, quizá la reina planeó dicho viaje para presentarse en la Urbe y reafirmar su presencia ante él o, quizá fue algo que planearon ambos en su viaje por el Nilo, ¿cómo saberlo? Volviendo a la agenda de César, él iba a celebrar su triunfo en Roma; era uno

[175]

triple: sus exitosas guerras contra Galia, Mauritania y Egipto. Desfilaban los prisioneros reales: el odiado Vercingétorix, el niño Juba de cinco años⁴⁸² y la princesa del Nilo, Arsínoe IV. Dión Casio nos dice que la egipcia fue la única que movería la compasión en la turba romana.⁴⁸³

Cleopatra y su hermano-esposo Ptolomeo XIV llegaron después de las celebraciones, en calidad de visita de Estado, y lo más seguro es que también llevara al pequeño Cesarión para presentarlo a su padre.⁴⁸⁴ Suetonio dice que fue invitada por el propio César con la intención de firmar el pacto de alianza y amistad,⁴⁸⁵ de hecho, no era la única visita real, allí también estaba Ariarates de Capadocia,⁴⁸⁶ por lo que, se podía ocultar cualquier suspicacia sobre el motivo de la estancia de la monarca.

Cleopatra arribó a Roma con toda la pompa de una soberana helenística y lució de tal forma que su hermano es sólo una pálida sombra, incluso en las fuentes que reseñan el acontecimiento. La reina era “cliente” de César, el virtual gobernante de Roma, aunque el Senado y hombres como Cicerón reventaran de rabia; el vínculo de hospitalidad estaba presente y de alguna manera sirvió para que no se tomara a mal al principio que Cleopatra y su numeroso séquito se instalara en la villa de César, al otro lado del río Tíber. El general la colmó de regalos, como se requería a una visita tan importante, aunque éstos debieron salir del botín del mismo Egipto. Muy

⁴⁸¹ Cf. D. Roller, *op. cit.*, p. 71.

⁴⁸² Quien llegaría a ser rey cliente de su antigua patria y se casaría con la hija de Cleopatra.

⁴⁸³ D. C., XLIII. xix. 2.

⁴⁸⁴ Así lo cree Schäfer (*op. cit.*, p. 105), y Roller (*op. cit.*, p. 71) también lo admite, aunque señala que no hay manera de probarlo.

⁴⁸⁵ Suet., *Caes.*, 52.

⁴⁸⁶ Cf. D. Roller, *op. cit.*, p. 71.

pronto Roma entera comprendió que ella era “la” mujer que estaba al lado de César, aunque su matrimonio con la tácita Calpurnia fuera oficial. Aun cuando César hubo de partir para Hispania en el año 46 a. C. a fin de librar una guerra contra los hijos de Pompeyo y los pompeyanos que restaban, la situación de la reina no se modificó demasiado en todo el año que pasó sola, por el contrario, su tren de vida fue sibarítico: fiestas, banquetes y diversión a la que asistía toda la elite romana de la ciudad:

[176]

Los grandes señores de Roma se vieron frente a una oriental joven y atractiva, que intelectualmente estaba a su altura e incluso en muchos casos los aventajaba, que mostraba seguridad y, por ende, no se ajustaba en absoluto a las convenciones a las que las mujeres romanas normalmente debían someterse. Éstas a su vez adoptaron con gusto las modernas propuestas de la metrópoli de Alejandría y, por ejemplo, se dejaron influenciar en el peinado por el estilo melón, típicamente alejandrino. Como iniciadora de modas, Cleopatra ostentó tanta riqueza y estilo que tarde o temprano despertaría celos y envidia.⁴⁸⁷

No es mucho lo que podemos saber de aquellos días y fiestas, pero debieron ser deslumbrantes. En ellas la reina desplegó todo su atractivo y me atrevo a sospechar que supo ganarse la admiración de los miembros de la sociedad con su gracia natural y su inteligencia, misma que insultaría a más de uno. Cicerón es la mejor muestra de ello.

Sabemos que el orador asistió al menos a uno de aquellos convites, si no es que a muchos, el cual parece que se celebró poco antes de los “idus de marzo”; y se entiende que en tal evento Cleopatra le prometió unos libros (φιλόλογα), mismos que uno de sus cortesanos, Amonio, convino en enviar posteriormente. Con la muerte de César y lo acontecido después, a la reina debió olvidarse de este compromiso, por lo que el filósofo y orador no duda en proclamar en una de sus cartas: “Odio a la reina, Ammonio, fiador de sus promesas, sabe que tengo derecho a hacerlo”.⁴⁸⁸ Cicerón se guarda muy bien de hacer comentarios como éste sólo después de la muerte de César,⁴⁸⁹ pero en ellos se trasluce no únicamente su resentimiento contra el

⁴⁸⁷ Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 106.

⁴⁸⁸ Cic., *Att.*, xv. xv. 2.

⁴⁸⁹ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, pp. 107- 108.

general y dictador, también contra la reina que seguramente no le brindó el cumplimiento que el orgulloso romano siempre parece haber necesitado, soberbia que se reconoce en sus cartas. En una misiva del 11 de mayo del 44 a. C., dentro de un contexto sobre su consabido odio a Antonio, refiere también el aborto de la mujer de uno de los asesinos de César, Casio, que lamenta mucho; menciona enigmáticamente: “espero que sea cierto lo de la reina y también lo del hijo de César”.⁴⁹⁰ Podemos entender que no les desea sino lo que ocurre con la descendencia de Casio, y que confirma de igual forma soslayada en otra carta a su amigo Ático.⁴⁹¹ El odio del orador parece provenir de que él no fue el centro de atención de la reina, por lo que parece que formaba parte de las rencillas que tenía con el también orador Tigelio Hermógenes, a quien Cleopatra favorecía abiertamente y que causaba la rabia déspota de Cicerón, acrecentada quizá por la actitud arrogante que la soberana podría mostrar en su dignidad de monarca para con estos particulares latinos;⁴⁹² por lo que luego de los acontecimientos que narraré enseguida, el orador puede decir con desprecio: “No me molesta la huida de la reina”,⁴⁹³ aunque seguramente mentía.

[177]

Al parecer, Cleopatra no pasó desapercibida en Roma, y de ello se encargó no sólo la misma reina sino el propio César, para quien la presencia de la soberana egipcia le daba pie a ir preparando a su pueblo hacia una posible monarquía. Si seguimos el análisis que hace el ya antes mencionado Christoph Schäfer, en cuanto a la construcción del templo a Venus en Roma por órdenes del general, y lo que podría simbolizar, tal vez comprobaríamos que ella formaba parte activa de sus planes y que estaba consciente del rol que jugaría.

Para el cumpleaños del dictador, correspondiente a nuestro 25 de julio, alrededor del 46 a. C., César inauguró el templo a Venus que había prometido luego de su victoria en Farsalia, pero lo consagró a un rostro de la diosa que no era el de “la vencedora” (*Victrix*) sino al de “la progenitora, la madre” (*Genetrix*); jugaba con una doble intención, cierto que Venus era la madre de

⁴⁹⁰ Cic., *Att.*, xiv. xx. 2, trad. de José Antonio Ayala.

⁴⁹¹ Cic., *Att.*, xv. iv. 4. Para una interpretación diferente, cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 116.

⁴⁹² Cf. Cic., *Att.*, xiii. xlix. 1 y Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 107.

⁴⁹³ Cic., *Att.*, xiv. viii. 1, trad. de José Antonio Ayala.

[178]

los romanos, porque lo fue de Eneas el fundador,⁴⁹⁴ pero aludía obviamente a que también lo era de la *gens* Julia, que era precisamente la suya, y ello lo aproximaba al culto dinástico tan popular en el Oriente; al respecto, el citado filólogo alemán aduce: “puede marcar la pauta de los progresivos esfuerzos de César por lograr una consolidación duradera de su monarquía”.⁴⁹⁵ Venus le concedió la victoria y, el triunfo que celebró se acercaba tanto a la legitimación carismática de los monarcas helenísticos, que su acción inmediata no puede ser aleatoria o producto de una insania amorosa: César hizo colocar una estatua áurea de Cleopatra⁴⁹⁶ muy cerca de la estatua cultural de Venus, aprovechando que la reina ya era la encarnación de Isis y que ambas diosas podían considerarse como equivalentes: “En vista de su ostensible relación con César, en Roma debía de plantearse la cuestión de una fusión —acaso pretendida— de la *gens* Iulia con la dinastía ptolemaica. Esa pretensión, ya planteada por la nomenclatura de Cesarión, se elevó al plano ritual y se sustrajo así a la intervención profana”.⁴⁹⁷

Creo que esta pretensión dinástica de la casa Julia puede comprobarse, porque a pesar de su odio a la reina, ni el propio Octavio retiró la estatua después; claro que éste la presentó como una prueba de su *pietas* para con su tío y padre adoptivo, pero es fácil reconocer que le beneficiaba igualmente. César se quitó un poco la máscara ante el Senado y el pueblo romano; reveló su intención claramente monárquica con relación a Roma, acciones que sin duda provocaron los hechos que concluyeron en su asesinato.

La búsqueda de una divinización muy al estilo helenístico —y que yo creo que debió ser favorecida por Cleopatra, quien llenó el ego de por sí grande de César— ya se reconoce en la manera en que éste manejó una de las concesiones del Senado. A fines del 45 a. C. se permitió al dictador la inviolabilidad (*sacrosantitas*) de los tribunos de la plebe, asimismo, en su calidad de *divus*, se le concedió ser venerado junto a la personificación de la Clemencia, con Antonio como sacerdote. ¿Acaso no favorecería esto la vanidad del general a la par que le corroboraba la adoración que Roma

⁴⁹⁴ Cf. Lucr., I. 1.

⁴⁹⁵ Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 108.

⁴⁹⁶ Muy posiblemente la llamada Venus Esquilina, cf. *infra*, “Apéndice I”, p. 253.

⁴⁹⁷ Ch. Schäfer, *op. cit.*, pp. 108-109.

le reconocía oficialmente? Todo fue un planeado montaje: A César le comunicaron sus concesiones divinas frente al templo de Venus Génatrix y prefirió recibir las noticias sentado en vez de pie para reconocer la dignidad del Senado; de nada le sirvió alegar después un problema físico, el pueblo entendía que él se presentaba como superior a la vieja reunión aristócrata que había sido el poder ejecutivo hasta entonces, dejando entrever que sólo había un paso a la monarquía teocrática del Oriente ancestral. Concluye Schäfer: “César mismo intentaba afianzar su poder carismático mediante la legitimación religiosa y perpetuarlo haciendo que adquiriera un carácter tradicional”.⁴⁹⁸ Después de todo ¿no estaba allí la estatua dorada de su mujer y madre de su hijo, tan divina como él lo era en ese momento?

[179]

El plan de legitimación monárquica incluía a sus cesarianos. Antonio, fungiendo como uno de los luperkos —sacerdotes de un culto tradicional—, había intentado durante la ceremonia ofrecer a César la diadema, esa banda de lana que llevaban como insignia real los monarcas helenísticos desde tiempos de Alejandro Magno. Si bien, la rechazó tres veces ante la aclamación popular, ni a los senadores ni al vulgo pudo pasarles desapercibido que la intención del dictador era sondear sus inclinaciones para con él. César tenía como modelo a Alejandro, un rey, y se lamentaba de que con veinte años menos, éste ya era señor de muchos pueblos.⁴⁹⁹

¿Qué tanto estaba Cleopatra detrás de estas reformas o de esta visión de César? Es probable que ella fuera la instigadora de muchas de estas ideas que halagaban el ego del dictador. Parte de sus reformas tienen también el sello alejandrino, como la del calendario lunar romano, que pasó a ser solar y que es el calendario juliano que hasta el día de hoy sostenemos en Occidente, realizado por un sabio alejandrino de la corte que la reina trajo de Egipto; así como la biblioteca pública que César planeaba para Roma. Ambos proyectos tenían la impronta de una representación monárquica, donde el rey era el “señor del tiempo y de la cultura”. Su carácter de guerrero no fue dejado de lado; su deseo de conquistar Partia no sólo era vengar las injurias de este imperio para con Roma luego del robo de las Águilas en

⁴⁹⁸ *Ibid.*, p. 110.

⁴⁹⁹ Para los acontecimientos durante las Lupercales, *cf. Plu., Caes.*, 61 y *APP., B: C.*, II. 109. Con relación a la anécdota sobre Alejandro, *cf. Plu., Caes.*, 11 y *Suet., Caes.*, 7.

tiempos de Craso, también lo era pacificar el lejano Oriente, así, formar un inmenso imperio parecía lo que ambicionaba el divino César. ¿Pensaría en cambiar de capital? Roma estaba demasiado al Oeste para poder controlar tan magno territorio —algo que descubrirán después los emperadores subsiguientes—, así que es posible que se manejaran los nombres de la ancestral patria de los Julios, Troya o, mejor, Alejandría, cuya única razón electiva sería la reina de Egipto: “Podemos suponer que Cleopatra tuvo gran parte de culpa, porque influenció a César en su adaptación de las expresiones helenísticas de la monarquía, o bien porque con su sola presencia en Roma le inspiró algunas de las medidas con que fue violando cada vez más tabúes hasta que se pasó de la raya”.⁵⁰⁰

César debió creerse ya invulnerable, seguro de la disposición popular y de que la animadversión senatorial era controlable, dado que algunos de sus miembros eran cesarianos, por ello cometió el craso error de despedir a su guardia personal, para con esto demostrar su cercanía con el pueblo y el final de la guerra civil. Alguna vez había sostenido: “Nada hay más desdichado que una vigilancia perpetua, pues eso es propio del que siempre tiene miedo”.⁵⁰¹ Llegaron los *Idus* de marzo del 44 a. C. Sesenta senadores conspiraron para asesinar a César y estaban bajo la dirección de Casio, Marco, Décimo Bruto y Trebonio; presagios ominosos se cernieron sobre él. No pasó la noche con Cleopatra sino en su casa con Calpurnia, quien tuvo una premonición horrible que la hizo rogarle que no asistiera aquella mañana al senado; y se unieron a los malos augurios de los adivinos, mas Bruto hubo de persuadirlo para que marchara a su muerte; incluso alguien le entregó una misiva donde se le advertía de la conspiración, pero no la leyó. En la curia de Pompeyo, delante la estatua de su rival, tres días antes de emprender su campaña contra los partos, de la que se decía que volvería más que victorioso, pues los libros sibilinos presagiaban que éstos no caerían sino ante un rey, fue derribado de veintitrés puñaladas que le asestaron los senadores, incluyendo a Bruto a quien amaba como a un hijo, por lo que se dice sólo pronunció *καὶ σὺ, τέκνον*; (¿También tú, hijo?) cuando lo vio con la daga en la mano. La República volvía a tambalearse.

⁵⁰⁰ Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 113.

⁵⁰¹ App., *B. C.*, II, 109, trad. de Antonio Sancho Romo.

El lugarteniente de César, Antonio, supo hacerse cargo de la situación: fingió una alianza con los asesinos para luego levantar al pueblo con un famoso discurso que atravesó los siglos y tiene una maravillosa recreación en la obra shakesperiana. Los conspiradores huyeron y reinició la guerra civil. Se leyó el testamento de César donde hacía múltiples legaciones al pueblo y adoptaba a su sobrino nieto, Octavio; mas de Ptolomeo César, el hijo de Cleopatra, nada se dijo. Cree Schäfer que se debió a su calidad de hijo de una extranjera, cuya integridad física quedaría en entredicho en la lucha por la herencia paterna y más, si como hemos visto, la sucesión dinástica sí lo tomaba en cuenta cuando su padre fuera proclamado “rey de Roma”. La posición de Cleopatra no era segura, sostenida como estaba sólo por su amante, incluso podía temer por su vida y la del niño. La casa y los jardines que la rodeaban eran parte de las legaciones del dictador al pueblo, ella debía dejarlos. Mujer de temple, no perdió los estribos y organizó su marcha con la tranquilidad de la que no teme nada. Un mes después de la muerte de César, abandona Roma para siempre.

[181]

La reina de Egipto

Cleopatra aún era la reina de un Estado “amigo y aliado” de Roma, lo que le brindaría cierta seguridad, pero ella debía saber cómo dirigir la “nave” o habría peligro de zozobrar en las aguas de la guerra civil romana, entre los asesinos de César y sus herederos, a la par que debía timonearla entre los escollos de la política oriental que jugaría un papel importante para Antonio.

Aunque estaba al frente del gobierno totalmente, Cleopatra no dejaba de estar casada con su hermano Ptolomeo XIV, de unos quince años por entonces y quien, dada su edad, ya podía fungir como monarca; no obstante, la última vez que reconocemos su participación en el gobierno es en un documento del 26 de julio del 44 a. C. La sospecha de su eliminación la persigue aún. El primero en aludirlo directamente es Flavio Josefo, un judío de tiempos de Vespasiano y Tito (s. II d. C.), pero cuya aversión hacia ella está más que probada. Bastan estas palabras que espeta contra la reina para corroborarlo:

Cleopatra, la última reina de Alejandría, [...] ella, que cometió toda clase de injusticias y de crímenes contra sus parientes, contra sus maridos, que además la amaban, o contra los romanos en general y los emperadores, benefactores suyos; que incluso llegó a matar en el templo a su hermana Arsínoe que no le había causado ningún daño; que asesinó traidoramente a su hermano y despojó a los dioses patrios y las tumbas de sus antepasados; que a pesar de haber recibido el reino del primer César, tuvo la osadía de rebelarse contra su hijo y sucesor, y seduciendo a Antonio con su pasión amorosa, lo convirtió en enemigo de su patria y traidor a sus amigos, despojando a unos de su rango real y empujando a otros hasta el crimen.⁵⁰²

Aquí, como en otra cita,⁵⁰³ se adjudica a Cleopatra el filicidio de Ptolomeo XIV. ¿Lo haría? Tal vez nunca se sepa,⁵⁰⁴ pero si hemos de buscar una razón, ésta sería únicamente el buscar que su hijo Cesarión fuera corregente con ella y mandar un claro mensaje a Roma. El muchachillo recibió el título que ya vimos de “amante de su padre y de su madre”, el resquicio quizá de los planes de César de un imperio que la reina tomaría como suyo; su hijo era Ptolomeo César, poniendo de relieve que, por más que hubiera un César en Roma, no pasaba de ser el hijo adoptado; el que llevaba la sangre del insigne general estaba en Egipto. Dicha intención propagandística del “sueño de César” podría haber sido enfatizada por ella cuando elevó en su natal Egipto un templo a César una vez que éste fue divinizado en Roma y, si bien a la par podemos sospechar cierto sentimentalismo de parte de la mujer que alguna vez lo amó, este proyecto no podrá ver concluido.⁵⁰⁵

Ahora bien, la situación del país al arribo de su reina no era precisamente la mejor. Desde el año 50 a. C., en tiempos de su primera regencia, la economía estaba en crisis y las cosas habían empeorado. En la década del cuarenta la crisis agrícola se agudizó. El Nilo con su crecida podía llevar a Egipto de la bonanza a la hambruna: si su aumento no era suficiente, los campos no producirían y el hambre se enseñorearía, pero si la crecida era demasiada y el agua permanecía demasiado en los campos, pudriría la co-

⁵⁰² J., *Ap.*, II. 57. Trad. de Margarita Sepúlveda.

⁵⁰³ Cf. J., *AJ.*, xv. 89.

⁵⁰⁴ Cf. D. Roller, *op. cit.*, p. 75. Para estas fechas, sólo Arsínoe IV permanece viva en Éfeso.

⁵⁰⁵ Cf. S. Ashton, *op. cit.*, pp. 71 y 118.

secha, por lo que los *nilómetros* se extendían a lo largo de la ribera y eran consultados con regularidad. La ausencia de la reina durante tanto tiempo pudo ser un factor para que no se pusiera la suficiente atención a este hecho y se malentendieran los sistemas de riego, con la consecuente emigración del campo a la ciudad y los problemas que dicho éxodo acarrea. En los años 43 y 42 a. C. fue aún peor la situación, puesto que, al parecer, no hubo inundación cíclica y el pueblo comenzó a padecer hambre, la que se complicó con el brote de una epidemia.⁵⁰⁶ Cleopatra tomó medidas drásticas y comenzó por abrir los silos reales y repartir cereales entre los ciudadanos, la situación era tan grave que, arriesgándose a una sublevación de los judíos, como éstos no eran ciudadanos, se les negó el reparto. A pesar de las dificultades, parece que la reina supo manejar todo con mano diestra y, para ello, buscó el apoyo del clero autóctono.

[183]

Aunque poco ha sobrevivido a la “cacería” posterior de los romanos, sabemos los nombres de algunos de estos funcionarios religiosos que formarían una especie de camarilla provincial de la reina merced a algunos vestigios como lo son los altorrelieves y las estatuas que dichos funcionarios se hicieron levantar. Así está el gobernador de Denderah, Pa-ashem, hijo del general Pa-srj, o el sacerdote de Thot, Hor, quien además de sus cargos religiosos, parece haber fungido como constructor.⁵⁰⁷ La buena relación entre estos sacerdotes que tanto influenciaban al pueblo y la reina se fomentaba por medio de construcciones sagradas, como las del templo de Hathor en Denderah, que había proyectado su padre y que ella llevaría a cabo, aunque la consagración del mismo no alcanzaría a verlo en vida. Tanto en el Alto como en el Bajo Egipto, Cleopatra supo granjearse el apoyo de los sacerdotes y por medio de ellos, el del pueblo.⁵⁰⁸

Sorteó magníficamente la situación financiera por medio no sólo de la habitual contribución de impuestos, sino también por tributos de regiones limítrofes bajo su poder, confiscación de bienes a particulares y sus participaciones comerciales en negocios de importación y exportación, principalmente con los nabateos. Si bien apoyada en las fuerzas

⁵⁰⁶ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 119.

⁵⁰⁷ Cf. S. Ashton, *op. cit.*, pp. 72-73.

⁵⁰⁸ Caso concreto pueden ser los títulos religiosos que obtuvo. (Cf. *Ibid.*, pp. 80-81.)

romanas al mando de Rufio, fue ella la que supo sacar “el barco administrativo” a flote, lo que le permitió marcar ciertas pautas en cuanto a política exterior, más porque el conflicto entre los asesinos de César y sus herederos se agudizaba y se extendía por el Mediterráneo.

[184]

La situación en Roma debe ser explicada de manera sucinta, tan sólo en función de entender las relaciones que, *a posteriori*, tendrá la reina con la Urbe. Antonio decididamente se erguía como el hombre fuerte; Calpurnia, viuda de César, le había entregado los bienes particulares y los papeles del difunto en aras de que continuara sus planes. Éste tuvo entonces acceso a los bienes que el difunto guardaba para su campaña contra los partos y, si bien el hombre no podía alegar su parentesco con el asesinado líder, sí hizo valer las disposiciones de éste —o las que él señaló como tales—, y poco a poco logró su meta a corto plazo: contar con los recursos económicos y las fuerzas militares suficientes.⁵⁰⁹ Octavio, el sobrino nieto adoptado, no se hallaba en Roma cuando la muerte de su tío, pero regresó de Macedonia donde se hallaba acantonada la fuerza que dirigía como parte de los movimientos militares de César contra Oriente. Subestimado por su juventud,⁵¹⁰ el heredero supo avenirse a la situación y, apenas llegó a Roma, tomó posesión de la herencia y se hizo llamar Cayo Julio César, omitiendo el Octaviano, que referiría su adopción y, con el lema “Venganza para César”, se ganó el favor de la plebe, cabe agregar, gracias al dinero que hizo circular entre ésta como parte de las disposiciones de su difunto “padre”. Como “hijo” heredó también su numerosa clientela que incluía: a los veteranos y los acaudalados representantes y administradores de sus bienes. Y con tal apoyo, buscó y consiguió la divinización de César mediante la aserción de que la visión de un fenómeno celeste —un cometa— no era sino el alma del difunto que viajaba al Olimpo, fenómeno ocurrido precisamente durante los juegos fúnebres en su honor. Todo ello favoreció al partido de Octavio, opuesto al de Antonio, quien se vio tan presionado que movilizó sus tropas de Brindisi a las provincias que regentaban los asesinos de César para iniciar desde allá sus movimientos en contra, tanto de unos como del otro.

⁵⁰⁹ Para una explicación más detallada, cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 124.

⁵¹⁰ Alrededor de los diecinueve años de edad.

Con poco tacto, Octavio se unió a las fuerzas senatoriales, ésas que habían despreciado a César, incluso mostró pocos escrúpulos en colaborar con los asesinos de su “padre”. Auxiliado ahora por Cicerón —un claro anticesariano—, logró el apoyo del Senado y, a pesar de su juventud, se le concedió voz y voto en aquella cámara de viejos, misma que le otorgó el mando de la campaña contra Antonio, que ya tenía copado a Bruto en Mutina. En la lucha contra la Roma senatorial, el lugarteniente de César se vio superado y tuvo que retirarse a las Galias, en tanto que Octavio asumía el liderazgo. Ante el posible poder ilimitado que tendría el mozalbete, el Senado reculó de lo dicho, pero era demasiado tarde, Octavio se presentó con su numeroso ejército a las afueras de la Urbe y forzó al Senado a declarar enemigos a sus miembros asesinos, y a derogar la declaración de Antonio como enemigo público. La traición era obvia, utilizó al Senado para sus fines y nada más.

[185]

Su unión a la causa de Antonio no es por otra cosa que por miedo, puesto que éste ya se había aliado a Lépido y otros cesarianos, quienes amenazaban Roma merced a las fuerzas que había traído desde Galia. Llegado el momento, ambos se reunieron en la isla fluvial cercana a Bolonia, median-do entre ellos el propio Lépido; el resultado fue una alianza, legalizando este nuevo triunvirato el 27 de noviembre del 43 a. C. Así, Antonio, Octavio y Lépido adquirirían poderes casi absolutos en los asuntos del Estado mediante su fuerza militar transformada en política, el Senado hubo de aceptar su papel ahora secundario. El objetivo de la alianza fue “repartirse el botín cesariano” y vengar al famoso dictador. Antonio obtuvo la parte del león: Galia Comata y Galia Cisalpina; Lépido, Galia Narbonense e Hispania; Octavio, Italia, Sicilia, Cerdeña y África, las que debía pelear a los herederos de Pompeyo que controlaban las rutas comerciales, pero a largo plazo fue una ventaja que Antonio no vislumbró entonces, pero que el ambicioso jovencito tal vez sí reconoció. Políticamente comenzaron por una proscripción de todos los partidarios de los asesinos, quienes fueron desterrados, a la par que se ponía precio a sus cabezas, lo que desató una verdadera cacería por las recompensas ofrecidas; una célebre víctima fue Cicerón. Unos trescientos senadores y unos dos mil caballeros fueron proscritos y sus bienes confiscados para servicios de los ejércitos del triunvirato: veintiocho legiones encabezadas por Antonio y Octavio se pusieron en marcha.

[186]

Cleopatra se vio inmiscuida en la guerra civil muy pronto, a sólo un año de haber abandonado la Urbe. Dolabela, antiguo favorito de César, fue nombrado legado en Siria. En su trayecto hacia la provincia, cuando las cosas en Italia aún no estaban definidas a favor de los cesarianos, no dudó en decapitar a Trebonio, uno de los asesinos del dictador. Casio, otro de los implicados, marchó a su encuentro con ocho legiones, por lo que el endeble Dolabela tuvo que solicitar encarecidamente apoyo a la reina de Egipto, la cual estaba sin duda del lado de los cesarianos y respondió con presteza, enviando las cuatro legiones romanas que estaban acuarteladas en sus tierras. La razón de tan expedita respuesta se haya en que su solio dependía con mucho del triunfo de los amigos de quien la había colocado en el poder, y que pensaba legarle a su hijo, ello sin contar con el ánimo sentimental de hacer pagar a los asesinos de su amante. Por otro lado, el que la reina no dude en enviar aquella fuerza deja en claro que, a sólo un año de la muerte de César, su reino estaba seguro, pues no temía un ataque directo por tierra de ningún tipo, ya que sin las legiones estaba desprotegida.

En un principio, la táctica fue fallida. Alieno, el lugarteniente de Dolabela y quien se hallaba al mando de las tropas otorgadas por Cleopatra fue vencido por Casio, al que le entregó el control de las mismas. Dolabela no se amilanó y atrincherado en una península, sólo podía ser derrotado por mar. Casio procedió a pedir auxilio marítimo a Licia, Fenicia y Rodas e incluso lo solicitó a Cleopatra, quien astutamente no lo negó, pero tampoco lo concedió argumentando las epidemias y la hambruna de su reino. Hay que recordar que en aquel momento Egipto no era sino un aliado de Roma, y Casio aún representaba al Senado, dado que las cosas —como he dicho— no estaba aún seguras en Italia. A la postre Dolabela fue finalmente traicionado y sus hombres se pasaron al bando de Casio, razón por la que el primero se hizo asesinar por uno de sus guardaespaldas.

Los cesarianos eran derrotados y Cleopatra era sospechosa de traición y, dada la negativa de apoyar a Casio, éste decidió invadir Egipto. Efectivamente, el reino egipcio estaba asolado por la hambruna y la enfermedad, y ahora, amenazado con la guerra, parecía que hasta allí llegaría el reino de Cleopatra, mas el destino tenía otros planes. Bruto, líder de los asesinos de César, mandó llamar a Casio con sus legiones porque Antonio y Octavio cruzaban el Adriático; muy a su pesar, el general victorioso obedeció y el reino egipcio se

salvó. Conocedora de las noticias, la monarca armó rápidamente un contingente naval y partió con rumbo a Grecia para unirse a los triunviros y ofrecer su apoyo militar. Casio, al saberlo, mandó sesenta naves para enfrentarla en el Peloponeso, lugar hacia donde se dirigía la reina desde las costas africanas, pero una tormenta sorprendió a la egipcia y muchos de sus barcos zozobraron, la propia embarcación real pudo sobrevivir a duras penas; al reconocer los restos del naufragio, los hombres de Casio supusieron que todo estaba conjurado. La reina cayó enferma y se vio obligada a regresar a Alejandría sin haber prestado su auxilio para derrotar a los asesinos de César, quienes cayeron finalmente bajo el peso de los ejércitos de Antonio; Octavio no se destacó porque una enfermedad lo acometió poco después de que su campamento fue atacado por Bruto, esta fue una situación recurrente en el triunviro: siempre estaba enfermo en sus grandes batallas que eran libradas por otros. Filipos, en Grecia, fue el escenario de la derrota final y suicidio de Casio y Bruto, así como el lugar donde los vencedores llegaron a nuevos acuerdos:

[187]

A Octavio se le adjudicaron de nuevo las provincias hispanas, pero hubo de aceptar la ingrata obligación de asentar en Italia a decenas de miles de veteranos, lo cual inevitablemente acarrearía expropiaciones y provocaría disturbios. Antonio, por su parte, se encargaría de la pacificación de Oriente y recaudaría fondos para la asistencia a los veteranos.⁵¹¹

La intención de Antonio no sólo era seguir los pasos de César y conquistar los territorios con los que soñaba el viejo líder, también quería hacerse de los recursos casi ilimitados de Oriente, por lo que podemos entender que su actitud desparpajada y jovial que tanto molesta al moralino Plutarco se debe, en parte, a que intentaba granjearse el cariño de los habitantes de tan productiva región. De aquí tal vez su presentación temprana como Nuevo Dioniso, para que la adoración a la deidad lo beneficiara; con ello, seguía los pasos no sólo de César sino también de Pompeyo e incluso, diría yo, del mismo Alejandro, porque acercarse al sentir oriental era tener acceso a los recursos que representaban. Aun con todo, es fácil suponer que Antonio

⁵¹¹ Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 132.

finalmente se dejara en algo arrastrar por aquella vorágine de adulación y, aunque la presentación que de él hace su biógrafo Plutarco, es a todas luces parte de la tradición negativa posterior, no obstante, algo de los rasgos con que lo dibuja no pueden desestimarse tan fácilmente:⁵¹² era un hombre de buen humor, aficionado a las bromas y las burlas, mas pagado de sí mismo y poco tolerante cuando se creía insultado, incluso capaz de cierto exceso a la hora de vengar y castigar una afrenta; un poco ingenuo al momento de proceder, pero un gran militar y avezado estratega. Sibarita, gustaba de los placeres culinarios y sexuales, lo que lo hacía la figura de todo convite y muy popular entre los encumbrados y el pueblo por igual, puesto que sus excesos sabían tomar tintes de ritualidad dionisiaca, que borraba mucho del aire orgiástico que podría atribuírsele en la recatada Roma, reputación que Octavio supo encauzar en más de una ocasión para hacer triunfar a su partido. Antonio estaba en el pico más alto de su carrera, ya se había distinguido durante los conflictos en Egipto cuando Gabinio restituyó en el trono a Ptolomeo XII, era un avezado político en tiempos de César, de quien fue casi su mano derecha, además estaba casado con la sagaz Fulvia, con quien había tenido dos hijos, Antilo y Julio Antonio, y ella había sido parte importante en su éxito en Roma, y todo a sus tempranos cuarenta y dos años.

Las noticias conservadas en las fuentes⁵¹³ parecen demostrar que Antonio no se dejó impresionar por los honores que le concedían en Oriente, y separó muy bien éstos de los negocios, exigiendo sin reparos las contribuciones necesarias para sostener a su ejército y para proyectar su campaña militar contra los partos. Su presencia ponía en jaque a todos los soberanos clientes de Roma, Cleopatra entre ellos, puesto que el triunviro no sólo venía a ratificar a los reyes designados, sino a tomarles cuentas de sus acciones durante la guerra contra los asesinos de César, al tiempo que exigiría las contribuciones necesarias para el nuevo orden civil romano. En el marco de dichas negociaciones, asegura Schäfer,⁵¹⁴ debemos sentar las noticias que trasmite Plutarco acerca de las exigencias al respecto que éste hace a la reina egipcia, no como una duda real sobre su partido, habida cuenta de

⁵¹² Para una valoración diferente, cf. *ibid.*, p. 134.

⁵¹³ Cf. Plu., *Ant.*, 24; App., *B. C.*, v. 4 y ss. y D. C., XLVIII. xxiv. 1.

⁵¹⁴ *Op. cit.*, p. 136.

que era obvio que estuvo siempre del lado de los cesarianos; no obstante, la monarca necesitaba también de su ratificación y de contar con el apoyo del triunviro, pues su hermana Arsínoe IV, a la sazón en Éfeso, aún contaba con partidarios en Alejandría y en el Levante, zona de importancia capital a sus intereses, además, el rey aliado Antípatro, había sido asesinado por un complot y, su hijo, el odioso Herodes, quien se había pasado al bando de Casio en su momento, era ahora el monarca de Jerusalén.⁵¹⁵

Al exigir Antonio a Cleopatra que lo viera en Tarso, proyectaba imponer su calidad de representante de Roma; y la actitud de la reina demuestra el juego de jerarquías que ambos realizarían, negociando sus respectivos papeles en la diplomacia mediterránea: “Cuanto más tarde llegara ella, cuanto más la esperase Antonio en Tarso, menos se notaría la indudable superioridad de él y más fuerte parecería el punto de partida de ella en las negociaciones pendientes. Dado que los apremios no servían de nada, la reina se tomó su tiempo”⁵¹⁶

[189]

Cleopatra provocativamente lo hizo esperar, mientras que él estaba en ascuas, ya que necesitaba asegurar su apoyo antes de tomar rumbo a Siria. Ella por su lado, no quería mostrarse como todos los demás reyes que marcharon apresuradamente al chasquido de los dedos romanos. Plutarco transforma esta escaramuza diplomática en una celada de seducción, producto de la idea maliciosa de la reina de tomar control de un pelele enamorado;⁵¹⁷ con todo, no podemos dejar de dar crédito a la parafernalia desplegada por la reina, mas sí entenderla desde un ángulo diferente al expuesto por el tendencioso biógrafo griego.

Cleopatra decidió enfrentar a Antonio con las mismas armas que él había esgrimido para triunfar en Oriente, mismas de las que ella era más avezada poseedora. Preparó su viaje con toda calma y decidió presentarse como un apoyo digno de la campaña religiosa que éste había emprendido: si él era Dioniso, ella sería Afrodita. Después de todo, ¿no fue el mismo César quien, como Venus, la presentó así ante los romanos? Una de las fuentes de su tiempo no relata al respecto:

⁵¹⁵ Cf. J., *BJ.*, I. 225 y ss.

⁵¹⁶ *Ibid.*, p. 137.

⁵¹⁷ Plu., *Ant.*, 25.

Se resolvió a navegar por el río Cnido⁵¹⁸ en galera con popa de oro, que llevaba velas de púrpura tendidas al viento, y era impelida por remos con palas de plata, movidos al compás de la música de flautas, oboes y cítaras. Iba ella sentada bajo dosel de oro, adornada como se pinta a Afrodita. Asistían a uno y otro lado, para hacerle aire, muchachitos parecidos a los Amores que vemos pintados. Tenía asimismo cerca de sí criadas de gran belleza, vestidas de ropas con que representaban a las Nereidas y a las Gracias, puestas unas a la parte del timón, y otras junto a los cables. Sentíanse las orillas perfumadas de muchos y exquisitos aromas, y un gran gentío seguía la nave por una y otra orilla, mientras otros bajaban de la ciudad a gozar de aquel espectáculo, al que pronto corrió toda la muchedumbre que había en la plaza, hasta haberse quedado Antonio solo sentado en el tribunal; la voz que de unos en otros se propagaba era que Afrodita venía a ser festejada por Dionisio en bien del Asia.⁵¹⁹

Sabedor de que Cleopatra llegaba desde Egipto, Antonio trató de sustraer al pueblo del arribo real celebrando un juicio, pero como deja noticia Plutarco, de nada le valió, y la gala de la reina fue un éxito total. Al parecer, el biógrafo romano estaba bien informado con respecto a este acontecimiento, y sus fuentes serían cercanas al triunviro en comentario.⁵²⁰ Historiadores modernos⁵²¹ arguyen que posiblemente la reina fuera semidesnuda, habida cuenta de que era así como regularmente se representaba a Afrodita, además de que Plutarco insiste en su parecido. Basándose en una estatuilla pompeyana de la época, Christoph Schäfer sugiere que llevara un atuendo provocador, parecido al que porta una figurilla de la diosa: con un sostén formado por una especie de red que deja vislumbrar los senos y un cinto cruzado en forma de “equis”, símbolo del planeta y de la diosa Venus sobre su vientre, que remata en una especie de tanga de perlas.⁵²² Si tal aserción es cierta, era

⁵¹⁸ Tal vez habría que recordar que Cnido, no el río sino la ciudad asiática (*cf.* Strb., xiv. ii. 6.), la cual era celebrada por la famosa estatua de Afrodita que alguna vez cinceló Praxíteles.

⁵¹⁹ Plu., *Ant.*, 26., trad. con leves correcciones de Antonio Ranz Romanillos. A Roller (*op. cit.*, p. 77) más bien le recuerda los atavíos con ánimo seductor que Hera emplea para sonsear a Zeus. (*Cf.* Hom., xiv. 161-165.)

⁵²⁰ Tal vez el cronista Delio o el historiador Sócrates de Rodas, *cf.* D. Roller, *op. cit.*, p. 78.

⁵²¹ Schäfer, que es mi fuente, señala además a Clauss y Baumann.

⁵²² *Cf.* Ch. Schäfer, *op. cit.*, pp. 139-141.

obvio que aquel espectáculo gratuito captara la atención de todo el pueblo de Tarso y dejara al triunviro en segundo plano.

No contenta con este triunfo, Cleopatra se anotó otro más: Antonio la convidó a cenar con él aquella tarde, pero la reina reviró sugiriéndole que lo hiciera en su barco. Plutarco señala que la deferencia y la amistad llevaron al hombre a aceptar,⁵²³ pero ello representaba que era él quien finalmente arribaba a Egipto, puesto que era como si la galera real, al no tomar puerto y al no descender su monarca, siguiera en su país. El fabuloso banquete que siguió se halla dentro de la tradición ptolemaica que durante generaciones se había empleado para demostrar el poder y la largueza de los reyes egipcios.⁵²⁴ He aquí una versión de lo acontecido:

[191]

Sócrates de Rodas, en el libro tercero de su *Guerra civil*, cuando describe el banquete ofrecido en Cilicia por Cleopatra [...] dice así: 'Cleopatra, habiendo ido al encuentro de Antonio, en Cilicia, preparó en su honor un banquete real, en el que todo era de oro e incrustaciones de piedras preciosas, magníficamente elaborado en su técnica. Hasta las paredes, dice el autor, estaban cubiertas con tapices teñidos de púrpura y bordados de oro. Tras hacer preparar doce triclinios, Cleopatra invitó a Antonio, acompañado por quienes quiso. Él quedó estupefacto ante la magnificencia del espectáculo, y ella, sonriendo dulcemente, le dijo que le ofrecía todo aquello como regalo, y lo invitó a que fuera a cenar con ella de nuevo al día siguiente, junto con sus amigos y oficiales. En esta ocasión organizó el banquete de un modo mucho más suntuoso, e hizo que los anteriores preparativos parecieran insignificantes, y de nuevo se lo ofreció como regalo. En cuanto a los oficiales, el lecho en el que se habían reclinado cada uno, así como la credencia,⁵²⁵ lo mismo que los cubrecamas, se habían repartido entre ellos, y permitió que cada uno de ellos se los llevase. Además a su partida proporcionó a los de mayor rango literas junto con los porteadores, aunque a la mayoría los proveyó de caballos adornados con jaeces de plata, y a todos, de esclavos etíopes para portar las antorchas. Al cuarto día distribuyó asignaciones para rosas por

⁵²³ Plu., *Ant.*, 26.

⁵²⁴ Schäfer señala por ejemplo la procesión fastuosa de Ptolomeo II y advierte que la largueza de Cleopatra queda muy por debajo, dando con ello una idea de lo que se esperaba de ella y que contrastaba tanto con la frugalidad romana. (*Op. cit.*, p. 142.)

⁵²⁵ Mesita auxiliar de varios estantes para vasos y otros utensilios.

valor de un talento, y los suelos de las salas estaban cubiertos de ellas hasta la altura de un codo, en espirales de redes desplegadas sobre ellos.⁵²⁶

[192]

Los regalos de la reina consistían efectivamente en otorgar al triunviro todo aquello que había visto y empleado durante el banquete, y habría que agregar el énfasis erótico de que era una donación de Afrodita, por lo que podemos sospechar con cierta certeza que, aquellos lechos donde estuvieron los oficiales y demás amigos del triunviro estuvieran acompañados de hermosas prostitutas y de lindos muchachitos como los que habían servido de Nereidas, Gracias y Cupidos.

No sabemos nada de la noche siguiente al primer banquete, todo es especulación y fantasía modernas. Antonio debió pedirle a la soberana que le devolviera la visita y que en esa segunda visita todo fuera un éxito, no porque el triunviro pudiera igualarla en la esplendidez, que por otro lado fue tan torpe que él mismo hizo mofa de su ineptitud, sino porque ella comprendió qué tipo de hombre era y comenzó a comportarse con la misma soltura de su invitado y, éste se sintió por fin a gusto en su presencia: “su trato tenía un atractivo irresistible y, su figura, ayudada de su labia y de una gracia inherente a su conversación, parecía que dejaba clavado un aguijón en el ánimo.”⁵²⁷ Antonio reconoció las posibilidades que su unión con Cleopatra albergaba y la pasión debió seguir a dicha sinergia de personalidades.

No todo pudo ser amor o lujuria, ambos eran personas inteligentes y, junto a las relaciones personales, debieron estar las negociaciones políticas, los pactos y la cooperación que ambos debieron solicitar hasta llegar a un acuerdo beneficioso para los dos: Antonio ganó el pleno apoyo de Egipto y se cubrió las espaldas con una relación privada con esta reina que se destacó inmediatamente entre los aliados orientales del naciente imperio romano y, si bien otorgó a ella una serie de concesiones que consolidaron su trono, estas medidas servían por igual a su interés. De tal suerte, la primera de ellas fue la eliminación de Arsínoe IV, quien fue asesinada en Éfe-

⁵²⁶ Ath., *Deipn.*, 147e-148b, trad. de Lucía Rodríguez-Noriega.

⁵²⁷ Plu., *Ant.*, 27.

so por orden de éste en el templo mismo de Ártemis,⁵²⁸ con ello Cleopatra conjuraba el peligro de una sucesión alterna y su hijo Cesarión estaba ya firmemente asentado. El exgobernador de la útil isla de Chipre, Serapión, que había cedido barcos a Casio, fue apresado en Tiro, hallado culpable y muerto; con lo que la reina adquiriría control sobre la isla. Finalmente, también fue asesinado un hombre que se hacía pasar por Ptolomeo XIII, hermano de la reina, y a quien había acogido el pueblo de los aradios. Antonio supo combinar lo útil con lo placentero, y fue algo que Octavio no le perdonó, ya que a él dichos intentos siempre le salieron mal, a esta envidia hay que agregar el sentido partidista que pronto nutrió las rencillas entre dos hombres tan distintos y tan parecidos a la vez.

[193]

Si en verdad hubo una intensa pasión entre la reina y el triunviro, esto no nubló el seso de Antonio como sugiere la tradición posterior. Cleopatra volvió a Egipto y Antonio se dedicó a los problemas en Siria, tan cercana a los partos; allí supo establecer o ratificar una serie de reyes locales fieles a Roma que tuvieran compromisos personales con él y, de esta manera, que pudieran pacificar y controlar la región, como fue el caso del judío Herodes. Sólo después de lograr dicha pacificación es que partiría a Egipto en el invierno del 41-40 a. C., donde su amada de veintiocho años lo esperaba para una atención personal y a todo lujo.

Antonio y Cleopatra, historia de pasión y política

Antonio bien pudo conocer a Cleopatra mucho años antes cuando ella acompañó a su padre a Siria, antes de su regreso a Alejandría, cuando el hombre formaba parte de las huestes de Gabinio. Pero el alegre y viril joven de veintisiete años no se habría fijado en la jovencita de catorce años, así pues, las noticias tendenciosas de Apiano sobre una relación amorosa desde entonces son sólo parte del odio que el triunviro despertó en el historiador. Es posible, sí, que Cleopatra estimara oportuna, ahora que estaba en

⁵²⁸ Para una discusión sobre las malas maneras de Apiano al sugerir esta muerte y sobre la gran posibilidad de haber descubierto el cadáver de Arsínoe IV, cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 145 y nota 21.

[194]

Egipto una boda con él, pero ello resultaba imposible, pues éste era casado. La esposa actual de Antonio era Fulvia, pero ella tampoco era la primera esposa. Sabemos que se casó y tuvo una hija con su prima Antonia, incluso Cicerón le espeta que tuvo un matrimonio —tal vez un eufemismo— con la hija de un liberto, de la cual tuvo descendencia;⁵²⁹ y ello sin contar con los múltiples amoríos que se reportan; como el de la favorita de Ariarates de Capadocia, Glafira, que se entregó al romano para asegurar el ascenso de su hijo al trono.⁵³⁰ Su fama de mujeriego sí que le precedía, razón por la que, luego de haber conocido a Cleopatra como una inteligente y astuta mujer, no podemos sino entender que, con respecto al romano, todos los pasos estaban muy bien premeditados.

Antonio prefirió Egipto a cualquier otro reino cliente, no sólo porque allí se hallara la reina amante, sino porque era un sitio que conocía y en donde se hallaba seguro y a sus anchas. Él no era un bruto, había estudiado en Atenas y crecido en una de las familias más antiguas de Roma que apreciaba la cultura, por lo que desplegaba gran sensibilidad al frecuentar las instituciones culturales y religiosas de Alejandría, y mostrar su respeto a los sabios helénicos de la corte de Cleopatra; con ello, se acercaba al pueblo de Egipto como no lo había logrado César al arribar como garante de una Roma impositiva; conocía la opinión pública y podía presumir sus dotes de estadista. ¿Junto a esto, podemos reconocer un romance? Sin duda, y del que hubo consecuencias: Cleopatra quedó embarazada, y como con César, Antonio fue requerido por asuntos inevitables en Roma y hubo de dejarla sin miramientos. Nacerían gemelos, o mejor, mellizos, niño y niña, a los que su madre llamó Cleopatra y Alejandro, nuevamente dejando en claro su política y su ahora tendencia oriental; así pues, luego de la muerte de César, sus intereses parecen más limitados al sueño de un gobierno total al interior de su reino, además de la anexión de la Celesiria, antiguo reino en disputa entre los Ptolomeos y los Seléucidas de Asia.

¿Cuáles fueron esas condiciones que forzaron a Antonio a abandonar su cómoda residencia en Alejandría? En Italia las cosas se habían tornado

⁵²⁹ Para las insinuaciones de Cicerón, *cf. Cic., Att., xvi. xi. 1.* Para Antonia y su hija homónima, *cf. Ch. Schäfer, op. cit., p. 149.*

⁵³⁰ *Cf. Ch. Schäfer, op. cit., p. 135.*

complicadas por la mala actuación de su hermano Lucio, quien estaba al mando de cuatro legiones fieles al primero, y que él mismo había empleado para incomodar a Octavio, cuya principal tarea era la asistencia a los veteranos. Para esto, requería dotarlos de tierras, mismas con las que no contaba. Pero Antonio no se comunicaba con su hermano, y Schäfer, a diferencia de otros autores, atribuye esto a una actitud acomodaticia del hombre que esperaba que la situación tomara un rumbo a su favor: que Lucio eliminara a Octavio,⁵³¹ pero como esto no se dio, aquella elegante reserva parecía más bien indiferencia. Tal vez por ello, supongo, Lucio se vio contrario a su hermano e incluso le cuestionó su actitud, acción que terminó por enemistarlos; a la postre, el triunviro lo abandonó a su suerte. Esta reflexión echa por tierra la idea consabida que manejan en las fuentes antiantonianas de que él estaba totalmente sometido a la reina; en este sentido, Cleopatra tuvo poco que ver en las acciones de su amante por aquel tiempo.

[195]

Lucio, apoyado por la implacable Fulvia, movilizó a las tropas contra Octavio; se enfrentaron en Perusio, pero fue una derrota total que terminó con la huida de ambos,⁵³² la anexión de las tropas sobrevivientes al bando enemigo, así como la destrucción de la ciudad. Fulvia y sus hijos huyeron a Atenas esperando encontrarse con Antonio, a la sazón, en Siria tratando de organizar una contraofensiva a los partos que se habían desplazado e incluso tomado Jerusalén, expulsando a Herodes y su corte a la fortaleza de Masada. No obstante, los disturbios en su patria eran más peligrosos que la avanzada parta, así que se marchó a Atenas donde lo esperaban su esposa y algunos adeptos. Las fuentes hablan de una recriminación a ella y, si ésta se dio, debió ser más producto de la derrota que de un ánimo adverso a las acciones de su mujer, o de su intromisión en la política, puesto que Antonio era un hombre inteligente que debió sopesar lo útil que podía resultar una dama hábil y decidida. Tan ridículo parece este regaño como la supuesta razón de Fulvia para declarar la guerra a Octavio: librar a su marido de las garras de la insigne amante, siempre habrá que bregar contra historias como ésta. La certeza de que es una falacia se ratifica cuando sabemos que

⁵³¹ Cf. *Ibid.*, p. 153.

⁵³² Lucio sobrevivió y obtuvo un puesto de legado en Hispania, pero moriría al poco tiempo.

Antonio movilizó sus tropas hacia Italia, acción que no es precisamente en señal de paz para con Octavio; y deja en claro que no estaba tan en contra de las acciones de su hermano y su mujer. Desgraciadamente, ella no pudo acompañarlo, pues cayó enferma y moriría en Sición.

[196]

Aún no desembarcaba cuando se topó con la noticia de que las tropas del norte bajo el mando de su legado estaban ahora en manos de Octavio, pues el general había muerto y su heredero cedió el control a su rival. Las fuerzas en su contra eran muchas y, aunque venció en un primer enfrentamiento, se vio en la necesidad de entrar en negociaciones con su homólogo, quien a su vez se vio impelido por esos hombres que se habían unido a él recientemente, soldados antonianos que no deseaban combatir a su generalísimo. Las negociaciones redundaron en el Tratado de Brindisi. El triunvirato se convirtió en cosa de dos solamente, pues Lépido fue dejado de lado, aunque nominalmente se le tomara en cuenta, pero se hallaba imposibilitado en África. El imperio se dividió en dos porciones: Octavio se quedó con Occidente y Antonio con Oriente, la idea central del tratado era llegar a un acuerdo con Sexto Pompeyo, heredero de su padre y revoltoso en territorio itálico, así como vencer a los partos dado que sus avanzadas eran más amenazantes y ya se hallaban cerca de Asia Menor; las tropas para ambas maniobras se reclutarían en Italia, pero como ésta se hallaba en posesión de Octavio, la situación sería difícil para Antonio, pues su rival podía coartar sus movimientos. El tratado se confirmó con el matrimonio del reciente viudo con la hermana de su rival, Octavia, la cual acababa de perder también a su primer marido; por su parte, Antonio casó a su entenada, la hija de Fulvia, con el esplendente Octavio, así pues, nuevamente las mujeres romanas eran empleadas como sello en las relaciones de sus hombres.

¿Cómo tomó Cleopatra las cosas? Seguramente muy mal. Su amante, quien de momento se halló viudo, no había cumplido con el periodo de luto requerido y que la reina hubiera podido emplear a su favor a fin de persuadirlo de algún modo. La nueva rival era una mujer joven y atractiva, además de inteligente. Octavia poseía habilidades diplomáticas y podía ser más que simpática para él; era una dama prudente que, como se comprueba con los años, nunca fue una espía para su hermano —aunque es posible que éste lo haya pretendido—, por el contrario, parece que la fidelidad y la lealtad eran sus mayores virtudes. Si ella sentía algo por su esposo, a él no parece haberle

importado, y a mí me parece que nunca sabremos esto, pues en una mujer de sus principios, es difícil saber si su preocupación por su marido era amor a él o a sus ideas. Antonio por su parte, no pudo encontrar mejor partido. La boda se celebró con todo decoro en Roma, por lo que Cleopatra tendría en ella a su mayor rival. Antonio no mostró la misma moderación que Octavio en su nuevo matrimonio, pues al cabo de tres años de relación engendró dos hijas.

Antonio encontró una Roma antagónica y llena de resentimientos para con su gobernante; Octavio no era una figura popular desde tiempo de las proscripciones de la guerra civil y sus nuevos impuestos sólo agravaron las cosas, a buen seguro que habría sido linchado si su cuñado no interviene con sus tropas, acción de la que después debió arrepentirse, pero que en ese momento fue lo mejor, ya que el tratado de Brindisi le dio un respiro y le permitió tener mejores alternativas que Octavio. Las cosas en Oriente no eran tampoco buenas. Los partos habían desplazado al rey Herodes —títere de Antonio—, asesinado a su hermano Fasael, además de haber establecido como rey al asmoneo Antígono. Parecían ser una fuerza irreprensible que llevó el sitio a Masada, donde el depuesto rey y su corte de ochocientas personas se refugiaban. Éste último decidió marchar a Occidente en busca de ayuda y licenció provisionalmente a sus tropas. Al llegar a territorio egipcio fue detenido por los gobernantes, la explosiva situación entre Siria y Palestina impedía a éstos actuar sin el consentimiento de su reina. Cleopatra y Herodes eran competidores latentes por el dominio de la zona y, aunque ambos fueran aliados del mismo partido romano, sus agendas eran muy diferentes: él pretendía que la Urbe lo reinstalara en el trono, y ella por su parte estaba decidida a controlar la Celesiria y Palestina que sus antepasados habían dominado por décadas. No obstante, en ese preciso momento tenían un enemigo en común: Partia. Cleopatra recibió a Herodes en su calidad de monarca y le otorgó un barco para viajar a Rodas, desde donde pudo navegar a Italia. La anécdota que cuenta Flavio Josefo sobre el rechazo del monarca judío a un puesto en el reino ptolemaico parece formar parte de su campaña posterior para congraciarse con Octavio, ya que él sí había sabido, a diferencia de César y Antonio, resistir a los hechizos de la reina.⁵³³ Como esperaba, Antonio

[197]

⁵³³ Cf. J., *BJ*, I. 279; *AJ*, xv. 97 y ss. y Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 160-161.

intercedió por él ante el Senado y éste lo ratificó como rey judío. Nuevamente podemos reconocer aquí a un gran estratega que pensaba en su éxito personal, pues con las movilizaciones partas necesitaba de aliados fuertes, aun cuando esta decisión lo malquistara con Cleopatra, quien no habría aprobado tener como vecino a un reino poderoso respaldado por la misma Roma.

[198]

Las acciones de Antonio tenían, según podemos apreciar hoy, una razón de peso y no podían tomar en cuenta en ese momento los deseos de un reino particular como lo era Egipto. En Partia se hallaba el antiguo legado de los asesinos de César, Labieno, quien fungía como *imperator parthicus* y por quien gracias a su ayuda cayó Siria, con lo que el Asia Menor se vio amenazada seriamente. Pero surgió entonces la estrella de Baso, un antiguo arriero que llegó a senador gracias al apoyo de Antonio. Baso supo hacer retroceder a los partos y deshacerse del mismo Labieno, quien terminó muerto en las contiendas que replegaron a los partos de Asia; ni siquiera la llegada del príncipe heredero Pacoro sirvió de algo, también fue derrotado y muerto por este mismo general romano, quien reconquistó Siria. Estos éxitos le consiguieron a Baso la oportunidad de celebrar un triunfo en Roma, pero también le acarrearón los celos de un Antonio que estaba forzado a superar a su general y lo destituyó al momento de llegar.

Instalado en Atenas con su esposa y familia, la ciudad lo recibió con regocijo. El generalísimo prosiguió con su campaña religiosa, al punto que los ciudadanos le ofrecieron un “matrimonio ritual” con su diosa patrona Atenea, que él aceptó junto con una “dote” de mil talentos que debió empañar el entusiasmo de la ciudad. Sosio, nuevo gobernador de Siria, tenía sitiada Jerusalén aún en manos del títere parto. En el verano del 37 a. C., a meses de luchas sangrientas, la plaza cayó lo mismo que su improvisado rey; y Herodes pudo sentarse nuevamente en el trono.

Egipto había estado al margen gracias a que los intereses partos estaban en Asia. Cleopatra bien podría haber defendido su territorio, pero no así proceder a la ofensiva. Antonio estaba en su cuartel ateniense con su esposa romana, y la reina debió tragarse su condición de amante del romano. Si bien su prestigio real y sus hijos le daban un lugar preferencial entre las conquistas de Antonio, su caso no pasaba de esto y, dado que no tenía más opción, debió armarse de paciencia y esperar que la situación se modificara a

su favor, como ya había ocurrido antes. Dicho cambio ocurrió merced a las traicioneras acciones de Octavio; desde la primavera del 37 a. C. éste no se encontraba en la mejor situación: Sexto Pompeyo le había infringido una terrible derrota y se hallaba en posesión de las islas italianas de Cerdeña, Sicilia y Córcega, por lo que había consolidado un bloqueo que había llevado hambruna a Roma y sólo eso lo hizo buscar un acuerdo con Antonio, a quien no le había enviado las legiones que prometió con el tratado de Brindisi; por lo que éste tomó rumbo a Italia con ánimo de desembarcar en aquel puerto y exigir a punta de lanza el cumplimiento de los acuerdos. Octavia medió entre su marido y su hermano, luego que Antonio fue rechazado en Brindisi y no pudo desembarcar. El resultado de las acciones femeninas fue un nuevo tratado firmado en Tarento; acción que le mereció el reconocimiento de su marido mediante la acuñación de su rostro en una moneda junto al de él. Volviendo al tratado en comento, esta vez se tuvo que incluir en las negociaciones a Sexto Pompeyo, quien además del control de las islas ya mencionadas, se le reconoció derechos de tráfico sobre el Peloponeso griego con tal de que desarmara el bloqueo y permitiera el arribo de alimento a la Urbe. Entre otras cosas tratadas en Tarento estuvo la prolongación del triunvirato por cinco años más, el consabido envío de tropas a Antonio para su guerra contra Partia y la entrega de una flota a Octavio. Sólo esto último fue llevado a cabo. El primero cumplió su parte, el otro se negó a realizar la suya, si bien no abiertamente, sólo retrasando una y otra vez el necesario envío. La solución que encontró Antonio fue enviar a Octavia a Roma, no porque se malquistara con ella —como pretendió hacer creer la propaganda posterior—, sino porque confiaba en sus buenas habilidades más que probadas con el tratado de Tarento. Al parecer estaba embarazada, y se manejó la posibilidad de que la enviara de regreso para evitarle fatigas en territorio extraño,⁵³⁴ aunque no podemos dejar de lado la posibilidad de que fantaseara con Cleopatra ahora que reiniciaría su campaña oriental.

[199]

Nuevamente las fuentes como Plutarco, Flavio Josefo y Dión Casio se empeñan por presentarnos a la pareja como un suerte de conjunción entre una arribista endemoniada y seductora lasciva que juega con un voluble y

⁵³⁴ Para una idea diferente, cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 165.

embriagado semivarón, pero todo ello no es sino producto de la posterior propaganda del vencedor, y no vale la pena sino anotarse como una marca más de que, por el contrario, las cosas favorecían a Antonio en Roma, incluso tiempo después de su muerte y de que, igualmente, la opinión sobre Cleopatra era favorable, razón de más para que hubiera necesidad de vilipendiarlos así para la posteridad. Como asevera Schäfer: “si consideramos objetivamente el margen de acción política del triunviro, enseguida veremos cuán pocas alternativas tenía”.⁵³⁵

Antonio estaba frente a una campaña más que importante, su prestigio iba en juego tanto como su supervivencia dentro de la política de la Urbe. Con su permanencia en Occidente, Octavio había consolidado —si bien con base en traiciones a sus aliados— un gobierno sólido; en tanto que Antonio no podía decir lo mismo de sí, ya que las recientes victorias eran más bien producto de las buenas acciones de generales como Baso, así, su estatus como hombre fuerte estaba en entredicho, además de que su flota estaba diezmada merced a los envíos a su rival y cuñado, así pues, necesitaba urgentemente dinero y provisión de barcos; y sólo Egipto podía otorgárselo. Asimismo, para lidiar con Octavio necesitaba estar en una posición de poder superior a él, como se lo habían comprobado los hechos más recientes, y nuevamente era Cleopatra su única salvación. ¿Pero cómo podría presentarse ante ella luego de tres años de matrimonio y dos hijas con la bella y dócil Octavia?

Antonio envió a su legado Fonteyo Cápito con la solicitud a Cleopatra de que se reuniera con él en Antioquia. La reina no se dilató para alcanzarlo en aquella ciudad. ¿Pasión desbordada o estrategia política? Un poco de ambas, no sabemos qué se anidaba en su corazón, pero lo que sí podemos notar es que los intereses de ambos coincidían en ese momento, por lo que pasaron juntos el invierno del 37 al 36 a. C., consolidando su alianza y planeando el futuro. El triunviro procedió a reconocer a los gemelos de la reina —¿podía hacer algo menos que eso?— y definir su estrategia de combate contra los partos y contra Octavio.

La más terrible peste, que había estado callada por largo tiempo, es decir, el amor de Cleopatra, que parecía adormecido y debilitado por mejores consi-

⁵³⁵ *Ibid.*, p. 167.

deraciones, se encendió y estalló de nuevo al acercarse a Siria; y por fin el caballo indócil y desbocado del apetito, como se explica Platón, hollando y pisando todo lo honesto y saludable, hizo que enviara a Fonteyo Cábito para conducir a Siria a Cleopatra. Llegado que hubo, le concedió y añadió a sus provincias, no una cosa pequeña y despreciable, sino la Fenicia, la Celesiria, Chipre y gran parte de la Cilicia, y además todavía la parte de Judea que produce el bálsamo, y de la Arabia Nabatea todo lo que toca al mar exterior. Incomodáronse los romanos en gran manera con estas donaciones, sin embargo de que a personas particulares daba provincias y reinos de grandes naciones, y a muchos les quitaba también los reinos, como al judío Antígono, al que, traído a su presencia, hizo decapitar, no habiéndose impuesto antes esta pena a ningún rey; pero lo que más insufrible se les hacía era el pasar por la vergüenza de los honores dispensados a Cleopatra. Subió de punto este oprobio habiendo tenido de ella dos hijos gemelos, de los cuales al uno llamó Alejandro y a la otra Cleopatra, y por sobrenombres a aquel, Sol [sc. Helios], y a ésta Luna [Selene]. Era singular en hacer gala de sus excesos y liviandades; así, decía que la grandeza del imperio de los romanos no resplandecía en lo que adquiría, sino en lo que donaban, y que la nobleza se dilatava con las sucesiones y descendencias de muchos reyes, y de este modo era como su progenitor venía de Hércules, que no limitó su sucesión a una mujer sola [...] y a la cuenta de que había de darse a la procreación [...] se propuso dar a la especie muchos principios y orígenes de familias y linajes.⁵³⁶

[201]

Como da cuenta el texto plutarquiano, la indignación romana se debía en gran parte, sino es que en toda, a la relación con Cleopatra y, a lo que ellos consideraban la orientalización de un ciudadano romano donde debían resplandecer las virtudes tradicionales que Octavio, convertido en Augusto, enarbolará como parte de su gobierno, aun cuando él no las cumpliera en lo más mínimo; es aquí donde vemos la mano del heredero de César metida en la tradición, que pretende circunscribir todo a la inmoderación de Antonio, y cómo su visión fue la que sostuvo la historia apoyada en visiones tan obtusas como la suya, puesto que Plutarco en otros textos es moderado, se mira aquí más que moralino al momento de juzgar. Dejando de lado las alusiones personales y los supuestos regodeos del general en sus

⁵³⁶ Plu., *Ant.*, 36. Sobre la visión diferente de Dión y la poca estima en que podemos tenerla, cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 171.

devaneos sexuales, algo cierto puede sacarse: las intenciones de Antonio con dichas donaciones eran crear un imperio oriental dentro del control de Roma y ser el líder de tal, para con ello derrocar a su oponente o al menos establecer un gobierno independiente y crear su propio solio. Es por eso que el tópico de las donaciones es algo a auscultar con más detalle.

[202]

Un aspecto soslayado en el resumen de Plutarco y, más bien convertido en actos de brutalidad de Antonio, está el hecho de que Cleopatra no fue la única beneficiada con los movimientos políticos de ese momento. Dada la experiencia con los gobernadores romanos que se habían cambiado a las filas de los asesinos de César, Antonio sabía perfectamente que dichos hombres no eran de confianza;⁵³⁷ por lo que procedió a sustituirlos con reyes títeres que estuvieran ligados por completo a él. Entre finales del 37 y principios del 36 a. C. colocó a no menos de tres de estos monarcas en regiones estratégicas, todos ellos tenían en común ser parte de la rica clase alta, pero sin ascendencia real, por lo que sus tronos estaban definitivamente vinculados a su éxito y le serían fieles,⁵³⁸ entre los que debemos señalar al judío-árabe Herodes de Jerusalén. Cleopatra podría considerarse dentro de este grupo⁵³⁹ de no ser porque la reina se había establecido de tal manera, y le era tan necesaria que, no podemos sino considerarla más una aliada que la soberana de un reino subalterno a su poder, después de todo, ella debía su trono al mismo César.

Como se reconoce en Plutarco y en Dión,⁵⁴⁰ Cleopatra es la gran señalada por los territorios “donados”, porque Antonio no podía entregar lo que era patrimonio del Estado, o al menos así lo querían presentar, y la insistencia fue mayor —arguyen dichos autores— después de que el triunviro repartiera estos y otros territorios más a los hijos de la reina. Thomas Schrapel⁵⁴¹ ha demostrado, basándose en la numismática, que estamos ante

⁵³⁷ Cf. D. Roller, *op. cit.*, p. 91.

⁵³⁸ Estos eran Polemón en el Ponto, Arquelao en Capadocia y Amintas en Galacia, todos con sendas historias de relaciones filiales con Antonio: el primero casado con una nieta de Antonio, el segundo, de su amante Glafira, y el tercero, su secretario personal. (Cf. D. Roller, *op. cit.*, p. 92.)

⁵³⁹ Cf. *Ibid.*, pp. 92-93.

⁵⁴⁰ Cf. Plu., *Ant.*, 36 y 54, y D. C., XLIX. xxxii. 1 y ss.

⁵⁴¹ *Apud* Ch. Schäfer, *op. cit.*, pp. 172 y ss.

una falacia cuidadosamente construida por las fuentes contrarias a la pareja. Supuestamente, Creta y la Cirenaica estaban bajo el poder de la reina egipcia desde el año 37, pero no es sino hasta el 34 a. C. en que ya no vemos un gobierno romano dirigido por un comandante militar de Roma, aunque puede entenderse como un control administrativo civil egipcio, gracias a las monedas tipo Antonio/Cleopatra de la zona, mas nunca —como alega Dión—, que era regido por la infante Cleopatra Selene II. Algo parecido ocurre con Chipre, allí tenemos a un romano, Demetrio, en funciones militares, y esto es confirmado por una inscripción que demuestra que Antonio no dio nada de Chipre o de Cilicia y, si acaso, esta última podría suponerse controlada por Cleopatra, pero tan sólo la así conocida como Cilicia Salvaje, zona limítrofe que ya se hallaba bajo su dirección mucho antes de las supuestas donaciones y cuya designación a su favor parece que tenía que ver con los recursos madereros que la soberana emplearía para la construcción de naves, que tan urgentemente necesitaba el triunviro. Dos acuñaciones de bronce demuestran, por otro lado, que Cleopatra regía en Celesiria;⁵⁴² mas, las zonas judías y árabes que se mencionan pueden de nuevo sólo competir a la necesidad de construcción naviera del plan de Antonio, pues ambas regiones producen materiales útiles para los astilleros como son el alquitrán y los famosos cedros libaneses, además del empleo de los recursos alternos como un medio de conseguir el dinero suficiente para la referida construcción. Los reyes de la zona, incluyendo a Herodes, debían proporcionar a la reina cantidades considerables de oro para subsanar estos gastos como aliados que eran del romano, mientras sus reinos se hallaban salvaguardados de cualquier intervención directa del gobierno ptolemaico. Las mentadas donaciones no son sino la malversación de los hechos ocurridos entre los años 37-34 a. C. y que serían parte de la *damnatio memoriae* a que recurriría Octavio posteriormente, la cual se consolidó como verdad para los historiadores posteriores.

Ahora bien, Cleopatra pudo manejar a su favor la concesión de la Celesiria, pues era un territorio ancestral —de los Ptolomeos— que volvía a su poder para gloria de Egipto. Y así debió presentarlo a su pueblo y ratificarlo con el epíteto que dio al niño nacido de Antonio en el año 36 a. C. cuando

[203]

⁵⁴²Sobre los hechos que detonaron dicha regencia, cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 175.

lo nombró Ptolomeo Filadelfo, recordando al segundo de éstos que gobernó la región y, señalando la esperanza de que el recién nacido llegara a regir un territorio tan vasto como el de su célebre antepasado. El papel de la reina no era, sin embargo, insignificante: “los altos funcionarios recibían sus instrucciones de la central del reino en Alejandría, pero la reina garantizaba la correcta gestión y la facilitación eficaz de los recursos, tan decisivos para la estrategia de guerra romana [...] Cleopatra era responsable sobre todo de la construcción y el equipamiento de la flota.”⁵⁴³ Egipto era aún un reino cliente, pero el más poderoso y eficiente, por lo que fue el blanco de las críticas y de los ataques de Roma, puesto que Antonio y Cleopatra habían transformado la relación usual de poder en una simbiótica que los beneficiaba a ambos administrando conjuntamente; era verdaderamente una pareja de éxito.

No obstante, tuvieron sus desavenencias que prueban que Antonio no era un pelele y que Cleopatra no perdía de vista su proyecto personal. La más notoria de éstas fue el caso de Herodes. Como ya se mencionó, él era uno de los arribistas que el romano apoyó para consolidar la zona oriental. El rey en comento era hijo del rey judío Antípatro y de una princesa árabe, por lo que no era querido por la rancia aristocracia. Para legitimar su trono, Herodes se había casado con la princesa asmonea Mariamna, hija de Alejandra, hija a su vez del sumo sacerdote Hircano. Dicho cargo gozaba de gran influencia, era algo que tocaba por herencia al hijo de ésta, Aristóbulo, pero que fue echado de lado por Herodes, quien designó a otro arribista de nombre Ananel. Alejandra no toleró el agravio y envió una carta a Cleopatra solicitándole su ayuda a favor de su hijo para que rogara a Antonio actuara a su favor.

Según Flavio Josefo, que es nuestra fuente para todo el asunto,⁵⁴⁴ las intenciones de Cleopatra eran arrebatarle a Herodes su trono y tomar el control de la zona. Si bien este autor es uno de los enemigos literarios de la reina y, tal vez se deba a que sus fuentes mismas son plenamente herodianas, así como que este rey traicionero hubo de pasarse al bando vencedor, quien para librarse de suspicacias como antiguo antoniano, se presentó siempre

⁵⁴³ *Ibid.*, p. 181.

⁵⁴⁴ J., *AJ.*, xv. 25 y ss.

como una víctima de la peligrosa reina egipcia a quien él supo eludir, y con ello presentar una cara halagüeña ante Octavio.⁵⁴⁵ No obstante, es muy posible que algo de esto fuera cierto: la reina apoyaría a Alejandra y a la casa asmonea, no sólo por su preclara antigüedad, sino porque un joven blandengue como el bisoño Aristóbulo de dieciséis años sería un mejor prospecto en su política para con la zona sirio-palestina, más si a ella le debían dicho control. Así que no dudó en hacer presión sobre Antonio. Herodes al darse cuenta, y sólo como medida preventiva, destituyó a Ananel y nombró sacerdote a Aristóbulo. Pero el cuñadito era una figura de temer para este rey, siempre indispuerto por las conjuras palaciales y apremiado por un golpe de Estado inminente; así que cuando notó el éxito que entre el pueblo tenía el muchachito con sólo su presencia que recordaba a la antigua familia, se apresuró a tenderle una trampa en tanto puso bajo severa vigilancia a Alejandra; ésta logró comunicarse de nuevo con Cleopatra, quien la conminaba a huir hacia Egipto donde ella los acogería; Alejandra intentó hacerlo mediante una estrategia arriesgada: escapar ambos en sendos ataúdes, pero al ser descubiertos, fueron puestos nuevamente bajo vigilancia de Herodes, al tiempo que fingió reconciliarse con su cuñado. Acto seguido, aprovechó unos momentos a solas con sus hombres en una piscina para que éstos, fingiendo que jugaban con él, lo ahogaran. Consumado el hecho, Alejandra informó a Cleopatra lo ocurrido; ella insistió a Antonio para que hiciera deponer al brutal rey, quien fue llamado a Laodicea para responder por el crimen. Con toda premeditación, Herodes se aseguró de que, si algo le pasaba, sus fieles legados dieran muerte a Alejandra y a Mariamna, suegra y esposa de él, respectivamente. Antonio antepuso la necesidad de tener un aliado estable y le perdonó la vida. Desde entonces el rey judío y la reina de Egipto se odiaron abiertamente.

[205]

Asentado su poder, Antonio planeaba conjurar el peligro parto de una vez y para siempre. Aprovechando los conflictos dinásticos en la corte que habían llevado a Fraates al solio de Partia,⁵⁴⁶ apoyó a Moneses, un pretendiente a la corona, salido como había sido usual de entre las filas aristócratas. No obstante, parece que fue Cleopatra quien le advirtió sobre el

⁵⁴⁵ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 195.

⁵⁴⁶ Cf. *Ibid.*, p. 182.

doble juego de este último, ya que, aunque había obtenido el control de tres ciudades gracias al apoyo del triunviro, había también aceptado regresar a la corte del rey parto. La reina pudo enterarse de ello merced quizá a que conocía la lengua de los partos y estaba más familiarizada que el romano con los juegos dinásticos del Oriente. Advertido, Antonio dejó partir a Moneses con la consigna de intentar la paz con Fraates a cambio de la devolución de las Águilas perdidas por Craso dieciséis años antes. Dicha propuesta, señalan las fuentes, pudo ser cierta, habida cuenta de que la devolución sería ampliamente celebrada por Roma,⁵⁴⁷ aunque no sería tan espectacular como una victoria militar. El silencio debió seguir a la propuesta y los preparativos de guerra continuaron.

Parte importante de las acciones de Antonio y Cleopatra para consolidar su misión bélica fue continuar con una propaganda religiosa que hoy podríamos comprender como parte de las necesidades psicológicas que una nación requiere para no cuestionar del todo una contienda o para fantasear con el éxito absoluto, y basta revisar las grandes guerras para comprender cuánto del éxito de las tropas se asienta en este tipo de propaganda idealista. En tiempos antiguos se empleaba la religión como un medio más que viable para conseguir esos fines. Antonio ya había manipulado la opinión pública al presentarse como un Nuevo Dioniso; Cleopatra había hecho lo propio como Afrodita e Isis; y ahora era el turno de sus hijos en común: Alejandro fue nombrado Helios y su hermana Cleopatra, Selene, sol y luna, que en aquellos tiempos helenísticos eran atributos de la diosa Nike, la victoria, y servían de presagio para las huestes y el vulgo de que una edad de oro se acercaba, puesto que el culto a los astros se vinculaba con dicha esperanza paradisíaca. Una paz presagiada de esta forma era un anhelo común tanto en Roma⁵⁴⁸ como en los reinos limítrofes, y éste fue un paso muy bien calculado por Cleopatra y Octavio, quienes hablaban a sus pueblos por igual: el sol en Egipto era Ra y el faraón siempre había sido representado por él, la luna estaba ligada al culto isíaco tan extendido por aquella época y también debió hacer eco en Roma, ya que el propio Octa-

⁵⁴⁷ Como de hecho ocurrió después gracias a Octavio.

⁵⁴⁸ Aspecto que después explotará Octavio con diversos recursos. (Cf. Paul Zanker, *Augusto y el poder de las imágenes*, trad. de Pablo Diener Ojeda, pp. 201 y ss.)

vio hacía lo conducente promocionando al dios solar Apolo.

Armado con un ejército y una propaganda así, Antonio tomó camino a Partia por el Éufrates, hasta donde lo acompañó Cleopatra para luego regresar a Egipto, no sin antes detenerse a hacer cuentas de gastos con Herodes y Malico, rey de la zona nabatea. La campaña no fue exitosa, pero tampoco un completo desastre. La idea era arrancar a los partos el dominio sobre Media, y ello habría dado al triunviro un gran brillo de no ser por las inmensas pérdidas humanas en batalla y, sobre todo, de su armamento de sitio, lo que le impidió tomar la estratégica ciudad de Fraaspa; nunca pudo plantarse frente al ejército de Fraates, a quien podría haber derrotado y obligado a una paz forzada. Sin embargo, en un acto que incluso Plutarco y sus fuentes contrarias alaban, consiguió traer de vuelta durante el crudo invierno del 36-35 a. C. a dos terceras partes de su ejército por las montañas armenias, demostrando sus dotes de estrategia y la fidelidad a toda prueba de los suyos. Con sus tropas a salvo, tomó rumbo a la costa libanesa donde planeaba reunirse con Cleopatra, quien vendría en su auxilio con ropa, comida y dinero.

[207]

El punto de reunión sería un sitio entre los actuales Beirut y Sidón: Leuke Kome. Las fuentes hablan de una reina retrasada en su viaje y, por tanto, sospechosa de su deseo de ayudar, en tanto que Antonio se vuelve un desesperanzado que se dedica a la borrachera y al placer sexual. No hay para qué mencionar que esto debe ser parte nuevamente de la mala publicidad, pero puede buscarse razones lógicas para esta conducta: Cleopatra estaba recién parida, pues su hijo había nacido en aquel invierno, de modo que su retraso debió ser algo que él presupuso por aquella causa, puesto que podía confiar plenamente en el apoyo de la reina mientras él planeaba su siguiente paso en la contienda parta; si sus francachelas fueron ciertas y, dado su carácter, ¿no jugaría nuevamente con su rostro dionisiaco para levantar el ánimo general?

Sin embargo, la reina no era la única mujer al tanto de la situación de Antonio, y de la necesidad que lo embargaba. Octavia recurrió a su hermano y solicitó su apoyo; éste lo concedió, empero, encubriendo un plan que ni el mismo Plutarco, tan dado a la alabanza para el régimen puede dejar de anotar.⁵⁴⁹ Ciertamente que su esposa le llevaba ropa, dinero y soldados romanos,

⁵⁴⁹ Plu., *Ant.*, 53.

[208]

pero el número de éstos ni siquiera era suficiente para formar una legión —dos mil hombres—, y ello era un claro insulto cuando el tratado de Taranto obligaba a Octavio a otro tipo de “cortesías”, pero éste vio en los reclamos de su hermana una oportunidad, no para cumplir su palabra, sino para declararle por fin la guerra a su rival: no por condescender en su deseo, sino para que, desatendida y abandonada, diera causa justa para la guerra. Su hermana Octavia y sus deberes de esposa le tenían sin cuidado. Yo considero que Octavio estaba muy bien informado de los acontecimientos en Oriente y de cómo la relación entre su cuñado y la reina se solidificaba en una compatibilidad de caracteres y de ambiciones; sabía que su hermana no sería rival de la soberana en el corazón y las ambiciones de Antonio, por lo que su dolor le sería el pretexto perfecto para proclamar a los cuatro vientos la indignidad del general cuyos partidarios debieron ser numerosos en la Urbe.

Es obvio que después la historia contara que fue Cleopatra la culpable de todo por celos ante la llegada de la dignísima dama, cuya docilidad y bonhomía podían combatir los hechizos de la arpía egipcia.⁵⁵⁰ Sin embargo, como alude Schäfer, tal vez habría que considerar que parte de lo dicho no fuera una mera invención literaria y que los celos no fueran un factor a no tomar en cuenta.⁵⁵¹ Considero que, si estuvieron presentes, se debieron a que la reina sabía que a Antonio no lo cegaría su amor si las condiciones que ofreciera Octavia fueran mejores que las suyas, al fin y al cabo, los hombres no aman igual que las mujeres. El romano debió sopesar sus posibilidades: su esposa era una aliada buena y noble, que había dado prueba de su lealtad y de ser una diplomática de peso, pues había sabido sortear las ambiciones de los dos hombres más importantes de su vida. Cleopatra por su parte era la reina cliente más preclara, porque ofrecía un reino rico y una posición de gran peso en Oriente, amparada por una tradición ancestral al vincularse incluso con los faraones del pasado que, como hemos visto, se abocó a reforzar en sus años de gobierno previos y, por si fuera poco, tenían varios hijos en común que consolidaban ya una dinastía. Después de todo, el enfrentamiento con Octavio se veía venir desde hacía años como

⁵⁵⁰ *Idem.*

⁵⁵¹ *Op. cit.*, p. 188.

algo inevitable que había intentado sortear, pero que finalmente se le presentaba de frente, sólo faltaba decir cuándo, y el momento había llegado. Si la información que ofrece Plutarco⁵⁵² es en algo cierta, tal vez Cleopatra al reconocer la influencia que Octavia podía ejercer en el corazón y el cerebro de Antonio, lo haya forzado a tomar una decisión mediante el: “o ella o yo”, expresión tantas veces formulada por las mujeres enamoradas.

Antonio despidió a Octavia, obviamente sólo rechazando su oferta de ayuda y la conminó a regresar a Roma. A pesar de que podemos reconocer la humillación que debió ser para ella, supo comportarse con la dignidad necesaria y a su vuelta, considerándose oficialmente aún la esposa de éste, se empeñó en quedarse en su casa de Roma y cuidar de sus hijos, puesto que con ella estaban los dos hijos mayores de su esposo habidos con Fulvia, además de las pequeñas Antonias. Esta actitud fiel de Octavia fue aprovechada por su hermano a su favor, presentando las diferencias entre ese modelo de virtud y la desfachatada reina egipcia, cuyos excesos no se olvidaban aún en Roma. Octavio promovió un decreto y dio a su hermana y a su esposa Livia, puesto que ya hacía tiempo que había repudiado a la hijastra de Antonio, como sacrosantas (*Augusta*), exacerbando la indignación ya existente contra Cleopatra, a quien planeaba usar para lograr su ataque contra su excuñado, verdadero objetivo de su política partidista.

El triunviro de Roma inició sus acciones contra Antonio utilizando a un antiguo adversario. Sexto Pompeyo fue derrotado por Octavio en Italia, pero lo dejó escapar hacia Oriente para que ahora fuera un dolor de cabeza para su rival. Efectivamente, el padre de éste aún era recordado en muchas partes de Asia Menor, y no sería mucho problema para su hijo reorganizar a sus partidarios. Antonio tuvo que reaccionar rápidamente y cortar la oportunidad. Su lugarteniente Marco Ticio logró atraparlo y darle muerte, pero el problema fue que estas acciones retrasaron al general y no pudo comenzar su campaña contra Partia, además, estaba muy cerca el invierno, motivo por el cual no pudo iniciar sus movimientos sino hasta la primavera del año 34 a. C. Al no contar con la ayuda de Artavasdes de Armenia, lo capturó esperando que la ciudad capitulara, empero, los armenios nombraron rey al hijo de éste; al triunviro no le quedó más que

[209]

⁵⁵² Plu., *Ant.*, 53.

sitiar la ciudad y someterla. Ante esta acción rápida, el rey medo aceptó entregarle a su hija en calidad de nuera, y de esposa para su hijo Alejandro Helios; esto significaba que los partos estaban rodeados. Estableciendo sus tropas y dejando a su general Canidio Craso como encargado de preparar la invasión a Partia, marchó hacia Egipto para pasar el invierno.

[210]

Aquellos triunfos en Armenia pasaron desapercibidos en Roma gracias las malas artes de Octavio, quien, en contraste, había concedido a todos sus generales el reconocimiento de algún triunfo por intrascendente que fuera su éxito; al fin y al cabo, mediante estos actos simbólicos se declaraba al pueblo la excelencia en el mandato de sus gobernantes; mismos que se celebraban principalmente en Roma. Ante estas circunstancias, Antonio decidió hacer lo propio, pero en Alejandría, como contrapeso de las acciones de su odiado rival, aun cuando esto implicara la rabia de Octavio y de la Urbe, quienes se ofenderían dado el carácter helenístico que dicho triunfo implicaría, mas era necesaria una celebración cuando el año anterior no tenían razón alguna para sentirse orgullosos; era celebrar en Oriente para que Occidente también tuviera señas de las dotes del triunviro, sin que por ello dicha fiesta se presentara con visos de triunfo romano sino de uno helenístico. Antonio renunció a las insignias romanas y su atavío recordaba su carácter de Nuevo Dioniso, el salvador divino de Oriente, así, este no era un desfile romano sino una procesión griega. Cleopatra participó en aquella celebración en su papel de Nueva Isis. Sentada en trono de plata frente al templo de Serapis, vio desfilar los despojos de Armenia y a la familia real encadenada.⁵⁵³ La diosa Afrodita-Isis recibe a Dioniso-Osiris de su viaje al este, y ambos se mueven así dentro de las formas helenísticas del culto real. Aquella procesión fue presentada en Roma como un insulto a la plebe, que gustaba de estos espectáculos, no sólo por diversión, sino por las sumas de dinero y los agasajos que entre ellos se distribuían, así, la envidia se enseñoreó en la capital romana.

Cleopatra y Antonio no estuvieron satisfechos y prepararon un acto que se haría memorable no sólo por lo que representaba para ambos, sino por

⁵⁵³ Ciertamente que Dion Casio (D. C., XLIX. xl. 2 y ss.) señala que los reyes destronados no se arrodillaron ante ella ni suplicaron como se esperaba, pero este énfasis en la actitud orgullosa de los armenios puede ser resultado del afán del historiador por desprestigiar a Cleopatra, como admite Schäfer. (*Op. cit.*, p. 201)

las exageraciones y la mala publicidad octaviana en sus días y posterior. Plutarco lo cuenta de esta forma:

Introdujo un gran gentío en el Gimnasio, donde sobre una gradería de plata hizo poner dos tronos de oro, uno para él y otro para Cleopatra, y otros más pequeños para los hijos. De allí, en primer lugar proclamó a Cleopatra reina del Egipto, de Chipre, del África y de la Siria interior, reinando en unión con ella Cesarión, el cual era tenido por hijo de César el Dictador, que había dejado a Cleopatra encinta. En segundo lugar, dando a los hijos nacidos de él y de Cleopatra el dictado de reyes, a Alejandro le adjudicó la Armenia, la Media y el reino de los partos para cuando fuese sojuzgados, y a Tolomeo [*sic.*] la Fenicia, la Siria y la Cilicia. Al mismo tiempo, de los hijos presentó a Alejandro en traje medo, llevando la tiara derecha, a la que llaman también citaris, y a Tolomeo [*sic.*] adornado con el calzado, el manto y el sombrero con diadema, que es el ornato de los reyes sucesores de Alejandro, así como aquel lo es de los medos y los armenios. Luego que los hijos saludaron con ósculo a los padres, al uno se le puso guardia de armenios y al otro de macedonios. Porque Cleopatra ya entonces, y siempre en adelante, no salía en público sino con la ropa sagrada de Isis, y como una nueva Isis daba oráculos.⁵⁵⁴

[211]

Desde una óptica política, lo que ambos intentaban era dar una visión de programa gubernamental exterior, y las designaciones y parafernalia que sus hijos empleaban daba cuenta de la magnitud de dicho programa, pero tal vez más importante, era el simbolismo integrativo de éste: Antonio luciendo el traje romano con armadura y capa púrpura, Cleopatra luciendo el ornamento egipcio y sus hijos simbolizando el Asia y Macedonia con Grecia, pero ¿qué estaba detrás de ello? En principio y como ya vimos, las supuestas donaciones no eran tales, sino más bien una suerte de control administrativo que no quitaba a Roma del poder. A ello hay que agregar que, reyes de Asia como los designados por Antonio verían con desconfianza e incluso como una afrenta a su dignidad que se nombrara a un niño de escasos dos años como su rival; y ello sin contar que, esto habría provocado a los régulos a unirse a Partia o a la Roma octaviana. Conceder a

⁵⁵⁴ Plu., *Ant.*, 54.

Cleopatra tal cantidad de territorio controlado por Roma sería haberse puesto a su servicio como simple general de Alejandría y ello no cabe en el orgullo, no sólo romano sino “antoniano” del triunviro. Como alega Schäfer,⁵⁵⁵ de quien he abrevado sobre la índole de estas reflexiones, su intencionalidad salta a la vista con sólo leer el texto plutarquiano: “Seguramente haremos bien en relegar esa parte de la información al mundo de la fábula y de la propaganda de la parte contraria”.

[212]

De todo lo señalado por Plutarco, tal vez debe tomarse más en serio la designación de Alejandro Helios como nuevo rey de Armenia y heredero del reino parto en cuanto cayera en manos de Antonio, pues esto parece un paso calculado y propio de esta ambiciosa pareja. Noticias sobre dicha adjudicación al hijo mayor de ambos, son más extensas y,⁵⁵⁶ por otro lado, resultan interesantes, dado que la designación de un nuevo monarca en Armenia era necesaria luego de la toma de la región, misma que sería notificada a Roma. No obstante, parece que Antonio retrasó dicha designación por compasión al depuesto rey.⁵⁵⁷ Alejandro como el Sol (Helios), era el futuro rey de los partos y era un ataque ideológico para aquellos devotos del dios que aún se resistían a la bota romana de Antonio. Si esta designación es más que verosímil, se entiende que los títulos y reconocimientos para la madre y el hermano mayor, Cesarión, en su papel de corregente, no pudieran dejar de ser exaltados: los epítetos de “Reina de reyes” y “Rey de reyes” fueron asignados a Cleopatra y sus dos hijos mayores. Nada de esto iba directamente dirigido a provocar a Octavio o a Roma, incluso la acuñación de una moneda con la pareja disfrutando de sus títulos de “vencedor de Armenia” y “Reina de reyes” estaba pensada para Oriente y el plan imperial del triunviro y la reina,⁵⁵⁸ pero el hijo adoptivo de César manejaría las cosas a su favor.

⁵⁵⁵ *Op. cit.*, 203. Dión Casio (XLIX. xli.) menciona que a Cleopatra Selene II se le otorgó la Cirenaica, pero Plutarco calla, y esto ya nos lleva a especular sobre la veracidad de tal donación, y más cuando los datos numismáticos y arqueológicos lo niegan por igual.

⁵⁵⁶ *Liv., Perioch.*, 131 y D. C., XLIX. xli. 3.

⁵⁵⁷ *Cf. Ch. Schäfer, op. cit.*, p. 204. Claro está que Octavio supo desviar dicha razón hacia la negativa expresada por algunos cónsules de también anunciar los nuevos cargos de Cleopatra.

⁵⁵⁸ *Cf. Ibid.*, p. 206.

Alejandro tendría que bullir de alegría. La reina Isis erigió un templo a su amado Antonio muy cerca del Gran Puerto, y en la plaza vecina se elevó un obelisco que hoy decora la plaza de San Pedro. Las francachelas del momento ocuparon las obras históricas que relatan aquellos tiempos y, al menos en este caso, parece que no hubo necesidad de exageración alguna por parte de la mala fama que se le adjudicó después al triunviro. Desde los años 41 o 40 a. C., Alejandría había sido testigo de la creación de un “club exclusivo”: La cofradía de la vida inimitable. Esta historia es referida por Plutarco como un recuerdo familiar; a su abuelo se la había contado un médico de nombre Filotas que se hallaba en Alejandría por aquellos años:

[213]

Convidándose alternativamente por días, hacían un gasto desmedido [...] Filotas [...] joven aún [...] habiéndose hecho conocido de uno de los jefes de cocina de palacio, persuadió éste a que pasara a ver la suntuosidad y aparato de uno de aquellos banquetes [...] entre otras muchas cosas vio ocho cerdos monteses asados, lo que le hizo admirarse del gran número de convidados, a lo que se rio el cocinero, y le dijo que los convidados no eran muchos, sino unos doce: pero que era preciso que estuviera en su punto cada cosa que había de ponerse a la mesa, y, pasado éste, se echaba a perder; pues podía suceder que entonces el mismo Antonio pidiese la cena, o de allí a poco, si le ocurría, o dilatarlo más, pidiendo un vaso para beber, o por moverse alguna conversación; por lo cual no parecía que era una cena sola, sino muchas las que se preparaban a causa de que no podía preverse la hora.⁵⁵⁹

El tal Filotas parece que hablaba de primera mano, pues llegó a ser un dependiente de Antilo, hijo mayor de Antonio y Fulvia, a la sazón en Alejandría con su padre. Con tanta propaganda contraria, habría que ser cautelosos, pero algunos datos pueden corresponder a la realidad. Gracias a una inscripción conservada en Alejandría, sabemos de un tipo llamado Afrodisio, quien dice ser “comensal” (παράσιτος) de Antonio y, por tanto, se arguye que fuera uno de los miembros de tan exclusivo club;⁵⁶⁰ en su estatua conmemorativa se aprecia que era el romano quien corría con los

⁵⁵⁹ Plu., *Ant.*, 28.

⁵⁶⁰ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 209.

[214]

gastos. Parece que los alejandrinos se divertían con las ocurrencias del triunviro y se gratificaban de su carácter festivo, sus chanzas y juegos, celebraban su ingenio y disfrutaban de que con ellos portara una máscara cómica, y con los romanos una trágica. Antonio sabía su juego de popularidad, tal vez se lo haya enseñado Cleopatra, más que el ejemplo de César que sólo conocía las maneras afectadas de Roma y su plebe mutable. Claro que Octavio empleó esto a su favor, propiciando que aquella actitud desenfadada fuera juzgada por los austeros romanos de infantil e impropia de un general romano, pero Antonio debió verlo como un signo de vitalidad y devoción divina, si, como dice la historia,⁵⁶¹ publicó una obra titulada *De ebriitate sua*.

En el marco de esta cofradía de vida disoluta y disparatada, se ofrecen famosas anécdotas como la de: “la perla de Cleopatra”; “el romano venido a dios: mitad hombre y mitad pez” y; “la pesca de Antonio”. La primera y la última serán las más populares:

Hubo dos perlas, las más grandes de todos los tiempos, y ambas las poseyó Cleopatra [...] Cuando Antonio se hartaba diariamente de manjares exquisitos, ella con una altanería soberbia y al tiempo desvergonzada, como corresponde a una reina meretriz,⁵⁶² siempre hacía desprecios de todos los preparativos suntuosos de sus banquetes. Preguntándole él qué podía añadirse a aquel lujo, le contestó que ella pensaba consumir⁵⁶³ en una sola cena diez millones de sestercios. Antonio deseaba comprobarlo, pero creía que eso no podía ser. Conque habiendo pactado la apuesta, al día siguiente [...] le ofreció [sc. Cleopatra] a Antonio una cena magnífica, desde luego, pero con la de diario, mientras éste se burlaba y le pedía las cuentas. Pero ella le confirmó que eso era la guinda final, que la cena costaría la cantidad tasada y que ella sola cenaría diez millones de sestercios, y mandó que se sirvieran los postres. De acuerdo con sus órdenes los criados

⁵⁶¹ *Ibid.*, p. 211.

⁵⁶² Al parecer la fuente de Plinio es Mesala, autor de escritos propagandísticos contra Antonio, lo que ya nos pone en guardia contra las afirmaciones aquí expuestas. (Cf. Ana María Mouré, en Plinio el Viejo, *Historia Natural*, p. 307, nota 300.)

⁵⁶³ Aquí hay un juego de palabras en latín con los verbos *absumere* y *consumere*, que significan tanto “consumir” como “tragar” y que aluden a lo que hará la reina y que pasa inadvertido al “estúpido” Antonio que sólo lo entiende a la manera de “gastar”.

pusieron delante de ella un solo vaso de vinagre, cuya acidez y fuerza hace disolver las perlas. Llevaba en ese momento en las orejas aquella obra singular y verdaderamente única de naturaleza. Y así, mientras Antonio estaba a la expectativa de qué iría ella a hacer, quitándose una de ellas la sumergió y la bebió convertida en líquido. Echó la mano a la otra perla, Lucio Planco,⁵⁶⁴ el juez de aquella apuesta, cuando ella estaba dispuesta a tomarla de la misma manera, y pronunció la sentencia de que Antonio había sido vencido, presagio este que fue confirmado.⁵⁶⁵

[215]

Parece que Cleopatra disfrutaba del mismo buen humor que su amado y que Alejandría estaba al tanto de las actividades de esta sociedad de disparatados señores del mundo, incluso con correrías nocturnas y bromas subidas de tono. Claro, si hemos de creerle a Plutarco, quien también nos refiere otra anécdota curiosa sobre los gustos de pesca de Antonio:

Una vez pescando con mala suerte, y enfadándose porque se hallaba presente Cleopatra, mandó [sc. Antonio] a los pescadores que, metiéndose sin que se notara debajo del agua, pusieran en el anzuelo peces de los que ya tenían cogidos; y habiendo sacado dos o tres lances, no dejó la egipcia de comprender lo que aquella era. Fingió, pues, que se maravillaba, y haciendo conversación con sus amigos les rogó que al día siguiente concurrieran a espectadores. Embarcándose muchos en las lanchas, y luego que Antonio echó la caña, mandó a uno de los suyos que nadara por debajo del agua, y adelantándose, colgara del anzuelo pescado salado del Ponto. Cuando Antonio creyó que había caído algún pez, tiró, y siendo el chasco y la risa tan grande como se puede pensar. 'Deja —le dijo—, oh emperador, la caña para nosotros los que reinamos en el Faro y en Canope, vuestros lances no son sino ciudades, reyes y provincias.'⁵⁶⁶

⁵⁶⁴Traidor amigo de Antonio y excónsul del año 42 a. C., quien después se cambiaría al bando de Octavio y terminaría por sugerirle a éste que se hiciera apodar Augusto. (Cf. Suet., *Aug.*, 7.) Una nota más para desconfiar de esta anécdota.

⁵⁶⁵Aludiendo tanto a su sumisión para con Cleopatra como a su próxima derrota frente a Octavio, idea que tanto gusta a los romanos. La segunda perla terminaría, según refiere Plinio, partida en dos y adornando las orejas de la estatua de Venus. (Cf. Plin., *NH.*, IX. 119-120, trad. de Ana María Mouré.)

⁵⁶⁶Plu., *Ant.*, 29; también sobre la participación de la reina: Cf. Prop., III. xi. 56 y Hor., *Carm.*, I. xxxix. 9 y ss.

De estos juegos debieron disfrutar también los romanos que formaban parte de este club, y que después se portarían escandalizados de los actos cometidos, dadas las medidas austeras que Octavio implantó y, que autores como los citados parecen aceptar. El tal Lucio Planco, traidor de su antiguo aliado Antonio, durante una de estas francachelas, para diversión de todos se pintó el torso desnudo de azul, se ató una cola de pez y realizó una danza ridícula a gatas, brincando en el suelo como si lo hubiesen sacado del agua, supuestamente imitando a Glauco, dios del mar.⁵⁶⁷

[216]

Tal despilfarro no era algo extraño a la propaganda helenística de los reyes ptolemaicos, no debe pues extrañar dicha actitud adoptada por Antonio, más si éste consideraba ya regir un imperio oriental que pudiera competir con el que forjaba Octavio y que, eventualmente, pudiera enfrentarlo. El reino de Cleopatra y Antonio se fundaría en la alegría y el bienestar, muy distinto a lo que hará Octavio después en Occidente. Los excesos trasmittían a la población egipcia una imagen de prosperidad que no cuadraba con la frugal visión de la tradición latina que ese pueblo había cultivado desde el tiempo de los “Mayores”.

Una reina inmortal

Octavio contra Cleopatra, una guerra desleal

Como he referido en muchas ocasiones, Octavio jugó una guerra sucia aprovechando la ausencia de Antonio en Roma; empleó el arma de la mala publicidad y nunca fue escrupuloso con la verdad, ni leal en su palabra: nunca le abasteció con las tropas que le prometió, dejó escapar a Sexto Pompeyo para retrasar los planes de éste en oriente y, entró en negociaciones con Artavasdes de Armenia para socavar el poder de su rival; en tanto que él sí que lograba afianzarse en Italia y, siempre supo que su supuesta relación, ya amistosa por César, ya filial por Octavia, no era tal; Antonio fue su enemigo desde el principio, más aún cuando apoyó la legitimidad del hijo de Cleopatra; animadversión que se acrecentó todavía más cuando celebró en

⁵⁶⁷ Vell., II. lxxxiii. 2.

Alejandría un triunfo que decía a todas luces que seguía siendo un hombre fuerte. Pero Octavio, hábil político, supo poner aquel triunfo a su beneficio, acusándolo de donar posesiones romanas y, con todo y carecer de base sólida, surtió el efecto adecuado merced a que tanto él como su esbirro y ahora edil, Agripa, brindaron una asistencia especial a la población de la capital en el año de su consulado: el dinero distribuido adecuadamente siempre hace maravillas.

Antonio aún contaba con aliados en la Urbe, hizo circular cartas donde acusaba las deslealtades de Octavio y debieron ser tan populares que los historiadores posteriores saben de su contenido. No obstante, el aludido y los suyos reviraron con alegatos como la concesión tan mentada de territorios de Roma, el asesinato de Pompeyo con quien él mismo se había visto “indulgente”, pero más que nada, las invectivas se dirigían contra Cleopatra y el “bastardo que pretendía pasar como hijo de César”, notando con ello que, el muchacho de unos diecisiete años era cada vez más una amenaza para el heredero del dictador y, más cuando un antoniano, Casio de Parma, sacó a colación el presunto origen humilde de Octavio por su verdadero padre. Esta guerra de acusaciones llegaría al extremo con una carta que su todavía cuñado envió al heredero de César:

[217]

¿Qué te ha cambiado? ¿Que sea mi amante una reina? Es mi esposa y no de ayer, sino desde hace ya nueve años. ¿Tienes tú solamente a Livia? Apuesto a que en el momento en que leas mi carta habrás gozado ya de Tertula, o de Terentila, o de Rufila o de Salvia Titisenia o de cualquier otra. ¿Qué importa el lugar o la mujer por quien sientes deseos?⁵⁶⁸

Esas líneas fueron escritas para la publicación, como consta por Suetonio y denotan cuán álgida se encontraba la situación antes de una abierta guerra civil nuevamente. El referir que Cleopatra era su “esposa” (*uxor mea*) nos lleva a pensar que Antonio llamaba a las cosas por su nombre o acaso para ese año 33 a. C. ya había celebrado una boda con la reina.⁵⁶⁹ Si existió tal, debió entrar dentro del ámbito religioso: una boda ritual sería

⁵⁶⁸ Suet., *Aug.*, 69, trad. de José Luis Romero.

⁵⁶⁹ Sobre las dudas de un matrimonio, cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 215.

de mayor impacto para el Oriente de lo que podía ser cualquier acto legal, y venía a corroborar que Afrodita y Dioniso o Isis y Osiris, se unían nuevamente en sus personas. A la reina le convenía esta unión simbólica más que una de carácter legal que hubiera dado a su amante el rol de rey de Egipto y, consecuentemente, en detrimento de ella y de su heredero Cesarión; Antonio habría comprendido también que este enlace ritual no atentaba contra el derecho romano que la habría considerado un *matrimonium iustum*; no perdía nada y ganaba con la adoración popular. Este acercamiento a la religión grecoegipcia sería nuevamente empleada por Octavio para vilipendiar a Antonio como un detractor de la buena conducta que se esperaba de un romano, mas, para mayor efecto, el heredero de César cargó las tintas hacia la reina de Egipto, cuya maligna y brujeril influencia había hecho caer al romano, quien olvidó el *mos maiorum*.

Octavio reviró a este mito oriental de la fusión de grandes dioses con su propia religión: aprovechando la ascendencia de la familia Antonia que se elevaba hasta Hércules; presentó a su descendiente como el héroe bajo la dominación de una Cleopatra-Onfale; recurrió a los oráculos Sibilinos que, ominosos, precavían sobre un momento de guerra que daría como resultado el reinado eterno de un Sagrado Señor... ¿el Augusto? Cleopatra será presentada como una codiciosa y desleal mujer que utiliza a los hombres y luego los destruye; la *femme fatale* nació en tiempos romanos.⁵⁷⁰ La reina y su corrupta influencia hicieron de Antonio un pelele cruel y derrochador, borracho perdido, dado al lujo ridículo, pues incluso tenía un orinal de oro puro.⁵⁷¹ Según Octavio, Roma debía admitir que éste era ahora un afeminado, tal como lo entendían entonces: un manipulado por las mujeres. Pero el aludido reviró que el afectado era Octavio, pues más que ser adoptado por César, había sido sodomizado por éste y hacia referencia a un rumor que corría desde viejo en la gran Urbe.⁵⁷²

Tal guerra de declaraciones que iban y venían para beneplácito de los chismosos de Roma, como Suetonio, sólo presagiaba la inevitable guerra civil, tan odiada por los romanos, quienes ya tenían dos generaciones pa-

⁵⁷⁰ Cf. *infra*, "Apéndice II", p. 263.

⁵⁷¹ Cf. Sen., *Ep.*, 83; Plin., *NH.*, xxxiii. 50 y App., *B. C.*, iv. 38.

⁵⁷² Suet., *Aug.*, 68.

deciéndola: desde César y Pompeyo; los asesinos de aquél y sus herederos y, ahora, entre Octavio y Antonio. Yo creo que el primero debió meditar sobre este paso trascendental, e incluso haya sido calculado para luego presentarse, de salir victorioso, como el restaurador de la paz, y con ello, ganarse para siempre el lugar de líder que su padre adoptivo sólo pudo soñar, aunque para esto tuviera que jugar el papel de *princeps*, sabiendo que *de facto* sería un *imperator*; pero primero tenía que conjurar el peligro que representaba Antonio y su temible aliada. Ella era la clave para que su acometida no tuviera el rostro de guerra entre hermanos; si había que declarar una guerra, sería contra el odiado Egipto y no contra un romano. Cleopatra fue el pretexto del odio entre dos hombres y sus ambiciones.

[219]

A pesar de los esfuerzos de Octavio por desacreditar por todos los medios a Antonio, éste aún conservaba mucha influencia, no sólo con las altas esferas del poder y el Senado, sino también entre las tropas. Por ello, procedió a impedir el establecimiento de los veteranos de éste, so pretexto de que, lo que había conseguido en Italia lo repartiría con aquellos veteranos el día en que el propio Antonio hiciera lo mismo con su recién conquistada Armenia. Esta situación significaba, por una parte, la ruptura definitiva, y por otra, malquistaba al triunviro con sus hombres, quienes no tendrían el beneficio de tierras en su propia patria, ello mientras la clientela de Octavio —en este caso los veteranos— aumentaba considerablemente. Aquella situación hizo comprender a Antonio que su principal enemigo estaba en el oeste y no en tierra parta, por lo que aplazó su conquista oriental, a pesar de que esa guerra la hubiera redituado lo suficiente, tanto en oro como en prestigio para convencer a Roma de ponerse a su favor. Antonio, que a la sazón preparaba ya sus tropas para la invasión parta, se trasladó precipitadamente hacia el Occidente y pidió a Cleopatra que se le uniera en alguna ciudad fenicia de la que partieron juntos con dirección a Éfeso, aunque esto significaba abandonar el territorio ganado, a su aliado medo y el futuro reinado de su hijo.

El magno ejército de Antonio se conformaba con dieciséis legiones que su comandante Canidio Craso trajo de la zona armenia; en tanto que reunió una flota de ochocientos barcos, muchos de ellos desde los astilleros egipcios y que Cleopatra abasteció con fuerzas navales, veinte mil talentos para gastos y enormes cantidades de víveres. Si bien Octavio no debió esperar tan rápida acción de su rival, la distancia que mediaba entre Asia e Italia,

[220]

le dio el tiempo suficiente para organizarse, y más tomando en cuenta que los propios preparativos de su rival debieron costarle precioso tiempo. Con todo, la situación no estaba ganada para el heredero de César: dos amigos de Antonio habían alcanzado el consulado aquel año 32 a. C., y uno de ellos, Sosio, le tendió una mala pasada a Octavio: trajo la noticia de que su rival le exigía que renunciara al triunvirato y él haría lo propio; el aludido sólo pudo salvar la situación merced a un veto de un tribuno de la plebe amigo suyo, que si no, se hubiera visto en graves aprietos dado que no gozaba de gran cariño en Roma. Octavio se presentó en la siguiente sesión del Senado con una guardia personal, lo que demostraba que ya estaba dispuesto a todo, y exigió igualmente que Antonio se presentara en Roma para que ambos renunciaran al mismo tiempo, eso era imposible porque ahora peligraría la vida de este último; el miedo se extendió a los senadores de su partido que huyeron para unirse con su líder en Éfeso. Como en tiempos de Pompeyo y César, el Senado se dividió en los dos partidos en pugna.⁵⁷³

Sin embargo, los caballeros reunidos en torno a Antonio resultaron ser un grupo bastante heterogéneo con intereses sumamente dispares: había cesarianos, viejos republicanos e incluso algunos asesinos de César, como Casio de Parma. Además, los miembros de las principales familias de la nobleza se vieron frente a poderosos arribistas que, como Publio Canidio Craso, ocupaban destacados puestos de mando. Era previsible que surgiesen conflictos internos. En algunos casos, a ello se sumó luego el desencanto, al advertir que Antonio tampoco tenía ninguna intención de restituir al Senado sus antiguos privilegios, y que incluso las fuerzas orientales desempeñaban un papel cada vez mayor en los grupos de decisión.⁵⁷⁴

Con el fin de levantar el ánimo tanto de las tropas como de los oficiales y aliados, Antonio y su corte viajaron a la isla de Samos; en compañía de Cleopatra organizaron una fiesta de corte báquico, haciendo venir al Colegio de Artistas Dionisiacos, cuyo protector oficial era Antonio el Nuevo Dioniso. Poetas, actores, cantantes y músicos, por orden del triunviro, rea-

⁵⁷³ Cree Schäfer que esto es una prueba de lo poco que se había ganado con la propaganda antiantoniana de Octavio. (*Op. cit.*, p. 225.)

⁵⁷⁴ *Ibid.*, p. 226.

lizarían importantes actos religiosos y sacrificios a la par que celebraran actuaciones y certámenes musicales. Antonio seguramente tomaba en cuenta más el ánimo oriental que tanto lo fascinaba, y no la moral austera de los helenos y los romanos, parte considerable de las fuerzas que lo acompañaban, mismos que no sentirían que se les infundía valor con aquellas expresiones dionisiacas. Un mes después la pareja se encontraba en Atenas, donde debido a las fabulosas donaciones que éste hizo a la ciudad, se hallaba dispuesta a enviar una legación para homenajear a Cleopatra; el propio general romano pronunció en su honor un discurso. La *polis* elevó estatuas de ambos como Dioniso e Isis; de hecho, es muy posible que el culto a la diosa se haya introducido por entonces y, la deidad fuera reverenciada con los rasgos de la reina.⁵⁷⁵

[221]

Fue precisamente Cleopatra quien se erguía como la piedra de escándalo en el campamento antoniano. Los últimos tiempos habían favorecido a la reina para que se le considerara prácticamente como la segunda fuerza militar. En primera instancia, estaba el simple hecho de que ella había contribuido mayormente para la guerra, sólo detrás del propio Antonio. Hasta ese momento había sido una monarca exitosa que había administrado correctamente territorios más que importantes para esta lucha y, por tanto, tendría derecho a participar en las decisiones que se tomaran al respecto; ello debió darle mayor seguridad y cierto tono que vadeara entre el aplomo y el desdén, actitud que seguro incomodaba a los aristócratas romanos. Sin embargo, también habría que considerar que era precisamente Cleopatra la causa, si bien falsa, de la guerra; que Roma dirigía sus ataques contra su persona y, asimismo, que la propaganda que afectaba a Antonio siempre estaba relacionada con ella. Así, podemos entender que Domicio Enobarbo, amigo de Cleopatra sin duda,⁵⁷⁶ sugiriera a Antonio que la enviara de regreso a Egipto. Sopesando la situación, éste decidió rogarle que se marchara a esperar en su tierra la decisión del combate. La reina se negó.

Plutarco asegura: “ella, temerosa de que se hicieran nuevos conciertos por medio de Octavia, ganó con grandes dádivas a Canidio, para que en su

⁵⁷⁵ *Ibid.*, p. 230.

⁵⁷⁶ *Cf. Ibid.*, p. 231.

favor hiciera presente a Antonio.”⁵⁷⁷ Podríamos suponer que es más de la propaganda posterior, pero aquí vale notar que, en los últimos tiempos, Cleopatra había tratado de opacar la presencia de Octavia. Es posible, como vimos, que la reina haya presionado a Antonio para que se decidiera por ella cuando su esposa se presentó a auxiliarlo después de su derrota contra Partia, y más recientemente tratando de opacar la fama de la romana en territorio ateniense, así que es posible que el celo femenino no fuera ajeno a esta situación, después de todo, él ya había presentado cierto apego a la hermana de su enemigo y, ésta había probado en más de una ocasión su fidelidad.⁵⁷⁸ Cleopatra no debió contar tan sólo con Canidio como aliado, muchos señores romanos tenían amplios intereses económicos en Oriente, gracias al comercio de cereales y vino, o fincas prestigiosas; al fin y al cabo, beneficios que los harían alinearse a la reina que controlaba aquella región. Plutarco⁵⁷⁹ señala que Canidio habló sin reparo a su favor, trayendo a colación no sólo la gran deuda que tenían con ella por su magna aportación a la guerra, sino también al apoyo que necesitaban de los generales egipcios, quienes no gustarían de que su reina fuera menospreciada ante otros reyes aliados por ser mujer. Con tales argumentos —que podemos sospechar que partieran de la propia reina—, Antonio se dejó convencer porque quizá muchos de esos argumentos coincidían con su propio pensamiento. Vencedora, Cleopatra decidió dar un paso final y pidió a éste que se divorciara de Octavia.

No debemos suponer que Cleopatra tuviera simplemente razones mujeriegas al respecto y, si bien debieron estar presentes, lo cierto es que también era prudente presentar un frente común ante la guerra y que, el matrimonio de Antonio opacaba la relación simbólica de los dioses encarnados. Muy a su pesar, con gran seguridad, Antonio mandó a su mujer la demanda de divorcio, pese a que sabía todo lo acarrearía para él. Hasta ese momento Octavia había permanecido fiel a su esposo, vivía en su casa con sus hijos y no permitía que Octavio abusara de ella o la empleara para sus fines; lo ideal hubiera sido que las cosas permanecieran como estaban, pero el divorcio y el hecho de que le pidiera que abandonara su casa le trajeron

⁵⁷⁷ Plu., *Ant.*, 56.

⁵⁷⁸ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 235.

⁵⁷⁹ Plu., *Ant.*, 56.

muchas antipatías, las cuales Octavio aprovechó de inmediato y balanceó el apoyo popular a su favor, puesto que el último y único lazo que vinculaba a los triunviros lo rompía Antonio por su “ramera egipcia”, obvia exageración en una Roma donde el divorcio y las segundas nupcias eran moneda corriente. Señala sin reparos Christoph Schäfer: “si el divorcio de Octavia equivalió realmente a una declaración de guerra, fue sobre todo la propaganda de su hermano lo que lo convirtió en tal. A partir de entonces, la opinión pública romana consideró a Cleopatra como la causa principal de la inminente guerra”.⁵⁸⁰ Y, en cuanto a ello, no podemos decir que fueran injustos para con la reina.

[223]

Ambos bandos parecen haber estado seguros de su victoria. En ese momento Antonio y Cleopatra estaban mejor pertrechados, habida cuenta de que las arcas egipcias sostenían todo; en tanto que Octavio había recurrido a la recaudación de impuesto especiales que lo habían hecho sumamente impopular. Es posible que Antonio, dado su carácter, se haya ido de la lengua, como le atribuyen las fuentes adversas y ponen en su boca discursos soberbios y conducta altanera para con sus aliados romanos, además de la consabida señalización de que los partidarios de la reina eran particularmente hirientes con la nobleza latina, y que esta fue la causa de las deserciones, comenzando en el propio campamento antoniano, pero ¿fue verdad?

El primer punto para dudar de nuestras fuentes es precisamente el origen de ellas: Publio Calvisio Sabino, un esbirro de Octavio. Fue él quien propagó en sus escritos difamatorios todos los rumores contra Antonio con singular veracidad y ansioso de presentar al general como un blandengue caído en las garras de una arpía, que desatendía las más simples normas de la cortesía. Yo me pregunto, ¿cómo es que se creían tales imputaciones cuando se conocía el carácter del aludido y éste había dado más pruebas que ningún otro del mismo? En ese sentido, considero que los filólogos modernos fueron más crédulos que los antiguos ciudadanos romanos, quienes, luego de la derrota de Antonio, preservaron su recuerdo a pesar de los esfuerzos octavianos.⁵⁸¹

⁵⁸⁰ *Op. cit.*, p. 236.

⁵⁸¹ *Cf. Plu., Ant.*, 59.

Según dijo la historia octaviana, los consulares Lucio Munacio Planco y Marco Ticio del partido antoniano se pasaron al bando contrario luego de que Cleopatra los insultara. Fue tal la ovación que se hizo a estas deserciones, que es fácil sospechar que fueron de las pocas que ocurrieron y por ello, debían exagerarse. Planco es aquel que disfrazado de Glauco había fungido de diversión a la reina y su amante; y es muy probable que haya sopesado el éxito y, cual veleta, se haya cambiado de bando a su favor. Más difícil sería saber por qué se separó Ticio, quien ya conocía los desplantes reales y había pertenecido al círculo íntimo de la reina.⁵⁸² ¿Conveniencia o celos dentro del propio entorno de poder?, ¿la mano del heredero de César estaría detrás de tales deserciones?, ¿disputas de mando entre los hombres cercanos a la pareja? Para Veleyo Patérculo, historiador romano, la razón era cuestión de dinero: Planco había abusado de la confianza de Antonio, y éste le pagó despotricando en su contra sin cesar.⁵⁸³

El verdadero problema de esta deserción no fue la pérdida en sí, ninguno de los dos era un militar avezado, sino que, siendo antiguos hombres de confianza de Antonio, conocían el contenido de su testamento, el cual se hallaba depositado en Roma. Los testamentos de los ciudadanos importantes quedaban a resguardo en el sacratísimo templo de Vesta, corazón de la ciudad eterna. Las vestales los custodiaban con celo y el propio Estado salvaguardaba las últimas voluntades, no sólo con el halo religioso sino con el civil, pues la ley promulgada por Sila exigía que todo aquel que abriera un testamento fuera condenado al destierro y la confiscación de sus bienes, pero Octavio no tenía escrúpulos y se presentó en el templo de Vesta exigiendo a las sacerdotisas la entrega del documento, y cuando éstas se negaron, irrumpió en la sagrada casa y robó el testamento para buscar furiosamente qué partes podían emplearse en contra de Antonio. Plutarco afirma que el Senado se indignó ante tal sacrilegio,⁵⁸⁴ pero ninguna ley fue aplicada, lo que nos demuestra el poder del que en ese momento ya gozaba.

⁵⁸² Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, pp. 238-239.

⁵⁸³ Vell., II. lxxxiii. 1 y ss.

⁵⁸⁴ Plu., *Ant.*, 58. Ello mucho más creíble que los dichos de Dión Casio al respecto. (Cf. D. C., L. iii. 4-5.)

La lógica nos dice que en la última voluntad de su excuñado no pudo hallarse nada censurable. El heredero debía ser su hijo mayor Antonio, al que todos conocían por el hipocorístico Antilo de unos diecisiete o dieciocho años por entonces; seguramente había legados para el pueblo romano, como ya había hecho César, y que su hijo heredaría su amplia clientela que, junto con el dinero paterno, lo haría entrar inmediatamente a la política, el propio Octavio era un buen ejemplo de lo que un joven ambicioso podía hacer con esa oportunidad. Suetonio⁵⁸⁵ señala que los hijos de Cleopatra eran mencionados, pero aquellos menores de edad sólo habrían tenido derecho a las posesiones paternas en Oriente, y tales aún no estaba conquistadas, por lo que, de mencionarlas en ese momento, ello sólo hubiera sido sobre bases poco firmes para confirmar tal asignación. No habría pie a inquietud alguna, a menos que se sacaran de contexto sus deseos o se exageraran; y eso fue lo que hizo precisamente Octavio. Luego de leer en privado el documento, se presentó ante el Senado y espetó que la voluntad de Antonio era hacer grandes donaciones a los hijos de la egipcia y, lo que indignó a la mayoría: ¡que Antonio pedía ser enterrado en la lejana tierra *nilótica*! ¿Verdad o mentira?, no lo sabemos, pero lo cierto es que no enseñó el documento para que lo dicho fuera examinado. El Senado en pleno aceptó la declaración de guerra.

[225]

Rumores siniestros se esparcieron por Roma: Antonio quería ser enterrado en Alejandría junto a su “ramera” por la que abandonó a la virtuosa Octavia; “la bruja” le había sorbido el seso y la reina quería gobernar Roma, incluso siempre decía: ¡Tan cierto es que un día administraré justicia en el Capitolio!, poniendo como corte a su eunuco Mardión, su peinadora Eira y a la cortesana Carmión.⁵⁸⁶ La opinión pública se plantó al lado de Octavio y el partido opositor tuvo que claudicar; sus amigos e incluso los neutrales tuvieron que vociferar de Antonio, ya por convencimiento de los dichos del testamento, ya por miedo a Octavio. Incluso le fue negado el consulado que ya tenía ganado para ese año, así como toda autoridad. Medidas que podemos cuestionar, ya que gran parte del Senado estaba con el aludido en su campamento. Octavio no se privó de ser él mismo quien llevara la

⁵⁸⁵ Suet., *Aug.*, 17.

⁵⁸⁶ Cf. Plu., *Ant.*, 59-60.

antigua lanza al templo de Belona y la arrojara sobre un puñado de tierra húmeda que simbolizaba Egipto, nación a la que oficialmente se le declaraba la guerra; además, una contienda con el extranjero se gestionaba mejor que una civil. Octavio conseguiría, de salir victorioso, un fastuoso triunfo que no habría podido llevar a cabo de vencer a un romano en guerra de secesión. Así pues, mucho de su ego estaba en juego.

[226]

Accio, donde todo se iba a decidir

Antonio debía recuperar Italia, no quería ser un simple rey helenístico de origen latino, y eso, si Octavio permitiera tal cosa. Por ello, desde el año 32 a. C. había desplegado sus fuerzas en la costa occidental de Grecia y en el Epiro, con unidades también en las islas de Corcira y Lécade; en tanto que Octavio hacía lo mismo en Brindisi. Antonio contaba con cien mil legionarios, doce mil jinetes y quinientos barcos de guerra, además de los de carga para aprovisionar al magno ejército. Su rival no le iba a la saga: ochenta mil legionarios, doce mil jinetes, pero sólo cuatrocientas naves guerreras, lo que lo ponía en desventaja en el mar.

La estrategia de Octavio fue cortarle cualquier intento de cruce de las tropas por mar desde la costa griega y epirota, desplegándose por toda la ribera opuesta, lo que forzaba a Antonio a abastecer cada vez desde más lejos a sus hombres, de aquí que éste terminara por considerar que era mejor que todo se decidiera en Grecia, propiamente en los alrededores de Accio, golfo que se ubicaba frente a la isla de Lécade, donde estaba la base de operaciones y otra base naval importante en la cercana isla de Zacinto. Accio también se hallaba cerca del golfo corintio y del Peloponeso, desde donde sería fácil pasar a Creta y de ahí a Egipto. Es posible que Antonio viera las posibilidades reales de un enfrentamiento marino, aspecto en el que aventajaba a Octavio gracias a las medidas armamentistas de Cleopatra. Las fuentes, con los desastrosos resultados posteriores, insisten en que fue la reina quien forzó esta estrategia, hoy diríamos que, de ser así, su táctica era de una visión extraordinaria, pues era más que factible un triunfo siguiendo tales lucubraciones. La pareja dilató la guerra y pasó el invierno del año 32 a. C. en Patras, acto que le es censurado por la historia antigua,

pero que en ese momento era lo mejor, dadas las condiciones que se presentaban; una batalla en el primavera era más segura, sobre todo porque sus hombres contaban con los suministros que venían de Oriente y no pasarían dificultades como sí sucedería con las huestes octavianas, pero con el flamante heredero de César había un hombre de temple y de arrojo de nombre Agripa, quien de no haber existido, otra cosa sería lo que se contara.

General de Octavio desde hacía tiempo, y actor principal de sus triunfos, Agripa era no únicamente el brazo fuerte sino también el cerebro militar detrás del político Octavio. Sin él, todas las intrigas hubieran sido sólo eso. En un paso sumamente arriesgado, Agripa empleó veloces naves liburnias y, a finales del invierno, avanzó hacia Grecia, arriesgándose al hundimiento de las mismas, pero el éxito de este acto le valió para sorprender a su enemigo en la ciudad de Metona, situada en una península rocosa de difícil acceso. Ya fuera una traición interna o la despreocupación de la guarnición, el caso es que tomó la ciudad, y esta derrota se convirtió en una espina clavada en la estrategia antoniana; y dio con el talón de Aquiles al atacar por la retaguardia del contingente principal del general y la reina. Antonio se hallaba tratando de contener el ataque sureño cuando se le informó que Octavio avanzaba por el norte con un gran ejército terrestre. Con todo, ninguno de los dos perdió la calma y salieron tranquilamente de Patras, lo que se explica como parte de la seguridad que tenía en la estratégica posición de Accio y que su plan era enfrentar a toda la fuerza octaviana y derrotarlos de una vez y para siempre. Las palabras de Cleopatra que Plutarco señala como altanería, debieron ser más bien confianza en sí misma y en su amado; así, qué importancia tenía que Octavio estuviera en “un cazo”.⁵⁸⁷

[227]

La flota de Octavio llegó a Accio y la de Antonio se replegó, pues no quería un enfrentamiento en terreno dispuesto por el enemigo, ni mucho menos tan pronto, ahora que la estrategia era defensiva en vez de ofensiva como se planeó primero. En una colina del golfo de Ambracia se estableció el campamento de Antonio y Cleopatra, el cual se unió al puerto por medio de una gran muralla:

⁵⁸⁷ La ciudad donde se encontraba Octavio era Torine, que en griego señalaba ese admiculo de cocina. (Cf. Plu., *Ant.*, 62.)

En Accio y en el golfo era donde la flota estaba mejor protegida, el estrecho de apenas 700 metros de ancho podía cubrirse por completo con armas de gran alcance sobre los bastiones de ambas orillas y bloquearse así para los barcos enemigos. Además, la salida estaba asegurada por la base naval en la cercana isla de Léucade. Bastante menos favorable parecía la situación de su adversario.⁵⁸⁸

[228]

Efectivamente la posición de Octavio no era la mejor: su ejército de tierra no podía acercarse por mar, no sólo por la naturaleza que se lo impedía con sus vientos y marejadas, sino también por la flotilla antoniana que vigilaba la zona y le forzaba a él y a su almirante a una batalla naval que Antonio retrasaría hasta contar con todas sus tropas. Este último llevó su ejército de tierra hasta las proximidades del enemigo, seguramente esperando que Octavio fuera azorado por las condiciones climáticas y se retirara a un sitio más adecuado. A tres kilómetros y medio de distancia, el ejército de Antonio no sólo presionaba a su adversario, sino que podía picar su retaguardia de hacer un movimiento de repliegue. Sin duda era mejor estrategia que el jovenzuelo venido a generalísimo. Pero su rival en este campo era el arriesgado Agripa, quien volvió a cambiar la situación: realizó un ataque sorpresivo y tomó Léucade para con ello amenazar el campamento principal de Antonio apostado en Ambracia, además de cortar los suministros que llegaban de Egipto y de Asia, por lo que habría de recurrir al avituallamiento por tierra, más peligroso y lento. El almirante de Antonio perdió más de una batalla contra Agripa, quien se apoderó de Patras y tal vez bloqueó el golfo de Corinto.

Octavio daba un paso adelante y “las ratas comenzaron a abandonar el barco”. Las deserciones se hicieron más constantes y dolorosas, como la Domicio Enobarbo. Antonio lo tomó con filosofía al principio y dejaba a los temerosos marchar tranquilamente, pero pronto tomó medidas más drásticas, como el ajusticiamiento de Quinto Postumio; lo que agravó la situación y hasta su amigo Quinto Delio quien había sido su legado en varias ocasiones, y del que se decía que incluso había sido su amante en la juventud, lo abandonó. El ambiente se tornó insostenible, había que actuar,

⁵⁸⁸ Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 251.

y la única posibilidad era la huida. Una retirada por tierra habría dado pie a la persecución de Octavio y a la traición de régulos que se cambiarían de bando con rapidez; la mejor opción era por mar a fin de reorganizar el Oriente donde aún había legiones en Cirenaica, Siria y Egipto; Agripa no podría perseguir la flota con sus naves restantes y llegarían seguros a puerto, pero ello implicaba abandonar el ejército de tierra.

Las fuentes nacidas de la propaganda del vencedor han dado pie a las más degradantes historias sobre esta táctica evasiva, imponiendo la idea de una Cleopatra aterrada e impositiva, así como de un desalentado Antonio. No parece que esto sea cierto dadas las circunstancias, y la filología moderna ha elucubrado para rescatar al famoso estratega de la mala interpretación posterior. Aquí no me detendré en desmentir lo que se ha venido repitiendo desde el siglo II d. C., sino a plantear la muy posible realidad de la escapatoria de los amantes.

[229]

En primer lugar, había que despejar la salida. De los doscientos treinta barcos, sesenta estaban en perfectas condiciones y daban pie a una huida en paz, el resto fue quemado para que no cayeran en manos enemigas. La tripulación de cada barco fue incrementada con los mejores hombres de Antonio procedentes de sus ejércitos terrestres: veinte mil legionarios y dos mil arqueros, dichas tropas de élite, así como las fuerzas acantonadas en Oriente eran más que suficientes para reorganizar la batalla por el mundo conocido. Ante este panorama, no habría desaliento sino esperanza de continuar con todo. No obstante, como las desertiones continuaban, debemos suponer que Agripa y Octavio sabían de estas milicias y estaban decididos a impedir su escapatoria, por lo que se avecinaba la gran batalla de Accio.

Octavio y sus fuentes quisieron hacernos creer que era una lucha desigual, algo así como David contra Goliat, pero nada más alejado de la realidad, es fama y nada más. Agripa aprovecharía la velocidad de sus naves liburnias para soliviantar la ventaja de las pesadas galeras de Cleopatra; las de Agripa serían más armas por sí mismas que los pertrechos que llevaran a tal guisa; las de su adversario eran mastodontes bien armados que utilizarían su fuerza de ataque para abrirse paso.

Luego de una tormenta de cuatro días, Antonio dio la orden de salida; era el 2 de septiembre del 31 a. C. Los barcos tomaron una formación cerrada antes de entrar al estrecho de Accio. Detrás, la escuadra de Cleopatra

esperaba la señal para salir con sus naves repletas de los fondos de guerra que no debían caer en manos de Octavio. Delante estaba la flota enemiga al mando de Agripa y sólo distaban unos mil cuatrocientos metros entre ambas cuadrillas. El mar estaba en calma, Antonio esperaba el viento favorable que solía elevarse en la mañana por el norte: ése era el requisito para la fuga, con viento en popa podía escurrirse con toda celeridad, siempre y cuando su flota hubiera abierto el paso a la reina y su preciado cargamento.

[230]

La estrategia era avanzar de forma compacta contra Agripa, pero el flanco izquierdo de Sosio se adelantó, tal vez forzado por aprovechar el viento y no perder la oportunidad de maniobrar después, Agripa hizo retroceder a sus barcos para luego atacar. El viento favorable, las condiciones y el apremio de la tensa calma debieron hacer que Antonio diera la orden y todo comenzó.

La lucha se dio a todo lo largo de las formaciones. Cleopatra debió ver esta escena desde la retaguardia y reconocer lo encarnizado que fue aquel combate.⁵⁸⁹ El centro estaba despejado porque la batalla estaba dividida; la reina vio la oportunidad y se lanzó a fuerza de remo hacia el espacio que se vislumbraba; cuando atravesó al enemigo y estuvo en mar abierto, desplegó las velas y escapó con rumbo al Peloponeso. Todo debió ser un paso calculado, como hemos visto que fue la vida de ambos personajes, pese a que las fuentes adversas quieran descubrir temores femeninos y enamorados enloquecidos.⁵⁹⁰ Antonio sabía que Agripa no lo dejaría escapar tan fácilmente, por lo que mantuvo la lucha fuera del alcance de su flota principal, así, se abocó a concentrar su avance en uno punto específico, lo que provocaría el tumulto y así lograr el escape de la reina y el dinero que le permitiría reiniciar la lucha, además de preservar sus naves para futuras batallas en el mar. La primera parte de su plan de huida fue exitosa. La segunda era más difícil: sus naves debían desembarazarse del enemigo y alcanzar a la reina con el menor número de pérdidas posible. Antonio se pasó a un quinquerreme y sólo con ese enorme barco pudo abrirse paso y seguirla, no así sus naves restantes que, o fueron hundidas o cayeron en posesión enemiga. Como puede leerse, el plan no fue un éxito del todo.

⁵⁸⁹ Cf. D. C., L. xxxiii. 5-50.

⁵⁹⁰ D. C., L. xxxiii. 1 y Plu., *Ant.*, 66.

A salvo en el sur del Peloponeso, en el cabo Ténaro, se pudo reunir lo que restaba de su flota. Sólo un tercio logró escapar y esto deprimió al general; se retiró a la cubierta de proa y se alejó de Cleopatra. Al cabo de tres días se reunieron de nuevo y se envió aviso a las tropas de tierra para que huyeran vía terrestre. La victoria en Accio era de Octavio y Agripa, lo que dio rienda suelta a la fantasía que exaltaba las acciones del joven y su almirante, e incluso se dijo que el dios Apolo les había auxiliado disparando sus flechas sobre la reina fugitiva y su petimetre amante, quien deshonra el nombre de general y de romano.⁵⁹¹

[231]

Estertores de un sueño inalcanzable

Llegando a las costas africanas, Antonio se detuvo en Parentonio, a sólo doscientos ochenta kilómetros de Alejandría, y envió a Cleopatra a Egipto. Se puso en contacto con el general de la zona para que alistara las tropas, pero éste le dio la espalda y se pasó al bando enemigo, mas sus huestes se reusaron y hubo de recurrir a las ejecuciones para disuadirlos. Antonio, ya arrastrando su depresión, trató de suicidarse, pero sus amigos lo impidieron y lo forzaron a ir a Egipto.

Por su parte, Cleopatra llegó en plan victorioso a Alejandría con su barco lleno de guirnaldas, pero no bien desembarcó, se propagó la noticia de la derrota y la soberana procedió a eliminar cualquier oposición y recaudar el dinero para la nueva ofensiva, a la par que también previó un posible ataque a Egipto y una ruta de escape por el mar Rojo hacia India, merced a un canal del siglo VI a. C. que unía el Delta del Nilo con el hoy canal de Suez. Por desgracia los barcos que hizo trasladar allí fueron atacados por Malico, rey de los nabateos que ya se había cambiado también al bando de Octavio. Sin amilanarse, procedió a urdir una defensa utilizando “su” terreno: Siria y Asia Menor, pero sólo ella de todos los reyes clientes de Antonio permaneció fiel. Poco a poco todos los régulos se pasaron con Octavio, argumentando su fidelidad a Roma, hasta Herodes que tanto debía a Antonio no dudó un momento y se alió al heredero de César.

⁵⁹¹ Plu., *Ant.*, 66.

Una banda de guerreros, tal vez el corazón de las tropas antonianas que la tradición octaviana consideró sólo un grupo de gladiadores, fieles a su general, trataron de pasar por el territorio enemigo y llegar a Egipto; vencieron al rey de Galacia y sólo las fuerzas combinada del gobernador romano de Siria y el traicionero Herodes lograron frenar su avance, y aquellas unidades tuvieron que entrar en acuerdo con el romano Didio, porque la mala situación de Antonio y Cleopatra no les había permitido ayudarlos. A esta desgracia se uniría la pérdida de las tropas terrestres de Accio que fueron alcanzadas por Octavio, al que terminaron jurando lealtad sin más remedio. Canidio Casio logró escapar con un grupo de comandantes para alcanzar a su general, pero fue atrapado y asesinado junto con sus acompañantes.

La pareja que tantas veces había afrontado la vida, tenía ahora que enfrentarse a la muerte; y lo hicieron a su estilo: a carcajadas. El “club de la vida inimitable” renació para una última actuación, y se cambiaron el nombre a “club de los que mueren juntos”.⁵⁹² Alejandría se contagió del humor que la pareja irradiaba y todo fue una suerte de risa antes del llanto. Sus hijos mayores, Cesarión y Antilo fueron declarados mayores de edad, aunque no lo eran, pues tendrían dieciséis y quince años aproximadamente; confiriéndoseles la toga viril, celebraron con fastuosos convites que duraron tres días. De esta suerte preparaban su sucesión, ni el hijo de César ni el de Fulvia serían precedidos de un tutor; uno podría tomar posesión del trono de Egipto y el otro del poder político de su padre en Roma; de más está decir que, al propio tiempo, se les condenaba al odio de Octavio, quien vería en ellos rivales en potencia. No obstante, el tema de conversación en el club fue acerca de las maneras de morir; Cleopatra optó por el veneno y ello dio lugar a fantasías absurdas que las fuentes se regodearon en mencionar, ridículas versiones en una tierra con tanta tradición médica.⁵⁹³ Ella tendría que morir, pero con respecto a sus hijos, parece que agotó el cauce diplomático para salvaguardarlos.

Nuevamente Plutarco⁵⁹⁴ habla de una embajada de Antonio y Cleopatra hacia un Octavio instalado en Asia, pero los términos de dicha emba-

⁵⁹² Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 266.

⁵⁹³ Y dieron pie a las novelas y cintas posteriores que incluyeron practicar los venenos con esclavos o buscar a las serpientes más mortales y forzarlos a ser mordidos. (Cf. *infra*. “Apéndice II”, p. 263.)

⁵⁹⁴ Plu., *Ant.*, 72.

jada resultan oscurecidos por los velos de la mala propaganda. Supuestamente el maestro de sus hijos menores sirvió de mensajero. La reina ofrecía abdicar a favor de Cesarión y Antonio solicitaba la posibilidad de retirarse a la vida privada en Atenas. La petición de ella puede ser cierta, pero no la de él. En contraste, la respuesta de Octavio debe ser verdadera: aceptaría la abdicación de la reina si ella misma mataba a Antonio, así todos recordarían la traición egipcia a Pompeyo, y él no cargaría con la muerte de tan preclaro líder; dada la respuesta de la reina, es obvio que se inventó la súplica de Antonio para quitarle el último atisbo de honor romano. Junto a la propuesta terrible, el sagaz Octavio debió darle alguna esperanza, pues Cleopatra no se quitó la vida de inmediato, y ello en parte debió también ser ocasionado porque los veteranos del romano, licenciados y en Italia, no recibieron las recompensas ofrecidas, provocando disturbios que Agripa no podía controlar; razón por la que solicitaba que aquél volviera, pero tendría que hacerlo con el dinero de ella, mismo que podría destruir si él fuera demasiado inflexible en sus términos.

[233]

Con las cosas en tensión, Octavio volvió apresuradamente a Italia y, con lo recaudado en su marcha por Oriente trató de paliar en algo la situación, dándoles esperanzas sobre el tesoro de Egipto. Sólo pasó un mes en Roma y regresó por tierras sirias, ratificó a Herodes en el trono de Judea y éste lo recompensó con ochocientos talentos, además de acompañarlo en su viaje hacia Egipto, contándose entre los más íntimos del flamante vencedor, como antes lo fue de Antonio. No sólo avanzaba el general por Siria, también desde Parentonio avanzó Pinarío Escarpo con sus legiones, a las que el comandante de Cleopatra no les dio pelea. Tan pronto tuvo noticia de esto, furiosa, lo entregó junto con su familia a Antonio para que los ejecutara, lo cual no sabemos si se llevó a cabo. Mientras, éste se preparaba para su última batalla.

A la edad de cincuenta y dos años, Antonio esperó al enemigo a las puertas de Alejandría y los venció en un combate ecuestre; los persiguió hasta el campamento de Octavio y, eufórico, retó a este último a combate singular; pero el otro, prudente y pusilánime como era, sólo respondió que Antonio tenía muchas otras formas por donde alcanzar la muerte. El general regresó al palacio real y llevó a su más destacado soldado para que la reina lo premiara con una coraza y un casco de oro; ese mismo soldado

desertó aquella noche. Schäfer asegura: “No fueron las derrotas militares, sino la defección, la traición y la deserción las que provocaron el colapso de Oriente”.⁵⁹⁵ Así, a los pocos días, el derrotado general organizó una batalla por tierra y por mar, abrigando la esperanza de que la fortuna que tanto le había sonreído lo hiciera nuevamente, pero no fue así, su caballería se pasó a las filas enemigas y su infantería fue derrotada.

[234]

Ese mismo día caería Alejandría. Era el 1º de agosto del año 30 a. C. y una era llegó a su fin cuando cayó el último reino helenístico. Antonio llegó al palacio y no halló en él a su amada, quien se había retirado a su mausoleo con sus dos criadas y posiblemente un eunuco. La noticia para su general era: que se había suicidado. Abatido por la noticia, solicitó a su fiel esclavo Eros que le propinara con la propia espada un golpe mortal, pero el infeliz prefirió darse muerte a sí mismo que a su querido amo; Antonio se clavó la espada, pero no murió de inmediato. Agonizante, fue encontrado por Demetrio, el secretario de la reina y cuya orden decidió seguir: llevarlo al mausoleo real. La tumba estaba diseñada para que una vez cerradas las puertas no pudieran volverse a abrir, así que había que izar el cuerpo de Antonio hacia una de las pequeñas ventanas altas. Desde lo alto, Eira y Carmiana, auxiliadas por la propia reina, se dispusieron para reunir a los amantes condenados, Plutarco, lleno de compasión, reseña:

Cleopatra [...] le echó cuerdas y sogas, con las que ataron a Antonio; ella tiraba de arriba con otras dos mujeres que eran las únicas que había llevado al sepulcro. Dicen los que presenciaron este espectáculo haber sido el más miserable y lastimoso, porque le subían del modo que referimos, bañado en sangre, moribundo, tendiendo las manos y teniendo en ella clavados los ojos. Porque la obra no fue tampoco fácil para unas pobres mujeres, sino que Cleopatra misma, alargando las manos y descolgando demasiado el cuerpo, con dificultad pudo tomar el cordel, animándola y ayudándole los que se hallaban abajo. Luego que le hubo recogido de esta manera y que le puso en el lecho, rasgó sobre él sus vestiduras, se hirió y arañó el pecho con las manos, y manchándose el rostro con su sangre, le llamaba su señor, su marido y su emperador, pudiéndose decir que casi se olvidó de los propios males, compadeciendo y lamentando los de Antonio. Hízola éste suspender el llanto,

⁵⁹⁵ *Op. cit.*, p. 274.

y pidió que le diera un poco de vino, o porque tuviera sed, o esperando acabar así más presto. Bebió, y la exhortó a que, si podía ser sin ignominia, pensara en salvarse, poniendo de los amigos de César su mayor esperanza en Proculeyo; y en cuanto a él, que no llorase por las mudanzas que acababa de experimentar, sino que antes le tuviese por dichoso, a causa de los grandes bienes que había disfrutado, pues había llegado a ser el más ilustre y de mayor poder entre los hombres; y si entonces era vencido, lo era noblemente romano por romano.⁵⁹⁶

[235]

Podemos dudar de todos los detalles, pero una cosa es cierta: Antonio murió en brazos de su amada; y Octavio ya no pudo regodearse de capturarle vivo. Tal vez Cleopatra supiera que él no tendría ánimo de matarse si ella vivía, quizás aún querría protegerla; posiblemente hubo mala comunicación sobre su supuesto suicidio, pero apenas muerto el general, llegó el citado Proculeyo como enviado de Octavio a negociar con la reina, la razón: la soberana guardaba un as en su manga: había hecho depositar en el mausoleo su fabuloso tesoro y podía prenderle fuego en cualquier momento y dejar a su verdugo sin dinero para controlar su precaria situación en Italia.

Aquel mausoleo era sólo una parte de las previsiones de la reina. Había hecho llevar allí el mayor número de sus riquezas, con ellas tendría una buena moneda de cambio para negociar la vida de sus hijos y su futuro como reyes: a Cesarión lo había hecho huir por Etiopía hacia India en compañía de su maestro, de éste de nombre Rodón; confiaba que los pequeños, como hijos de un romano, no corrieran el mismo peligro que su primogénito, el único descendiente del gran César. En tanto, Octavio se instalaba cerca del gimnasio y mandaba traer al pueblo para tranquilizarlo con respecto a una invasión. Entre las concesiones realizadas estuvo la de perdonar la vida de Filóstrato, sofista y muy posiblemente maestro de Cleopatra, aunque las fuentes se empeñan en mostrar la magnanimidad del vencedor más por apego al filósofo Áreo que al mismo Filóstrato. Es entonces también que Plutarco⁵⁹⁷ nos muestra una escena que parece poco o nada verosímil: un Octavio que se entera de la muerte de Antonio porque le llevan la

⁵⁹⁶ Plu., *Ant.*, 77.

⁵⁹⁷ Plu., *Ant.*, 78.

espada ensangrentada y, como se lamenta de tal acto, el vencedor, olvidándose de todo lo que hubiera entre ambos, ya que, al fin y al cabo era un romano y había sido su cuñado, compañero de partido y aliado durante mucho tiempo. Si acaso se lamentaría de algo, sería de no haberlo tomado vivo o de no haber dado cuenta de él en lugar de que lograra morir con cierto decoro; así pues, su actuación, a diferencia de lo que fue la de César con la muerte de Pompeyo, no es criticada por el biógrafo.

[236]

Proculeyo se presentaba para negociar ante una Cleopatra encerrada a cal y canto. Las puertas herméticas permitían, no obstante, la conversación entre ambos. La reina jugó sus cartas lo mejor que pudo, exigiendo a cambio de su rendición, la soberanía para sus hijos, manteniendo así un reino cliente. El emisario no podía refutar nada y se limitó a dar esperanzas a la reina. Como a ella le apremiaba el destino de sus hijos, inició una nueva ronda de negociaciones tras la puerta cerrada, pero esta vez Octavio supo sorprenderla: mientras Galo, uno de sus hombres la distraía hablándole, el negociador antes citado se escurrió por la alta ventana y se introdujo sin dificultad. Al verlo —según Plutarco—,⁵⁹⁸ Cleopatra trató de matarse con una daga, pero fue detenida por éste. La reina cayó en manos de su enemigo, así como todo su tesoro, el único medio para seguir negociando; como su primer amor, también para ella: “la suerte estaba echada”. Ahora Octavio contaba con el fabuloso tesoro egipcio y podría pagar a sus tropas, así como reducir el creciente déficit de la economía romana.⁵⁹⁹

Lo que sucedió en los días siguientes, el biógrafo Plutarco lo supo por los apuntes del médico egipcio Olimpo y, por ello, goza de una mayor credibilidad.⁶⁰⁰ Si bien la propaganda octaviana se filtró, es fácil desacreditarla a la luz del contexto general. Octavio mantuvo con vida a Cleopatra, y ello echa por tierra alguna teoría sobre que fuera el mismo romano quien la asesinara;⁶⁰¹ es verosímil suponer que estuviera más interesado en llevarla con vida a Roma y pasearla en su triunfo⁶⁰² y hacerla morder el polvo, a ella que antes se había presentado en el Urbe con todo su esplendor. Más enigmá-

⁵⁹⁸ Plu., *Ant.*, 79.

⁵⁹⁹ Cf. Joyce Tyldesley, *Cleopatra. La última reina de Egipto*, p. 187.

⁶⁰⁰ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 277 y D. Roller, *op. cit.*, p. 146.

⁶⁰¹ Cf. S. Ashton, *op. cit.*, pp. 182-183.

⁶⁰² Cf. Plu., *Ant.*, 78 y S. Burstein, *op. cit.*, p. 126.

tico resulta saber por qué le permitió que embalsamara y diera sepultura a Antonio, habida cuenta —como señala Roller—⁶⁰³ de que sus hombres opinaran otra cosa o de que la propia Octavia le hubiera requerido algo diferente. El citado autor sostiene que podemos sobreentender que fue el poder de convencimiento de la reina. Para mí, Octavio tenía sus propios motivos: llevar el cuerpo de su otrora enemigo a Roma habría implicado hacer de él un mártir y, a sus seguidores —que todavía eran muchos— les habría brindado la oportunidad de tomar aquel cadáver como un fetiche de poder y, ¿acaso no había ya ocurrido lo mismo con Alejandro y con César? Además, en el supuesto testamento que Octavio utilizó, el propio Antonio había pedido este funeral en Alejandría. Ello reafirmaría a los romanos que él, Cayo Julio César, era tan magnánimo como su padre, quien dispuso su voluntad a Pompeyo, aun siendo su enemigo en vida; por tanto, así como lloró por Antonio, permitió que su voluntad fuera cumplida. Así, al tiempo que se deshacía de un posible rival simbólico, dejaba en claro que era un buen militar que no tomaba ventaja de su victoria.

[237]

Cleopatra fue hecha prisionera en su propio palacio. Octavio encargó a su liberto Epafrodito que la vigilara de cerca para que no se suicidara. Lo cierto es que ella estaba muy enferma. Las heridas que se infringió en su dolor por la muerte de su amado se habían infectado y supuraban inflamando su pecho, en tanto que la fiebre la acometía. Olimpo debió estar a su lado en todo momento. Aprovechando su estado, la otrora reina de Egipto intentó morir de inanición, pero ¿querría morir de forma tan simple? Plutarco parece admitirlo,⁶⁰⁴ y con él concuerdan las fuentes modernas.⁶⁰⁵ Yo considero que Cleopatra tal vez intentara presionar con ello a Octavio, quien deseaba ardientemente llevarla a Roma y exhibirla derrotada; sólo se tenía a sí misma como carta en este juego político. Su captor desconfiará de su falta de mejoría, y supuso que estaba en lo que yo llamaría una huelga de hambre; sospecha suficiente para amenazarla con hacer algo a sus hijos. La pobre mujer desistió de su intento.

⁶⁰³ *Op. cit.*, p. 146.

⁶⁰⁴ *Plu., Ant.*, 82. El griego cita a Olimpo como fuente.

⁶⁰⁵ Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 277; S. Burstein, *op. cit.*, p. 128; J. Tyldesley, *op. cit.*, p. 186 y D. Roller, *op. cit.*, p. 146.

El César fue a visitarla días después y aún la encontró muy debilitada. Vano es dar oídos a la versión de Dión Casio, quien señala un intento de seducción por parte de Cleopatra, no obstante, maltrecha y desarreglada como estaba, no debió ser muy atractiva en aquel momento.⁶⁰⁶ Plutarco presenta otra idea que no cuadra bien con la actitud de la reina en sus últimos días: una monarca que se sobaja a rogar a su captor por su vida, la de sus hijos y la certidumbre de sus reinos.⁶⁰⁷ Sin embargo, una parte del relato resulta intrigante: Octavio le entregó una lista de sus tesoros a fin de que afirmara que éstos eran todos, Seleuco uno de los mayordomos de la reina alegó que faltaban algunos y Cleopatra se abalanzó ante él y lo abofeteó, justificándose de inmediato al asegurar que lo que conservaba era algo para obsequiar a Octavia y Livia, seguramente con miras a que ellas abogaran por su bienestar. El César rio a carcajadas y se convenció de que su prisionera real no buscaría suicidarse si se atrevía a guardar algunas riquezas, o al menos eso entendemos del texto plutarquiano. ¿Y si la reina, por el contrario, estuviera cierta de que el romano no planeaba sostener a sus hijos en trono alguno y que ella sería paseada como su hermana en el desfile triunfal para luego ser asesinada en una mazmorra sucia como le ocurrió al preclaro Vercingétorix y por ello planeó todo en complicidad con su mayordomo para engañar a su enemigo? Se dice que Dolabela, un soldado romano, le comunicó los planes de Octavio de hacerla partir a Roma en dos o tres días, mientras él hacía lo propio por tierra. Seguramente esto debió dar pie a su plan.

Lo cierto es que el César bajó la guardia y aceptó que la reina visitara la tumba de Antonio. Al poco rato recibió una misiva sellada de la reina donde le suplicaba que la enterrara junto a éste. Dado el texto de Plutarco, es posible que Octavio no creyera que dicha solicitud fuera una nota suicida y mandó a uno de los suyos a informarse. Debió volver poco después contándole que la reina estaba muerta en su dorado mausoleo.

¿Cómo murió Cleopatra? Distintas versiones y distintas explicaciones se han dado al respecto. Dión reseña que, la reina, luego de engalanarse con el más espléndido de sus ropajes, tomó en sus manos las insignias de su poder y se quitó la vida, ya fuera por la mordida de un áspid que había escondido en un cántaro o un ramo de flores, o por medio de una horquilla con un

⁶⁰⁶ D. C., LII. xii. 1 y ss.

⁶⁰⁷ Cf. Plu., *Ant.*, 83.

veneno letal que al entrar en contacto con la sangre mataba de inmediato y sin dolor.⁶⁰⁸ Plutarco es más patético: la reina obtuvo de Octavio el permiso de ofrecer un sacrificio fúnebre a Antonio y allí, luego de una lamentación digna de la épica, coronó el sepulcro, se despidió y luego se dio un baño para después degustar los manjares preparados, entre los que estaba una cesta de higos que los guardias había dejado pasar sin problemas, fue entonces que envió la carta al César; ordenó que todos salieran de la tumba y sólo se quedó con sus devotas Eira y Carmiana, quienes cerraron las puertas. Dentro de la cesta había un áspid, mismo que la reina —engalanada con sus ropajes ceremoniales— se aplicó al brazo o ella incomodó al animal que se hallaba dentro de una vasija con una aguja, hasta que la mordió. Al entrar los enviados del César vieron a Carmiana arreglando la corona de su ama y, tras un intercambio de palabras, murió también. El biógrafo reflexionaba sobre las dos pequeñas huellas de los colmillos en su brazo o sobre la posibilidad de una navaja hueca escondida en su cabello en la que portara el veneno mortal, porque no había huella de reptil alguno en la habitación del mausoleo.⁶⁰⁹

[239]

¿Pudo la reina morir por el veneno de alguna serpiente? La mayoría de los biógrafos modernos se enfocan en esta versión y dejan de lado la posibilidad de un veneno transportado de otra manera.⁶¹⁰ Las candidatas fueron desde antiguo el áspid y la cobra, pero resultan ambas incapaces de matar a tres personas en tan poco tiempo, sólo en condiciones óptimas una cobra puede matar con una mordida y debe ser una de gran tamaño, ¿cómo puedes meter tres grandes cobras sin que los guardias romanos las vieran? Además, las tumefacciones habrían dejado huella y la muerte podría dilatarse por días.⁶¹¹ Aquí me parece interesante anotar que Suetonio y Dión Casio, mencionan que Octavio hizo traer a los *psylli* africanos, expertos en venenos y que trataron de succionar el veneno de la reina.⁶¹² ¿Sería que

⁶⁰⁸ D. C., LI. xiii. 4- xiv. 1. Phillip Vanderberg (*op. cit.*, p. 264) es partidario de la teoría de la horquilla envenenada.

⁶⁰⁹ Plu., *Ant.*, 86.

⁶¹⁰ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, pp. 281 y ss.; S. Burstein, *op. cit.*, pp. 128 y ss.; J. Tyldesley, *op. cit.*, pp. 189 y ss.; D. Roller, *op. cit.*, pp. 149 y ss. y S. Ashton, *op. cit.*, pp. 169 y ss.

⁶¹¹ Cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 282.

⁶¹² Suet., *Aug.*, 17 y D. C., LI. xiv. 1 y ss.

Cleopatra no estaba muerta cuando llegaron los romanos? De ser así, la posibilidad de la serpiente renace.

[240]

El áspid fue considerado desde antiguo la causa de su deceso, como lo señalaban las fuentes literarias y cantaron los poetas augústeos, de ahí que se haya supuesto que la leyenda nació precisamente en el ámbito del descrédito de la propaganda romana. Sin la reina, el César hizo desfilar una estatua de Cleopatra mordida por un áspid.⁶¹³ Pero la serpiente podría ser imagen también de un antiguo simbolismo de eternidad y que la propia reina de Egipto utilizara para representar no sólo su calidad de heredera de los viejos faraones para su pueblo, sino que también hablara a los griegos que adoraban muchas formas serpentinas. Spiegelberg en 1925 propuso a la cobra como un símbolo egipcio empleado como emblema de la vida eterna y de Isis; Griffiths en 1961 lo rebatió sobre la base de que dicha asociación con la diosa era tardía, de época romana, ni siquiera ptolemaica;⁶¹⁴ tres años más tarde, Baldwin anotó que era más bien la asociación griega de la sierpe con la muerte lo que llevó a unir a Cleopatra con una de ellas. La teoría de la cobra o de la serpiente en general ha sido traída y llevada, negándola o afirmándola; estudiándola o reenfocándola. Así, Christoph Schäfer, quien cita a todos los anteriores, sugiere que fue una inyección de veneno la que la mató, escenificando la escena como si una sierpe lo hubiera hecho para dar un halo religioso al asunto y, luego su médico Olimpo —fuente de Plutarco y de muchos otros— esparciera el rumor.⁶¹⁵ Parece lo más verosímil, dados los conocimientos que hoy tenemos sobre los venenos y sobre el simbolismo que las serpientes en general y la cobra en particular podrían decir a los egipcios, los macedonios, los griegos e incluso los romanos, si pensamos que Hércules, el antepasado de Antonio, se enfrentó a unas serpientes enviadas por su madrastra Hera.⁶¹⁶ Con todo, para mí hay un par de dudas finales para suponer este escenario: ¿si la reina planeó todo, dónde llevó el veneno y cómo se lo administró? y, ¿ya estaba muerta cuando la encontraron los romanos?

⁶¹³ Cf. por ejemplo, Prop., *Eleg.*, III. 11 o Strab., XVII. i. 10, así como S. Ashton, *op. cit.*, p. 169.

⁶¹⁴ Para los autores citados, cf. Ch. Schäfer, *op. cit.*, p. 283.

⁶¹⁵ *Op. cit.*, p. 283.

⁶¹⁶ Para las especulaciones sobre el simbolismo religioso en todas estas culturas, cf. J. Tyl-
desley, *op. cit.*, pp. 189-195.

Octavio cumplió al menos los deseos de Cleopatra, su cadáver fue embalsamado y depositado junto a su amante, incluso Eira y Carmiana recibieron una sepultura adecuada y estatuas frente al monumento. Antonio sufrió la *damnatio memoriae* y sus estatuas fueron destruidas. Las de Cleopatra se salvaron gracias a que un fiel egipcio, Arquibio, pagó la fabulosa suma de dos mil talentos a Octavio, cantidad dos veces y media más de lo pagó Herodes por su trono. Ello nos prueba el amor que su pueblo le brindó, mismo que ella supo ganarse; su culto continuó por muchos años más. La reina más notable de Egipto murió un 10 de agosto del año 30 a. C., tan sólo tenía treinta y nueve años.

[241]

Pero si Octavio se vio misericordioso con el destino final de Cleopatra y Antonio, no fue igual para con su recuerdo en vida: sus hijos, Cesarión y Antilo fueron asesinados, ambos traicionados por sus maestros. Antilo fue arrancado del templo de César en Alejandría, donde se había refugiado y fue decapitado; su maestro Teódoto fue falsamente acusado de robar la preciosa piedra que el muchacho llevaba al cuello y murió en la cruz. Cesarión fue convencido por su maestro Rodón de volver y entregarse a Octavio, quien pudo prometerle el reino. Su madre no supo de su muerte afortunadamente. Los pequeños hijos de la pareja malhadada fueron llevados a Roma para que desfilaran en el triunfo de Octavio, encadenados a la estatua de su madre; sin embargo, les perdonó la vida. Octavia los tomó a su cuidado y, su hermanastra Antonia los crio. El destino de Alejandro Helios y Ptolomeo Filadelfo es incierto, sólo sabemos que Cleopatra Selenne II se casó más tarde con Juba II de Mauritania y tuvo dos hijos: Drusila y Ptolomeo, él fue muerto por Calígula, de ella no sabemos, pero la también notable reina de Palmira, Zenobia, se decía descendiente de Cleopatra.

No tenemos palabras de la reina,⁶¹⁷ pero dada la cercanía de las fuentes plutarquianas, tal vez ella se explayara así sobre sus sentimientos antes de morir:

Amado Antonio, te sepulté poco ha con manos libres; pero ahora te hago esas libaciones siendo sierva, y observada con guardias para que no lastime con lloros y lamentos este cuerpo esclavo, que quieren reservar para el triunfo

⁶¹⁷ Recientemente se ha sostenido que un papiro de la época, escrito por un funcionario y que versa sobre un contrato y sus disposiciones, presenta la firma autógrafa de Cleopatra y señala que, la disposición "se cumpla". (Cf. Schäfer, *op. cit.*, pp. 232-233.)

[242]

que contra ti ha de celebrarse. No esperes ya otros honores que estas exequias, a lo menos habiendo de dispensarlos Cleopatra. Vivos, nada hubo que nos separara; pero en muerte, parece que quieren que cambiemos de lugares, tú, romano, quedando aquí sepultado, y yo, infeliz de mí, en Italia, participando sólo en esto de tu patria; pero si es alguno el poder y mando de los dioses de ella, ya que los de aquí nos han hecho traición, no abandones viva a tu mujer, ni mires con indiferencia que triunfen de ti en esta miserable, sino antes ocúltame y sepúltame aquí contigo, puesto que con verme agobiada de millares de males, ninguno es para mí tan grande y tan terrible como este corto tiempo que sin ti he vivido.⁶¹⁸

⁶¹⁸ Plu., *Ant.*, 84.

Reflexiones finales: una dinastía femenina

[243]

Si atendemos al significado de “dinastía”, esta es la conformación de un grupo familiar en un trono sucediéndose de padres a hijos. En este sentido, la sucesión aquí estudiada ya lo sería;⁶¹⁹ y dejemos de lado que el propio diccionario parece concebir por esa enunciación que no habría dinastías femeninas, pues la sucesión real no es común de madres a hijas en un mundo de estructuras patriarcales donde las reinas son casos extraordinarios, y ello simplemente debería hacer notorias a estas mujeres en Egipto. Yo por mi parte, prefiero enfatizar que una dinastía y sus dinastas, etimológicamente hablando, son aquéllos que “ejercen el poder”, proveniente dichas palabras del verbo griego que a ello alude,⁶²⁰ pues un poder que no se ejerce no es poder, éste radica en poder lograr de forma fácil y expedita la realización de algo por mera voluntad y, en el caso de un monarca, de manera absoluta; lograrlo, por otro lado, implica forzosamente poseer los medios idóneos, entre otros, un territorio lo suficientemente rico y próspero que asegure que cualquier idea o capricho pueda llevarse a cabo sin restricciones de índole económica; un pueblo lo suficientemente devoto para que no se levante en armas contra tales deseos, y una inteligencia adecuada para dilucidar entre un beneficio personal y uno colectivo que implicara a ese pueblo mencionado o, por el contrario, para enmascarar muy bien lo personal como popular. A lo largo de estas páginas creo haber dejado en claro que las reinas egipcias conocidas como Cleopatra cumplieron muy bien con todos estos requisitos, así como el hecho no tan simple de la sucesión de su nombre, pero quisiera ahora enfatizar que el apelativo no fue lo único que se heredaron de madres a hijas.

⁶¹⁹ Cf. Julio Casares, *Diccionario ideológico de la lengua española*, s. v. ‘Dinastía’.

⁶²⁰ Cf. Joan Corominas, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, s. v. ‘Dinámica’. Para el griego, cf. Robert Beekes, *Etymological Dictionary of Greek*, s. v. ‘δύναμις’.

[244]

No es extraño que se refiera que Cleopatra intentó llevar a cabo el “sueño de Alejandro Magno”, es decir, la conformación de un gran imperio con Alejandría en el centro, pero si nos detenemos a reflexionarlo, no parece ser precisamente el “sueño” del macedonio. Al pasar revista a la carrera del rey Alejandro, notamos que su impulso principal fue la conquista de tierras lejanas, pues si hubiera sido tan sólo la de posesión del imperio persa, al lograrlo con la muerte de Darío y la toma de Persépolis, se hubiera dedicado a la administración de su vasto imperio, que no sólo incluía los territorios recién obtenidos sino también el reino heredado y el sometido, Macedonia y Grecia, respectivamente. Se censura normalmente al Magno que no haya procurado, ni en vida ni para su muerte, la administración de su imperio e incluso se añade que sus planes simplemente eran de nuevas conquistas, unas inmediatas, otras de carácter incluso fantástico.⁶²¹ Por otra parte, Alejandría no era ni en sueños el centro del naciente imperio, un rey de Macedonia no dejaría a su patria sin tal honor, así lo prueba el que sus continuadores, los diádocos,⁶²² siempre tuvieron a ésta como objetivo para alcanzar el gobierno absoluto del fabuloso imperio forjado por el joven monarca; Alejandría sólo fue importante para Ptolomeo y su dinastía, por lo que entenderíamos que quizás allí deberíamos buscar el deseo dinástico de las mujeres de la familia.

Ptolomeo I fue, sin lugar a dudas, el mejor y más hábil de los reyes egipcio-macedonios, ninguno de sus herederos lo iguala, precisamente porque él supo conformar un reino en una tierra que hacía mucho tiempo había dejado sus glorias imperiales atrás. Cuando la muerte de Alejandro, fue Ptolomeo quien propuso la división del monumental territorio en parcelas de poder para sus herederos; asimismo, fue el único que, aun participando en escaramuzas en contra de sus antiguos compañeros de armas, nunca se muestra claramente inclinado a esperar dominarlo todo. No podemos evitar sospechar que quizá compartió ese sueño con los demás Diádocos, pero al menos no parece que haya hecho esfuerzos notables para conseguirlo, como sí lo

⁶²¹ Los planes inmediatos eran la conquista de Arabia, disfrazada de ajuste de cuentas; pero las noticias más legendarias hablan de un anhelo por llevar su imperio hasta las corrientes del mítico río sin fin, Océano. (Cf. P. Cartledge, *op. cit.*, pp. 232 y ss.)

⁶²² Del griego δῖάδοκος, “sucesor”.

hicieron los otros.⁶²³ A diferencia de sus antiguos amigos, Ptolomeo fue el único que murió pacíficamente en su lecho, habiendo conformado un reino próspero que legó al mejor de sus hijos varones, aunque quizá debió hacerlo a su hija Arsínoe II, mucho más dotada que su hermano menor para las cuestiones gubernamentales. Alejandría fue el sueño de Ptolomeo, y logró no sólo ponerla en el mapa del momento, sino en el de la historia helena que en su propio tiempo no la hubiera considerado digna de tal honor; la ciudad logró arrebatarse a Atenas la supremacía política y cultural, y con ello, convertirse en referente obligado de un nuevo tiempo griego.

[245]

Con todo, me parece que Ptolomeo no tuvo nunca la intención de forjar un imperio más allá de su reino nilótico, por lo que, en él tampoco podemos ver al “creador” del sentido dinástico que luce la rama femenina de su familia. Ptolomeo, eso sí, creó una dinastía propia que se aleja del sentir macedonio y se acerca más al egipcio. Era tradición de las tierras natales del rey que los hijos llevaran el nombre del abuelo paterno, tradición que también poseían los griegos y que es de innegable orden patriarcal, por lo que sus vástagos debieron llamarse Lago, pero no fue así, todos se llamaron Ptolomeo, con lo que se explicita que el rey deseaba crear un nombre dinástico, y lo consiguió, pues hasta los últimos de ellos, los hijos de Cleopatra VII, portaron su nombre.

Si Ptolomeo tuvo alguna ambición que sobrepasara los límites de su propio reino, fue la de crear un tránsito comercial libre por el Mediterráneo, una talasocracia comercial que sólo consiguió por breve tiempo. Sus descendientes no parecen interesados particularmente en alcanzar este deseo y sólo algo podemos atisbar en las acciones de los dos Ptolomeos subsiguientes, y de hecho fundamental: la posesión de Celesiria, el cual llevó a la familia a la confrontación directa con la otra dinastía, los Seléucidas, poseedores legítimos de aquel territorio que era el corredor de las mercancías de Egipto al Próximo Oriente y viceversa. Desde tiempos de los Diádocos se reconocen los roces y enfrentamientos que todo ello produjo, las guerras

⁶²³ Quizá podría suponerse que los matrimonios de sus hijas con el descendiente del trono macedonio y con el monarca tracio tuvieran esta intención, pero, a mi juicio, no pasan de movimientos de enlaces de casas monárquicas para hacer de alianzas familiares, no de un verdadero intento por establecer su control sobre dichos territorios.

que se desataron y los intentos de alianzas por medio de matrimonios, culminando con el de Cleopatra I. Su hermano fue el último de los seléucidas en llevar abiertamente una guerra contra Egipto en la que sí podemos reconocer una intención de conquista. Y lo hubiera conseguido de no ser por la intervención de Roma. ¿Es entonces de suponer que el ánimo dinástico proviniera más de Asia que del Nilo?

[246]

Una política de matrimonios dinásticos es un medio diplomático que no arroja necesariamente al poder a una familia de orden patriarcal, habida cuenta de que al entregar una hija no se obtiene derecho alguno, pues los hijos propiamente “pertenecen” al padre, y el abuelo o tío maternos no ejercen ningún tipo de autoridad más que de índole meramente moral que nada garantiza,⁶²⁴ lo más que se logra es tener la esperanza futura de que los lazos familiares sean lo suficientemente fuertes como para evitar conflictos y lograr tratados bilaterales que favorezcan a ambos. Los varones, no acostumbrados a ser monarcas de segunda fila, prefieren entonces la acción directa y el intento de dominio total. Esa fue la política seguida por un Ptolomeo III cuando empleó el fallido matrimonio de su hermana Berenice II con el monarca asiático y, aunque de momento aquella política fue exitosa, terminó por perder todo el territorio ganado durante la guerra Laodicea; o la de Seleuco II al intentar arrebatarle a Ptolomeo IV el país egipcio; incluso el idéntico y también fallido propósito del hermano de éste, Antíoco III, ahora en contra de Ptolomeo VI. La historia parece probar que los medios belicosos son poco seguros, no así los diplomáticos que se conforman con un poder reducido cuando no se puede acceder a todo él.

Cuando Cleopatra I llegó a Egipto para desposar a su futuro marido, llevaba por dote Celesiria; podemos argüir que no la posesión del territorio como tal, pero sí de sus rentas, y ello animará la alianza entre los reinos que siempre habían sido rivales precisamente por dicha zona comercial. La oportuna muerte de Ptolomeo V favoreció a su esposa, quien ya había logrado hacerse del cariño de su pueblo adoptivo. Ya discutí en su momento la posibilidad del asesinato de este rey, así como de que la reina hubiera estado

⁶²⁴ El abuelo medo de Ciro “el Grande” no pudo hacer nada contra las ambiciones de su nieto cuando anexó su territorio y lo convirtió en la primera satrapía de su naciente imperio persa.

involucrada. Ahora, creo oportuno agregar que, si acaso hubo premeditación en su muerte, el motivo podría haber sido precisamente la idea dinástica que la propia Cleopatra I pudo vislumbrar. A pesar de la parafernalia egipcia que rodea la entronización de su marido, éste parece más proclive a la vida y pensamiento macedonio, ello se reconoce con el estilo de vida practicado por el joven monarca, y sus acciones apuntan igualmente a un ánimo cada vez más despótico y autoritario, propio más de aquella casa autócrata del norte que la suave suntuosidad de lo egipcio, por lo que ella bien pudo entenderlo y, como asiática, estar más dispuesta a convenir con las costumbres e ideas de Egipto, acto que no pasó desapercibido al pueblo, quienes pasaron del desprecio —por su origen selécida— a un amor por su reina, como tuvimos oportunidad de señalar en el capítulo dedicado a ella.

[247]

La muerte de Ptolomeo V durante la infancia de sus hijos propició que la madre se convirtiera en la figura de gobierno y en el modelo del mismo. Sugiero que Cleopatra I soñara con un imperio, pero no a la manera masculina de poder absoluto, sino a la manera femenina: concesión y participación equitativa, que suele ser la visión de ellas contrapuesta a la de ellos.⁶²⁵ Esto se podría vislumbrar merced al control que debió ejercer de la provincia de Celesiria, permitiendo el libre tránsito de los productos que favorecían a su naciente gobierno. La decisión de alejar de su corte a los nobles de raigambre macedonia y rodearse de eunucos debió ser otro paso calculado de su visión gubernamental, puesto que, por una parte, así debió educarse en la corte de su padre y, por otra, porque debió notar cómo los cortesanos solían destronar o conspirar contra sus monarcas. Así, Cleopatra I debió afanarse en la educación de sus hijos sobre tales perspectivas, aunque no tengamos ninguna noticia clara al respecto, pero podemos suponerlo al ver las connotadas acciones de su hija y el buen ánimo de su hijo mayor; el menor tuvo menos oportunidad de educarse bajo la tutela materna, además de que pudo haber heredado más el ánimo paterno que no era de la mejor cepa, al recordar a su abuelo.

Los asuntos fueron bien mientras Cleopatra I estuvo al mando, motivo por el que no reconocemos conflicto alguno con su otrora familia asiática,

⁶²⁵ Cf. Helen Fisher, *El primer sexo. Las capacidades innatas de las mujeres y cómo están cambiando el mundo*, trad. de Eva Rodríguez Halffter y Pilar Vásquez, p. 57.

[248]

y por ello, creo que el plan trazado por la reina de una relación bilateral en buenos términos entre ambas naciones —primero como intermediara, luego como soberana— fue algo que no premeditaron los seléucidas, sino que ella misma procuró, pero a su muerte todo cambió. Y no la creo ajena a la muerte de su marido, dado que llegó en un tiempo perfecto: la infancia de sus hijos, antes de que se vieran arrebatados —al menos los varones— de su lado y criados a la manera macedonia en un ambiente de dominio viril y valores belicosos. La decisión de darles tutores eunucos es para mí otro punto a destacar, sin embargo, terminó por arruinar su plan maestro. Un eunuco no podría nunca reinar, pero sí hacerlo mediante un títere y fue la intención que podemos reconocer claramente luego de la muerte de la reina que, como la de Ptolomeo V, llegó en un momento oportuno —demasiado para mi gusto—, por lo que considero que sería un asesinato que devino en la intervención de su familia paterna, más por la pérdida que les representaba que por un verdadero ánimo de venganza.

Antíoco IV vio la oportunidad de apropiarse del territorio filial y de crear un gobierno absoluto en vez sólo como una zona comercial —como su hermana contemplaba— que favoreciera a ambos, aunque más particularmente a Egipto. El resultado, como vimos, fue en su contra y lo fue merced principalmente a su sobrina, Cleopatra II, que supo contemporizar entre las rivalidades de sus hermanos y sus camarillas, no obstante, sacó provecho de su posición heredada de intermediaria del poder para conciliar y recrear el gobierno estable que forjó su madre, sosteniéndolo hasta que la muerte y las ambiciones de su marido arruinaron todo. ¿Cuánto de los buenos consejos de Cleopatra II debió haber en las negociaciones entre sus dos hermanos, cuánto de sus buenos oficios para que cada uno se quedara con un reino y permitiera la existencia del otro? Con Cirene al mando de Ptolomeo VIII y Egipto al de Ptolomeo VI, con una Cleopatra II siempre mediando entre ellos, las posibilidades de un corredor comercial serían fantásticas, por lo que la joven reina procedió a continuar el plan materno: su rasgo dinástico, tendiente a crear alianzas matrimoniales con su familia materna y procurar así, la unión con la antigua zona de Celesiria, perdida luego de la muerte de su antigua poseedora. Ello lo considero yo así por el matrimonio de su hija con el heredero al trono de Asia, aunado a sus propios movimientos cuando los malos tiempos y relaciones con

su segundo Ptolomeo terminaron en la muerte de su hijo adolescente, o cuando procuró el apoyo de su yerno ofreciendo el trono egipcio. El plan no resultó, pero existió... siempre según mi juicio.

Si algo debemos admirar en Cleopatra II fue su capacidad de supervivencia, su ánimo de mediar aún en las situaciones más conflictivas y sus éxitos obtenidos, con mucho, producto de haber logrado muy pronto el amor de su pueblo, precisamente por haberles siempre procurado la paz y la prosperidad, de allí que nunca la abandonaron y se enfrentaron a sus monarcas, incluso al despiadado Ptolomeo VIII para que ella nunca perdiera su posición y, para mí, esto sólo fue posible gracias a que Egipto siempre estuvo con ella. El sentido dinástico que creo reconocer, no se detuvo en el tránsito de madre a hija con Cleopatra II, sino que alcanzó a la tercera, como notamos a la muerte del rey y la nueva unión entre las féminas de la corte, que adoptaron la postura de tríada con el hijo de una y el nieto-so-brino de la otra.

[249]

Cleopatra III procuró continuar con la idea de un reino próspero con el apoyo del pueblo, que parece haber amado igualmente a la monarca, como ya tuvimos oportunidad de mencionar y que se prueba en la cooperación que siempre le brindaron en sus decisiones, aunque fueran en contra de las de sus reyes varones. Con esta idea, procuró el matrimonio de su hija con el rey selúcida nuevamente, pero falló al no aceptar el apoyo de otra hija, Cleopatra IV, quizá porque la joven era demasiado parecida en ambiciones a ella y, a diferencia de suya, no supo esperar su momento para hacerlo, sino que procuró adelantarlo. En cambio, Cleopatra III nunca parece estar en contra claramente de su madre, sino sólo aceptar —a mi juicio muy inteligentemente pues su vida estaba en juego— las decisiones de su marido, confiando tal vez en el buen juicio de su progenitora, y segura de su posición, ya que, triunfara él o su madre, su condición no se alteraría mucho puesto que era la madre de los herederos del trono.

En lo que respecta a Cleopatra IV, parece no poseer esa misma paciencia, en parte porque fue apartada de la posibilidad de tener tan seguro porvenir cuando su madre la divorció o separó de su hermano. Es muy posible que ello fuera precisamente por ese paso mal calculado de la joven, por su ánimo combativo contra las aspiraciones maternas y razón para ser sustituida por su hermana menor, mucho más manejable o más

inteligente. El resquebrajamiento de los esquemas dinásticos de las mujeres de la dinastía no provino de sus hombres sino de ellas mismas.

[250] Con todo, creo que podemos notar que tales esquemas no se extinguieron del todo, ya que si adelantamos nuestra reflexión hasta los tiempos de Cleopatra VI —esa dama elusiva de la historia—, vemos que parece haberse aliado perfectamente con su hija Arsínoe IV para gobernar Egipto, e incluso, solicitar la ayuda de Roma para lograrlo. Es de reconocer la decisiva actitud de esta última a la muerte de su madre para continuar en el poder, aun a la vuelta de su padre, quien era auspiciado por el mismísimo Pompeyo. ¿Debe entonces extrañarnos que Cleopatra VII se hiciera con el poder y nuevamente procurara un gobierno de corte comercial y de carácter compartido y no absolutista?

Luego de la muerte de su padre —un monarca no muy preclaro como vimos—, Cleopatra VII no se aviene a la corregencia con su hermano, quizá no por él, sino por los ambiciosos que lo rodeaban. Como antes pasó con Ptolomeo VI, los eunucos no dejaban de lado sus deseos de poder, pero no lo podían alcanzar personalmente, así es que “tutelar” a un pelele era su única manera de lograrlo. De aquí la insistencia de ella por obtener el poder en solitario, al menos hasta poderlo compartir con un hombre adecuado, no importa si hijo o marido. Ése no pudo serlo tampoco el anodino Ptolomeo XIV, desconocemos si lo fue por una incapacidad natural o por una maquinación de su hermana. Si bien podemos convenir la espera de este marido, yo considero que más bien reconoció la idoneidad de mejor preparar un hijo —como había hecho su homónima ancestro— en vez de retomar a uno ya criado por algún arribista.

Debió cifrar sus esperanzas en aquel hijo del hombre importante de Roma, no para que heredara el “trono” que César se procuraba en su patria, sino para que se estableciera un vínculo dinástico que favoreciera a los dos reinos; la muerte de éste no arruinó sus planes, sólo los retrasó. Antonio fue su nuevo prospecto y él no sólo representaba la posibilidad de una más favorable relación con Roma, sino que también permitiría una más amplia con el Oriente. Ya elucubré, siguiendo a Schäfer en tales indagaciones, que las supuestas donaciones no fueron tales, pero sí una clara oportunidad para que Cleopatra VII obtuviera las rentas de estos lugares o para que estableciera un control comercial sobre ellas —al menos de

momento—, que favorecieran las pretensiones de Antonio para dominar la Urbe, pero *a posteriori*, cabría la posibilidad de hacerlo juntos, ya que en tiempos de su aliado y amante, ella se había convertido en la monarca asiática más poderosa, al punto que hizo temblar a Roma y su flamante *Princeps*.

A mi juicio, en las ambiciones de esta reina ptolemaica late el viejo anhelo de las mujeres de su dinastía, cuyo nombre orgullosamente portaba, uno que aludía a su calidad de hija de su padre, uno que hubiera portado con orgullo la misma Atena como epíteto, pero que enmascaraba una realidad femenina que había posibilitado, mediante el sentir paterno, un gobierno propio y creado de una dinastía femenina, que se malogró simplemente por la envidia y la incompreensión de sus dinastas hombres, quienes confundieron la manera de gobernar de las mujeres con la propia; las ambiciones de ellas proclives a competir; las de ellos, siempre tendientes al egoísmo. Una historia que no parece haber sido aprendida y que se sigue repitiendo en todos los ámbitos donde las mujeres aspiran a un poder; no es aquél absoluto como anhelan sus compañeros, pero que ellos no parecen querer comprender.

Apéndice I: El rostro de Cleopatra

En primera instancia, conocemos a Cleopatra VII⁶²⁶ obviamente por las referencias antiguas que nos hablan de ella, así como por las escasas piezas artísticas que han sobrevivido a la *damnatio memoriae* de que fue objeto en tiempos posteriores. Unas y otras son incluso discordantes, pero es en un aspecto que dichas fuentes son aún más elusivas: la connotada belleza de Cleopatra. Sirvan las siguientes para fines de contraste:

[253]

Desmedidamente acicalada su hermosura dañina, y sin contentarse con el cetro que ya es suyo ni con tener a su hermano por marido, cargada de ex-polios del Mar Rojo, lleva Cleopatra una fortuna en su cuello y en su cabellera, y va agobiada con el peso de su aderezo. Su blanco busto resplandece bajo el tejido de Sidón, que, espesado por la lanzadera de los seres, la aguja del Nilo lo fue entresacando, hasta atenuar su urdimbre en un velo vaporoso.⁶²⁷

Porque era, de hecho, la más bella de las mujeres y entonces, en la flor de la juventud, se distinguía especialmente; tenía una voz encantadora y sabía tratar a cualquiera con agrado. De modo que, siendo tan radiante para la vista y el oído y capaz por ello de subyugar a cualquiera, incluso a un hombre experimentado y ya no muy joven, creyó que podría entrevistarse con César, siguiendo su costumbre, y depositó en la belleza todas sus pretensiones al trono.⁶²⁸

Su belleza no era tal que deslumbrase o que dejase suspensos a los que la veían; pero su trato tenía atractivo irresistible, y su figura, ayudada de su labia y de una gracia inherente a su conversación, el sonido mismo de su voz tenía cierta dulzura.⁶²⁹

⁶²⁶ En adelante, simplemente Cleopatra.

⁶²⁷ Luc., x. 136-143, trad. de Antonio Holgado Redondo.

⁶²⁸ D. C., XLII. xxxiv. 4-5, trad. de María Luisa Puertas.

⁶²⁹ Plu., *Ant.*, 27.

Los textos citados son de Lucano, Dión Casio y Plutarco respectivamente; y van del siglo I al III, curiosamente el último de ellos comienza la larga tradición que perdura hasta hoy y supone que la reina no era bella, contradiciendo la hipérbole de Dión. Philipp Vanderberg dice sin remordimiento alguno con respecto a Cleopatra: “era pequeña y esmirriada, su nariz, al parecer demasiado grande, sólo podía calificarse de aguileña y el mentón se proyectaba exageradamente hacia adelante. La niña distaba de ser una belleza. Dos centurias y media de relaciones incestuosas habían marcado a los Ptolomeos”.⁶³⁰

¿De dónde saca tales afirmaciones? Sobre su baja estatura, tal vez considera que el famoso episodio de la reina oculta en la alfombra fuera real y llegó a una conclusión parecida a la Schäfer, quien señala que no era tal, sino una funda para cama enrollada o cuando mucho una manta y, cuya longitud —dado que no se envolvería a lo largo— no excedería con mucho el ancho del lecho; después de todo, los Ptolomeos eran de baja estatura.⁶³¹ La extremada delgadez, por otra parte, no coincide con ninguna de las fuentes, es más, el mismo Schäfer supone que fuera rolliza,⁶³² no obstante, la cita que ofrece este alemán es sólo, a mi juicio, una mala interpretación del texto de Plutarco, pues considera que, con ánimo de atraerse a Antonio, Cleopatra se pone a “dieta”, cuando en realidad lo que señala el historiador es que la reina dejó de comer para demostrarle al romano que sin él se hallaba inapetente.⁶³³ Estas interpretaciones nos llevan a considerar no sólo la belleza de la reina, sino la manera en que tal se ha utilizado para entenderla y estereotiparla, tanto en su físico como en su conducta.

La belleza siempre ha sido algo subjetivo y en ella confluyen no sólo los cánones de cada cultura, sino el amplio margen temporal que nos separa de aquellos mismos conceptos. Con todo, el ser humano conoce de belleza y ésta se relaciona invariablemente con la simetría, todos consideramos bello lo que es armonioso y es un impacto psicológico que afecta no sólo nuestros impulsos sexuales, sino también nuestra conducta para con lo que conside-

⁶³⁰ Philipp Vanderberg, *César y Cleopatra*, trad. de María Antonieta Gregor, p. 111.

⁶³¹ Cf. *Ibid.*, p. 303.

⁶³² *Ibid.*, p. 304.

⁶³³ Cf. Plu., *Ant.*, 53.

ramos bello. Creo que, sin menospreciar las características individuales de las razas, la búsqueda de simetría nos permite reconocer, finalmente, si algo o alguien es hermoso, independientemente de nuestra propia subjetividad que sólo nos impele a reconocer qué nos atrae. De tal suerte, aquí quedarán de lado las condiciones eurocéntricas con respecto a la belleza, lo caucásico que obviamente influyó para que Cleopatra fuera o no considerada bella, no se expondrán porque competen más bien a la recepción de su persona en la actualidad,⁶³⁴ y me concretaré a analizar las imágenes que de ella poseemos, atendiendo a la mencionada armonía física dentro de los cánones que los propios artistas antiguos y la propia reina ofrecen de su persona.

[255]

Junto a las afirmaciones meramente literarias sobre la belleza de Cleopatra, se hallan los retratos que sobrevivieron a la condenación de Octavio luego de la derrota en Accio.⁶³⁵ Una serie de representaciones llevan su nombre directa o indirectamente, pero cabe la prudencia, y es menester tomar en cuenta los motivos que dificultan cada caso. Para Julie Adamson⁶³⁶ existen tres tipos de retratos alusivos a la reina: los puramente egipcios, los egipcio-ptolemaicos y los puramente ptolemaicos.

El primero de estos grupos tiene una función estabilizadora y de control sobre la población indígena, se representa a la soberana en prácticas religiosas y con la parafernalia adecuada a su rango de faraona, cuyas funciones sirven para enlazar a la tierra con el cielo, como desde siempre había sido la prerrogativa y obligación de los reyes de Egipto. Reconocemos estos retratos por una serie de convencionalismos egipcios: la peluca triple, conformada por trencitas o guedejas, la corona con el úreo o cobra real, siendo una forma particular en que Cleopatra representa su poder mediante estos tres animales;⁶³⁷ finalmente, destacan las figuras que simbolizan el *Ka* o alma confeccionadas con driodita, cuya durabilidad aseguraba la residencia del alma cuando el cuerpo físico se destruyera y de las que contamos con algunas para la reina (figs. 1-2).

⁶³⁴ Cf. Ella Shohat, “Disorienting Cleopatra: A Modern Trope of Identity”, en Susan Walker y Sally Ann Ashton, eds., *Cleopatra Reassessed*, pp. 132-133.

⁶³⁵ Sobre el asunto, cf. Paul Zanker, *Augusto y el poder de las imágenes*, trad. de Pablo Diener Ojeda, pp. 80-89.

⁶³⁶ *Power and Presence: Cleopatra's Image in Form and Context*, pp. 5-7.

⁶³⁷ Así lo señala J. Adamson. (*Ibid.*, p. 6.)

El segundo estilo, egipcio-ptolemaico, combina obviamente las características indígenas con las importadas de Grecia. La postura rígida, la peluca y el triple úreo son nilóticos, pero el vestido y la cornucopia (o cuerno de la abundancia), símbolo heleno de la prosperidad, son claramente una importación de los monarcas griegos. Es posible, como señala Julie Adamson, que estas imágenes fueran empleadas para ganarse a la minoría helena que residía en Egipto, mezclando elementos del folklor local con el griego, tal como ocurría necesariamente entre la población (figs. 3-4).

El tercer y último estilo es el plenamente ptolemaico, e incluye estatuas, bustos y monedas, todos pensados para una audiencia occidental, por lo que la reina es presentada portando la diadema real, así como una banda de lana que se ataba a las sienes y que desde tiempos de los primeros soberanos —luego de Alejandro— fue símbolo de la monarquía; su peinado ya no es el egipcio con la pesada peluca triple, sino el convencional cabello rematado en un moño o chongo en la nuca y que está confeccionado con las guedejas retorcidas que se restiran sobre la cabeza, lo que se conoce hoy como “peinado de melón”. Junto a estos aspectos del arreglo, están otros convencionalismos físicos: la nariz prominente y ganchuda, así como los grandes ojos. A este grupo pertenecerían los retratos de las monedas, incluyendo los más severos de tradición romana (fig. 5).

La gran pregunta es: ¿si alguna o todas estas imágenes son retratos de Cleopatra? Ella Shohat, aceptándolo, señala al respecto: “Verdaderamente, las únicas representaciones confiables de Cleopatra, de acuerdo con Lucy Hughes-Hallet, son las de las monedas, incluyendo aquéllas de la propia acuñación de Cleopatra”,⁶³⁸ habida cuenta de que son las únicas que llevan su nombre y, es a partir de ellas que se busca reconocer en la estatuaria a la famosa monarca (fig. 6). Partiré de estas imágenes para luego retomar los bustos, convencionalmente designados como retratos de la reina y, concluiré con una serie de comparaciones, tanto de éstos como de otros de estilo egipcio o egipcio-ptolemaico.

Como ya advierte Graham Shipley,⁶³⁹ no podemos aceptar automáticamente un rostro en una moneda como un retrato fidedigno de los re-

⁶³⁸ E. Shohat, *op. cit.*, p. 132.

⁶³⁹ *El mundo griego después de Alejandro. 323-30 a. C.*, trad. de Magdalena Chocano, p. 96.

presentados. Alejandro Magno fue quien dio inicio a la tradición de una imagen pública que se viera sustentada en una representación visual de aquellas características físicas que denotaran otras espirituales; los diádocos o sucesores suyos continuaron explotando esta versión iconográfica de la propaganda política; misma que hasta el día de hoy es empleada con éxito. Hablamos de idealización cuando señalamos ciertas representaciones públicas, y ello es válido también para los antiguos monarcas, pero no necesariamente aunado a la belleza física, como se realiza actualmente, porque, como ideales, los retratos de las monedas se proponían encarnar virtudes reales como coraje, generosidad, sabiduría o justicia, aunque para ello tuviera que enfatizarse un rasgo físico que el convencionalismo artístico considerara como tal, así, un mentón firme, una nariz prominente o los ojos oblicuos podían aparecer en un rostro que no necesariamente los poseyera. El citado Shipley concluye: “Los retratos en las monedas no se proponían ser versiones exactas [...] sino que los rasgos individuales podían ser presentados e incluidos como pertenecientes a un determinado rey, una especie de firma”.⁶⁴⁰ Siendo así, son tipos físicos que deben analizarse, considerando, qué hay de realidad y qué de proyección política en ellos.

[257]

Las monedas que ostentan “retratos de Cleopatra” son de dos tipos básicos: las alejandrinas y las sirio-romanas, ambas acuñadas de manera paralela y, por tanto, dos variantes simultáneas de su fisonomía. Con todo, las alejandrinas preceden a las sirio-romanas por unos catorce años y no dejaron de acuñarse hasta el fin de su reinado. Las primeras (figs. 7-9) representan el siguiente modelo: ojos grandes, nariz notable, mentón afilado y algo prominente; su cuello suele presentar los así conocidos como “anillos de Venus” y, una tímida sonrisa se puede apreciar en opinión de Christoph Schäfer.⁶⁴¹ Al comparar los retratos de las segundas, se hallan algunas semejanzas pero también notables diferencias: conserva el estilo helénico del peinado de melón, la diadema real se hace más estrecha, lo deja lucir las orejas y sobresalen los rizos; los ojos aún son grandes, pero la mirada está fija al frente; la nariz y el mentón se pronuncian y agachan mostrando una clara curvatura, apareciendo al fin la famosa nariz aguileña y, si el mentón

⁶⁴⁰ *Idem.*

⁶⁴¹ *Cleopatra*, trad. de Macarena González, pp. 292-293.

[258]

es de tipo alejandrino, aquí se destaca más por la severidad; los anillos de Venus desaparecen para dar lugar a un cuello firme y poderoso, dando al conjunto de todo el rostro un aire masculino indiscutible (fig. 10). Dichas efigies suelen acompañar a Antonio en el anverso de la moneda, por lo que, a decir de Manfred Clauss, al comparar otras monedas del triunviro donde su esposa Octavia y su hijo Lucio Antonio también aparecen, todas ellas respondían a una identificación con el general romano (figs. 11 y 12). Y con idéntico propósito, Cleopatra quería hacer patente con estas monedas la relación de valor —equiparabilidad— que sostenía con el hombre fuerte de la República; en relación a él, era su equivalente femenino.⁶⁴²

En cuanto a la representación de su imagen, ¿qué se saca en conjunto? Primero, que sus ojos debieron ser grandes y expresivos, su nariz prominente y su barbilla un tanto proyectada; características que ya poseían muchos de los Ptolomeos. ¿Herencia física o canon dinástico? Una rápida revisión de los rostros de sus antepasados me permite suponer que estamos ante cierta herencia que se convirtió también en signo de pertenencia, no por mero convencionalismo sino por formar parte de las características que se sucedían en una familia claramente incestuosa. Al interior de esta dinastía, hombres y mujeres cuentan con prominentes narices, ojos grandes y redondeados; algunos presentan los cuellos cortos y rechonchos luciendo esos “anillos de Venus” y; la gran mayoría, la barbilla abultada que hace más notoria la boca carnosa y más bien pequeña. La reina debió estar orgullosa de portar los rasgos físicos que habían denotado a la familia reinante desde el comienzo con Ptolomeo I, de aquí que no dudara en enfatizarlo en sus monedas, sobre todo si recordamos que sobre su padre pesaba el estigma de ilegítimo.

Tomando en cuenta estas características físicas, los especialistas han identificado algunos bustos posiblemente de Cleopatra. Para Schäfer sólo dos de ellos pueden presentar cierta posibilidad y son los retratos existentes en el Vaticano y en Berlín.⁶⁴³ El primero es un retrato en mármol de

⁶⁴² Cf. *Ibid.*, p. 294, nota 9.

⁶⁴³ *Ibid.*, p. 295. El autor menciona una tercera posibilidad: el busto del Museo de Cherchel, pero parece que ahora se identifica mejor dicha imagen con Cleopatra Selene II, hija de la reina.

grano fino, probablemente pentélico, descubierto en 1790 en Roma, propiedad papal, que se halla ahora en el Museo del Vaticano. El rostro es lleno, oval y carnoso, por desgracia le falta la nariz, pero los ojos son bajos, grandes y ovalados, enmarcados por pesados párpados; la boca es carnosa y el labio inferior es un poco mayor; el mentón es más bien pequeño. Lleva el característico peinado de melón y la diadema real; rizos pequeños y regularmente distribuidos caen en la frente y a los costados; el muñón de mármol que sobresale en el frente bien pudo presentar el úreo de la cobra (fig. 13). El segundo retrato —el berlinés— fue adquirido en 1976 y corre el rumor de que antes perteneció a una familia alejandrina. El rostro es otra vez oval, carnoso en cuello y mejillas, el mentón es un tanto puntiagudo y el labio inferior de la boca un poco más grueso; la nariz es grande, recta y prominente. Una cinta sujeta el cabello que aún conserva cierta tonalidad roja; el peinado de melón está rematado en un moño que fue añadido, en la frente asoma el cabello en mechones ordenados y ricitos apenas visibles en la nuca (fig. 14). Ambos retratos, sugiere Schäfer, se corresponden con el estilo alejandrino de las monedas.⁶⁴⁴

[259]

Creo que examinados los retratos aludidos, reconocemos nuevamente una serie de características físicas que podemos adjudicar al rostro de la reina: la nariz grande sigue como característica, pero no así su necesaria curvatura; el mentón es redondo y algo prominente, pero sin el prognatismo que se reconocía en las monedas; la boca es pequeña y carnosa y, debido a que el labio inferior es de mayor tamaño, favorece a que la barbilla se viera más prominente —muy característico de las mujeres de la familia—; los ojos son todavía grandes, avellanados y serenos. Gracias a las tres dimensiones, ahora sabemos que la reina poseía un rostro ovalado y una frente no muy alta; de cabello rizado e incluso posiblemente rojizo o castaño; las orejas son regulares y el cuello grueso, aunque sin la masculinidad de las monedas sirio-romanas. Según vamos describiendo y observando (en las figuras), el rostro de Cleopatra va tomando forma. ¿Estas características pueden encontrarse en los otros supuestos retratos de la reina?, ¿qué nuevas diferencias pueden descubrirse si todos ellos fueran efectivamente bustos de ella?

Revisemos algunos más. En el Museo Británico encontramos dos bustos atribuidos a la soberana. El primero está realizado en piedra porosa

⁶⁴⁴ *Ibid.*, p. 298.

y amarillenta, presenta el rostro ovalado, la nariz prominente y los ojos grandes; no obstante, la nariz es ganchuda al extremo, y la barbilla no presenta el mencionado aspecto abultado; la boca es amplia y más bien larga que ancha, sin el labio carnosos inferior. El peinado es de tipo melón, pero no rematado en el característico chongo bajo, sino en uno prominente, confeccionado de trenzas con dos rizos que se curvan extrañamente en su nuca. La ausencia de la diadema real, la no presencia de alguno de los atributos egipcios, conlleva a suponer que perteneciera al grupo de los de estilo ptolemaico (fig. 15). El segundo de los bustos representa a la reina con una peluca triple egipcia y lo que parece ser una banda rematada en la cobra real, por lo que es un retrato de estilo egipcio-ptolemaico. El rostro es ovalado, la boca carnosa, la barbilla redonda y algo prominente, la nariz está dañada, pero se reconoce grande, inusualmente muy recta; los ojos grandes y de pesados párpados; la frente es breve y las orejas algo prominentes, aunque parece provocado por la gran peluca (fig. 16).

Junto a estos rostros helenizados, estarían los plenamente egipcios de las estatuas de estilo faraónico y algún altorrelieve interesante. La cara ovalada, los grandes ojos y la boca carnosa sobre una barbilla redonda son también características de un busto egipcio —actualmente situado en el Museo de Brooklyn— (fig. 17), pero cabe decir, no tiene la nariz característica; también se hallan estos rasgos en una estatua de basalto negro, de esas que representan el alma *Ka*, cuyo rostro tienen grandes semejanzas con las helénicas, como también parece reconocerse en una pequeña estatua con el triple úreo tan característico de Cleopatra. El altorrelieve en cuestión, presenta a la reina y lleva el sello con su nombre; está vestida a la usanza de la diosa egipcia Hathor, con los cuernos y disco solar en su cabeza; el retrato tiene las características del arte hierático de Egipto, pero la nariz es inusualmente grande y curvada, el rostro es ovalado y carnoso con mejillas redondas y una barbilla abultada sobre un cuello amplio que trae a colación los “anillos de Venus” de las monedas (fig. 18).

Finalmente, hay dos figuras más a tomar en cuenta. El primer gran retrato de Cleopatra fue uno confeccionado en Roma por orden de su amante César, y colocado en el templo de Venus. Se ha considerado la posibilidad de que sea una escultura descubierta en 1874 en un área que perteneció a Agripina, madre de Nerón, y fue conocida como “La Venus

del Esquilino” (figs. 19-20). Dado que en el jarrón donde se apoya la estatua hay una cobra, en 1955 Licino Glori concluyó que era Cleopatra. La idea fue retomada por Paolo Moreno en 1994, quien comparó las facciones con los retratos antes mencionados —el berlinés y del Vaticano—, mismos en los que notó los elementos exóticos, como la cajita de cosméticos con rosas que se podrían atribuir a Isis-Afrodita, los que en conjunto con la cobra le hicieron pensar en los Ptolomeos. La estatua porta el peinado conocido, el rostro tiene los rasgos ya mencionados y, si bien la nariz es más bien recta que aguileña, Bernard Andreae concluye que se trata de la reina del Nilo. Al respecto, Peter Higgins no lo cree así y, Schäfer que los cita, sigue un criterio filológico y arqueológico antes que artístico, y sólo plantea esta posibilidad.⁶⁴⁵ En el 2007, Zahi Hawass, jefe de arqueólogos en Egipto y la dominicana Kathleen Martínez anunciaron el posible descubrimiento de la tumba de Cleopatra en las cercanías de Taposiris Magna. No fue así, pero si encontraron una serie de tumbas de dignatarios del tiempo de la reina y algunas esculturas que parecen representarla, entre ellas una pequeña cabeza de mármol blanco. De nuevo el rostro ovalado, los grandes ojos, la boca carnosa y la barbilla redonda (fig. 21).

[261]

Luego de este recorrido de los posibles rostros de Cleopatra, qué puede sacarse en conclusión: ¿fue bella? Según los cánones modernos diríamos que no, porque estamos imbuidos de los estereotipos que la sociedad europeo-americana nos ha creado. Sin embargo, es fácil encontrar muchas páginas en internet donde se le tilda como tal. y por ello estaríamos de acuerdo con Ella Shohat, quien señala que no es importante si la fisionomía de la reina era agradable, sino del empleo eurocéntrico de su persona entre los estudiosos, privilegiando ciertos aspectos físicos para denotar otras cualidades más importantes de la reina.⁶⁴⁶

Estamos ante un rostro grácil de grandes ojos, que seguramente combinaban bien con su prominente nariz, la cual pudo tener una ligera inclinación; la boca debió ser lo que hoy diríamos sensual y el labio carnoso le debió dar un aire infantil que combinaba con el mentón redondeado. En

⁶⁴⁵ *Ibid.*, pp. 299-302.

⁶⁴⁶ Hammer (*apud* Sally Ann Ashton, *Cleopatra and Egypt*, p. 11) desprecia las dudas sobre la belleza de la reina.

conjunto, no creo que fuera un rostro desagradable, por el contrario, debió ser atractivo, y ella supo resaltarlo con los recursos cosméticos tan famosos en Egipto y con su gran inteligencia que ya alababa Plutarco. Ha habido muchos intentos por reconstruir el rostro de Cleopatra basándose en los diversos retratos, pero creo que lo mejor es tratar de imaginar la impresión completa que esta mujer debió causar a quienes la miraron y que, en definitiva, fue tal, que todos hablan de ella y la recuerdan a siglos de distancia y en nuestro caso, a milenios.

Apéndice II: La eterna Cleopatra

En 1838 el periódico *La Presse* publicó la novela *Une nuit de Cleopatre* de Theophile Gautier. En esta versión vemos una Cleopatra lujuriosa y brutal, que seduce a un joven que se entrega a ella a pesar de saber que pagará el deseo con su vida; Oriente es así un sitio violento como quiere la propaganda del racional Occidente. Como Egipto es el mundo al revés, allí se permite lo que estaba negado a la sociedad francesa y la feminidad: la sensualidad, el placer e incluso el sadismo son lícitos en el lejano —tanto temporal como espacialmente— reino del Nilo. La Cleopatra de Gautier sufre por su condición de reina que la obliga a una desalentadora soledad que se nutre de la libertad del esclavo Meiamun, quien se entrega por voluntad, aunque le cueste morir entre sus brazos.

[263]

A este arquetipo se opondrían de alguna manera las cleopatras de Bernard Shaw y de Thornton Wilder en sus respectivas obras *César y Cleopatra* y *Los idus de marzo*. Robando a la figura de Gautier su halo de seductora, Shaw convierte a la reina en una coqueta aniñada que necesita ser instruida y capacitada por el racional César y que prelude la que será la perdición de Antonio. Su César es un pragmático ciudadano con sentido del humor que conoce su oficio; débil, viejo y solitario, sin ilusiones, encuentra en esta criatura un medio para sobrellevar su existencia. En contraste, Wilder presentará a su Cleopatra como una mujer inteligente y elocuente que supo embaucar al envejecido César, allí la reina es una amante racional y calculadora.

No podríamos seguir el rastro de todas las novelas que han seguido a las piezas antes mencionadas, pero vale la pena acotar que durante el siglo xx se dio un gusto fundamentado en el cambio de perspectiva hacia la mujer que permitió a Cleopatra renacer de sus cenizas eróticas y legendarias, para convertirse en la dama inteligente y femenina que supo cautivar a los hombres tanto con su mente como con su belleza y, que finalmente

daría pie a su verdadera fascinación para aquel siglo y el que corre a través del cine.

[264]

Una de las primeras novelas reivindicatorias es *Divine Cleopatra* de Peyramaure de 1957, en ella se presenta a la reina como la estadista que sólo amó a dos hombres: César y Antonio; y que intentó consumar el sueño de Alejandro de un solo imperio mediterráneo. Terence Moix con su *No digas que fue un sueño*, crea una Cleopatra maternal y compañera que luce sobre todo por sus cualidades de estadista. Finalmente, y tal vez la más documentada y mejor constituida novela sobre la reina la ofreció Margaret George en *Memorias de Cleopatra*, escrita en primera persona y con un gran despliegue de información, donde incluso vemos reflexiones interesantes sobre la vida y aspectos de la personalidad de esta notable mujer a la que no puede sustraerse la escritora y debe reconocer que se deja arrastrar por el amor que siente por ella.⁶⁴⁷

En lo que se refiere a la pantalla grande, el cine histórico sólo es apariencia del pasado, una reproducción de otro tiempo. “El cine sobre la antigüedad sólo nos servirá para acercarnos a una visión más o menos acertada, de diversos momentos de ese pasado, en lo que ocurrió, pero nunca de una forma totalmente literal, es decir, ‘en la pantalla la historia debe ser ficticia para ser veraz’”⁶⁴⁸ El cine clama por el dramatismo, y la historia de Cleopatra reviste con creces todos los requerimientos de un cineasta, como ya antes lo habían hecho y colmado aquellos dramaturgos con: mujeres atractivas, embriagadora atmósfera oriental cargada de erotismo y alusiones directamente sexuales, así como la posibilidad de un relato franco con aroma a historia real.

Diecinueve filmes se cuentan entre los realizados teniendo a Cleopatra como la protagonista; y las cintas van desde 1899 hasta 1999, cien años de representarla de diversas formas, mismas que han influido de manera tan o más importante de como lo hicieron las cleopatras literarias, aun cuando algunas de ellas se inspiraran en las piezas de Shakespeare o Shaw.

Quando Charlton Heston proyectó su versión de la obra inglesa renacentista, Orson Welles le señaló: “Si no tienes una Cleopatra estupenda, no

⁶⁴⁷ Cf. Alberto Prieto Arciniega, “Cleopatra en la ficción: el cine”, en *Studia Historica. Historia Antigua*, vol. 18, pp. 153-154.

⁶⁴⁸ *Ibid.*, p. 155.

puedes hacer esa obra”⁶⁴⁹ Y esta es una verdad *sine qua non* desde entonces. Las que han representado e impreso su imagen para la mítica soberana van desde la primera Jeanne d’ Arcy en 1899 en un filme de sólo cuatro minutos, hasta la española Leonor Varela en 1999,⁶⁵⁰ pasando por la desangelada Helen Gardner y las espectaculares Theda Bara, Claudette Colbert, Vivien Leigh y, por supuesto, Elizabeth Taylor, quien encarnó tan bien al personaje que, según se cuenta, en la escena de su triunfal entrada a Roma, en la espléndida esfinge y portando su traje de oro, los extras en lugar de gritar ¡viva Cleopatra!, decían ¡viva Elizabeth Taylor! Cada una de estas actrices encarnaron variados prototipos de la reina histórica y supieron integrarse a la visión universal que de ella nos hemos forjado.

[265]

Theda Bara, el símbolo sexual del cine mudo. Ella fue ascendida por su compañía Twenty Century Fox de: hija de un sastre judío-polaco, a hija de un artista italiano o de un jeque árabe y de una actriz francesa, para luego ser una princesa egipcia de quien, aseguró la campaña publicitaria del filme, se profetizaba su aparición en una tumba de la Tebas egipcia de dos mil quinientos años de antigüedad. Theda Bara declararía que ella era la encarnación de una hija de un sacerdote egipcio y se identificó tanto con su papel que exclamó: “I live Cleopatra, I breathe Cleopatra, I am Cleopatra”.⁶⁵¹ En cuanto al enfoque, su reina siguió siendo la seductora y perversa mujer que enredó al prudente César, integrado por primera vez en el cine a la mítica reina de Egipto. La protagonista lució atrevidos atuendos orientales que provocarían que para 1930 la película fuera censurada por lo obsceno de su vestuario y, por ello, prohibir su exhibición. Mejor efecto causó la versión Cecil B. Demille con Claudette Colbert como Cleopatra, en principio, porque ya era cine sonoro y por estar basada en una biografía publicada cuatro años antes por el estudioso Oskar Wertheimer. Aun con todo, la crítica desde aquellos años ha puntualizado que los actores parecen norteamericanos disfrazados para un baile y no egipcios auténticos. Colbert creó junto con su director una Cleopatra a veces débil y otras valerosa que se debe enfrentar a un Octavio siempre dispuesto a convencernos de que ella

⁶⁴⁹ *Ibid.*, p. 171.

⁶⁵⁰ En la versión mexicana de Roberto Gavaldón, Cleopatra fue María Antonieta Pons.

⁶⁵¹ *Apud* Christoph Schäfer, *Cleopatra*, trad. de Macarena González, p. 318.

[266]

era un *fatale monstrum* como la llamó el poeta Horacio. Pero Demille la quiere mostrar como una joven que no desea la carga del gobierno, que eso no es cosa de mujeres, que ella anhela más la felicidad en una relación. La versión de una Cleopatra así, incluso sin mención de sus hijos, iba dirigida a las jóvenes norteamericanas de las décadas de los treinta y cuarentas. Y Colbert encarnaba perfectamente esta idealización emancipatoria que combinaba igualmente un aspecto y estilo físico que se empleó como parte del *marketing* publicitario de la película. Tan buena acogida tuvo el filme que incluso se puso de moda la peluca al estilo de Cleopatra.

Las siguientes dos cleopatras que marcaron historia del cine fueron las versiones de Leigh y Taylor. La primera de estas actrices recrea la obra de Shaw y su visión de la reina con su característico toque de coquetería, que ya venía encarnando desde tiempos de la niña seductora Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, de hecho, en más de una escena recuerda a ese otro personaje suyo. Como he puntualizado, la pieza de Shaw quiere presentar a la reina como la adolescente que despierta a la vida a través de la sabia presencia de César, interpretado por el veterano Claude Rains. Filmada en tiempos de la guerra y con un costo tan elevado que ofendió la austeridad de los británicos y hubo de filmarse en Estados Unidos. La belleza de la actriz dio una clara imagen de lo que muchos podrían imaginar en la Cleopatra real; su infantilismo parece agradable, aunque choque con los estudios contemporáneos que nos llevan a suponer que, contrario a las ideas de Shaw, Cleopatra maduró muy pronto en una corte llena de traiciones y asesinatos, precisamente en lo que se había convertido el reino ptolemaico desde hacía varias generaciones.

Sin duda, la Cleopatra más persistente en la imaginación actual es la interpretada por la hermosísima Elizabeth Taylor. De nuevo fue Twenty Century Fox quien decidió retomar el personaje que había realizado para ellos más de tres décadas antes la sexual actriz Bara, pero esta vez con el guion basado en la biografía de Carlo Maria Franzero. Superproducción que prácticamente llevó a la quiebra a la Estudio incluso el sueldo de la actriz era de un millón de dólares y representaba la mitad del presupuesto.⁶⁵² A pesar de lo que en su momento significó esta película, lo cierto

⁶⁵² *Ibid.*, p. 320.

es que goza de una Cleopatra nunca antes vista, una que sabía combinar la sensualidad —quién no recuerda su desnudo sobre la placa de mármol mientras las esclavas atienden su piel de alabastro— y la inteligencia, reina que anhelaba el poder y sabía que sólo mediante hombres fuertes podría volverlo universal, ni siquiera su hijo la aleja de la política. En este sentido, “Mankiewicz rinde merecido tributo a la inteligencia y los conocimientos de idiomas de Cleopatra [...] rodeada de eminentes consejeros, científicos e intelectuales, ella manifiesta visión política, humanitarismo y voluntad de poder, admite críticas y muestra valor cuando es preciso”.⁶⁵³

[267]

Sin duda, resulta muy difícil desvincular a esta actriz de la reina; las subsiguientes mujeres que la han encarnado no lograron borrar la imagen que esta película ha dado a tantas generaciones. A pesar de surgir de la novela de Margaret George, la versión de Leonor Varela para la cinta televisiva no logra alcanzar la idea de la novelista. Tal vez su belleza latina, quizá más adecuada que la de Taylor para una mujer grecoegipcia no alcanza a eclipsarla. Su Cleopatra sigue los lineamientos de una reina capaz, que sabe combinar su habilidad política con su interés amoroso, pero la obra fílmica está plagada de clichés femeninos. Como admite Christoph Schäfer, luego de treinta y cinco años entre la versión de Taylor y la de Varela, no hay muchos cambios.

La última versión que se ha ofrecido de Cleopatra es aún más degradante para la soberana del Nilo. En la serie *Roma* de la cadena televisiva HBO, se ofreció la imagen de una joven monarca drogadicta y ninfómana, que manipula a un soldado legionario para tener sexo ocasional en medio de los humos de lo que parece opio, y da pie a una salvaje escena sexual que la joven provoca para embarazarse y luego hacer pasar al niño como hijo de César. La Cleopatra de Lindsye Marshal es tal vez la más degradante configuración de la reina, ni siquiera en la última temporada de la citada serie se endereza el camino en este aspecto. Tristemente regresa la *femme fatale* que se creó por la propaganda de Octavio miles de años antes; y esa es la Cleopatra de la nueva generación.⁶⁵⁴

⁶⁵³ *Ibid.*, p. 322.

⁶⁵⁴ Existen rumores de una nueva versión de la reina, interpretada por la ya veterana actriz Angelina Jolie.

De tal suerte, Cleopatra será símbolo de todo lo que he referido y, se ha convertido también merced en parte a las versiones cinematográficas, en icono de belleza y seducción, utilizándose su imagen desde la publicidad hasta la pornografía. Más de tres millones de sitios en internet lo prueban. Desgraciadamente no hay un solo anuncio que haga mención de su inteligencia, su cultura o su elocuencia, porque el “gran público” suele preferir lo fútil a lo interesante; la fantasía a la realidad; los prototipos a las personalidades; el cine a la academia.

Ilustraciones

[269]

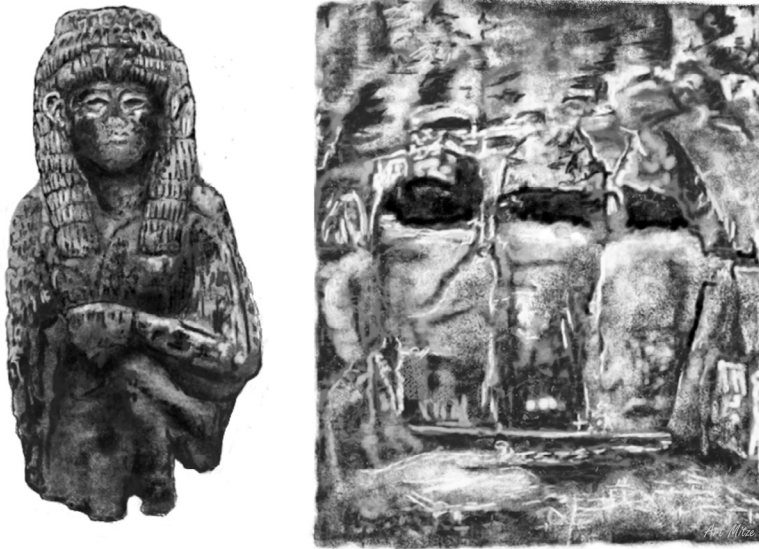


Fig. 1: Posible retrato de Cleopatra VII, estatua con el detalle del triple úreo.

[270]



Fig. 2: Retrato de Cleopatra VII, estatua de diorita con el detalle del triple úreo.

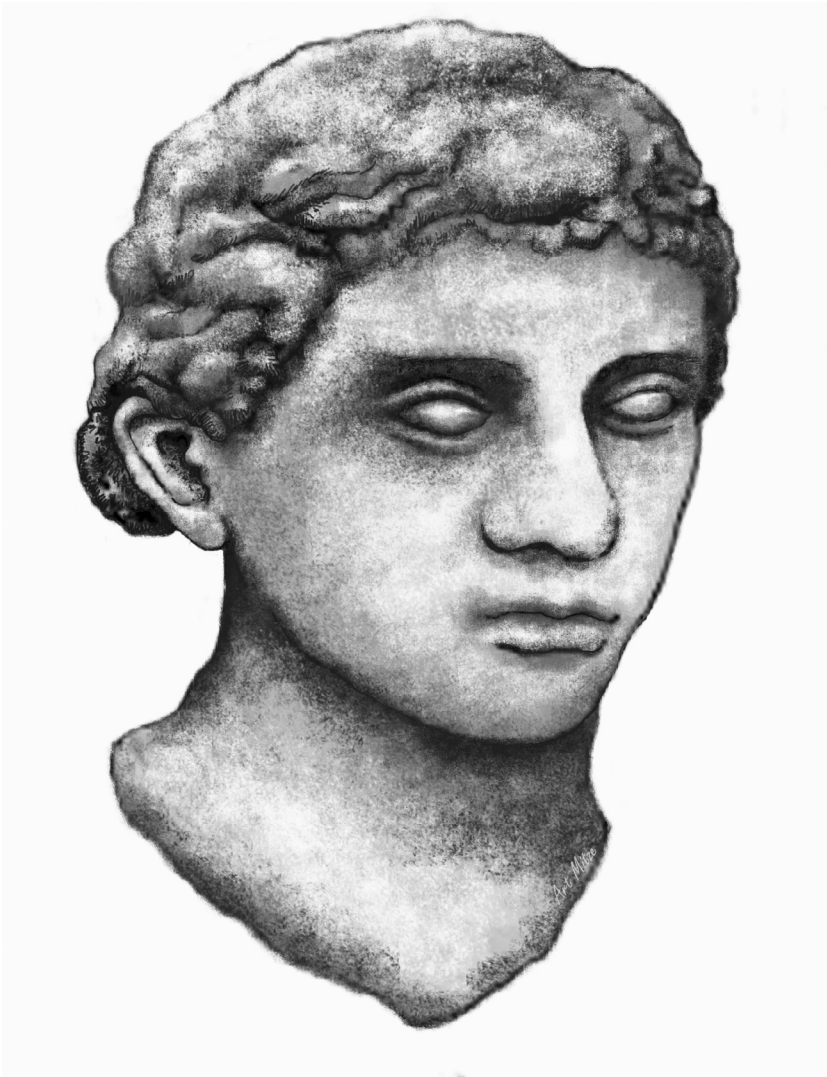


Fig. 3: Retrato de Cleopatra VII portando la cornucopia, estatua de basalto negro.

[272]



Fig. 4: Detalle de la estatua anterior donde se aprecia el triple úreo.



[273]

Fig. 5: Retrato de tipo ptolemaico conocido como “retrato berlinés”.

[274]



Fig. 6: Moneda antigua donde se lee claramente en el reverso: KLEOPATRA
BASILISSH (Cleopatra reina).



Fig. 7: Moneda de tipo alejandrino.

[276]



Fig. 8: Moneda de tipo alejandrino. El niño que se reconoce en el regazo de la reina debe ser Cesarión.



Fig. 9: Moneda de tipo alejandrino con una Cleopatra más estilizada.

[278]



Fig. 10: Moneda de tipo sirio-romano. El águila del reverso era el símbolo de la casa ptolemaica.



Fig. 11: Moneda de tipo sirio-romano con una Cleopatra de rasgos masculinos.

[280]



Fig. 12: Moneda de tipo sirio-romano con los rostros comparados de Antonio y Cleopatra.

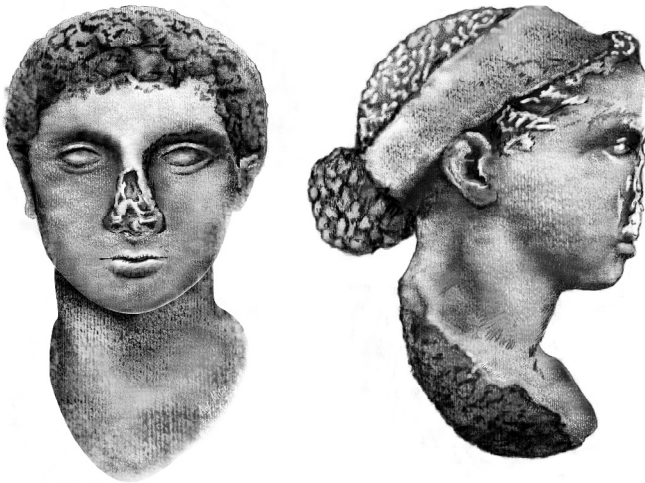


Fig. 13: Retrato de Cleopatra conocido como “vaticano”.

[282]



Fig. 14: Dos vistas del retrato de Cleopatra conocido como "berlinés".



Fig. 15: Posible retrato de Cleopatra.

[284]



Fig. 16: Posible retrato de Cleopatra.



Fig. 17: Posible retrato de Cleopatra de estilo egipcio.

[286]



Fig. 18: Altorrelieve de Cleopatra al estilo netamente egipcio con el cartucho de su nombre.



Fig. 19: La "Venus del Esquilino".

[288]

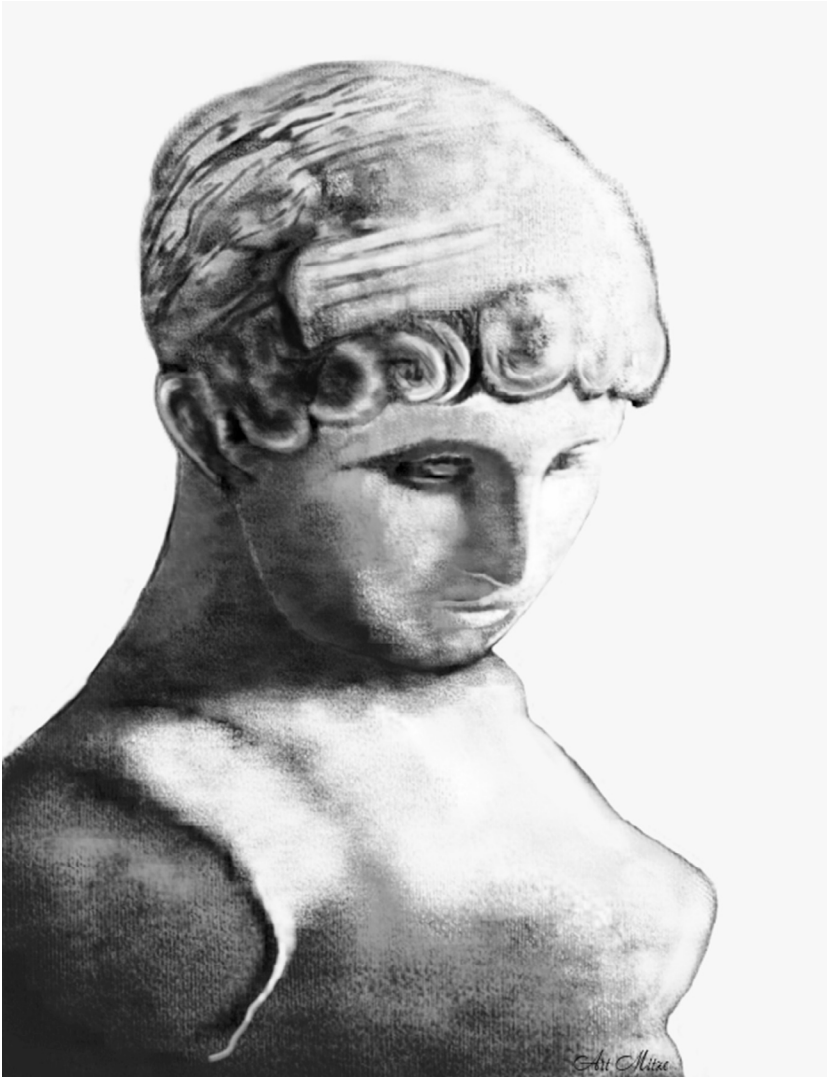


Fig. 20: Detalle de la estatua anterior.

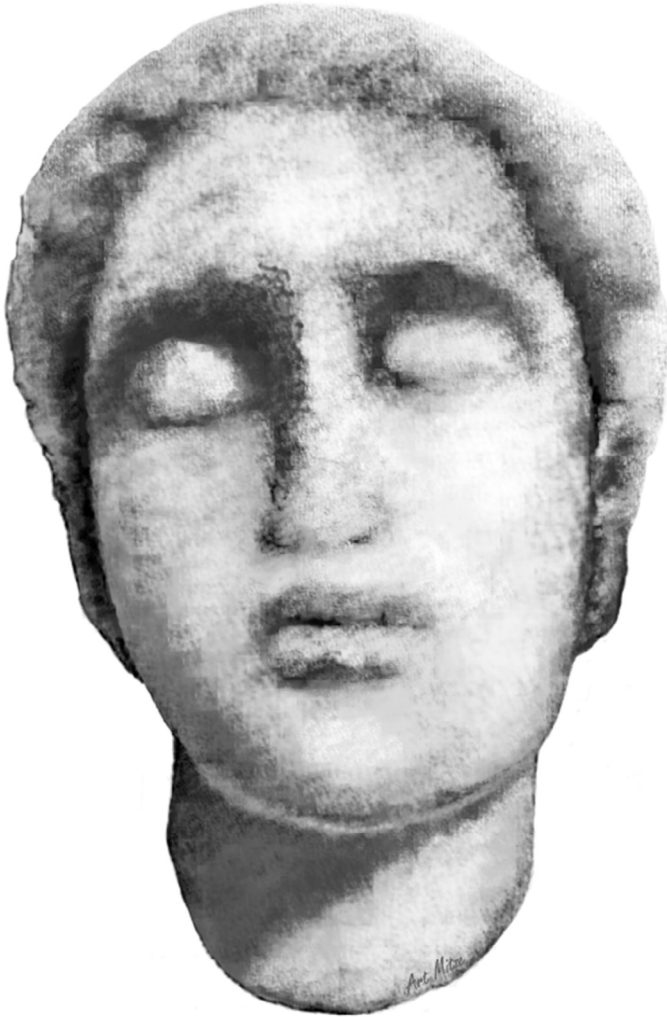


Fig. 21: Posible retrato de Cleopatra.

Bibliografía

Fuentes

[291]

- AETIUS, *Iatricorum liber i*, ed. A. Olivieri, en *Aëtii Amideni libri medicinales i-iv Corpus medicorum Graecorum. vol. 8.1*. Leipzig, Teubner, 1935. pp. 17-146.
- APPIANUS, *Bellum civile*, ed. P. Viereck, en *Appian's Roman history*. vols. 3-4. repr. 3: 1964; 4: 1961. ed. H. White, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1913: vol. 3: 566; vol. 4: 616 pp.
- APPIANUS, *Mithridatica*, ed. P. Viereck, A.G. Roos and E. Gabba, en *Appiani historia Romana, vol. 1*, Leipzig, Teubner, 1939 (repr. 1962, 1st ed. corr.), pp. 418-531.
- APPIANUS, *Syriaca*, ed. P. Viereck, A.G. Roos y E. Gabba, en *Appiani historia Romana, vol. 1*. repr. 1962. 1st ed. corr. Leipzig, Teubner, 1939, pp. 352-418.
- CICERO, *Philosophicorum librorum*, en M. TULLI CICERONIS, *Scripta Quae Manserunt Omnia. Part 4*. ed. C. F. W. Mueller, 1890. 3 vols.
- DIODORUS SICULUS, *Bibliotheca historica (lib. 1-20)*. repr. Stuttgart: 1964, ed. F. Vogel y K.T. Fischer (post I. Bekker- L. Dindorf), Leipzig, Teubner, 1:1888; 2:1890; 3:1893; 4-5:1906, Vols. 5: 1: 533; 2: 461; 3: 497; 4: 426; 5: 336 pp.
- DIODORUS SICULUS, *Bibliotheca historica (lib. 21-40)*. repr. 11:1968, ed. F.R. Walton, en *Diodorus of Sicily, vols. 11-12*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, vol.11: 1957; vol. 12: 1967. vol. 11: 456; vol. 12: 294 pp.
- FLAVIUS IOSEPHUS, *Antiquitates Judaicae*. repr. 1955. ed. B. Niese, en *Flavii Iosephi opera*, Berlin, Weidmann, 1: 1887; 2: 1885; 3: 1892; 4:1890. vols. 1-4. 1: 3-362; 2: 3-392; 3: 3-409; 4: 3-320 pp.
- FLAVIUS IOSEPHUS, *De bello Judaico libri vii*. ed. B. Niese. En *Flavii Iosephi opera*. repr. 1955, Berlin, Weidmann, 1895. vol. 6: 628 pp.

Fragmenta Historicorum Graecorum. ed. K. Müller, Paris, Didot, 1841-1870, 464 pp.

GALENUS, *Claudii Galeni opera omnia, vols. 12-13.* repr. Hildesheim: Olms, 1965. ed. C.G. Kühn, en Leipzig, Knobloch, 12:1826; 13:1827. 378-1007 y 1-361 pp.

HERODIANUS, *Ab excessu divi Marci.* repr. Stuttgart: 1967. ed. K. Stavenhagen, Leipzig, Teubner, 1922. 223 pp.

[292] HESYCHIUS, *Lexicon (A*O).* ed. K. Latte. En *Hesychii Alexandrini lexicon, vols. 1-2.*, Copenhagen, Munksgaard, 2 vols : 1:1953; 2:1966, vol. 1: 492; 2: 806 pp.

MANETHO, PTOLEMY, *Tetrabiblos.* trad. W. G. Waddell y F. E. Robbins, London-Cambridge, Heinemann-Harvad University Press, 1971, XXXII + 466 pp.

PHILOSTRATUS, *Vitae sophistarum,* ed. C.L. Kayser, en *Flavii Philostrati opera, vol. 2.* repr. Hildesheim: Olms, 1964. Leipzig, Teubner, 1871. pp. 1-127.

POLYBIUS, *Historiae.* repr. Stuttgart: 1: 1962; 2-3: 1965; 4: 1967. ed. T. Buttner-Wobst, Leipzig, Teubner, 1: 1905; 2: 1889; 3: 1893; 4: 1904 . vols. 1: 1-361; 2:1-380; 3:1-430; 4:1-512 pp.

PORPHYRIUS, *HISTORIA philosophiae (fragmenta).* repr. Hildesheim: Olms, 1963. ed. A. Nauck, en *Porphyrii philosophi Platonici opuscula selecta,* Leipzig, Teubner, 1886. pp. 4-16.

Septuaginta. Id est Vetus Testamentum Graece Iuxta LXX Interpretes. ed. Alfred Rahlfs, Stuttgart, Privilegierte Württembergische Bibelanstalt, 1949, 1184 pp.

STRABO, *Geographica.* repr. Graz: Akademische Druck- und Verlagsanstalt, 1969. ed. A. Meineke, Leipzig, Teubner, 1877. 3 vols., vol. 1: 396 p.; 2: 397-814 p.; 3: 815-1173 pp.

Traducciones

ATENEIO, *Banquete de los eruditos.* Trad. de Lucía Rodríguez-Noriega. Madrid, Gredos, 1998, 2006, 2014, (Biblioteca Clásica Gredos, 257, 258, 349, 350, 413)

- ATENEDE DE NÁUCRATIS, *Sobre las mujeres. Libro XIII de la cena de los eruditos*. Trad. de Jorge L. Sanchís Llopis. Madrid, Akal, 1994. 204 pp. (Akal/Clásica, 40)
- Bucólicos griegos*. Trad. de Manuel García Teijeiro y María Teresa Molinos Tejeda. Madrid, Gredos, 1986, 371 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 95)
- CALÍMACO, *Himnos, epigramas y fragmentos*. Trad. de Luis Alberto de Cuenca y Máximo Brioso Sánchez, Madrid, Gredos, 1980, 318 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 33)
- CÉSAR, *Guerra Civil*. Trad. Rafael Salinas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, 173 + CCXXXIX pp. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- CICERÓN, *Cartas a Ático*. Trad. de Juan Antonio Ayala, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Tomo III, 1976, 202 + CXXXII pp. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- CLAUDIO ELIANO, *Historias curiosas*. Trad. de Juan Manuel Cortés Copete, Madrid, Gredos, 2006, 327 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 348)
- DIÓDORO DE SICILIA, *Biblioteca Histórica, Libros IV-VIII*. Trad. de Juan José Torres Esbarranch, Madrid, Gredos, 2004, 474 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 328)
- DION CASIO, *Historia romana. Libros XXXVI-XLV*. Trad. de José María Candau Morón y María. Luisa Puertas Castaños. Madrid, Gredos, 2004. 481 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 326)
- ENEAS EL TÁCTICO, *Poliorcética*, POLIENO, *Estratagemas*. Trad. de José Vela Tejeda y Francisco Martín García, Madrid, Gredos, 1991, 614 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 157)
- FLAVIO JOSEFO, *Autobiografía / Contra Apión*. Trad. de Margarita Rodríguez de Sepúlveda, Madrid, Gredos, 2001, 198 pp. (Biblioteca Básica Gredos, 89)
- HERODIANO, *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*. Trad. de Juan José Torres Esbarranch, Madrid, Gredos, 1985, 344 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 80)
- HERÓDOTO, *Historias. Libros I-II*. Trad. de Carlos Schrader, Madrid, Gredos, 2001, 402 pp. (Biblioteca Básica Gredos, 10)
- HERÓDOTO, *Historias. Libros III-IV*. Trad. de Carlos Schrader, Madrid, Gredos, 2001, 471 pp. (Biblioteca Básica Gredos, 11)

HORACIO, *Épodos, odas y Carmen secular*. Trad. de Rubén Bonifaz Nuño, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, 219 + XCVI-II pp. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

JUSTINO, *Epítome de las 'Historias filípicas' de Pompeyo Trogo. Prólogos*. Trad. de José Castro Sánchez, Madrid, Gredos, 1995, 626 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 212)

[294] LUCANO, *Farsalia*. Introd. de Jesús Luque Moreno. Trad. de Antonio Holgado Redondo. Madrid, Gredos, 2001. 389 pp. (Biblioteca Básica Gredos, 81)

PAUSANIAS, *Descripción de Grecia. Libros I-II*. Trad. de María Cruz Herrero Ingelmo, Madrid, Gredos, 1994, 358 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 196)

PLINIO EL VIEJO, *Historia natural. Libros VII-XI*. Trad. de E. del Barrio Sanz et al., Madrid, Gredos, 2003, 646 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 308)

PLUTARCO, *Obras morales y de costumbres (Moralia) III*. Introd. Mercedes López Salvá y María Antonia Medel, Trad. de Mercedes López Salvá. Madrid, Gredos, 1987. 329 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 103)

PLUTARCO, *Vidas paralelas*. Trad. de Antonio Ranz Romanillos. Barcelona, Iberia, 1986, Vol. 1-4.

POLIBIO, *Historias*. Trad. de Manuel Balasch Recort, Madrid, Gredos, 2000, (Biblioteca Básica Gredos, 42-44).

PROPERCIO, *Elegías*. Trad. de Rubén Bonifaz Nuño, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, 132 + CCVI pp. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Sagrada Biblia. Trad. de Pedro Franquesa y José Ma. Solé, Barcelona, Regina, 1970, 1879 pp.

SÉNECA, *Epístolas Morales a Lucilio II: (Libros X-XX y XXII (Frs.). Espístolas 81-125)*. Trad. de Ismael Roca Meliá, Madrid, Gredos, 2001, 423 pp. (Biblioteca Básica Gredos, 71)

SUETONIO, *Vida de los doce Césares I*. Trad. de Rosa Ma. Agudo Cubas, Introd. de Antonio Ramírez, Madrid, Gredos, 1992, 394 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 167)

TÁCITO, *Historias III-V*. Trad. José Tapia Zúñiga, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, 155 + CCIX pp. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

TITO LIVIO, *Historia de Roma desde su fundación*. Trad. de José Antonio Villar Pidal, Madrid, Gredos, 2000. (Biblioteca Básica Gredos, 57-65)

- TITO LIVIO, *Períocas. Períocas de Oxirrinco, Fragmentos*. JULIO OBSECUENTE, *Libro de los prodigios*. Trad. de José Antonio Villar Vidal, Madrid, Gredos, 380 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 210)
- VALERIO MÁXIMO, *Hechos y dichos memorables*. Trad. de Santiago López Morada et al., Madrid, Gredos, 2003, 462 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 311)

Bibliografía especializada

[295]

- ADAMSON, Julie, *Power and Presence: Cleopatra's Image in Form and Context*. San Marcos, Texas, 2007. Tesis, Texas State University-San Marcos. 23 pp.
- ADAMSON, P. B., "Consanguinous Marriages in the Ancient World", en *Folklore*, vol. 93, no. 1, 1982, pp. 85-92.
- ALFARO GINER, C. y M. TIRADO Pascual eds., *Actas del segundo seminario de estudios sobre La mujer en la antigüedad*. Valencia, SEMA, 2000, 161 pp.
- ASHTON, Sally Ann, *Cleopatra and Egypt*. Oxford, Blackwell Publishing, 2008, 232 pp.
- BALSDON, J. P. V. D., *Roman women*. Londres, The Bodley Head, 1977, 354 pp.
- BAUMAN, Richard A., *Women and politics in Ancient Rome*. Londres-Nueva York, Routledge, 1994, XV + 293 pp.
- BEEKES, Robert, *Etimological Dictionary of Greek*. Leiden-Boston, Brill, 2010, 930 pp. (Leiden Indo-European Etimological Dictionary Series, 10/2)
- BURSTEIN, Stanley M., *The Reign of Cleopatra*. West Port Connecticut, Greenwood Press, 2004, 205 pp. (Greenwood in History Events of the Ancient World)
- CASTAÑEDA REYES, José Carlos, *Fronteras del placer, fronteras de la culpa. A propósito de la mutilación femenina en Egipto*. México, COLMEX, 2003. 116 pp. (Centro de Estudios de Asia y África)
- CASTAÑEDA REYES, José Carlos, *Señoras y esclavas. El papel de la mujer en la historia social del Egipto antiguo*. México, COLMEX, 2008. 713 pp. (Centro de Estudios de Asia y África)
- CANTARELLA, Eva, *La mujer romana*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1991. 97 pp.
- CASARES, Julio, *Diccionario ideológico de la lengua española*. 2a. ed. Barcelona, Gustavo Gili, 1984, 887 + LXXV pp.

BARING, Anne y Jules CASHFORD, *El mito de la Diosa. Evolución de una imagen*. Trad. de Andrés Piquer et al. México, Siruela / FCE, 2005, 851 pp. (Serie de Obras de Historia)

CHASSANG, A., *Nouveau Dictionnaire Grec-Francaise*. Paris, Garnier Frères, 1879, 1168 pp.

COROMINAS, Joan y José A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano y hispánico*. Madrid, Gredos, 1984. (Biblioteca Románica Hispánica V, Diccionarios, 7)

[296]

DESROCHES-NOBLECOURT, Christiane, *La mujer en tiempos de los faraones*. Trad. de José Miguel Parra, Madrid. Editorial Complutense, 1999. 336 pp. (La Mirada de la Historia)

Diccionario de Literatura Penguin/Alianza. Trad. de Alberto Adell, Madrid, Alianza, vol. 3: Literaturas clásica y bizantina, oriental y africana, 1983, 440 pp.

DUBY, G. y M. PERROT (ed.), *Historia de las mujeres en Occidente*. Trad. de M. Galmarini, Madrid, Taurus, 1991, 654 pp. (Vol. I, La antigüedad)

ERRANDONEA, Ignacio, dir., *Diccionario del mundo clásico*. Barcelona, Labor, 1954. 2 tt.

FISHER, Helen, *El primer sexo. Las capacidades innatas de las mujeres y cómo están cambiando el mundo*. Trad. de Eva Rodríguez Halfter y Pilar Vásquez. México, Taurus, 2006, 505 pp.

FORREST, Isidora M., *La magia de Isis. Cómo cultivar una relación con la Diosa de los mil nombres*. Trad. de Graciela Frisbie. México, Tomo, 2003: 582 pp.

GEBHARDT, V., *Los dioses de Grecia y Roma*, México, Nacional, 1958, Vol. I, 709 p., Vol. II, 889 pp.

GIMBUTAS, M., *The Goddesses and gods of Old Europe, myths and cults images*. Berkeley (Los Angeles), University of California Press, 1996, 304 pp.

GIMBUTAS, M., *The language of the Goddess*. Prol. Joseph Campbell, Nueva York, Thames & Hudson, 2001, XXIII + 388 pp.

GRAVES-BROWN, Carolyn, *Dancing for Hathor. Women in Ancient Egypt*. Londres, Continuum, 2010, XII + 252 pp.

GRIMAL, Pierre, *El amor en la Roma antigua*. Trad. de Javier Palacios, Barcelona, Paidós, 2000, 350 pp. (Paidós Orígenes, 11)

JOUGUET, Paul, *El imperialismo macedonio y la helenización de Oriente*. Trad. de José Almoína. México, UTHEA, 1958, XVII + 360 pp.

- LAGARDE, M., *Los cautiverios de la mujer: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. 2ª edición, (1ª, México D. F., 1990) México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, , 878 pp. (Colección Posgrado no. 8)
- LEWIS, Charles y Charles SHORT, *A Latin Dictionary*. Oxford, Oxford Clarendon Press, 1958, XI + 2019 pp.
- LÉVÊQUE, Pierre, *El mundo helenístico*. Trad. de Julià de Jòdar. Barcelona, Paidós, 2005. 261 pp. (Paidós Orígenes, 52)
- LIDDELL, Henry. G. y Robert. Scott, *A Greek-English Lexicon. With a Revised Supplement*. Oxford-New York, Clarendon Press, 1996, XLV + 2042, XXXI + 320 pp.
- LOMAN, Pasi, “No Woman no War: Women’s Participation in Ancient Greek Warfare”, *Greece & Rome*, Vol. 51 no. 1, 2004, pp. 34-54.
- LÓPEZ SOTO, Vicente, *Diccionario de autores, obras y personajes de la literatura griega*. Barcelona, Juventud, 2003, 315 pp.
- MACURDY, Grace. H., *Hellenistic Queens. A study of woman-power in Macedonia, Seleucid, Syria, and Ptolemaic Egypt*. Chicago, Ares Publishers, 1984, XV + 250 pp.
- MATYSZAK, Philip, *Los enemigos de Roma*. Trad. Javier Alfonso López, Madrid, Óberon, 2005, 299 pp.
- MURNAGHAN, Sheila y Sandra S. JOSHEL (ed), *Women & Slaves in Greco-Roman culture. Differential equations*. Londres-Nueva York, Routledge, 2005, X + 300 pp.
- NILSSON, Maria, “Arsinoë II Philadelphos – a female pharaoh?”, en *SHEMU. The Egyptian society of South Africa*. Cape Town, TESSA, July, 2011, vol. 15, no. 3, pp. 1-3
- OGDEN, Daniel, *Polygamy, Prostitutes and Death. The Hellenistic Dynasties*. Londres, Duckword-The Classical Press of Wales, 1999, XXXIV + 317 pp.
- PERROTTET, Tony, *Pagan Holiday. On the trial of Ancient Roman Tourist*. Nueva York, Randome House, 2003, XI + 391 pp.
- PLANT, Ian M., *Women Writers of Ancient Greece and Rome. An Anthology*. Oklahoma, University of Oklahoma Press-Norman, 2004, VIII + 268 pp.
- POMEROY, S., *Diosas, rameras, esposas y esclavas: mujeres en la antigüedad clásica*. Trad. de R. Lezcano Madrid, Akal, 1987, 278 pp. (Interdisciplinario)
- PRIETO ARCINIEGA, Alberto, “Cleopatra en la ficción: el cine”, en *Studia Historica, Historia Antigua*. Salamanca, USAL, vol. 18, 2000, pp. 143-176.

- ROBERT, Jean-Noël, *Eros romano. Sexo y moral en la Roma antigua*. Trad. Eduardo Bajo Álvarez, Madrid, Editorial Complutense, 1999, XV + 329 pp. (La Mirada en la Historia)
- ROBINSON, Andrew, *The Story of Writing. Alphabets, Hieroglyphs & Pictograms*. Londres, Thames & Hudson, 1995. 224 pp.
- ROLLER, Duane W., *Cleopatra. A biography*. Oxford, Oxford University Press, 2010, 297 pp.
- [298] SCHÄFER, Christoph, *Cleopatra*. Trad. de Macarena González. Barcelona, Herder, 2007, 381 pp.
- SHIPLEY, Graham, *El mundo griego después de Alejandro. 323-30 a. C*. Trad. de Magdalena Chocano, Barcelona, Crítica, 2001, 575 pp. (La Mirada en la Historia)
- SHOHAT, Ella, “Disorienting Cleopatra: A Modern Trope of Identity”, in Susan Walker y Sally-Ann Ashton, eds., *Cleopatra Reassessed*. London, The British Museum Occasional Paper, 2003, pp. 127-138.
- HORNBLOWER, Simon. y Antony SPAWFORD, eds., *The Oxford Classical Dictionary* [CD ROM]. Oxford, Oxford University Press, ?? año
- TORALLAS TOVAR, S. y K. A. Worp, “A Ptolemaic Least Contact”, *American Studies in Papyrology*, Ann Harbor, 2010, pp. 763-776.
- TYLDESLEY, Joyce, *Cleopatra. La última reina de Egipto*. Trad. de Jesús Blanco, Silvia Furió y Rosa Salleras, Barcelona, Ariel, 2008, 317 pp. (Ariel Biografías y Memorias)
- VANDERBERG, Philipp, *César y Cleopatra*. Trad. de María Antonieta Gregor. Buenos Aires, Vergara, 1986. 276 pp. (Biografía e historia)
- WALKER, B., *The woman's encyclopedia of myths and secrets*. Nueva York, HarperCollins, 1983, XI + 1121 pp.
- WHITEHORNE, John., *Cleopatras*. Nueva York, Routledge, 1994, x + 243 pp.
- WONG, Julia K. W., *Cleopatra I, The First Female Ptolemaic Regent: Her Predecessors, Policies, and Precedents*. Calgary, 1995. Thesis, University of Calgary, 176 pp.
- ZANKER, Paul, *Augusto y el poder de las imágenes*. Trad. de Pablo Diener Ojeda. Madrid, Alianza, 1992. 435 pp. (Alianza Forma, 113)

Índice

Prólogo.....	11	[299]
Introducción	15	
Las siete cleopatras del Nilo	57	
Cleopatra II y Cleopatra III, poder y resentimientos	81	
Cleopatra III, Cleopatra IV y Cleopatra V Trifena; la madre contra las hijas.....	111	
Cleopatra VII y el sueño de un imperio	123	
Reflexiones finales: una dinastía femenina.....	243	
Apéndice I: El rostro de Cleopatra.....	253	
Apéndice II: La eterna Cleopatra.....	263	
Ilustraciones	269	
Bibliografía	291	

Las siete cleopatras del Nilo. Una dinastía femenina en el Egipto de los Ptolomeos fue realizado por la Facultad de Filosofía y letras de la UNAM, se terminó de producir en diciembre de 2018 en Proelium Editorial Virtual www.proelium.mx Tiene un formato de publicación electrónica enriquecida exclusivo de la colección @Schola así como salida a impresión por demanda. Se utilizó en la composición la familia tipográfica completa Minion Pro en diferentes puntajes y adaptaciones. La totalidad del contenido de la presente publicación es responsabilidad del autor, y en su caso, corresponsabilidad de los coautores y del coordinador o coordinadores de la misma. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Óscar Ramírez Martínez.





IMAGEN EN PORTADA: Miguel Ángel Buonarroti (1475-1564), “Estudio para Cleopatra”, (ca 1533-35). Gis negro sobre papel, 225 x 170 mm. Casa Buonarroti, Florencia, Italia.

Se agradece a la Casa Buonarroti la autorización para emplear este hermoso dibujo de Michelangelo Buonarroti. <https://www.casabuonarroti.it/museo/collezioni/disegni-di-michelangelo/cleopatra/>



Este estudio se enfoca al rescate de la personalidad política de las mujeres en el poder en la Grecia helenística, no laudatoriamente, sino de forma ecuánime para demostrar que las reinas no fueron un fenómeno aislado ni propio de la decadencia dinástica, sino un verdadero movimiento femenino que incluso tenía su propia agenda de gobierno y sirvió de inspiración para las subsecuentes monarcas que intentaron convertir a Egipto en una potencia a la altura de la masculina Roma de su tiempo.

eSchola

